

BILLY GRAHAM

YA SEA QUE SE TRATE DE UNA RECESIÓN GLOBAL, AMENAZAS
TERRORISTAS, O DESASTRES NATURALES DEVASTADORES, ESTOS
PRESAGIOS SOMBRÍOS NOS DEBENTRAER DE REGRESO AL EVANGELIO.

AVISO DE TORMENTA



BILLY GRAHAM

YA SEA QUE SE TRATE DE UNA RECESIÓN GLOBAL, AMENAZAS
TERRORISTAS, O DESASTRES NATURALES DEVASTADORES, ESTOS
PRESAGIOS SOMBRÍOS NOS DEBEN TRAER DE REGRESO AL EVANGELIO.

AVISO DE TORMENTA



ATENCIÓN



Dios le bendiga, seguramente ha entrado a nuestra página de Facebook para descargar este instrumento. Posiblemente haya obtenido el enlace por algún medio externo al nuestro y quizá fue por casualidad; **aunque las casualidades para los hijos de Dios no existen**. Lo bueno es qué; en este momento, se dispone a leer un documento que ha sido escrito para algún propósito o para una audiencia que en este momento necesita ser dirigida de buena manera.

Es por tal razón que nosotros como un ministerio cristiano pequeño queremos hacer énfasis en la necesidad de utilizar este material de buena manera, para quienes "aquellos" que no tienen acceso aún a las tecnologías de hoy en día sean estos archivos una oportunidad de enriquecerse espiritual y teológicamente en sus iglesias, estudios bíblicos y comunidades de fe en todo el mundo.

Queremos aclarar que los archivos que nosotros ofrecemos mediante nuestras distintas plataformas han sido usados correctamente y algunos adquiridos con fondos para la obtención de algún buen instrumento de forma legal. Es por tal razón, que le pedimos encarecidamente que si usted desea descargar un archivo para uso personal, biblioteca virtual o cualquier otra actividad relacionada a la lectura de libros cristianos, lo haga con total libertad; más no así, cuando se trata de descargar archivos sin ningún esfuerzo y ponerlo a disposición de páginas webs, sitios electrónicos, aplicaciones móviles, blogs personales o institucionales, páginas o grupos de Facebook con el fin de pedir a cambio de su descarga remuneración económica y/o utilizar acortadores de url como una forma de lucrarse con la necesidad espiritual de las personas que desean investigar y descubrir los misterios del Reino de Dios. Favor abstenerse de este tipo de actividad y si desea mayor información puede escribirnos a nuestro correo electrónico institucional: milagrokreativo@gmail.com

Atte.-

Alfredo Guevara
Encargado de Comunicaciones
Santa Ana, El Salvador 6 de Junio del 2017

AVISO

DE TORMENTA

YA SEA QUE SE TRATE DE UNA RECESIÓN GLOBAL, AMENAZAS
TERRORISTAS, O DESASTRES NATURALES DEVASTADORES, ESTOS
PRESAGIOS SOMBRÍOS NOS DEBEN TRAER DE REGRESO AL EVANGELIO.

BILLY
GRAHAM



GRUPO NELSON
Una división de Thomas Nelson Publishers
Desde 1798

NASHVILLE DALLAS MÉXICO DF. RÍO DE JANEIRO

© 2010 por Grupo Nelson®

Publicado en Nashville, Tennessee, Estados Unidos de América.

Grupo Nelson, Inc. es una subsidiaria que pertenece completamente a Thomas Nelson, Inc.

Grupo Nelson es una marca registrada de Thomas Nelson, Inc.

www.gruponelson.com

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio — mecánicos, fotocopias, grabación u otro— excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito de la editorial

Publicado anteriormente por:

Editorial Unilit

Miami, FL U.S.A.

Primera edición 1993

Título en inglés: *Storm Warning*

© 1992 por Billy Graham

Publicado por Word Publishing

Dallas, Londres, Vancouver, Melbourne

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, Versión Reina-Valera 1960

© 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina,

© renovado 1988 por Sociedades Bíblicas Unidas.

Usados con permiso.

Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Otras citas bíblicas marcadas:

La Biblia al Día (BD) © 1979 Living Bibles International

Usadas con permiso.

Traducido al español por *Guido Castellanos*

ISBN: 978-1-60255-439-9

Impreso en Estados Unidos de América

10 11 12 13 14 BTY 9 8 7 6 5 4 3 2 1

INDICE

Prólogo

Primera parte: Nubes de tormenta en el horizonte

1. Los cambios que se avecinan

2. Las señales de los tiempos

3. Un panorama cambiante

Segunda parte: Los relámpagos sobre Patmos

4. Dentro del Apocalipsis

5. La radiante esperanza

6. Al que venciere

7. De pie ante Dios

Tercera parte: En medio de la tempestad

8. Huida del paraíso

9. Engaño espiritual

10. El mundo material

Cuarta parte: El ojo del huracán

11. El que trae la guerra

12. Hambre en la tierra

13. La sombra de la muerte

14. Esperanza para el mundo

Quinta parte: Rumbo a la próxima salida del sol

15. Una voz en medio de la tormenta

16. La promesa de la paz

Epílogo

Bibliografía



Este documento ha sido
encriptado para su
edición y/o modificación.
Se reservan todos los
derechos del autor, autores,
casas editoriales,
ministerios cristianos
de cada obra que en
Milagro Kreativo
publicamos.

Favor haga buen uso de
este y otros materiales
que pueden ser
descargados gratuitamente
en nuestra página de
facebook o escribanos
al correo institucional:
milagrokreativo@gmail.com

PROLOGO

La Biblia es un libro para el presente. Mientras más complejo e inseguro se torna el mundo, más nos hace falta la verdad de Dios para darnos dirección moral. Los credos antiguos de la iglesia cristiana, entre los que hay algunos que tienen cerca de mil setecientos años, afirman que la Biblia es "la regla infalible de fe y práctica"; y resulta tan práctica en la actualidad, para traer armonía y paz a la tierra, como en cualquier época. Sería trágico que no reconociéramos el lugar que deben ocupar las Escrituras en nuestras vidas o que permitiéramos que los principios que exponen el propósito de Dios para la humanidad cayeran en desuso. Hoy nos hace falta la palabra de Dios como nunca antes en la historia.

No es por accidente que el libro más popular y máspreciado actualmente en Rusia, Rumania, Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria, Albania, y Alemania, sea la Biblia. A quienes se les priva de su sabiduría y de su visión, caen en el hastío. Dios habló por medio del profeta Oseas, y dijo: "Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento". Dondequiera que a la palabra de Dios se le proscriba o se le ignore, de seguro habrá destrucción.

A medida que presenciamos los eventos que en la actualidad se desarrollan en Europa Oriental, en la Comunidad Europea, en la Federación Rusa, y en el Medio Oriente, existen motivos suficientes como para ser optimistas. Visto desde diversos ángulos, al parecer, el mundo está en los umbrales de un período de paz y tranquilidad. Pero nadie debe suponer que ya no se corre peligro. Todavía hay motivo

para inquietarse. Hay tormentas que se divisan en el horizonte. Nos azotan la creciente deuda, el crimen en aumento, las nuevas formas de manifestar el odio racial y étnico; los valores morales que se desintegran, las enfermedades que se transmiten sexualmente y la epidemia del SIDA, el colapso de la tradicional unidad familiar, el agravamiento del abuso de las drogas y el alcohol y el incremento de los ataques hostiles contra la iglesia cristiana.

¿Es todo esto una simple coincidencia, o es casi un síntoma de algo que está por ocurrir?

Vivimos actualmente en el período más complejo y sofisticado de toda la historia humana. Ciencia, tecnología e ideas que han reformado literalmente las dimensiones de nuestro mundo y unas cuantas naciones modernas que ahora ostentan el poder para determinar el destino y el futuro del planeta.

Pero, ¿qué ocurriría si esta fuerza y poder caen en manos de líderes inescrupulosos y sin principios? Actualmente somos presa de un torbellino de incertidumbre económica con nuevas alianzas de poder y comercio que se vislumbran en el horizonte. Las Naciones Unidas y otras organizaciones internacionales parecen imposibilitadas de asegurar una paz estable

En estos momentos, Asia, Europa, y las Américas, están forjando vigorosas alianzas económicas regionales. ¿Qué nuevas amenazas podrían surgir repentinamente, si la competencia, el proteccionismo, o el extremo nacionalismo empujaran al mundo una vez más hacia una confrontación bélica? A medida que presenciamos los brotes de violencia en Alemania, Yugoslavia, Rusia, Francia, Inglaterra, y los Estados Unidos, ¿podría alguien dudar acerca de los acontecimientos que se avecinan? La muerte de Europa comunista y la derrota de Sadam Hussein dieron al mundo el respiro que tanto necesitaba, pero, no podemos permitir que esta situación nos adormezca. Tenemos

razones suficientes para creer que aún faltan muchas sorpresas y que el verdadero huracán vendrá de un momento a otro.

Este es un libro de advertencias —acerca del Apocalipsis— del juego final. Está incluido un relato de los asombrosos y detallados escritos de Juan el apóstol encontrados en el libro de Apocalipsis. Transmitido por el último sobreviviente de los discípulos de Jesucristo, esta es una descripción de los eventos que deberán ocurrir al final de la presente era. Parte de este material fue incluido en forma ligeramente diferente en un libro anterior *Approaching hoofbeats*, en 1983. En este nuevo trabajo he añadido una discusión sobre Mateo 24:3-27, en la cual Jesús describe a sus discípulos las señales del fin. Estas narraciones son presentadas aquí en el contexto de mi propia experiencia que abarca seis continentes y cerca de cincuenta años de ministerio.

Desde la cruzada celebrada en Los Angeles en 1949, cuando por primera vez nuestro ministerio recibió atención nacional, he tenido el privilegio de predicarle a más de cien millones de personas, en ochenta y cuatro países. Durante esos años he predicado desde los púlpitos históricos de Moscú, Cracovia, Praga, Budapest, Wittenburgo, Berlín, Dresden, París, Londres, Bruselas, Amsterdam, y en muchos otros lugares donde se producen noticias en el presente.

Desde 1954 he hecho ocho viajes distintos a las dos Alemanias y para mí fue una honra poder hablar en la puerta de Brandenburg, mientras que aún se derribaba el muro de Berlín. Me he parado en lugares donde se han desarrollado eventos históricos. He visto con mis propios ojos el papel que hombres y mujeres de fe han jugado en estos importantísimos eventos; y he escuchado con mis propios oídos sus clamores por la libertad.

Cualquier historia de los sucesos políticos de nuestra época está incompleta si no incluye una discusión de la Biblia, del impacto causado por el cristianismo y sobre el papel que ha jugado la fe en la

transformación de mentes y corazones en todas partes del mundo. Yo he conocido a estos hombres y mujeres —aquellos que están cambiando el mundo a nuestro alrededor— en lugares como la Iglesia Getsemaní en Berlín, donde el Nuevo Forum se reunió; en Timisoara, Rumania, donde se inició la disensión; en Moscú, en Kiev, en Budapest, en Varsovia, y en Lipzig.

En estos lugares es donde las verdaderas revoluciones están teniendo lugar, porque lo que está sucediendo en el mundo en el presente no es sólo una protesta, sino más bien una revolución en el corazón del hombre; un cambio diseñado por Dios mismo precisamente para tiempos como los que vivimos.

La tarea de escribir, investigar, y proveer de referencias una obra de esta magnitud, nunca resulta fácil. Requiere la colaboración de muchas personas diligentes y largas horas de trabajo. Me siento agradecido por todas las personas que han tenido parte en esta obra, mediante su participación en nuestro ministerio a través de los años. También quisiera expresar mi gratitud al doctor Jim Black, por su extensa labor de investigación y de coordinar el desarrollo del manuscrito; a Kip Jordon, Joey Paul, y al personal de Word; y también a mis asociados: el doctor John Akers, Fred y Millie Dienert, y mi secretaria, Stephanie Wills; y especialmente a mi esposa, Rut. Todos participaron en la labor editorial. Pero, sobre todo, quiero agradecerle a usted, el lector, por participar en esta experiencia. Usted tiene el futuro en sus manos y le pido a Dios que le conceda la sabiduría para emplearlo sabiamente.

Billy Graham
Montreat, Carolina del Norte
Julio de 1992

PRIMERA PARTE

Nubes de tormenta **en el horizonte**

Los cambios que se avecinan

Todos los desastres que he presenciado alrededor del mundo, tanto naturales como producidos por el hombre, no me prepararon para lo que vi en el sur de la Florida, en septiembre de 1992. El huracán Andrew dejó una estela de destrucción de más de cincuenta kilómetros de ancho. Era un cuadro de caos total que se extendía hasta donde la vista podía alcanzar. Ni una sola casa ni un solo edificio quedaron ilesos.

El gobernador de la Florida, Lawton Chiles, me había pedido que viniera a reunirme con los habitantes de las zonas más afectadas del estado, en particular Homestead y las otras comunidades donde Andrew había causado graves daños. El sábado, 5 de septiembre, tuvimos el privilegio de celebrar un culto religioso para aquellos que tan urgentemente necesitaban aliento. Sólo unos días antes esta misma gente continuaba, como de costumbre, con sus quehaceres diarios, sin darle mucha importancia a la depresión tropical que los satélites habían detectado en las cercanías de las costas del oeste de Africa.

Al principio no era más que una típica depresión tropical. Pero comenzó a ensancharse y a coger impulso, y a trasladarse lentamente cruzando los mares, rumbo al oeste. Los metereólogos alrededor del mundo reconocieron el primer huracán de la temporada, pero pronto señalaron que se hallaba muy distante, por lo que no había motivo

para preocuparse.

Pero esa evaluación cambió radicalmente al cabo de tres días, a medida que la tormenta se acercaba a las aguas del Caribe. Cada día que pasaba los avisos del tiempo se hacían más marcados: aviso para pequeñas embarcaciones; aviso de vientos fuertes; aviso de tormenta tropical; y—cuando los vientos soplaron a más de cuarenta y ocho nudos—aviso de huracán.

Andrew llegó a las costas de las Bahamas a las 11:00 p.m., el domingo, 23 de agosto. Cuatro personas perdieron la vida en la isla de Eleuthera, y los daños a la propiedad fueron los más extensos en toda la historia de la isla. Cuatro horas después las palmeras en el sur de la Florida comenzaron a danzar con las primeras ráfagas de viento de Andrew.

Mi hija GiGi, y su esposo Stephan, nos telefonaron esa misma noche desde su hogar, ubicado cerca de Fort Lauderdale. "Aquí estamos sentados, esperando por Andrew", me dijo ella. No sabemos con certeza por dónde va a pasar, pero dentro de cuatro horas ya habrá llegado aquí". Habían tomado todas las medidas que les fue posible, pero iban a pasar la tormenta en casa. Las palabras de GiGi hicieron que la tormenta adquiriera un nuevo significado dramático y de urgencia para Rut y para mí.

Más al sur, cerca de Florida City, Hermán Lúcame también se preparaba para vencer la tormenta. Hermán fue alcalde de Florida City y era un reconocido amante de la naturaleza y guía de pesquería. A la edad de setenta y ocho años se le conocía con el nombre de "Mr. Everglades", (Señor Manglares), porque ese inmenso territorio pantanoso lo conocía como la palma de su mano. Había vivido allí toda su vida. Después de haber oído las advertencias sobre la tormenta, tomó las medidas que de costumbre solía tomar, como había hecho en preparación para un sinnúmero de huracanes en el pasado. Había visto

tantos en el pasado que estaba convencido de que vencería otro más.

Andrew azotó el sur de la Florida alrededor de las 4:00 a.m. A lo largo de esas mortíferas e interminables horas, el huracán Andrew desató una furia que adquirió proporciones devastadoras. Era la primera vez que una tormenta pasaba directamente sobre "The National Hurricane Warning Service"(Servicio Nacional de Aviso de Huracanes), en Coral Gables. El huracán arrancó los radares de la azotea del edificio de seis pisos. El anemómetro del centro fue destruido poco después de haber registrado vientos de 264 kilómetros por hora y ráfagas que ni siquiera se pudieron registrar. Los vientos que azotaron el sur de la península de la Florida dejaron un saldo de treinta y tres muertos, más de sesenta y tres mil casas destruidas, 1.3 millones de personas sin energía eléctrica ni agua, y más de \$30.000 millones en daños. Pero esto no es todo.

Diecinueve horas más tarde el huracán había atravesado el golfo de México y había azotado la costa de Louisiana, donde nuevamente causó pérdidas de vidas, dejó sin hogar a cincuenta mil personas, y a cientos de miles sin agua ni energía eléctrica.

Los periódicos declararon que éste había sido el mayor desastre producido por causas naturales que jamás hubiera azotado a los Estados Unidos de América.

En cuanto pudimos establecer comunicación, Rut y yo hablamos por teléfono con GiGi y Stephan. Nos dijeron que vientos de 161 kilómetros por hora habían soplado en su vecindario y que habían derribado árboles y postes del alumbrado. Habían pasado el huracán sin novedad, pero me aseguraron que nunca más harían el intento de vencer otro huracán. Habían aprendido la lección y estaban agradecidos de que se les había dado otra oportunidad.

En Florida City, por desgracia, Hermán Lucerne jamás tendría otra oportunidad. No salió con vida del huracán Andrew. Se fio de su

experiencia, pero en esta ocasión las precauciones que había tomado, como hacía de costumbre, no habían sido suficientes.

Hace veintitrés años, en la ciudad de Pass Christian, estado de Misipí, un grupo de personas se preparaba para celebrar una fiesta, con motivo de un huracán que se avecinaba, al que habían dado el nombre de Camille. ¿Desconocían los peligros? ¿Habrían confiado demasiado en ellos mismos? ¿Permitieron ellos que el yo y el orgullo influyera en la decisión que tomaron? Eso jamás lo sabremos.

Lo que sí sabemos es que los vientos bramaban fuera de los apartamentos en que vivían, cuando el jefe de la policía, Jerry Peralta, detuvo su auto frente a los apartamentos, poco después de haber caído la noche. Los apartamentos, situados a cerca de 100 metros de la orilla, estaban situados en la misma zona de peligro. Un hombre, con un trago en la mano, se asomó al balcón del segundo piso y saludó con la mano. Peralta le gritó: "Todos ustedes necesitan evacuar este lugar. La tormenta se está empeorando". Pero los demás se unieron al hombre que se asomaba al balcón y todos se rieron de la orden que les había dado Peralta. "Esta es mi propiedad", gritó uno de ellos, "si quiere que salga de aquí, tendrá que arrestarme".

Peralta no arrestó a nadie, pero tampoco pudo persuadirlos para que salieran de allí. Anotó los nombres de los parientes más cercanos de las más de veinte personas que se habían reunido allí para hacer fiesta mientras que pasara la tormenta. Ellos se reían mientras que Peralta anotaba sus nombres. A todos se les había avisado, pero no tenían ni la menor intención de salir de allí.

Eran las 10:15 p.m. cuando la tormenta tocó la costa. Los científicos cronometraron la velocidad de los vientos de Camille a más de 330 kilómetros por hora; los más fuertes que se habían registrado hasta la fecha. Las gotas de lluvia golpeaban con la fuerza de una bala. Y las olas de la costa del golfo se elevaron a una altura de

entre los seis metros y medio a los ocho metros.

Los informes noticiosos más tarde mostraron que los daños más severos ocurrieron en la zona donde estaban ubicados los moteles, los bares y las casas de juego, conocidos con el nombre de Pass Christian, Misisipí; donde alrededor de veinte personas perdieron la vida mientras que celebraban una fiesta con motivo de la llegada del huracán, en los Apartamentos Richelieu.

Frente a la realidad

Mi hija GiGi, su esposo Stephan, Hermán Lúcame, y las personas que se encontraban en los Apartamentos Richelieu, estaban luchando en posición de desventaja. Habían escuchado los avisos, pero tomaron la decisión de quedarse. En la actualidad hay avisos de tormentas de diferente naturaleza, que se avecinan. Estos avisos nos instan a que prestemos atención a las crisis en nuestro mundo. Y yo me pregunto si no estamos a ciegas, con la vista fija en una tormenta de dimensiones apocalípticas que se aproxima.

Jesús dijo: "Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares. Y todo esto será principio de dolores" (Mateo 24:7-8). Hay avisos de tormentas por todas partes y nubes negras formándose en el horizonte. En los Estados Unidos de América hay recesión económica, y hay millones de personas alrededor del mundo que padecen sufrimientos y angustias nunca antes vistos. Ciertamente vivimos en una época de aflicciones. Pero, ¿qué significa todo esto? ¿Estamos nosotros de veras en peligro?

En su discurso de 1992 a la nación, el presidente George Bush habló sobre el innegable conocimiento de que algo profundo y fuera de lo común estaba ocurriendo en el mundo. El lo llamó "grandes cambios".

El presidente Bush aplaudió la muerte del comunismo y la aparente victoria de los Estados Unidos de América en la guerra fría. El afirmó: "Durante los últimos doce meses el mundo ha atravesado por cambios de proporciones casi bíblicas".

Luego, en mitad de ese discurso en enero, el presidente advirtió a la nación sobre los peligros que aún había por delante, diciendo: "El mundo sigue siendo un sitio peligroso. Sólo los que han muerto han cesado de tener conflictos. Y aunque hemos dejado atrás los desafíos del pasado, los del futuro ya se vislumbran".

Es cierto, hay numerosas señales de esperanza y numerosos emocionantes desafíos que están surgiendo en el mundo. Los eventos en la Europa del este han sido emocionantes, a medida que los he visto desenvolverse; pero han surgido también grandes peligros. Los vemos descritos detalladamente en los noticieros nocturnos. Los titulares en los periódicos los dan a conocer. Puede ser que sea fácil estimar el peligro que presenta un huracán, pero ¿cómo se determinan los peligros de una sociedad que se encuentra en estado caótico? ¿Por dónde comenzar?

Ese es precisamente el propósito por el cual se escribió este libro, a saber: examinar las condiciones en que se encuentra este mundo en la presente época de dificultades y analizar las circunstancias a que nos enfrentamos hoy, a la luz de la única norma digna de confianza, la Biblia. El fin que persigo no es el de despertar temores infundados ni hacer acusaciones sin fundamento. Más bien espero formular algunas interrogantes importantes. ¿Podemos hallar alguna esperanza en la presente situación mundial? ¿Habrà paz duradera? ¿Existe otro camino? ¿Cómo debemos vivir a la luz de los nuevos desafíos y crisis que han surgido en el mundo?

Tensión en nuestras calles.

Yo puedo confirmar la atmósfera de tensión que se siente en nuestras calles. Viajo constantemente y a dondequiera que voy en el presente puedo observar los síntomas de la decepción y la desesperanza. El mundo entero se conmovió por la violencia y el saqueo de la ciudad de Los Angeles, incitados por el impopular veredicto en el caso de Rodney King. Sólo un año antes presenciamos los reportajes de la televisión sobre los hostiles confrontamientos entre los activistas proaborto y provida, en Indianápolis y en otras partes. Antes de esto, nos llegaron las noticias de los disturbios en San Francisco. A todo lo largo de los Estados Unidos de América, de ciudad en ciudad, las multitudes enfurecidas se desenfrenan en protesta por un asunto u otro.

En abril de 1992, un reportero de Prensa Asociada dialogó con estadounidenses de California y la Florida, y como resultado descubrió en ellos una sensación de ansiedad y de incertidumbre, e incluso sentimientos de desesperanza. Un hombre en Louisiana habló acerca de un "temor deforme y sin nombre". Un veterano de la Segunda Guerra Mundial, de Wisconsin, percibió la "advertencia de una revolución". Un abogado del estado de Washington habló sobre su creciente preocupación tocante a la mala administración del gobierno y a los abusos de poder del mismo. Una monja en la Florida habló acerca de la "ansiedad flotante" entre la gente que le tocaba conocer.

A la espiral económica de los ochenta le ha seguido la aparentemente interminable recesión de los noventa. El solo ímpetu de tales cambios le ha robado el gozo y el optimismo a muchos estadounidenses. La pérdida de empleos, vidas destruidas, carreras arruinadas, insolvencias, matrimonios deshechos, abuso físico y emocional, y cientos de diversas tragedias, han invadido a los hogares estadounidenses. Lo que ha quedado en tales casos ha sido la realidad

sombria, poco romántica y carente de gozo, de una nación sumergida en graves dificultades. Y se puede ver con demasiada claridad que el sube y baja emocional de las dos décadas pasadas se ha complicado trágicamente por la quiebra moral y espiritual de nuestra sociedad.

Un mundo cambiante

Mas los Estados Unidos de América no es el único lugar donde en la actualidad hay problemas. Mientras que la población del planeta sigue en aumento a una velocidad de cerca de cien millones de nacimientos anualmente, millones de personas mueren por causa de epidemias, guerras, hambre, drogas, crimen y violencia. Vivimos en una época de enormes conflictos y de transformación cultural. Las revoluciones políticas y sociales de nuestra época nos dejan perplejos.

En el escenario político del mundo, los eventos ocurridos en los últimos tres años parecen llevar el inconfundible sello del destino. Hemos quedado atónitos por las olas de choque producidas por los cambios ocurridos en diferentes naciones alrededor del globo terráqueo. Muchos de estos cambios han traído esperanza y libertad a cientos de millones de personas. Sin embargo, a pesar del resurgimiento de la democracia en la Europa oriental, de la caída del muro de Berlín, de la guerra de cien horas en el golfo Pérsico; del golpe en la Unión Soviética, y de la anunciada muerte del comunismo, estamos siendo testigos de los inevitables problemas que están surgiendo como resultado de la fatigosa y problemática unificación de Europa.

No habíamos acabado de presenciar la trágica muerte de los estudiantes que estaban en favor de la democracia, en la Plaza Tiananmen, cuando ya empezaban a darse a conocer las emocionantes noticias del triunfo de la democracia en Rumania, Polonia,

Checoslovaquia, Bulgaria y otros antiguos países comunistas. En diversos lugares, los promotores del cambio brindan una grandiosa visión de unidad mundial. Afirman que el mundo ha llegado a los umbrales de una paz y una unidad nunca vistas. En su ampliamente divulgado discurso en Fulton, Missouri, Mikhail Gorbachev hizo un llamado para que se formara un gobierno central de naciones democráticas: un nuevo orden mundial que reemplazara los viejos modismos y estratagemas que tenían su base en el conflicto nuclear. Pero mientras que el mundo aplaudía sus declaraciones, y aun su modo de pensar, había suficientes motivos como para ser precavidos en casi todas partes.

El baño de sangre ocurrido en Yugoslavia es sólo un ejemplo más de las belicosas tensiones desatadas por estos cambios. Pero estos disturbios no son totalmente inesperados.

Mientras que los mundialistas y los especialistas en asuntos internacionales continúan con su cantaleta de "paz, paz", debemos recordar que la Biblia dice que no puede haber paz duradera hasta el retorno de Cristo. Así que el mundo sigue siendo un lugar caracterizado por la agitación y la incertidumbre. A pesar de que tengamos esperanza y estemos a la expectativa —y mientras que el mundo continúa aplaudiendo a hombres como Gorbachev, cuando hablan de la paz— nuestros temores no se disipan fácilmente.

Hemos visto los resultados de la avaricia desenfundada, de la corrupción y de la manipulación que se hace en Wall Street; de la mala administración financiera en el sector gubernamental; del fraude y la perversión en los niveles más altos de la iglesia y del estado. Mientras que vigilan lo que muchos observadores consideran que ha de ser una confrontación decisiva entre las potencias financieras de Europa, Asia y Norte América, muchas personas presienten la posibilidad de que eventos mayores se van a desatar en el mundo. Mientras que

anhelamos la paz, y deseamos nuevas oportunidades y prosperidad, de continuo nos enfrentamos con las realidades de los nuevos problemas que surgen en esta era caracterizada por las crisis.

La búsqueda de una nueva moralidad

En la primavera de 1992, los disturbios ocurridos en South Central, Los Angeles, atrajeron la atención del mundo entero. Airados por el veredicto del jurado, los enloquecidos amotinadores tomaron la ley en sus propias manos y cometieron innumerables crímenes, más horribles, alevosos y repulsivos que el hecho por el que supuestamente protestaban. Cuarenta y cuatro personas perdieron la vida; hubo dos mil heridos y se estima que los daños a la propiedad ascendieron a más de mil millones de dólares. En comentarios acerca de los resultados de los disturbios, los editores de la revistas "Newsweek", escribieron: 'Los disturbios en Los Angeles acentuaron la importancia que tiene el encontrar nuevas formas de pensar sobre el asunto étnico, el crimen y la pobreza. Y ... la necesidad de encontrar nuevas formas de liderazgo moral se hace penosamente clara'. Los diarios sensacionalistas y las revistas noticiosas alrededor del mundo publicaron una página tras otra, repletas de asombrosas fotografías, que mostraban claramente las caras de los saqueadores y de los sediciosos y de los restos de los edificios consumidos por el fuego. Sin embargo, esas escenas de violencia en las calles de los Estados Unidos de América, son sólo una ilustración del terror general que existe hoy en el mundo.

También nos han perturbado las fotografías que se han publicado sobre guerras, hambres y pestilencias en Africa oriental y además, el cuadro tétrico, en la primera plana de los periódicos y las pantallas de los televisores, de madres con sus hijos enflaquecidos hasta el límite, en un país devastado por la guerra como, Somalia. El espectro de la

guerra nunca parece desaparecer del continente africano. Pero continuamente tales imágenes señalan la frágil línea que existe entre la vida y la muerte en el mundo moderno. La tragedia de Somalia es la copia al carbón de más de una docena de guerras parecidas de los años recientes. Desde noviembre de 1991, enfrentamientos armados han virado a media docena de facciones, unos contra otras, en esa nación agobiada por la pobreza. El presidente abandonó el país para salvar su vida, y dejó atrás un estado de desorden total y anarquía. En las fotos publicadas por las noticias, no pude menos que ver reflejos de Biafra, Soweto, Uganda, Liberia, Etiopía, el Congo Belga, y de muchas otras sangrientas guerras en Africa, de los últimos cuarenta años.

El 7 de mayo de 1992, un artículo escrito por Todd Shields, que reportaba para el Washington Post desde Mogadishu, describía cómo la nación se había convertido en lugar de carnicería o matanza, como resultado de la guerra, la pobreza y la sequía. En las ciudades no había energía eléctrica, ni tampoco mecánica. No había comida, ni suministros médicos, y había pocas cosas de valor que no hubieran sido saqueadas o arruinadas. Grupos de merodeadores armados mataban, saqueaban y robaban a su antojo. Hasta se robaban los alimentos para bebés que se transportaban por avión, con el fin de alimentar a los niños en los campamentos para refugiados de la nación.

Finalmente, el asesinato de un obrero de la Cruz Roja, hizo que aun ésta interrumpiera sus esfuerzos para traer comida y suministros médicos. Nadie sabe lo que el futuro les deparará. Esta es la desconsoladora y espantosa realidad, pero se ha convertido en la norma, por los horrores de que somos testigos en el mundo que nos rodea. Algunos observadores han señalado que los Estados Unidos de América —como el resto del mundo— puede estar llegando al punto de abandonar los asuntos de importancia social. Ya no creemos que podemos brindar ayuda al pobre y al desamparado. Nos hemos

deshecho de nuestras emociones. La revista "Newsweek" describió este sentimiento como un caso de "agotamiento de la compasión".

¿Debe sorprendernos el hecho de que el mundo se encuentre en semejantes condiciones? Cuando vemos el fraude, la corrupción, y el abuso en todos los niveles de la sociedad y en todos los sectores de la vida pública, ¿puede esperarse que alguien siga creyendo equivocadamente que la humanidad de alguna forma se puede perfeccionar, sin la intervención de Dios? ¿Puede esperarse que no se acabe la compasión y el interés, cuando no hay medida de misericordia que sea capaz de detener el sufrimiento?

Un llamado a la entereza

En un discurso pronunciado en el Jonathan Edwards College de la Universidad de Yale, en noviembre de 1990, el Secretario de Salud y Servicios Humanos, doctor Louis W. Sullivan, hizo un llamado a un "renovado sentido de responsabilidad personal" en el país. Afirmó que "un alto porcentaje de las enfermedades y los incapacitados que aquejan al pueblo estadounidense, son el resultado de decisiones imprudentes respecto a conducta y estilo de vida". El resultado, dijo él, es el de vidas malogradas, atrofiadas y menos realizadas para nuestros ciudadanos, y excesivos costos médicos.

El doctor Sullivan describió gráficamente los daños causados por el uso del tabaco y del alcohol, citando las pérdidas de vidas y lo que les cuesta en dólares a los contribuyentes. Pero habló, además, sobre los daños causados por las imprudentes decisiones que toman los estadounidenses en lo tocante a la moral y a los valores de la nación. El dijo:

"Estoy preocupado por la disminución de la confianza en nuestra disposición y nuestra habilidad, como nación y como individuos, para tomar decisiones correctas tocantes a la

sana conducta humana y al sano estilo de vida. Unida a esta decadente fe en los juicios éticos y de valores morales, tenemos la erosión de aquellas instituciones que han movido, moldeado y sostenido nuestras normas éticas y culturales: la familia, el vecindario, la iglesia, la escuela y las asociaciones de voluntarios. Como consecuencia de este deterioro institucional, poseemos menos fuentes de instrucción sobre lo que es conducta saludable y constructiva".

Las condiciones que el secretario de salud describió son las mismas que en parte han provocado ira, violencia y hostilidad en nuestras calles. "A todo mi alrededor veo el daño que ha causado nuestro dilema ético, el precio que hemos pagado por la indiferencia de nuestra cultura", añadió Sullivan. "Muchísimos de estos problemas tienen sus raíces en la desavenencia, el aislamiento y la falta de orientación que suceden al resquebrajamiento de las normas de una sociedad y de las instituciones que las generan".

Sullivan definió su discurso en Yale como una petición por la revitalización de la "cultura del carácter". En realidad, el secretario abogaba por el retorno a virtudes anticuadas como "la autodisciplina, la integridad, la responsabilidad por las acciones personales; el respeto, la perseverancia, la moderación, y la dedicación a servir a los demás y a la comunidad en general".

Valores fundamentales

Ciertamente, al mundo le hace falta liderazgo moral. Pero no de una nueva índole, como ha propuesto "Newsweek". Más bien, como propuso Louis Sullivan, nos hace falta la clase de valores fundamentales y el carácter personal que en el pasado el mundo comprendió y respetó. Necesitamos el liderazgo moral que enseña la diferencia entre lo bueno y lo malo, que nos enseña a perdonarnos los unos a los otros, así como nuestro Padre en el cielo nos perdona a nosotros. Nos hace falta el liderazgo moral que enseña el amor por

nuestros hermanos y hermanas de toda raza y nacionalidad; una moral en la que la abundancia material jamás es el objetivo o la meta de una sociedad, sino sólo el fruto de su laboriosidad.

El mundo necesita la clase de liderazgo moral que respeta los derechos de hombres y mujeres por igual, como criaturas de un solo Padre, pero con el equilibrio y la armonía que el Padre diseñó para nosotros; lo cual nos dijo que era lo más natural y beneficioso para la capacidad que hay en nosotros de tener vidas felices y productivas. En sus últimos días en esta tierra, Jesús dijo: "El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él" (Juan 14:23). Esta es la clase de liderazgo moral que el mundo necesita.

Necesitamos una moralidad que garantice el respeto por las madres que funcionan como madres y por los padres que funcionan como padres; y por todos aquellos que viven y trabajan juntos para cumplir los mandamientos de Dios, en busca de nuestro propio destino como hijos privilegiados que somos de El. Hacen falta familias que se mantengan unidas, cuyos miembros oren juntos. No nos hace falta un nuevo orden moral. El mundo necesita urgentemente el orden moral ya probado que Dios dio en Sinaí; orden que probó mediante los profetas y los patriarcas de la antigüedad, el cual expresó de manera perfecta en la vida, la muerte y la misma presencia de Su propio Hijo, Jesucristo.

Muchos recordarán el relato publicado en la revista "Time", acerca de Joseph Markowski, un vagabundo contaminado con el SIDA, que había estado vendiendo su sangre en un centro para plasma, en Los Angeles. Según él, le hacía falta el dinero. Fue acusado de intento de asesinato, puesto que no le importaba a quién mataba con su sangre contaminada. Esta es la moralidad de un mundo egoísta y negligente. A menos que recurramos a la moralidad de Jesucristo, quien derramó su

sangre para salvar vidas, la moralidad de Joseph Markowski es lo mejor que el mundo puede esperar.

El torbellino emocional

En mi libro titulado "World Aflame"(Mundo en llamas (1965), me referí a los sesenta y a los setenta, como una era de enojo y de indignación; como una guerra de ideologías contrarias. Mientras que las circunstancias de nuestra propia época puede ser que hayan cambiado superficialmente, estoy convencido de que las dimensiones sociales principales en verdad nada han cambiado. De hecho, todavía estamos pagando el precio de la imprudencia del libre pensamiento de los sesenta. Más que en ninguna otra época, nuestra cultura está atrapada en una red de irresponsabilidad y egoísmo. Nuestra sociedad sigue atrapada en el mismo estado de desesperación y temor que nos ha impulsado en inexorable descenso hacia un infierno emocional.

A medida que nos aproximamos al final del presente milenio y de este siglo trascendental, el mundo parece estar girando a mayor velocidad cada día. La tecnología y el tiempo mismo se alejan de nosotros a una velocidad vertiginosa. ¿Quién puede mantenerse al mismo paso? ¿Cuándo terminará todo esto? Tenemos que preguntarnos si existen respuestas para las crisis a que nos enfrentamos en nuestra época. Pero también debemos preguntarnos si todavía hay esperanza para nosotros, o si las cosas están tan malas como a menudo nos tememos.

Las librerías están repletas de promesas. Libros escritos por sabios y profetas de toda índole brindan fortuna y sabiduría instantáneas. Para algunos, la respuesta se encuentra en las buenas condiciones físicas. De seguro que un cuerpo perfecto ha de traer felicidad. Para otros la respuesta se encuentra en el bienestar psicológico y emocional, o en

hacer contacto con el ser "espiritual" e interior. Otros procuran convencernos de que nuestros derechos han sido violados de alguna manera y que el camino hacia la felicidad consiste en tomar cartas en el asunto.

Desafortunadamente, aunque los nombres puede que sean nuevos, en esencia los remedios son antiguos. Aunque algunas de estas recetas pueden detener temporalmente los síntomas de las aflicciones del mundo, ninguna puede curar la enfermedad. La enfermedad está alojada en lo profundo del alma de nuestra sociedad, y la sanidad de ese territorio ha sido siempre facultad exclusiva de Dios.

He preguntado a gente de diferentes partes del mundo lo que opinan en cuanto a lo que nos aguarda en el futuro. La mayoría tiene un criterio pesimista. Los editoriales de la prensa internacional son aún más sombríos que los de la prensa estadounidense. Los términos "Armagedón" y "Apocalipsis" se emplean constantemente para describir eventos de la escena mundial. En la década pasada, la sombría ficción de George Orwell, titulada "1984", era la imagen que todo el mundo empleaba. Hoy la ficción de Orwell nos parece pálida al compararla con la realidad: En la actualidad nos atemoriza la consumación del Apocalipsis.

Por este motivo es que he acudido de nuevo, en este libro, a la historia de los cuatro jinetes y al relato bíblico sobre los últimos tiempos, para hacerle frente a estos espectros y para analizarlos a la luz de la única verdad eterna digna de confianza: la verdad revelada de Dios, la Biblia. Para poder hacerle frente a los problemas que nos salen al paso en nuestra era, me propongo hacer un análisis de lo que la Biblia dice acerca de estos tiempos y de nuestras esperanzas para el futuro.

La tormenta que se levanta

Yo creo que la imagen de una tormenta que se avecina ilustra el temor y la incertidumbre con que me tropiezo en mis viajes. En medio de toda clase de lucha política ya existe una tormenta de resentimiento en los corazones de mucha gente que he podido conocer. Entre nuestra juventud se está levantando una tormenta de ira. Con harta frecuencia han sido engañados y explotados, no sólo por el comercialismo de la presente era de consumo, pero también por los educadores y sociólogos, quienes los han despojado de valores, relaciones familiares y del sentido de que existe un propósito más alto en la vida. Veo a demasiados hombres y mujeres jóvenes que han sido víctimas del abuso de su virtud y a quienes se les ha destrozado la confianza que tenían en la asociación y en el compromiso. Temo sinceramente por el futuro de ellos.

He incluido en este libro gran parte del material de mi libro titulado "Approaching Hoofbeats" que trata sobre los cuatro jinetes del Apocalipsis, con el fin de reexaminar las enseñanzas bíblicas tocantes al fin de esta era. Los cuatro caballos y sus jinetes, descritos en el capítulo sexto de Apocalipsis —el último libro de la Biblia— siguen siendo cuadros potentes y evocadores de lo que puede ocurrir quizás muy pronto. Además, realizo un estudio más detallado de las palabras de Cristo en Mateo 24, donde nos habló sobre las señales de los últimos tiempos. Porque en el primer libro del Nuevo Testamento, Cristo nos hace saber con exactitud cómo se desarrollarán los últimos tiempos en el planeta Tierra.

En las vividas imágenes del Apocalipsis del apóstol Juan, observamos los peligros de nuestra época, descritos como Dios los ve. El primer caballo tiene que ver con las falsas religiones, con sistemas de creencias seculares, anti Dios y anticristianos. En mi exposición he procurado explorar las manifestaciones de esta realidad en nuestro

mundo actual. También examino las condiciones en que se encuentra el alma moderna, y las afirmaciones fraudulentas que han hecho los sabios de nuestros días, sosteniendo que son verdades.

El segundo caballo tiene que ver con la guerra y la paz. Al referirme a estos dos asuntos, he optado por hacerlo en relación con las condiciones actuales del mundo, a la vez que con los paralelos bíblicos. El tercer caballo tiene que ver con el hambre y la pestilencia. Y el cuarto representa el trauma de la muerte y los sufrimientos del infierno. Estos cuadros no se supone que constituyan imágenes inciertas o carentes de significado, sino más bien la revelación divina de las realidades de la época que precede al retorno de Cristo. En conjunto, los cuadros de los cuatro jinetes representan toda la variedad de temores y crisis que nos salen al encuentro en nuestra época. Los titulares del presente tienen el tono de los avisos de tormentas que se avecinan; y el lenguaje de los escritos proféticos de Juan jamás nos ha parecido más contemporáneo.

El lenguaje figurado del Apocalipsis es en verdad complejo y profundo, y a veces difícil de entender plenamente. No obstante, a medida que vaya realizando el estudio de estos capítulos, seré tan específico y literal como me sea posible. Además, he empleado comentarios hechos por autoridades en la materia, dondequiera que he considerado que servirán para aclarar determinados términos y conceptos. Mi propósito no ha sido el de extenderme en materia teológica tocante a la segunda venida de Cristo, o el de brindar una exposición personal de eventos, tales como el rapto de la iglesia, la tribulación, o el milenio. No obstante lo dicho, sí me doy a la tarea de realizar un estudio a fondo de lo que las Escrituras dicen sobre los eventos que ocurrirán en nuestra época y de la evidencia que Jesucristo esperaba que sus seguidores conocieran y entendieran.

En ambos pasajes —en los cuadros del Apocalipsis y en las

enseñanzas de Jesús en Mateo 24, tocantes al fin de la era— el propósito que me mueve es el de interpretar el texto de la forma más práctica y lógica que sea posible. A pesar de que en algunas porciones del texto se emplea un lenguaje difícil, estos pasajes tienen que ver de manera dramática con nuestra época y con los problemas de un mundo cambiante.

Que a nadie se le ocurra cometer el espantoso error de interpretar tales pasajes como si no fueran otra cosa que ficción o hipérbole. En presencia de tanta desesperanza en todos los extremos del globo terráqueo, es menester que se reconozca a la Palabra de Dios por lo que es: La Palabra de Dios. Así que mi propósito principal es examinar estos pasajes a la luz del mensaje de esperanza y seguridad que nos comunica Dios, y apuntar hacia la fuente por excelencia de la paz, que es la fe en Jesucristo. Existe una manera de librarse de la desesperación. Existe una respuesta para la crisis que atraviesa el mundo. Existe una forma de tener paz con Dios. Por eso es que este aviso de tormenta debe darse a conocer ahora.

Venciendo las tormentas de la vida

He llegado a apreciar en una nueva forma lo compleja que son las tormentas de la vida, durante los últimos tres años, puesto que yo mismo he tenido que encarar una tormenta de enfermedad. Mientras que el mundo sufría cambios políticos de grandes proporciones, en el otoño de 1989 yo empecé a sufrir mis propios cambios.

Lo primero que me inquietó fue un leve temblor en mis manos, cosa que atribuí a mi agobiante itinerario. En poco tiempo, sin embargo, se me hizo difícil caminar largos trechos y aun realizar tareas sencillas, como subirme a la tarima para predicar un sermón. Así que me dirigí a la Clínica Mayo con el fin de que me hicieran algunos exámenes. Mis

médicos me diagnosticaron que estaba en los inicios del mal de Parkinson, aunque la manifestación era muy leve. No hace falta que les diga que esas no eran las noticias que me hubiera gustado escuchar y aunque el diagnóstico me tomó por sorpresa, decidí no reaccionar exageradamente. Quería tomar las cosas con calma, seguir el tratamiento que me habían recetado los médicos y esperar, a ver si no podía vencer esta enfermedad.

Durante los últimos veinte años he tenido que hacerle frente a toda clase de enfermedades: algunas serias, muchas relativamente leves. Esto ha sido una nueva experiencia para mí, pero me complace informar que me encuentro bien. Me han ordenado que lleve un ritmo de vida más lento. Los médicos están satisfechos con mi progreso.

La propia naturaleza de la fe cristiana incluye cierta medida de sangre, sudor y lágrimas. Jesús nos llama a que seamos discípulos, sin que reparemos en las circunstancias. Cuando acudimos a Cristo, El nos quita una serie de problemas —la carga del pecado, la culpa, el aislamiento, la desesperanza y la separación de Dios— y nos dice: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí"(Mateo 11:29). No es un yugo tan pesado que no podamos llevarlo, pues Cristo mismo lo lleva con nosotros. El dice:"Mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Mateo 11:30). No obstante lo dicho, El nos llama para que le sigamos, a pesar del precio que haya que pagar, y jamás nos promete que no habrá dificultades en nuestro camino.

Todos tenemos nuestros propios problemas en la vida. Siendo un jovencito, decidí entregarle mi vida a Cristo. No lo hice porque pensara que El iba a erradicar todo mi dolor. No, yo puse mi confianza en El porque El me prometió vida eterna, y yo creí que siempre iba a estar conmigo y que me daría la fortaleza para poder hacerle frente a las dificultades de esta vida. Puede ser que yo no entendiera todas estas cosas en el principio, pero sí creí que a la larga Jesús me ayudaría a

vivir una vida victoriosa. Y puedo decir que El ha hecho esto y mucho más.

Corrie ten Boom solía decir: "Lo peor puede ocurrir, pero siempre permanece lo mejor". He aquí un mensaje maravilloso, puesto que todos tenemos que soportar tormentas en nuestra propia vida. Cuando un predicador o un maestro de la Palabra es demasiado entusiasta en lo que respecta a los beneficios materiales o espirituales de la vida cristiana, estoy convencido de que se hace colaborador del jinete que engaña. No hay nada en esta tierra que se pueda comparar con la nueva vida que tenemos en Jesucristo, pero no siempre ha de ser fácil. Y como ya he dicho, cada día aprendo más sobre esa verdad.

La prueba de resistencia

Cuando vienen a mi mente las batallas físicas, me acuerdo de un valiente joven que asistió a una de nuestras cruzadas en silla de ruedas. Sufrió las últimas etapas despiadadas de un cáncer incurable, por lo que estaba enojado y amargado. Había leído demasiados libros que prometían salud para el creyente. Demasiados cristianos bien intencionados le habían prometido que se sanaría milagrosamente de su enfermedad. Pero al no recibir sanidad instantánea, la incertidumbre en él aumentó cada día más.

Sus amorosos padres lo llevaron de un sanador de fe a otro, y cada uno oraba porque se obrara una sanidad dramática en él, pero de nada sirvió. El muchacho había orado y también había ayunado, y creía con sinceridad, pero la cura milagrosa no se había hecho realidad. Por el contrario, se estaba muriendo. Nuestra cruzada iba a ser el último culto al que ese joven habría de asistir en su vida.

La oradora invitada para nuestra Noche Juvenil, la noche en que el joven asistió, fue Joni Eareckson Tada. La mayoría de la gente sabe

que Joni quedó inválida años atrás en un accidente de clavado. Ella había pedido sanidad en oración, no obstante había quedado cuadriplégica, restringida en una silla de ruedas. Cuando se acercó al micrófono en su silla de ruedas, no se molestó en exagerar en la presentación de las Buenas Nuevas. Confesó su propio enojo por haberse quedado inválida, aun después de haber orado y creído que se obraría un milagro. Luego relató la forma en que Dios se le acercó en su angustia y le infundió nuevo sentido y dirección a su vida, a pesar de su sufrimiento y de su decepción.

Joni se atrevió a decir las cosas como son. Su franqueza le dio la libertad a este joven. Se desentendió de su amargura y de su enojo y de pronto dejó de verse como un fracasado, como alguien que carecía de suficiente fe. Ahora llegó a ver a Cristo en su angustia y a través de la misma. Poco después de aquella reunión aquel joven murió, pero sus padres pudieron regocijarse porque su hijo no había muerto enojado y amargado. El, sencillamente, le devolvió su vida a su amante Padre, al entregarse completamente a Jesucristo. Después se fue a la presencia de su Señor, donde iría a encontrar libertad de sus sufrimientos para siempre.

El poder de Dios

Lo antes dicho no significa que Dios jamás sana de manera milagrosa, pues tengo la certeza de que hay momentos en que así ocurre. Sin embargo, muchas veces no sucede así. No podemos comprender por qué hay personas que aparentemente se pasean por la vida sin dificultades, cuando hay otros que parecen encontrarse siempre en el ajetreo del dolor y las penas. No podemos explicarnos cómo hay cuerpos deteriorados que son sanados mientras que otros sufren y mueren. No sabemos por qué hay oraciones que son

contestadas milagrosamente mientras que otras parecen no recibir contestación. No nos es posible alegar que la vida en Cristo garantizará siempre la victoria y el éxito material en esta vida. Cuando relatamos sólo las anécdotas de victorias, estaremos contando sólo parte de la verdad.

Cuando hacemos un recuento de las oraciones contestadas solamente, simplificamos demasiado. Cuando damos a entender que en la fe cristiana no hay ni yugo ni carga, confesamos menos que toda la verdad. Y las medias verdades, las fáciles respuestas y las mentiras convenientes, son las armas del engaño.

Pero en medio del sufrimiento, de las pruebas y de las tentaciones, Jesucristo nos concede su paz y su gozo. En el presente esa es la esperanza que abrigo; no se me ha impedido realizar las cosas que me encanta hacer. No puedo ni siquiera imaginar el momento en que me veré privado de predicar la palabra de Dios. No existe nada en este mundo que yo prefiera hacer más que esto. Sin embargo, reconozco que yo no puedo mantener el mismo ritmo que he llevado, por cincuenta años más. Ya no puedo hacer todas las cosas que solía realizar.

Pero mientras pueda, seguiré predicando, y viajaré tanto como me sea posible. Espero, también, dedicar más tiempo cada día a los ministerios Billy Graham, tales como "the Cove", nuestro centro de entrenamiento en Asheville; seguiré difundiendo el mensaje del evangelio por medio del programa radial "The Hour of Decisión" (La Hora de Decisión) y continuaré con las transmisiones especiales televisadas mundialmente, mientras que Dios me conceda las fuerzas.

En un momento de tensión e incertidumbre en su vida, el apóstol Pablo escribió lo siguiente a la iglesia en Filipos: "He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para

tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Filipenses 4:11-13).

De esto se trata precisamente. Mientras que tengamos la seguridad de que Jesucristo lo tiene todo bajo control, no habrá prueba que sea demasiado grande, ni tormenta que resulte demasiado abrumadora, ni crisis que resulte demasiado profunda. Podemos hacer todas las cosas por medio de Cristo, quien nos da las fuerzas.

La proclamación de la verdad de Dios

Mientras que se realizaban las labores de investigación, escritura y revisión para el presente libro, nos hemos dado aun más cuenta de las peligrosas tormentas que se extienden a través de la sociedad moderna. Me he visto confrontado de manera más directa que nunca por los siniestros significados de las peligrosas teorías sociales y políticas que se han tenido como verdades en años recientes. Mientras que usted lee este libro quizás se dará cuenta, *como* me doy cuenta yo ahora, de la inutilidad de la sabiduría de este mundo y de la vacuidad de las ideologías seculares que nos están conduciendo, día tras día, hacia el mismo borde del Armagedón.

No obstante mis preocupaciones, también estoy plenamente convencido de la responsabilidad que tiene el cristiano de proclamar la verdad de la palabra de Dios. Tenemos el mandato de levantar nuestras voces en contra del "pecado que nos asedia" (Hebreos 12:1); porque aunque no somos del mundo, estamos aún en él, y se espera de nosotros que hagamos todo lo que esté a nuestro alcance para preservarlo.

En el presente libro he procurado compartir mis inquietudes y he tratado de mostrar varias formas en que los cristianos pueden abogar por la rectitud en el mundo. También me he esforzado para mostrar

cómo cada hombre y cada mujer, que de veras entiende el mensaje de gracia y perdón, pueden contribuir para que otros se preparen para el mundo venidero que prometen las Escrituras.

Los habitantes del sur de la Florida consideraron que disponían de suficiente tiempo para prepararse para la llegada del huracán Andrew. La población que esperaba la tormenta se preparó de la misma forma en que lo había hecho durante casi un siglo: cubrieron las ventanas, guardaron los objetos sueltos, llenaron las despensas y otras cosas por el estilo. Vieron venir la tormenta y ésta se parecía a las demás que en el pasado habían vencido. Pero ésta resultó ser distinta a todas las demás tormentas que ellos habían visto; y no todos pudieron vencerla.

En el horizonte se divisan nuevas tormentas. Se trata de tormentas que parecen señalar el final de la presente era y la venida del mundo futuro que Jesús prometió. No todo el mundo podrá vencer estas tormentas tampoco. Mi deseo es que este libro sirva de aviso, con el fin de que la gente haga la adecuada preparación y estoy seguro de que aquellos que depositen su fe en Jesucristo, tendrán la capacidad para sobreponerse a cualquier cosa que suceda.

Después que pasó el huracán Andrew, mientras que mi nieto, Stephan-Nelson, trabajaba día y noche para que los sobrevivientes obtuvieran agua y comida, él vio un rótulo en el techo de una casa, que decía: "Muy bien, Dios. Ya has captado nuestra atención. Y ahora, ¿qué?"

En el horizonte diviso tormentas de proporciones apocalípticas. Dios comienza a captar nuestra atención. Y ahora, ¿qué?

Sobre esto precisamente trata este libro.

Las señales de los tiempos

A veces nos preguntamos dónde está Dios durante las tormentas de la vida y los problemas del mundo. ¿Dónde está Dios? ¿Por qué no acaba con la maldad? La Biblia nos asegura que Dios erradicará la maldad cuando Cristo regrese. Un día Cristo volverá con voz de mando y habrá una dramática reunión de todos los que han confiado en él.

Por eso es que las Escrituras nos dicen que en aquel día se doblará "toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor" (Filipenses 2:10-11). Si usted no recibe a Cristo como Salvador y dobla sus rodillas ante El ahora, vendrá el día en que lo hará ante El como Juez.

Jesús no nos dijo cuándo regresaría. El nos dijo que no debíamos darnos a especulaciones. "Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre" (Mateo 24:36). El capítulo sexto de Apocalipsis, como veremos en el capítulo 4, presenta con lujo de detalles el cuadro de los tiempos del fin. Sin embargo, nadie sabe cuándo sucederán estas cosas, sino sólo el Padre que está en el cielo. Ni siquiera los ángeles saben. Pero Cristo también nos hizo saber que ciertas señales habrían de manifestarse. A estas se les conoce con el nombre de "las señales de los tiempos", y se nos presentan detalladamente en los capítulos 24 y 25 del Evangelio según Mateo,

que es el primer libro del Nuevo Testamento.

Estos dos pasajes de Mateo y Apocalipsis, tomados en conjunto, nos dan un aviso de tormenta gráfico, de eventos que están por ocurrir, y nos dan señales claramente distinguibles de los tiempos del fin. Las propias narraciones de Jesús nos revelan detalles específicos sobre la caída de Jerusalén y de la persecución que se desataría a continuación. Luego en los capítulos que siguen, Mateo registra Su entrada triunfal en Jerusalén, cuando las multitudes lo aclamaron, con hojas de palmeras y con hosanas, como Mesías. Mateo relata los desgarradores eventos de los juicios ante el Sanedrín y ante Pilatos; las golpizas, la crucifixión y el emocionante suceso de la resurrección de Cristo. También nos da detalles íntimos sobre los cuarenta días que Jesús pasó con sus discípulos, con su cuerpo glorificado, enseñándoles y desafiándolos antes de regresar al trono celestial.

Pero hay una sección de este relato que vale la pena que se examine de forma más detallada; porque cuando Jesús subió a Jerusalén para celebrar la última Pascua, lloró por la antigua ciudad, y dijo: "¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!" (Mateo 23:37).

Jesús hizo el intento de preparar a sus discípulos para la humillación que a El le tocaría soportar —las flagelaciones, las ofensas, las burlas, y la vergonzosa muerte en una cruz, entre malhechores—, pero ellos no lo comprendieron. Cuando Cristo les hizo saber que El debía morir y resucitar al tercer día, se quedaron perplejos. De seguro que Jesús —pensarían ellos— les hablaba por parábolas; ningún hombre podía morir para luego levantarse de entre los muertos por autoridad propia, a no ser que ese hombre fuera Dios.

Mientras que ellos atravesaban los muros de la ciudad, los que acompañaban a Jesús se maravillaban de las dimensiones y la grandeza

de los edificios que formaban el templo. Pero Cristo les hizo saber que pronto los muros, el templo, y todos los palacios y los edificios que había en Jerusalén, serían destruidos, diciéndoles: "No quedará aquí piedra sobre piedra" (Mateo 24:2).

Ellos se quedaron atónitos de que Cristo se atreviera siquiera a insinuar algo semejante. Ellos no eran otra cosa que sencillos pescadores, cobradores de impuestos y comerciantes de las regiones más al norte de Galilea, pero reconocían que Jerusalén era una ciudad preciosa y de mucha importancia. Era la ciudad que habían exaltado los profetas. ¿Cómo iba a ser posible que aquellos suntuosos edificios fueran a quedar reducidos al polvo? ¿Qué ejército o que potencia iba a ser capaz de hacer semejante cosa? De manera que un grupo de discípulos se le acercó a Jesús aparte y le formuló la siguiente pregunta: "Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?"

Principio de dolores

De manera que Jesús se sentó con ellos y comenzó a enseñarles estas cosas. Su respuesta, que aparece en Mateo 24:3-37, nos pinta un cuadro dramático de los últimos días del planeta Tierra. Aquí Cristo nos revela la suerte que corrió Jerusalén, cosa que sucedió al pie de la letra cuando el emperador Tito la saqueó y la incendió en el año 70 a.C. Cristo habló acerca del surgimiento de una sociedad impía y secular, y sobre los peligros de las herejías inventadas por falsos maestros, quienes tratarían de pervertir el mensaje sencillo de la verdad que Cristo vino a predicar. El respondió a sus discípulos: "Mirad que nadie os engañe, porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán" (Mateo 24:4-5).

El resto del pasaje, que habla sobre los problemas de nuestra propia

era, dice lo siguiente: "Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares. Y todo esto será principio de dolores".

No ha habido otra época en la historia en que tantas tormentas hayan coincidido en un mismo lugar y en una misma época, como ha sucedido en la pasada década. Ha habido hambres, plagas y terremotos a través de los siglos, pero pocas veces ha habido tantos a la vez y tan concentrados en tiempo y espacio. Los disturbios, el hambre y toda clase de enfermedades, están arrasando con el continente africano. Latinoamérica atraviesa por un caos social y político. Europa está pasando por una época de cambios de grandes proporciones y de incertidumbre; nadie sabe lo que habrá de suceder en Europa Oriental a medida que ésta atraviesa por los mayores cambios políticos de la era moderna.

En los Estados Unidos de América van en aumento la pobreza, las divisiones raciales, el crimen, los abusos físicos y sexuales, y la desintegración de la familia tradicional. Y estas tormentas se complican aún más por la presencia de diversas clases de plagas, como el SIDA, la tuberculosis, y las enfermedades que se transmiten sexualmente. El alcoholismo, la adicción a las drogas, la pornografía y otras-formas de conducta peligrosas, están provocando el deterioro de la sociedad. A todo lo antes dicho se le suman los terremotos, las tormentas físicas, y los desastres naturales de diversas clases, a todo lo ancho de la nación. Pero Jesús dijo que éstos sólo constituían avisos de las cosas que habrían de suceder. Esto es sólo principio de dolores.

Cristo advirtió que el precio que habría que pagar por creer en El sería alto. Las burlas, las risotadas, las persecuciones y aun la muerte, serían comunes, pero muchos habrían de negarse a pagar este precio.

"Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán", dijo Jesús, "y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán. Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo".

Yo creo que este es un cuadro realista de nuestra época. Nuestra confianza se ha estremecido por los escándalos que han tenido lugar en la iglesia, el gobierno, la educación, y en todos los niveles de autoridad. Hemos visto cuadros gráficos de oficiales de la policía propinándole golpizas a los ciudadanos. Hemos visto a oficiales del gobierno y del mundo de los negocios que han sido hallados culpables de hacer trampas, de mentir, y de cometer fraude.

Hemos visto a líderes moralistas y religiosos, hombres que afirman ser seguidores de Cristo, caer en desgracia ante los ojos de Dios y de los hombres. Y lo peor de todo es que hemos visto a falsos maestros cambiar y torcer el evangelio de Jesucristo, con el fin de adaptarlo a la moral destructiva y a la conducta secular de la presente época. Estos avisos procedentes del Evangelio según Mateo, no son parábolas ni mitos; son precisamente los titulares de nuestros días. Constituyen la prueba de que las profecías de Cristo se están cumpliendo ante nuestros ojos.

La iglesia verdadera, dijo Cristo, ha de crecer por la persecución. Brotará de la oscuridad y del descuido, como han resurgido, abonadas por la desesperación, las iglesias de Rumania, Bulgaria y Alemania Oriental. "Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones", les dijo Jesús, "y entonces vendrá el fin".

Desafortunadamente, la profanación no terminará, puesto que un difamador, un desolador, profanará el altar de Dios y calumniará a

Cristo y a su pueblo. Jesús dijo: "Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes. El que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su capa. Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días!"

No se sabe a ciencia cierta en qué consistirá esta abominación, pero sí ha de ser una profanación y un sacrilegio de consecuencias enormes, la cual traerá aparejada la ira de Dios. Después Jesús dijo:

"Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo; porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados. Entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está, no lo creáis. Porque se levantarán falsos Cristo, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos. Ya os lo he dicho antes. Así que, si os dijeren: Mirad, está en el desierto, no salgáis; o mirad, está en los aposentos, no lo creáis. Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre. Porque dondequiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas".

Las horas finales

Cuando la labor que realiza la iglesia en la tierra se esté completando —dijo Cristo a sus discípulos— habrá evidencias físicas y visibles de que han llegado los últimos días del planeta Tierra. "Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días," Afirmó Jesús, "el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo y las potencias de los cielos serán conmovidas".

Las buenas noticias para los cristianos que se han mantenido fieles a través de las pruebas y las persecuciones, han de ser ciertamente malas noticias para todo aquel que ha negado a Cristo, que ha calumniado a

su pueblo, y ha seguido a dioses falsos.

Jesús les dijo: "Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro".

Jesús le reveló a sus seguidores todo esto con detalles concretos y vividos. No les habló en sentido figurado; esta era la clara verdad. Y para cerciorarse de que ellos se daban cuenta de que lo que El les decía era la realidad, no una metáfora o un mito, les relató la siguiente parábola:

"De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas. De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre. Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre"

(Mateo 24:32-37).

Mediante el uso de un relato que sin lugar a dudas fue una parábola, Cristo les aclaró que lo que les había dicho tocante al final de la era, debía considerarse como una declaración de hechos. No se trataba de una metáfora o de un mito. En esas sorprendentes imágenes, mediante las palabras del propio Cristo, vislumbramos cómo habrá de ser la tormenta final. Esta generación —la era de hombres y mujeres que han nacido en un sistema mundial diseñado por los griegos y los romanos— estará viva para presenciar el retorno del Mesías. Pero así como nadie creyó la revelación de Noé tocante a la venida del diluvio que destruiría el mundo, en nuestros días el mundo no creyente se niega a creer en el retorno verdadero de Jesucristo. Mas su regreso se

materializará a una hora que sólo Dios conoce.

Podemos imaginarnos cuán chocantes y perturbadoras debieron de haber sido estas enseñanzas para los discípulos de Jesús. De seguro que ellos no comprendían a cabalidad el significado de lo que

El les había dicho. Y sospecho que Juan, el discípulo amado y el autor de Apocalipsis, llegó a entender su significado durante su exilio en la isla de Patmos; pero tal entendimiento, sólo seis décadas antes, en el año 33 A.D., hubiera sido casi inconcebible. Aun en la actualidad a muchas personas les cuesta trabajo ver y creer estas palabras.

Tiempo de vivir

Para mí, la importancia de este incitante pasaje no radica en los vívidos detalles que nos da sobre los tiempos del fin, sino en la seguridad de vida eterna que da a los que hemos puesto nuestra confianza en Jesucristo. No esperamos con ansia el sufrimiento y la muerte, pero la muerte aquí no es la cuestión; Cristo hablaba sobre la promesa máxima de vida eterna con Dios. Esa es la verdad que descubrió el joven que asistió en silla de ruedas a nuestra cruzada "Youth Night". El no pudo evitar el sufrimiento y la muerte en esta vida, pero tuvo la emocionante seguridad de la vida con Cristo para siempre.

La vida entera resuena con la realidad de la muerte. La muerte nos rodea y resulta inevitable para todos. El destacado escritor inglés, C. S. Lewis, escribió en una ocasión que la guerra no aumenta la muerte. Lewis señaló que a pesar de lo trágico que son los conflictos armados, la guerra no aumenta el número de muertes en el mundo, puesto que con guerra o sin guerra, la muerte es universal en cada generación. Todo el mundo muere.

La Biblia dice: "Está establecido para los hombres que mueran una

sola vez" (Hebreos 9:27). Toda la naturaleza está en proceso de muerte. Sin embargo, la mayoría de la gente vive como si nunca fuera a morir. En todas partes del mundo hay hombres y mujeres que viven para el presente, sin pensar ni un momento en la posibilidad de la eternidad.

La naturaleza enseña que todo lo que tiene principio también tiene fin. El día comienza con la salida del sol, pero el sol también se pone, aparecen las sombras y tachamos otro día en el calendario; y ese día se va para siempre. El día de hoy no podremos repetirlo jamás. Se ha ido para nunca más volver. Las estaciones vienen y se van, las décadas transcurren, el tiempo pasa y poco a poco nos vamos poniendo viejos. Un día cada uno de nosotros morirá. Esa es la promesa del mundo natural.

Las naciones surgen, florecen por un tiempo y luego decaen. A la postre todo imperio llega a su fin. Ni siquiera el más grande de ellos puede durar para siempre. El tiempo y sus efectos, y la devastación que hace el pecado, producen estragos aun en los logros más nobles del hombre. Este constituye el decreto de la historia y la forma de vida en este planeta.

La Biblia también enseña que el sistema mundial, como hoy lo conocemos, un día terminará. En 1 de Juan 2:17, leemos: "Y el mundo pasa y sus deseos". En Mateo 24:35, Cristo dijo: "El cielo y la tierra pasarán..". Y en 2 de Pedro 3:10, leemos lo siguiente: "Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas".

Las palabras de Jesucristo son buenas nuevas para un mundo que se encuentra en crisis. Son buenas noticias puesto que El nos dio el evangelio de esperanza, las buenas nuevas que brindan un plan para su vida que funciona; las buenas nuevas de que Dios le ama a usted, de que

El es un Dios de misericordia y que El le perdonará si usted confiesa y abandona sus pecados y tiene fe en El.

La Fe en tiempos de crisis

La maravillosa seguridad de la fe cristiana consiste en que está diseñada con el fin de que podamos sobreponernos a las tormentas de esta vida y para darnos la certeza de la vida venidera en el cielo. El mensaje de Cristo proclama que los días que le quedan a este mundo están contados. Cada cementerio da testimonio de que lo antes dicho es cierto. Nuestros días en este planeta están contados. Los Escrituras afirman que la vida es vapor que aparece por un poco de tiempo para luego desvanecerse. Nuestra vida es como la hierba que se seca y como las flores que se marchitan. Pero aquellos que tenemos nuestra confianza puesta en Cristo sabemos que triunfaremos. El profeta Isaías, en uno de esos maravillosos pasajes que prefiguran la venida de Cristo, escribió:

*Pero los que esperan en Jehová
tendrán nuevas fuerzas;
levantarán alas como águilas;
correrán, y no se cansarán;
caminarán, y no se fatigarán.*

Isaías 40:31

Esta es la esperanza que tiene cada creyente.

Pero este sistema mundial también se terminará en otro sentido, a saber: el mundo mismo se acabará. Un día no muy lejano la historia llegará a su fin. Esto no quiere decir que la vida se acabará. Significa que este mundo, dominado por la avaricia, la maldad y la injusticia, habrá llegado a su fin. El mismo hecho de que la Biblia, con tanta frecuencia y de forma tan gráfica, habla acerca del fin del mundo, nos

indica que el deseo de Dios es que busquemos seguridad en El.

El Apocalipsis de Juan y las enseñanzas de Cristo, en Mateo, nos hacen ver que el presente sistema mundial ha de pasar y que concluirá en forma dramática. Estos pasajes también nos enseñan que Jesucristo vendrá de nuevo y que establecerá su reino de justicia, en el que no habrá lugar para el odio, la avaricia, la envidia y la guerra, y donde la muerte no habrá de existir. El mismo Jesús prometió el fin del presente mundo impío y el establecimiento de un nuevo orden, al que se le llama el reino de Dios.

Jesús empleó imágenes con sentido dramático y apremiante, pero no hizo uso de la fantasía. El le dijo a sus seguidores: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí" (Juan 14:6). Y El fue la personificación de la verdad y la veracidad. Jesús indicó que cuando ocurrieran ciertas cosas, podíamos estar seguros de que el fin estaba cerca. El dijo: "Sabéis distinguir el aspecto del cielo, ¡mas las señales de los tiempos no podéis!" El señaló que sólo aquellos que tienen iluminación espiritual y discernimiento del Espíritu Santo, pueden esperar entender las tendencias y los significados de la historia.

La Biblia indica claramente que poco antes del fin algunas circunstancias prevalecerán en el mundo. Por ejemplo, el profeta Daniel dijo: "... hasta el tiempo del fin.... la ciencia se aumentará Daniel 12:4, En la actualidad hay más conocimientos acerca de todo que en cualquier otra época de la historia. Hace poco leí que el noventa por ciento de todos los científicos que han existido están vivos en el presente. Nuestras escuelas secundarias y nuestras universidades están graduando a cerca de cuatro millones de alumnos anualmente.

Pero a pesar de que nuestra juventud está adquiriendo conocimientos, no siempre obtienen la sabiduría para utilizar esos

conocimientos. La gente está tropezando en todo aspecto de la vida, padecen de neurosis y de problemas psicológicos a un grado nunca antes visto. Nuestros cerebros están repletos de conocimientos, pero estamos confundidos, perplejos, frustrados y sin amarres morales.

Poder y gloria para siempre

Otra circunstancia que se hará realidad para el fin del sistema mundial, ha de ser el poder sin la presencia de la paz. Numerosas guerras pequeñas se están librando en todo el mundo, y no cabe duda de que una guerra de grandes proporciones puede desatarse en cualquier momento. A pesar de las conversaciones sobre desarme nuclear y la aparente desaparición de la Unión Soviética, el mundo continúa bajo la amenaza de una guerra nuclear y de un accidente nuclear.

Durante 1992 los Estados Unidos de América ha estado luchando con el iraquí Saddam Hussein, con el fin de aislar y destruir su poderío nuclear. Y no cabe duda de que sus intenciones de militancia y beligerancia son tan intensas como antes. Con la proliferación de las armas nucleares por todos los extremos del globo terráqueo, no cuesta trabajo imaginar que alguien puede oprimir el botón equivocado o calcular mal. En cuestión de segundos el mundo puede verse envuelto en una Tercera Guerra Mundial que nadie desea. Jesús dijo: "Y oiréis de guerras y rumores de guerras.... Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino" (Mateo 24:6-7).

Pero mientras las Naciones Unidas hacen el intento de servir de mediadores en las hostilidades de decenas de países alrededor del mundo, el mundo es todavía un campamento armado. Se gastan miles de millones de dólares, de rublos, de marcos y de libras, en la fabricación de armas que pronto caen en desuso o que son reemplazadas por armas modernas, que cuestan aun más. Los Estados

Unidos de América solamente, gastaron miles de millones de dólares en armamentos, en 1991. En resumen, el ambiente mundial sigue siendo amenazador. Mientras que el mundo exclama, "paz, paz," la paz brilla por su ausencia.

A menudo oigo a la gente preguntar: "¿Por qué hay tan poca paz en el mundo cuando tenemos un caudal de conocimientos nunca antes visto y un potencial ilimitado?" Nos esforzamos por edificar un mundo en el que reine la paz, sin embargo no hay paz en el corazón de la gente. Los disturbios en Los Angeles fueron, como pudo advertir cada reportero, prueba de una ira y de una amargura arraigadas profundamente, que ahora comienzan a desbordarse en el alma de los estadounidenses. La Biblia nos asegura que no podemos edificar un mundo nuevo en base a los corazones no regenerados de la gente. El nuevo mundo sólo se hará realidad cuando Jesucristo, Rey de reyes y Señor de señores, reine soberanamente.

La mayoría de nosotros está familiarizada con las palabras memorables del famoso oratorio de Handel, El Mesías, tomadas de los escritos del profeta Isaías:

*"Porque un niño nos es nacido,
hijo nos es dado,
y el principado sobre su hombro;
y se llamará su nombre
Admirable, Consejero, Dios fuerte,
Padre eterno, Príncipe de paz.
Lo dilatado de su imperio y la paz
no tendrán límite,
sobre el trono de David y sobre su reino,
disponiéndolo y confirmándolo
en juicio y en justicia
desde ahora y para siempre.
El celo de Jehová de los ejércitos
hará esto"*

(Isaías 9:6-7).

Estas palabras son la mejor promesa de seguridad en un mundo de

tensión y de agitación. El Rey de reyes es la esperanza de todo hombre, de toda mujer y de todo niño, de toda tribu y nación que conoce el nombre de Cristo. Su reino es para siempre.

Las señales de inseguridad y los gritos de revolución que se escuchan en todo el mundo, son quizás los quejidos de muerte de una era de la civilización; tal vez señalan el final de la civilización como la hemos conocido. En cualquiera de los casos, le toca ahora actuar a Dios; y las Escrituras prometen que El actuará de manera dramática. El enviará a su Hijo Jesucristo de regreso a esta tierra. El es el Señor de la historia. Las tormentas de transformación producidas en La Unión Soviética no lo han tomado por sorpresa. Nada de lo que hemos leído en los titulares ha tomado a Dios por sorpresa. Todos los eventos se precipitan hacia un climax, pero todo ocurrirá de acuerdo al tiempo de Dios, cuando su Hijo regrese y se convierta en el gobernante legítimo del mundo.

Sin embargo, antes de que llegue este momento, Dios quiere reinar en nuestros corazones. El envió a su Hijo a este mundo para que se convirtiera el rey de nuestros corazones. La Biblia dice que el pecado no habrá de reinar en nosotros si Jesucristo habita en nuestros corazones como Señor y Amo. Pero el peligro radica en el hecho de que hay dos amos que quieren controlarnos: nuestro yo y Jesucristo. O nuestro yo o Cristo reinarán en nuestra vida. "Ninguno puede servir a dos señores", dijo Jesús (Mateo 6:24). La Biblia nos desafía al decirnos: "Escogeos hoy a quién sirváis" (Josué 24:15).

Salomón escribió lo siguiente en el libro de Proverbios: "Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte" (Proverbios 14:12). Si usted desea tener paz con Dios y hallar seguridad en estos tiempos de dificultades, usted debe contestar una pregunta muy importante: ¿Quién gobierna su vida? ¿Procura usted ser el amo de su propio destino? ¿Procura usted llevar las riendas de su

propia alma? ¿Está dentro de usted el reino de Dios?

Jesucristo puede entrar en su corazón en este mismo instante si usted abandona sus pecados y lo recibe a El como Salvador. El le ama. El lo conoce a usted por su nombre y El quiere perdonarle. Usted puede entrar en el nuevo reino, en el nuevo mundo que nacerá bajo su liderazgo, cuando El venga otra vez. No cabe duda de que el mundo venidero ha de ser una teocracia, pero estará repleto de gozo y de emoción, y será un lugar incomparablemente hermoso, y Jesucristo estará ejerciendo completo y amoroso control.

Ahora, antes de adentrarnos más en las revelaciones de las Escrituras y en particular en los escritos de Juan, quisiera retroceder en forma breve a los eventos de la pasada década, como yo los he visto desarrollarse a todo lo ancho del continente europeo. Me gustaría que comenzáramos en el muro de Berlín, por el hecho de que esta línea divisoria entre creencias cristianas y anticristianas, fue un cuadro perfecto del dilema moral y filosófico de nuestros días.

Un panorama cambiante

Nada caracteriza las tormentas de controversia y de cambios que están teniendo lugar en el mundo, como lo han hecho el desplome del comunismo en Europa Oriental y la reorganización de lo que fue una vez la gran Unión Soviética. El carácter repentino de estos cambios ha dejado perplejos a los eruditos, a los observadores de la Unión Soviética, a los diplomáticos, y aun a la CIA. En cuestión de días nuestros libros de historia, mapas, diccionarios y libros de texto, quedaron invalidados. Después de agosto de 1989, el mundo nunca más habría de ser el mismo. Cruzamos los umbrales de la década de los noventa enfrentándonos a un nuevo reto y a un rumbo nuevo.

El carácter repentino de los cambios en Europa Oriental y en las naciones bálticas, tiende a obscurecer la tendencia a los cambios graduales que se habían estado desarrollando hacía algún tiempo. Durante mis viajes a Europa Oriental y a la Unión Soviética en las pasadas décadas, me tropecé con algunos aspectos de este carácter, incluso el anhelo profundo de cambiar. Y aunque nadie hubiera podido predecir con exactitud cómo ni cuándo habrían de ocurrir estos cambios, en Rusia, Alemania Oriental, Rumania y los otros países comunistas, pude percibir, junto con muchos otros observadores, el anhelo en los corazones de la gente porque ocurrieran cambios.

Cuando celebré mi primera cruzada en Berlín, en 1954, las

tensiones en Europa eran enormes. Durante esos años de emocionalismo al final de la Segunda Guerra Mundial, la guerra fría comenzó; pero la frase "guerra fría" no pudo ni remotamente expresar la profunda incertidumbre y el temor que sentían la mayoría de los europeos en aquellos tiempos.

Cuando conocí a la gente de Berlín pude sentir la ansiedad que los embargaba. Por consiguiente, no me sorprendió mucho cuando el muro de Berlín fue edificado en 1961; la hostilidad que había entre los demócratas del oeste y los comunistas del este, era demasiado intensa. Al tomar en consideración las consecuencias de sus despiadadas doctrinas, resultó inevitable que los soviéticos y los alemanes orientales dejaran fuera a la democracia.

Antes de que se erigiera el muro el desacuerdo y la discordia entre los Estados Unidos de América y la Unión Soviética —y aventuras militares, como la invasión de Bahía de Cochinos en Cuba, auspiciada por los E.U.A.— parecían acercar al mundo al borde de la guerra. Mientras que el primer mandatario soviético, Nikita Khrushchov, y el presidente John Kennedy se enfrentaban cara a cara, desafiándose el uno al otro sin darse tregua, miles de alemanes orientales huían hacia Berlín. El éxodo en masa fue una vergüenza y dio como resultado que los comunistas cerraran sus puertas. En agosto de ese mismo año Khrushchov le ordenó a los alemanes que construyeran el muro.

El muro de Berlín era más que sólo concreto y alambre de púas; fue, sobre todo, una siniestra metáfora de la capacidad que tiene la humanidad para el odio, que se extendía por cuarenta y ocho kilómetros a través del corazón mismo de la capital alemana, y otros ciento veintiún kilómetros alrededor de la ciudad. Finalmente llegó a extenderse a lo largo de toda la frontera. La tierra de nadie estaba vigilada por las estaciones con torres y ametralladoras, a todo lo largo del muro, lo que hacía que Berlín occidental pareciera más un

campamento de prisioneros que una ciudad europea civilizada. Por espacio de casi tres décadas, cientos de hombres, de mujeres y de niños fueron ametrallados por los guardias comunistas, cuando trataban de cruzar el hostil campo de muerte que los conduciría a la libertad.

Cuando el muro finalmente fue derribado en 1989, se precipitó la fuga de más de 120,000 alemanes orientales hacia Hungría y luego a través de las fronteras del este para entrar en Austria. Una vez más las fugas constituyeron una enorme vergüenza para el gobierno comunista de Alemania oriental. Decenas de miles de obreros experimentados abandonaron el país, confirmando así el desencanto y la infelicidad de la vida bajo un régimen comunista. Finalmente, la humillación resultó ser demasiada para el gobierno de Alemania Oriental, y sus intentos de represión fracasaron contra la resistencia que surgió de repente.

Erich Honecker se vio obligado a exilarse en la Unión Soviética. El había invitado a Mikhail Gorbachev a Berlín en octubre de 1989, para que se uniera a la celebración del décimocuarto aniversario de la fundación de la Alemania Oriental comunista. Pero la gente en las calles de Berlín, de Dresden y Leipzig, exigían reformas y amenazaron con hacer marchas en contra de Gorbachev. El gobierno diseminó rumores de que se efectuarían represiones al estilo de los de la Plaza de Tiananmen si el pueblo no permanecía en calma. Pero la realidad era que el gobierno ya no tenía la fuerza para respaldar tales amenazas. Los soviéticos se negaron a respaldarlos y, finalmente, Honecker, el último de los gobernantes rígidos, fue depuesto.

Después de un período de completa confusión, Egon Krenz encabezó el gobierno provisional de Alemania Oriental; y el 9 de noviembre de 1989, anunció que el muro de Berlín dejaría de ser una barrera entre las dos Alemanias. Este anuncio fue el comienzo del increíble ciclo de eventos que finalmente condujo a la reunificación de las dos Alemanias, el 3 de octubre de 1990.

Esperanzas y expectativas divididas

Recuerdo vividamente nuestra reunión en Berlín en 1960, sólo un año antes de la edificación del muro. Más de cien mil personas asistieron a nuestra cruzada, que duró una semana. Esto sucedió al principio de la era de Kennedy en los Estados Unidos de América. Y aún a pesar de la desesperación que padecía el pueblo alemán, se percibían un optimismo y una expectación a medias. Vimos el deseo de franqueza y el esfuerzo concertado de que hubiera comunicación entre las diferentes organizaciones y entre las iglesias en Alemania en esa época; pero aun así, las esperanzas y las ambiciones más extravagantes de la gente a menudo se vieron reprimidas. Pude darme cuenta entonces que las divisiones políticas en Alemania y en Europa Oriental, se hacían cada vez más profundas y agitadas.

Desde 1945 el diálogo entre la gente, las naciones y las iglesias del este y del oeste era sumamente limitado. A lo largo de las cruzadas se nos hizo difícil la comunicación, y a veces se nos dificultaba conseguir completa colaboración. Desde 1954 hasta 1990, tuve el privilegio de llevar a cabo ocho cruzadas y reuniones en Alemania, y en cada ocasión percibíamos el temor y la preocupación en la gente, mezcladas con el hambre de la verdad y de significado en sus vidas.

Durante esos treinta y seis años le dirigí la palabra a más de un millón de personas, en diez ciudades de las dos Alemanias, incluso tres cruzadas celebradas en Berlín. Además, desde 1977 hasta 1990, celebramos reuniones en cada nación del bloque oriental, con la excepción de Bulgaria y de Albania.

Una de las sorpresas más gratas la recibimos en la cruzada de 1957 en Berlín, donde más de cien mil personas se congregaron para escuchar el mensaje del evangelio, muchos procedentes de la zona oriental. En aquel entonces ellos sabían muy poco acerca de mi

persona y de mi ministerio. Habían leído en los diarios sobre el éxito de la cruzada en Londres, y tal vez venían movidos por la curiosidad. Pero recuerdo que cuando hice la invitación para que la gente recibiera a Cristo, tal parecía que todo el auditorio se dirigía hacia el frente. Me vi obligado a pedirles que regresaran a sus asientos. Había demasiada gente y a nuestros consejeros no les era posible atenderlos en el terreno del estadio. De modo que les dije que el que quisiera recibir a Cristo y que su vida fuera transformada que se sirviera escribiarnos una carta. A los pocos días habíamos recibido más de dieciséis mil cartas. Y eso fue sólo el comienzo. Esto fue una vivida demostración de la profunda hambre espiritual que había en ellos. Partiendo de allí recorrimos toda Europa; aquello fue un fenómeno espiritual.

Viviendo entre el temor y la esperanza

Cuando regresé a Berlín en enero de 1990, con el fin de reunirme en privado con los líderes de las dos repúblicas alemanas, me propuse preguntar si era posible celebrar una cruzada en la que se incluyeran las dos Alemanias, en 1992. Fuimos recibidos con entusiasmo por los representantes de la Alianza Evangélica Alemana del oriente y del occidente. Dos obispos protestantes —el doctor Martin Kruse, de Berlín occidental y el doctor Gottfried Forck, de Berlín oriental— vinieron a brindarnos su apoyo y sus oraciones. Y el doctor Georg Sterzinsky, obispo Católico Romano de Berlín, se puso en contacto con nosotros mediante correspondencia, con el fin de alentarnos.

Casi al unísono estos líderes me hicieron saber que el pueblo alemán estaba ansioso por escuchar estas buenas noticias. Me dijeron que a ambos lados del muro ideológico, que aún separaba a las dos Alemanias, hombres y mujeres vivían "entre el temor y la esperanza", y que nos rogaban que viniéramos a Alemania, no en 1992, sino en

ese mismo momento, en 1990.

De modo que así lo hicimos. Alteramos nuestro itinerario a la carrera, y el 10 de marzo de 1990, instalamos los micrófonos en la Platz der Republik, la gran plaza frente al Reichstag, el antiguo edificio del parlamento, y al lado de la histórica puerta de Brandeburgo. En este lugar histórico, donde los nazis una vez desfilaban iluminados por antorchas, ordenando la amargura y el odio étnicos, nosotros veníamos a traer las buenas nuevas del evangelio.

En el mismo lugar donde las diabólicas ambiciones del Tercer Reich se originaron, nosotros vinimos a proclamar el evangelio de Jesucristo. Los nazis le habían prometido al pueblo alemán mil años de un régimen militar poderoso y de terrible juicio. Yo les hablé sobre las buenas nuevas del perdón y del amor de Dios. Se trataba de una historia diferente para un tiempo distinto. Fue un mensaje para un pueblo luchando entre los fracasos de la historia y de la ideología, y de sus esperanzas de paz y seguridad.

El mundo entero presenció la caída del muro de Berlín vía satélite. Yo sospecho que una gran parte del impacto que el mundo manifestó no se debió a que finalmente el aborrecible muro había sido derribado, sino a que las barreras emocionales y políticas que impedían la paz se estaban quitando, piedra por piedra.

Cuando medito en los cambios que han ocurrido sólo en los últimos años, me maravillo de la intervención de la mano de Dios en los asuntos del mundo. La Biblia dice:

"Se levantarán los reyes de la tierra,
Y Príncipes consultarán unidos
Contra Jehová y contra su ungido,
diciendo:
Rompamos sus ligaduras,
Y echemos de nosotros sus cuerdas.
El que mora en los cielos se reirá;
El Señor se burlará de ellos.

Luego hablará a ellos en su furor,
Y los turbará con su ira,
Pero yo he puesto mi rey
Sobre Sion, mi santo monte".

Salmo 2:2-6

Y también declara: "Mirad entre las naciones, y ved, y asombraos; porque haré una obra en vuestros días, que aun cuando se os contare, no la creeréis" (Habacuc 1:5). Tales hechos portentosos nos permiten vislumbrar el poder que Dios desatará al final de esta era. Los eventos que se han desarrollado en el continente europeo, desde el verano de 1989, de hecho nos ayudan a entender en verdad cuán grandiosos son los planes de Dios para el mundo.

La imagen de la paz

El lugar donde me paré con el fin de dirigirle la palabra al pueblo alemán, en aquella tarde de marzo de 1990, estaba a pocos metros de una sección destruida del muro de Berlín. Allí obreros con sierras y antorchas a soplete, estaban cortando las barras que daban soporte a los muros. Por las manos levantadas, me enteré de que más de la mitad de las quince a diecisiete mil personas que habían venido, a pesar del viento y de la lluvia, eran procedentes de Alemania Oriental. Escucharon con atención y esperanzados, por lo que me propuse entregarles un mensaje de paz, un mensaje tan grande como lo eran sus sueños.

A estos ansiosos hombres y mujeres les hice saber que el mundo entero los estaba observando vía satélite y que habían cristianos en todas partes orando por ellos. Les dije que había sido "con lágrimas de regocijo que los habíamos visto pasar por los muros". Como resultado de estos sucesos, "se despertaba una nueva esperanza de que la paz se

acercaba a nuestro mundo". "Dios ha contestado nuestras oraciones", les aseguré, y que los cambios que estaban teniendo lugar en el mundo demuestran que El se interesa por nosotros.

A pesar del frío atroz y de las lluvias torrenciales, esa gente hambrienta escuchó atentamente mientras que yo hacía preguntas que bien sabía que ellos mismos ya se hacían, preguntas que aquellos que están pasando por momentos de agitación, inevitablemente se hacen. "¿Cómo puede uno hallar significado y felicidad en su vida?" La multitud guardó silencio mientras que yo les hablaba acerca de sus esperanzas y de sus temores. "¿Cómo puede uno ser libre del temor?" ¡Cuánta historia y cuántos recuerdos había en esta antigua ciudad! Entonces les formulé la pregunta que a la larga todo el mundo debe hacer: "¿Qué ocurrirá después de la muerte?"

Entre los que estaban congregados alrededor de la tarima aquel día se hallaban alrededor de 120 periodistas. Estoy seguro de que éste ha sido uno de los contingentes más grandes de periodistas a quienes he dirigido la palabra desde el púlpito.

En la conferencia de prensa celebrada el día anterior, los periodistas tenían muchas preguntas que formular: "¿Considera Billy Graham que el desmantelamiento de la cortina de hierro es una respuesta a la oración?" Les contesté que sí, que lo era. Los cristianos del este y del oeste habían estado orando durante décadas porque llegara este día. Les dije que las perspectivas de liberación, reunificación y libertad para adorar a Dios, hacían que esta fuera "la hora más feliz para Alemania". No hay forma de agradecerle a Dios lo suficiente por lo que ha sucedido aquí, les dije, sin embargo, hay otra tormenta que se divisa en el horizonte de Alemania, a saber: la pérdida de los valores morales y espirituales. La pornografía, la prostitución, las drogas, la violencia y otras señales de decadencia moral, ya son evidentes por toda Alemania Occidental; y en el presente amenazan al oriente como

nunca antes. Recuerdo haber hablado con un grupo de alemanes orientales que estaban perplejos. Uno o dos días antes, me dijeron que estaban esperanzados y temerosos a la vez. Tenían esperanzas de que la paz y la libertad mejorasen su modo de vida; pero estaban atemorizados por las escenas de avaricia y materialismo que presenciaron en el occidente. Y afirmaron que preferían permanecer tras el muro, viviendo en pobreza y esclavitud al comunismo, que descubrir que "la libertad" no era otra cosa que decadencia moral, corrupción, pecado, violencia y avaricia; cualidades, todas éstas, tan características del occidente en la actualidad. Me pereció que éstos eran modos de sentir sumamente sabios y conmovedores, procedentes de personas que ya habían sufrido tanto.

Los anhelos del alma

A través de los años he predicado más a menudo en Alemania que en cualquier otro país donde no se habla inglés. Hice mención de ese hecho a este grupo, y les hice saber lo mucho que ellos me importaban; le dije a la juventud alemana que mi oración en favor de ellos era que no fuesen engañados por el hedonismo y el materialismo. Cosas como éstas no pueden satisfacer los anhelos de sus almas: sólo Dios lo puede hacer.

La noche antes de la gran reunión pública nos reunimos con mil obreros de iglesias, en la famosa Iglesia Getsemaní, ubicada en el sector oriental. En este lugar es donde se reunían cristianos y demócratas cada noche durante los años anteriores a la apertura de la brecha. Hombres y mujeres de toda clase y de toda vocación venían a este lugar con el fin de alentarse los unos a los otros, a buscar las bendiciones de Dios, y para proteger a aquellos disidentes que se atrevían a hablar en contra del represivo régimen comunista.

Les leí de los libros de Isaías y Efesios y les manifesté que yo creía que Dios les había dado una oportunidad de encender la chispa del avivamiento en Alemania. "Esta ciudad dividida anhela una iglesia que sea la respuesta viviente al mensaje de Cristo", les dije. "Miremos a sus habitantes con misericordia y con amor. Aprendamos a orar juntos, sin que nos importe el trasfondo político que tengamos".

Muchos de los más grandes hombres de la fe han vivido y han enseñado en este territorio. Grandes santos de la Iglesia Romana nacieron aquí; Lutero lanzó la Reforma Protestante en Wittenburgo. Con todo mi corazón, les dije, "creo que un fuerte avivamiento puede surgir de Alemania, si Alemania no desperdicia la oportunidad".

Esa noche le pedí a cada persona que hiciera un nuevo compromiso con Jesucristo; cientos de personas levantaron la mano. Existía, de hecho, un ambiente de renovación y de avivamiento en aquella iglesia, como lo hubo también la tarde siguiente, cuando Jurgen Wohlrabe, presidente del parlamento de Berlín Occidental, dirigió la palabra a la congregación. Wohlrabe dijo: "Sus palabras tocan los corazones porque usted comunica el mensaje que recibimos hace ya dos mil años, el cual hemos olvidado o ignorado. Usted hace ver a sus audiencias que en el presente las palabras del evangelio tienen tanta validez como la han tenido en cualquier época".

Al hablar de los recientes eventos políticos, el estadista dijo: "Nuestra vida personal y social no la determinan los valores materiales. Debemos encontrar orientación y dirección para nuestras vidas en la fe cristiana y en nuestra responsabilidad personal".

A lo largo de aquella semana vimos la mano de Dios obrando en Berlín. Un conductor de taxi que llevaba pasajeros a los distintos eventos nos hizo saber que nuestro mensaje no le interesaba, pero que cuando oyó mis afirmaciones a través de los altoparlantes y simultáneamente el genuino amor y la hermandad en las caras de

nuestros obreros y colaboradores, se dio cuenta de que nosotros teníamos algo que él necesitaba y que ahora quería más. Un joven húngaro nos dijo que su vida había sido cambiada el año anterior, cuando yo hablé en el Estadio del Pueblo, en Budapest. Otro hombre nos contó cómo había sido arrestado en la frontera, mientras que se dirigía hacia nuestra cruzada en 1960. Dos soldados del Ejército del Pueblo, de Alemania Oriental, hicieron un viaje especial con el fin de "tener comunión con otros cristianos".

Había muchas historias como las anteriores. Un hombre vino porque su fallecido abuelo le había hablado tanto acerca del predicador estadounidense, Billy Graham, que él tenía que oírlo en persona. Una mujer me extendió la mano, en el momento en que yo llegaba para el culto, y me entregó una tarjeta en la que me indicaba que estaba aceptando a Jesucristo por primera vez en su vida. Había llenado la tarjeta con el único lápiz que tenía, el de labios.

A través de los años he adquirido una profunda compasión y un hondo afecto por la gente de Europa Oriental. He compartido sus esperanzas, sus alegrías y sus penas. Me han conmovido, y he tenido el inmenso privilegio de predicar en sus iglesias.

Una de esas ocasiones especiales se hizo realidad en Cracovia, Polonia, en 1978, cuando Karol Cardinal Wojtyla era el prelado principal en esa ciudad. Mientras que nos marchábamos de Polonia, el dieciséis de septiembre, a Wojtyla lo eligieron para que ocupara el puesto más alto de la Iglesia Católica Romana, y lo instalaron como el papa Juan Pablo II en una ceremonia solemne, el 22 de septiembre de 1978.

El mensaje de paz

De las innumerables oportunidades que he tenido de predicar en el

oriente, la ocasión en que hablé desde el pulpito de la Iglesia Bautista de Moscú, en mayo de 1982, sigue sobresaliendo como uno de los eventos personales de mayor importancia. En aquellos días, hace más de una década, nadie se atrevía siquiera a soñar con los cambios que hemos presenciado en los últimos tres años. Durante la primavera de ese mismo año se debatieron candentes batallas políticas que tenían que ver con la proliferación de armamentos nucleares y con otros asuntos candentes. Así que cuando fui a Moscú a predicar y a pronunciar un discurso en una conferencia religiosa, sobre el tema de la paz, muchos occidentales al parecer pensaban que me había vuelto loco, y así me lo hicieron saber.

Los líderes que asistieron a la conferencia representaban a casi todas las principales religiones del mundo, y estaban estudiando una amplia variedad de asuntos. La posibilidad de un holocausto nuclear me preocupaba profundamente, y por el hecho de que la guerra siempre ha sido primordialmente un asunto moral y espiritual, yo consideraba que era necesario que hablara sobre este asunto y que brindara una perspectiva cristiana. Desafortunadamente unos pocos cristianos fueron los que más se hicieron oír en sus críticas contra mí. La prensa mundial en general estaba dividida. Algunos me regañaron y me llamaron ingenuo, y a veces citaban mal mis afirmaciones. No obstante, otros —en especial muchos de los periodistas que viajaron conmigo o que llevaron al público los eventos en Moscú— hablaron de manera más favorable.

Sin embargo, hoy, yo creo que aquellos comentarios fueron útiles para abrirle los ojos a muchos europeos del este para que conocieran las buenas nuevas de Jesucristo y el mensaje de paz que El ofreció. En los viajes que hice a la Unión Soviética, a Hungría, a Checoslovaquia, a Polonia y a Alemania, durante los últimos diez años, muchos se han acercado para decirme que mi discurso en Moscú causó un hondo

impacto en sus vidas. Por la forma, el momento y el lugar en que aquellas palabras fueron pronunciadas, quisiera repetir aquí una porción de aquel discurso, y luego explicar en detalle la labor que se está realizando allá en el presente.

El discurso en Rusia

Lo que sigue, en parte, fue lo que les dije a los participantes de la conferencia de Moscú:

"Toda la raza humana está amenazada por una espada nuclear de Damocles, sin saber cuándo alguien oprimirá el botón o dará la orden que habrá de destruir gran parte del planeta. La posibilidad de una guerra nuclear no es, por tanto, un asunto meramente político...

"La carrera armamentista nuclear es primordialmente un asunto moral y espiritual que debe preocuparnos a todos. Estoy convencido de que las respuestas políticas, por sí solas, no han de ser suficientes, sino que es hora de que nosotros instemos al mundo a que busque también soluciones espirituales.

Un planeta atribulado

El papa Juan Pablo II ha declarado: "Nuestro futuro sobre este planeta, expuesto como lo está a la aniquilación nuclear, depende de un solo factor: la humanidad debe dar una media vuelta moral". Pero la pregunta que nos sale al paso es, ¿cómo puede esto suceder? En cuanto a la tecnología, el hombre ha sobrepasado en extremo su habilidad moral para controlar los resultados de su tecnología. El hombre mismo debe ser transformado. La Biblia enseña que esto es posible mediante la renovación espiritual. Jesucristo enseñó que el hombre puede y que debe tener un renacer espiritual.

"Estoy convencido de que una de las más vividas y trágicas señales de la rebelión del hombre contra el orden de Dios en nuestra presente generación, es la posibilidad que existe de que se desate una guerra nuclear. Incluyo aquí toda la gama de armamentos modernos, capaces de destruir la vida: convencionales, químicas y armas nucleares. Admito que el asunto de la legítima defensa nacional es complejo. No soy un pacifista, ni estoy a favor del desarme unilateral. Las fuerzas policíacas y militares son desafortunadamente necesarias, mientras que la naturaleza del hombre continúe como está. Pero la fabricación no supervisada por parte de las naciones del mundo, de armamentos de destrucción masiva, constituye una fiebre descabellada que amenaza con consumir gran parte de nuestro mundo y destruir el don sagrado de la vida.

"Partiendo de una perspectiva cristiana, entonces, la posibilidad de una guerra nuclear tiene su origen en la avaricia y la ambición del corazón humano. La inclinación hacia el pecado se transmite de generación en generación. Por tanto, Jesús predijo que habría guerras y rumores de guerras hasta el final de la era. El salmista dijo: 'En pecado me concibió mi madre' (Salmo 51:5). Así que en la naturaleza humana hay una falla, trágica y terrible, que debe reconocerse y remediarse.

Paz entre los hombres

"El vocablo 'paz' se emplea en la Biblia con tres acepciones diferentes. En primer lugar, está la paz espiritual. Esta es la paz entre el hombre y Dios. En segundo lugar, tenemos la paz psicológica o la paz con nosotros mismos. En tercer lugar, está la paz en las relaciones o la paz entre los hombres.

"El pecado, dice la Biblia, ha destruido o lesionado seriamente estas tres dimensiones de la paz. Cuando el hombre fue creado estaba en paz

con Dios, consigo mismo y con sus semejantes. Pero cuando se rebeló contra Dios su comunión con El se interrumpió. Ya no estaba en paz consigo mismo. Y tampoco estaba en paz con los demás.

"¿Podrán alguna vez ser restauradas las anteriores dimensiones de la paz? La Biblia dice que sí. Nos dice que el hombre, por sí solo, no puede hacer lo que hace falta para sanar lo que hay de quebrantado en sus relaciones. Pero Dios puede y lo ha hecho ya.

La Biblia enseña que Jesucristo es el unigénito Hijo de Dios, que fue enviado al mundo para quitar nuestros pecados mediante su muerte en la cruz; y así, hizo posible que nosotros estuviéramos en paz con Dios, con nosotros mismos y los unos con los otros. Por eso Jesucristo es el centro de la fe cristiana. Mediante su resurrección de entre los muertos, Cristo demostró de una vez y para siempre, que Dios está a favor de la vida, no de la muerte. La tradición ortodoxa y su Liturgia Divina hacen que este jubiloso y glorioso evento sea central. La Biblia declara: 'Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro' (Romanos 6:23). La señal final de la separación del hombre es la muerte. La señal final del amor reconciliador de Dios es la vida.

"En todo el cristianismo notarán que existe un símbolo común: la cruz. Nosotros creemos que fue en la cruz donde se lograron las posibilidades de la paz duradera, en todas sus dimensiones. La Biblia dice, sobre Cristo, que 'agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas,... haciendo la paz mediante la sangre de su cruz' (Colosenses 1:19-20). La Biblia dice, además: 'Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación,... Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca' (Efesios 2:14,17).

El cristiano espera con ansia el momento en que la paz reinará en

toda la creación. Hay cristianos en todo el mundo que hacen la oración que Jesús enseñó a sus discípulos: 'Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra' (Mateo 6:10). Sólo entonces se resolverá a cabalidad el problema espiritual de la raza humana.

Tanto la Biblia como el credo cristiano enseñan que habrá un juicio universal. Cristo vendrá otra vez, en los términos que lo expresa el Credo Apostólico, 'a juzgar a los vivos y a los muertos.' Pero entonces el reino de Dios será establecido, y Dios mismo intervendrá para hacer nuevas todas las cosas. Esta es nuestra gran esperanza para el futuro.

"Pero mientras tanto, Dios ya está obrando. El reino de Dios no es sólo una esperanza futura sino una realidad actual. Dondequiera que hombres y mujeres se vuelvan a Dios en arrepentimiento y en fe, y luego procuren hacer Su voluntad en esta tierra, así como se hace en el cielo, allí será visto el reino de Dios. Y los cristianos, en obediencia a Jesucristo, a quien en la Biblia se le da el nombre de Príncipe de Paz, deben colaborar con todos los que honestamente obran para lograr la paz en nuestro mundo".

Venga tu reino

Si yo estuviera preparando este discurso de nuevo, es probable que ampliaría este punto, diciendo que aquellos que son miembros del reino de Dios viven como extranjeros y peregrinos en un mundo ajeno. El reino "ya está" en la vida de los creyentes quienes le glorifican a El mediante palabras y hechos, tanto en la iglesia como en la sociedad. Sin embargo, el mundo aún no es el reino porque, como ya hemos visto, el mundo se encuentra bajo la tutela del príncipe de este mundo: Satanás. No obstante, el Rey Jesús ha conquistado a Satanás, y todos aquellos que han reconocido a Cristo como Rey, que al hacerlo han

sido reconciliados con Dios, se encuentran en posesión del Rey. ¿Es Cristo el Rey de su vida?

Jesús habita en ellos mediante su Espíritu Santo. El Rey crucificado ha recibido toda autoridad y su Espíritu, que mora en nosotros, es mayor que Satanás y sus poderes demoníacos: "Mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo" (1 de Juan 4:4). Sólo el creyente ha sido librado "de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo" (Colosenses 1:13).

Así que es cierto que los creyentes dan fruto en toda buena obra en esta tierra, pero los creyentes no pueden convertir a este mundo en el reino. Sólo el retorno del Rey, para reinar sobre la tierra puede traer como resultado el que su voluntad sea hecha en la tierra, así como se hace en el cielo. Con esta esperanza interior y la posesión del poder del reino venidero, ¿puede sorprendernos el hecho de que los cristianos se esfuercen por extender el reino en el corazón de la gente y que busquen una paz que permita el esparcimiento del evangelio (1 Timoteo 2:4)?

Dios reina soberanamente en el mundo y lo conduce providencialmente hacia el día del reino venidero (Hechos 1:6-7). Este es el día de gracia para el mundo, cuando Cristo regrese con el fin de establecer su reino de gloria. En el presente, la humanidad vive entre la época de la ascensión de Cristo al Padre y su regreso "sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria" (Mateo 24:30).

Entonces ¿por qué deben los cristianos servir a la causa de la paz? En primer lugar, porque se les ha instruido que amen a los perdidos de este mundo. En segundo lugar, porque ellos aman esa creación de Dios que ha sido maldecida y corrompida por el pecado. En tercer lugar, porque ellos aman a aquellos que han sido creados a la imagen de Dios, quien desea que todos procedan al arrepentimiento (2 Pedro 3:9).

Las señales del reino no siempre son políticas, aunque siempre

tienen implicaciones políticas. Las señales de Jesús fueron dadas con el fin de conducir a la gente a la fe, no a las reformas políticas (Juan 20:30-31). La vida de Jesús mediante el Espíritu en los creyentes, atrae a los pecadores a la cruz y a la reconciliación. Entonces los frutos de justicia y paz se infiltran por la sociedad.

La fuente de la reforma

En el otoño de 1982 regresé a Europa, con el fin de celebrar otras cruzadas y para reunirme con varios líderes políticos y religiosos. Prediqué en el púlpito de Martín Lutero, en la iglesia de la ciudad de Wittenburgo, el 17 de octubre. Allí Lutero divulgó por carteles sus noventa y nueve tesis, en 1517, y dio inicio a la Reforma Protestante. En mi sermón cité los escritos y las enseñanzas de Lutero, y pude sentir una unión de amistad con los alemanes orientales, especialmente con los de Wittenburgo. Muchos vinieron a aceptar a Cristo en aquel servicio. Más adelante fui a Dresden, donde me habían pedido que predicara en la gran Iglesia de la Cruz, que había sido destruida por los bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial, y restaurada en años posteriores. La noche que hablé la iglesia estaba repleta, con una concurrencia de más de siete mil personas. Me quedé atónito cuando vi la cantidad de caras jóvenes que había entre la multitud. Alguien calculó que el ochenta y cinco por ciento del auditorio contaba menos de treinta años de edad. Durante la invitación dos mil quinientas personas levantaron la mano para indicar que querían recibir a Cristo.

Hoy sabemos que jóvenes como éstos y sus mayores, fueron la chispa que encendió las llamas de los cambios en aquella parte de Europa. Ellos fueron los activistas evangélicos que se congregaron en la Iglesia Getsemaní; fueron ellos los que formaron vigiliias de oración,

que trabajaron en silencio y abiertamente cuando les fue posible, para fomentar las esperanzas de libertad en el oriente europeo. Estos fueron el pueblo de Dios en busca de Su justicia. Pablo escribió lo siguiente a los corintios: "Donde está el Espíritu de Dios, allí hay libertad" (2 Corintios 3:17). No cabe duda de que este pueblo estaba destinado a hacer realidad su libertad. Como veremos en los siguientes capítulos, de ellos se habló hasta en el Apocalipsis de Juan. Ellos representan al pueblo de Dios entre los gentiles: los hijos de Dios que habrían de padecer mucho y que proclamarían el nombre de Cristo hasta lo último de la tierra.

A medida que comencemos, en el siguiente capítulo, a recorrer el velo de las revelaciones de los eventos del porvenir, quisiera examinar brevemente el contexto y el marco de los escritos de Juan, su confinamiento en Patmos, en el campo de trabajos forzados de los romanos; y la forma en que él recibió del Espíritu de Dios sus vitales mensajes. En esta segunda sección mi enfoque ha sido mayormente sobre los primeros capítulos de la obra de Juan. En capítulos subsiguientes habré de examinar las imágenes específicas del libro, junto con las aplicaciones a las incipientes nubes de tormenta y a las controversias de nuestra época.

SEGUNDA PARTE

Los relámpagos
sobre Patmos

Dentro del Apocalipsis

A lo largo de la historia de la iglesia ningún libro ha sido descuidado, mal entendido, y mal interpretado por más personas que el Apocalipsis. En su propio tratado sobre el libro, el erudito bíblico William Barclay escribió lo siguiente: "El Apocalipsis es definitivamente, el libro más difícil y el que más se presta a confusión en todo el Nuevo Testamento; pero, sin duda alguna, también descubriremos que ha de valer infinitamente la pena enfrascarse con el mismo, hasta que nos entregue sus bendiciones y nos abra las puertas de sus riquezas".

Durante varios siglos a las misteriosas imágenes del libro escrito por Juan se les tuvieron por demasiado enigmáticas y surrealista como para ser entendidas. Sin embargo, es sorprendente la forma en que los sucesos políticos de los últimos años —desde la guerra del golfo Pérsico hasta el colapso de la Unión Soviética— han arrojado nueva y penetrante luz sobre estos mensajes aparentemente crípticos, de tal manera que hoy nos parecen mucho menos fantásticos y se prestan menos a confusión que en el pasado.

Muchos de los pasajes que una vez tenía por simbólicos, ahora los veo como evidentes pruebas de la tormenta que se avecina. Hasta hace poco las revelaciones de Juan no se predicaban ni se enseñaban a menudo en algunas de nuestras iglesias, porque a la mayoría de la gente

le parecían demasiado esotéricas y oscuras. Sin embargo, al comienzo del libro de Apocalipsis el autor escribe lo siguiente: "Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca" (Apocalipsis 1:3). Esto debe darnos ánimo para que exploremos de manera más detallada esta importante obra.

En la mañana en que escribí estas palabras por primera vez, hace más de una década, había leído en el diario una cita escrita por uno de los grandes líderes literarios y políticos de nuestra era. El empleó la misma expresión: "El tiempo está cercano. Pero lo más probable es que yo no esté vivo para ver el fin". Y en esto radica la ironía de este libro: es apremiante y a la vez sin limitación de tiempo. Y de la misma manera en que el Apocalipsis puede ser difícil de leer, también es, no obstante, el único libro de las Escrituras en que de manera explícita se promete una bendición para aquellos que lo lean y lo obedezcan (Apocalipsis 22:7).

Durante mi estudio de las Escrituras, a lo largo de más de cincuenta años, a menudo he sido intrigado, inspirado e instruido por las palabras de este dramático libro escrito bajo inspiración divina por Juan, en la isla de Patmos. Sentado en el estudio en mi hogar, en Carolina del Norte, he leído literalmente miles de páginas, de artículos y obras eruditas acerca del libro en cuestión. En mis devociones personales me he sumergido completamente en el sonido y la furia del lenguaje de Juan, escuchando la voz de Dios mientras que hablaba por medio del apóstol. Pero al pensar en todo lo que he aprendido sobre este libro, de sus imágenes siniestras y sobre la misma estructura del Apocalipsis, de continuo me hace sentir insignificante. Muchos cerebros privilegiados han tratado de descubrir el significado de las visiones de Juan a lo largo de los siglos, pero a la luz de la tormenta que estoy convencido se aproxima, me siento obligado a echar otro vistazo a

dichas visiones, con el fin de descubrir el significado que tienen para nuestra época. Quizás desee hacer esto porque yo, al igual que Juan, me estoy poniendo viejo y tengo una perspectiva más amplia de los eventos de nuestros tiempos. Existe algo siniestro flotando en el ambiente y estoy intrigado, tanto por el horror, como por la esperanza de los eventos próximos a suceder. Por supuesto, Juan escribió hace ya dos mil años. Su cultura y la nuestra son totalmente distintas, pero su mensaje tiene importancia capital para nuestros días. Sus visiones, sueños y pesadillas no tienen como fin confundirnos. El mismo vocablo "apocalypse", es una palabra griega, compuesta por el verbo "calypto" (poner velo, cubrir, o esconder) y por la preposición "apo" (de, desde). De manera que apocalipsis significa "quitar el velo", "poner al descubierto", "revelar" y "hacer claro". Los avisos de tormenta que dio Juan eran claros para los cristianos del primer siglo, y deben serlo aun más en el clima actual.

Sentido de la perspectiva

En el Museo Louvre en París, hace algunos años, me paré a menos de un metro de distancia de un cuadro impresionista de Renoir. Parecía que la pintura, sin sentido, había sido aplicada en abundancia por todo el lienzo. Yo no estaba muy impresionado. Y en voz alta me preguntaba qué sería aquello. Mi esposa, Ruth, dijo: "Aléjate, Bill, y lo verás". Yo había estado parado demasiado cerca de la obra maestra, y cada detalle, cada trozo de color, cada pincelada, me impedían ver el efecto del lienzo como un todo. Me había perdido en los detalles. Pero cuando me separé del cuadro el misterio desapareció inmediatamente y la bella imagen trazada por el pintor podía verse claramente.

Yo sospeché que muchos de nosotros, por demasiado tiempo, hemos examinado el libro de Apocalipsis de la misma manera. Hemos

convertido esa espléndida obra maestra en una serie de imágenes y pincelazos, y hemos competido tratando de adivinar cuál es el significado para el presente de cada estrella, de cada dragón y de cada número. Como resultado hemos perdido el diseño total de la visión del profeta, y puede ser que hallamos perdido también la urgencia de sus avisos.

No podemos darnos el lujo de perder la perspectiva del cuadro en su totalidad, y eso es lo que las profecías de Juan pueden lograr para nosotros. A pesar de que hacen referencia en muchas partes a una época desconocida y eventos futuros, son en extremo reales. Las palabras constituyen una auténtica revelación de las cosas que pronto habrán de suceder.

Nunca he estado desterrado en una isla rocosa que mide dieciséis kilómetros de largo por diez de ancho, pero sí he estado desterrado en itinerarios interminables de aviones, de hoteles, de estadios, de salpnes de reuniones y de estudios de televisión. La mayor parte del tiempo no estoy rodeado de criminales y de prisioneros políticos, sino de gente común: hombres de negocio, amas de casa, maestros, estudiantes, obreros, sirvientes públicos, soldados y otras clases de personas. No estoy a solas tan a menudo como me gustaría estarlo, con los sonidos de las gaviotas o el estrépito de olas, pero me parece que entiendo la estructura del mundo de Juan y de su dilema, como portador de un mensaje estremecedor procedente del cielo.

El visionario

Con harta frecuencia me siento inundado por los sonidos de la ciudad y de hombres y mujeres, ahogándose en la actividad y el ruido de la ciudad.

Puedo estar parado en una esquina de Nueva York, de París, de

Londres o de Tokio, y notar la desesperanza, el temor y el aburrimiento en las caras de hombres y mujeres que pasan caminando. Visto de manera superficial, no parece que Juan y yo tuviéramos algo en común. Sin embargo, a veces siento que casi puedo oír las voces que él escuchó. Escucho los avisos y, como Juan, me siento obligado a comunicar estas imágenes que he visto.

Antes de explorar las imágenes que él utilizó, me parece que sería apropiado hacer un breve recuento de la situación en que el mismo Juan se encontraba. ¿Quién era este enjuto anciano: poeta, profeta o pastor? ¿Qué lo impulsó a escribir una carta que todavía deja intrigados, tanto a creyentes como a no creyentes, al cabo de tantos años? El debate tocante a la identidad del autor del Apocalipsis ha seguido candente a través de los siglos. Pero las tradiciones cristianas más antiguas, conservadas por Justino Mártir, Clemente, Orígenes, Ireneo, Eusebio, Jerónimo y por otros eruditos de la antigüedad, dejan en claro que el autor del Apocalipsis fue Juan el apóstol, quien fue el último discípulo con vida que había conocido a Cristo en la carne. Eruditos modernos de la profecía, desde el doctor John Walvoord hasta el Obispo Robinson, están de acuerdo con sus descubrimientos, y yo también.

Casi todos los que pertenecieron a aquel pequeño grupo que había vivido con Jesús y había aprendido de El durante más de tres años, ya habían muerto. Cada uno de ellos, según la tradición más antigua, había padecido el martirio por su fe en el Cristo resucitado.

Muchos han opinado que la larga vida de Juan, que incluyó la carga de recibir y comunicar las misteriosas revelaciones, pudo haber significado un precio mucho más costoso, que haber muerto como mártir. A Juan a menudo se le llamó el discípulo que Jesús amó (ver Juan 21:20). La gran misionera y escritora, Amy Carmichael, ha escrito que a Juan, el discípulo amado, "le fue entregado el prolongado

martirio de la vida".

El santo sufriente

¿Podemos imaginar la clase de tormenta de truenos que dio inicio a la vida de Juan en aquella solitaria isla? Ciertamente la revelación que él recibió del cielo fue un rayo que cayó sin avisar. Aquel arrugado anciano, a quien le temblaban las manos mientras que garabateaba en un pergamino incontables letras griegas, metido en la cueva que le servía de prisión, fue una vez el adolescente pescador galileo que abandonó sus redes, y repleto de esperanza, siguió en pos de Jesús para convertirse en pescador de hombres. Años después como anciano exilado, humillado y taciturno, mirando con ojos entrecerrados a la luz de una vela el creciente manuscrito, se parece muy poco al joven que una vez estuvo de pie con Jesús sobre el Monte de la Transfiguración. Ya casi ni se acuerda cuando, en un acceso producido por el aura de los milagros de Cristo y por su propio poder, pidió que se le nombrara secretario de estado cuando Jesús estableciera su reino en Jerusalén (Marcos 10:35-45). Ahora estaba siendo golpeado por el relámpago de la inspiración divina.

El cansado anciano visionario que se tendió extenuado sobre la rústica mesa en su celda, una vez se quedó mirando una cruz de madera, en la que colgaba, impotente y solitario, el cadáver de su Maestro. Entumecido de angustia y de interna desesperación, Juan vio morir sus sueños aquel día. Su adolorido cuerpo, levantado ahora por rudos guardas, para comenzar otro día en las canteras, una vez estuvo de pie ante la tumba vacía de Jesús ¡y experimentó el renacimiento de la esperanza!

Ahora a Juan se lo llevan bruscamente de la cueva que le sirve de prisión. Después de desayunarse con un plato de avena lo encadenan

con sus compañeros de exilio y marcha, custodiado por guardas romanos, por una senda empinada y sinuosa rumbo a las canteras. Ahora la cueva queda solitaria, pero su montón de pergaminos quedan cuidadosamente escondidos en una cavidad secreta, debajo de su colchón de pajas. Un día esas páginas saldrán de la isla de contrabando. Un día habrá voluntarios cristianos que copiarán fielmente lo que Juan escribió y entregarán la Revelación de Jesucristo a las iglesias de Asia. Y desde esas iglesias el Apocalipsis de Juan se esparcirá por todo el mundo, hasta llegar a usted y a mí.

¡La controversia aumentará! Se celebrarán reuniones eclesiásticas con el fin de demostrar el lugar que ocupa el Apocalipsis en el creciente volumen de escritos cristianos sagrados. ¿Es inspirada esta visión? ¿Tiene autoridad? ¿Se puede confiar en ella? ¿Cómo debe interpretarse? Habrá algunos que lanzarán a las llamas la visión de Juan. Otros la defenderán. Pero cuando la controversia termine las palabras escritas por Juan en Patmos, la húmeda isla que le sirvió de hogar, ocuparán un sitio privilegiado en el canon o escritos reconocidos de la Biblia. En este acto serán reconocidas para siempre como palabras sin límites en el tiempo y el espacio, sin barreras idiomáticas o culturales, y habrán de ser palabra "inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Timoteo 3:16-17 RV).

Y ha sido irónico lo encarnizado que ha sido el debate. Y resulta aun más irónica la forma en que las voces angélicas sabían de antemano la controversia que habría, cuando le hablaron a Juan en Patmos. Dos veces, al final del Apocalipsis, Juan anota que las voces dijeron. "Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas" (Apocalipsis 21:5 RV). Y más adelante dice: "Y me dijo: Estas palabras son fieles y verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha

enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto" (Apocalipsis 22:6 RV).

Cómo entender la visión de Juan

Una cosa es creer que las palabras de Juan son "fieles y verdaderas", y otra muy distinta es entender a cabalidad su significado. En el Apocalipsis hay cuadros pintados por palabras que me dejan estupefacto por su belleza y completamente confundido en lo tocante a su significado exacto. He oído por lo menos cien explicaciones distintas de un solo símbolo del lenguaje de Juan; y ninguna de ellas, debo añadir, me ha parecido adecuada. Pero esto no debe provocar que descuidemos el libro de Apocalipsis, ni que nos demos por vencidos en nuestros esfuerzos por entenderlo. Puede ser que no lo entendamos todo, pero eso no significa que no podemos comprender algo.

Para comprender a Juan y entender el libro de Apocalipsis es necesario que recordemos varias cosas importantes acerca de este hombre extraordinario. En primer lugar, Juan fue un "apocalipcista". Esto es, escribió el Apocalipsis en un lenguaje poético específico, conocido con el nombre de lenguaje apocalíptico. Un escritor apocalíptico —como Juan— era aquel que empleaba imágenes vividas y simbolismo para hablar sobre el juicio de Dios y sobre el fin del mundo. Entre los judíos en los tiempos bíblicos los escritores empleaban a menudo el estilo apocalíptico. En algunas partes del Antiguo Testamento (como en porciones de Daniel y Ezequiel) se utiliza este tipo de lenguaje.

La dificultad, por supuesto, radica en el hecho de que este estilo literario, en el que se emplean cuadros vividos de palabras y símbolos, es prácticamente desconocido para nosotros en el presente. Es indudable que a la mayoría de los primeros lectores de Juan les costó

muy poco trabajo entender lo que significaban sus símbolos y diferenciar cuáles eran símbolos y cuáles no lo eran. En la actualidad es necesario que estudiemos cuidadosamente algunas de las secciones más oscuras de su mensaje (la mayor parte se trata de citas del Antiguo Testamento), y es probable que haya secciones que nunca logremos entender a cabalidad.

Repito que lo antes dicho no significa que el mensaje de Juan se ha perdido para nosotros en el presente. Todo lo contrario. Recibiremos amplia recompensa cuando nos tomemos el trabajo de ahondar en los tesoros del Apocalipsis. No pensemos que el vívido lenguaje de Juan es una barrera para nuestro entendimiento; veámoslo más bien como el modo en que él pintó con colores de fascinante brillantez, el cuadro del plan de Dios para el futuro. Por ser "apocalíptico", Juan se concentró en un tema abrumador: el fin de la historia humana como la conocemos, y la llegada de la gloriosa era mesiánica. Como tal, su mensaje es siempre de aviso o de esperanza: aviso del juicio venidero; esperanza del inevitable triunfo de Cristo sobre el mal y el establecimiento de su reino eterno.

Este es un mensaje que necesitamos en el presente, a saber: que el pecado ha de ser castigado y que Dios habrá de juzgar. Nos hace falta saber que hay esperanza para el futuro cuando estamos en Cristo. En una escena en la que se libra una batalla, en la obra escrita por Francis Ford Coppola, titulada "Apocalypse Now" (Apocalipsis Ahora), un mensajero se esconde hasta el frente de la batalla, observa la confusión, y pregunta: "¿Quién manda aquí?" Nadie le responde. Mucha gente hoy, al observar la confusión y la maldad de nuestro mundo, se pregunta si habrá alguien que lleva las riendas de este universo. El mensaje de Juan en el Apocalipsis contesta con un rotundo sí: Dios. No hay motivo para abandonar la esperanza, puesto que Dios es fiel a sus promesas de salvación y nueva vida en Cristo. Mi oración,

mientras que estudiamos el mensaje de Dips, es que Dios traiga convicción, tanto a hombres como a mujeres, de la realidad de su juicio venidero, y que les infunda una nueva esperanza mediante el amor de Jesucristo.

El llamado al arrepentimiento

En segundo lugar, Juan fue también un profeta. Los "apocalipsisistas" no tenían esperanza en el presente y miraban expectantes hacia el futuro. Los profetas, sin embargo, a menudo tenían esperanzas en el presente: esperanza de que el juicio de Dios se retrasara si la gente se arrepentía y buscaba a Dios en fe y obediencia. Esto no significa que los profetas recetaban una salida fácil para todos los problemas, como si de alguna forma todos los problemas fueran a desaparecer si la gente sólo hiciera profesión de fe en Dios. Por el contrario, los profetas, como Winston Churchill parado en medio de las ruinas de Londres, provocadas por los bombardeos, los profetas brindaban "sangre, sudor y lágrimas" a todos los que querían seguir a Dios. No ha de ser fácil servir a Dios y batallar contra la maldad del actual mundo de obscuridad y pecado; sin embargo, los profetas sabían que Dios, al final, saldría victorioso y que su pueblo compartiría esa victoria.

De modo que Juan fue un profeta que hizo un llamado a su generación —y a la nuestra— al arrepentimiento, a la fe y a la acción. El sabía que jamás podríamos edificar el reino de Dios en esta tierra, por mucho que nos empeñáramos. Sólo Dios lo podía lograr; y así lo hará algún día, cuando Cristo regrese. Mas Juan sabía también que el juicio de Dios sobre este mundo se podía retrasar, si nosotros nos arrepentíamos y buscábamos a Cristo. Aquel vigoroso anciano en Patmos, escogido por Dios para recibir y declarar Su mensaje especial, fue tanto un escritor apocalíptico, como profeta. ¿Por qué no habría

de ser ambas cosas? Después de todo, como joven judío él había oído lo que decía el Antiguo Testamento sobre el juicio venidero de Dios sobre la tierra y sobre el futuro reinado del Mesías. También había escuchado el llamado de los profetas —Amos, Isaías, Jeremías y los demás— quienes instaron a hombres y mujeres, con todas las fuerzas que tenían, a dar la media vuelta y volver a Dios. Y un día irrevocable Juan había oído el llamado de Jesucristo y había respondido siguiéndole. En Jesús, él descubrió que el mensaje apocalíptico y el del profeta se unieron. En El, la declaración del juicio venidero y de la victoria final del "apocalipsista", se unieron al mensaje de arrepentimiento y obediencia a Dios en presencia de la maldad actual, que predicaba el profeta. "En el mundo tendréis aflicción", le dijo Jesús a sus discípulos, "pero confiad, yo he vencido al mundo" (Juan 16:33 RV).

Debo repetir que es necesario que escuchemos el mensaje de Juan como proveniente de un profeta, que declara un mensaje tanto del futuro como del presente. Es menester que oigamos su llamado al arrepentimiento y su desafío a que vivamos para Dios, y a que abogemos por la pureza, la justicia y la rectitud, sin importarnos lo que hagan los demás.

En tercer lugar, Juan fue también un evangelista. El interés de Juan no estaba cifrado en un mensaje estéril, carente de poder para influir en la vida de la gente. El tenía interés en los problemas que la gente enfrentaba diariamente en sus esfuerzos por serle fieles a Dios. Tenía interés en las presiones y las persecuciones a que muchos de ellos tenían que enfrentarse como cristianos. Tenía interés en la gente porque sabía que Dios los amaba y que había enviado a su Hijo a morir por ellos.

La palabra "evangelista" viene de un término griego que significa "el que anuncia buenas nuevas" —en este caso, las buenas nuevas del

evangelio—. Para algunos el mensaje de Juan tocante al futuro debe haberles parecido sombrío y deprimente. Sin embargo, Juan sabía que lo peor que él podía hacer era asegurarle a la gente que todo marchaba bien y que no había necesidad de preocuparse por la maldad que existía en el mundo ni por el juicio de Dios. Pero el mensaje de Juan es, al final, el mensaje de las buenas nuevas de salvación en Jesucristo.

El regalo de la vida

No existe mayor necesidad para nuestro confundido y caótico mundo que escuchar el evangelio de Jesucristo. El mensaje de Juan, en el Apocalipsis, no sólo se concentra en sucesos que tendrán lugar en el futuro, sino también en lo que puede ocurrir ahora, cuando Jesucristo se convierte en Señor y Salvador de nuestra vida. El mensaje de Juan en lo supremo se centra en Jesús, el Hijo de Dios, quien murió por nuestros pecados y se levantó de entre los muertos con el fin de darnos vida eterna. Lo que Juan declaró al final de su evangelio, pudo también haberse aplicado con el mismo vigor a las palabras que pronunció en Apocalipsis: "Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (Juan 20:31 RV).

Juan fue también un pastor. El Apocalipsis fue la última carta que el apóstol dirigió a la gente que mejor conocía y que más quería. Inició la carta con siete mensajes personales, uno a cada uno de los siete grupos de cristianos que se hallaban esparcidos por toda Asia Menor. Cuando lea estas notas personales fíjese en lo bien que Juan conocía a su gente y cuán hondamente los amaba. Procure sentir sus temores por ellos y por nosotros también.

Es fácil hacerse una idea de cómo aquellos cristianos del primer siglo comenzaron su vida en Cristo. He predicado en más de ochenta

países del mundo. He visto a miles de personas escuchando las buenas nuevas de la vida, la muerte y la resurrección de Jesús. He presenciado a muchos correr literalmente para recibir a Cristo como Salvador y Señor de sus vidas. He sido testigo de su entusiasmo y me he estremecido de emoción por su temprano y rápido crecimiento. Pero, al igual que Juan, he visto morir el primer amor. He visto tanto a hombres como a mujeres aceptar vehementemente la fe, para luego abandonarla lentamente, y darse de nuevo a la inmoralidad, a la idolatría y a la autodestrucción. He visto a otros que aceptaron a Cristo y han permanecido fieles hasta el fin, enfrentarse a horribles sufrimientos y sacrificios a lo largo del camino.

Al echar una mirada retrospectiva a mis largos años como evangelista, me pregunto si he hecho que la fe cristiana parezca demasiado fácil. Aun antes de haber oído la expresión, siempre he tenido presente lo que Dietrich Bonhoeffer llamó "gracia barata", Claro está que es por gracia que hemos sido salvos "por medio de la fe ... no por obras, para que nadie se glorie" (Efesios 2:8-9 RV). Por supuesto, nuestra salvación fue un resultado de lo que Cristo ha hecho en nuestro favor, por medio de su vida, su muerte y su resurrección, no de lo que nosotros debemos hacer por nosotros mismos. Claro que podemos confiar en El para que acabe la obra que ha comenzado en nosotros. Pero en mis ansias por repartir el grandioso regalo de Dios, ¿he sido franco en cuanto al precio que El pagó en Su batalla con el pecado? ¿He explicado adecuadamente cuál es el precio que debemos pagar, en nuestra propia lucha contra el pecado que obra en nosotros y a nuestro alrededor?

Un mensaje de esperanza

Juan se preocupaba por su rebaño mientras que escribía su visión

acerca de este mundo (donde reina el pecado) y sobre el mundo venidero (donde Dios restaurará la justicia y la paz nuevamente). El escribió acerca de la guerra entre los dos mundos y sobre los hombres y las mujeres que pelean y mueren en el campo de batalla en dicha guerra. En el centro de su visión escribió sobre Jesús, el Señor del mundo venidero, quien ha entrado en este mundo con el fin de rescatar a la humanidad (cada vez que se encuentran en el campo de batalla), para dirigirla mientras que cruza las filas del enemigo, y para conducirla a salvo de regreso a casa.

El Apocalipsis no es un trabajo literario académico, escrito para ser presentado en una reunión de eruditos profesionales. No se trata de un poema creado por un superdotado con el fin de entretener y divertir. No es el diario de un anciano decrepito, empujado a desatinadas alucinaciones como resultado de su aislamiento y de su soledad. El Apocalipsis es la carta de un pastor, dirigida a su rebaño que marcha con dificultad; es un telegrama de urgencia que describe un brillante plan de batalla para un pueblo en guerra. Refleja todo el realismo del horror y el quebranto de corazón de un campo de batalla cubierto por los muertos. Es un escrito lleno de franqueza e intimidación; pero se trata también de un plan para la victoria: si no para cada batalla, ciertamente para la guerra.

Al igual que Juan, yo he escuchado ese trueno en la lejanía. He visto los rayos haciendo blanco en muchas partes de nuestro mundo; así que, yo sé que la tormenta que se avecina puede envolver al mundo entero. He visto las nubes que anuncian la tormenta acumularse en un cielo que se cerraba. Yo sigo siendo un evangelista cuyo objetivo es proclamar nueva vida en Cristo, pero hay graves problemas en el horizonte para nuestro mundo y para todos los que en él vivimos. En las imágenes del Apocalipsis hay tanto un aviso de tormenta como un mensaje de esperanza para los turbulentos tiempos que se avecinan.

Este es precisamente el asunto que me propongo examinar a continuación.

La radiante esperanza

Con tanto desorden y confusión a nuestro alrededor existe en este mundo la necesidad urgente de esperanza. Adondequiera que miro veo rivalidades y conflictos, no sólo en los campos de batalla del mundo sino también en nuestros vecindarios y en nuestros hogares. La tradicional seguridad del hogar, como existía hace sólo unos años, ya ha dejado de existir. Con demasiada frecuencia los padres violan a sus propios hijos y abusan de ellos. A otros niños los abandonan, los dejan solos en las casas o los ignoran, de tal manera que están llenos de amargura, de enojo y perturbados emocionalmente. Hay demasiados jóvenes en el presente que llegan a la edad adulta carentes de raíces espirituales y emocionales. La cultura agnóstica y secular los ha privado de valores. A algunos casi no se les puede diferenciar de los animales.

La conducta de algunos líderes gubernamentales, de oficiales públicos y de educadores, a menudo es ultrajante y ofensiva. La moralidad de mucha gente se ha hundido hasta los niveles más bajos en la historia de esta nación y con frecuencia nuestra sociedad convierte en héroes y en ídolos a los degenerados morales que se les da más publicidad. ¿A dónde ha ido a parar la visión de esperanza que una vez nos sostenía? ¿Dónde se encuentra la fe que le daba significado a la vida?

En mi libro titulado "ESPERANZA PARA EL CORAZON AFLIGIDO", traté muchos asuntos de esta índole y sugerí un plan práctico para restaurar la esperanza.

Se trata de un plan que yo he empleado en mi propia vida, por lo que estoy convencido de que funciona. Sin embargo, la crisis de fe y esperanza sigue aumentado con cada día que pasa. A nuestras preocupaciones personales se suman las tormentas nacionales y mundiales que amenazan con sumergirnos individualmente; y las dimensiones de la vida diaria han adquirido tal magnitud, que la mayoría de nosotros no podemos manejarlas.

En sus estudios sobre la profecía el doctor John Walvoord, autor de numerosos libros muy leídos, sobre numerosos pasajes proféticos de la Biblia, ha escrito que él cree que el mundo ha entrado en una época de cambios dramáticos y siniestros. El afirma:

"La actual crisis mundial no es el resultado de un solo factor, sino de la coincidencia de causas y efectos que se combinan para preparar el escenario mundial para un conflicto que bien podría poner fin a cientos de años de progreso de la civilización occidental y establecer nuevos centros de poder internacional. Sea lo que fuere que nos depara el futuro, habrá de ser totalmente distinto del pasado. En este cuadro tan sombrío sólo las Escrituras nos trazan una ruta segura y nos dan una explicación inteligente sobre la confusión que existe en el mundo actual". (Walvoord, Nations, 13.)

La mayor parte del tiempo estamos perplejos como resultado de la aparente confusión e ignorancia que observamos en el mundo que nos rodea. Pero según el doctor Walvoord, el conflicto y la confusión son evidencia del pecado y el error de los últimos tiempos. A la luz de las Escrituras aun los hechos más inquietantes e insensatos pueden comprenderse. Parte de la confusión en el mundo, no obstante, la padece la iglesia misma. Considerando que la iglesia una vez

presentaba un modelo unificado de valores y creencias, con el fin de alejar al mundo del precipicio de la autodestrucción, vemos que en el presente ese modelo se ha cambiado por convenientes teorías sociales, que llegan a ocupar el lugar de las verdades de la Biblia, y ha sido desacreditado por los fracasos morales de sus líderes.

Apostasía e incredulidad

En numerosas iglesias a la Biblia se le tiene por una colección de cuentos de hadas y de fábulas, escritas por hombres semiinstruidos, pertenecientes a una época muy antigua. Aunque contiene desafidores mitos espirituales y sano estímulo, algunas iglesias "modernas" opinan que nadie debe acudir a la Biblia con la esperanza de encontrar en ella verdades absolutas.

Tal enseñanza es una abominación ante Dios. No hay nada que resulte más destructivo para la fe auténtica y para la paz en la tierra. En presencia de tan creciente tormenta el mundo necesita urgentemente amarras, y Dios ha provisto tal ancla en Su Palabra, la Biblia.

El doctor Walvoord agrega lo siguiente:

"La importancia de la actual crisis mundial radica en el hecho de que contiene prácticamente todos los elementos que constituyen una preparación natural para el fin de la era ... la presente generación puede ser que sea testigo del final dramático del "tiempo de los gentiles" y del establecimiento del reino de los cielos sobre la tierra, y así dar cumplimiento a uno de los grandes temas de la profecía, a saber, el programa divino para las naciones del mundo. (Walvoord, Nations, 15.)

Una visión ominosa

Cuando Rut y yo estuvimos hace poco en Europa estuvimos al

tanto de las noticias que se publicaban en los periódicos ingleses, franceses y estadounidenses. En un lapso de dos semanas recortamos una serie de artículos en los que se empleaban los términos "Apocalipsis" y "Armagedón". Reporteros, comentaristas y editores —hombres y mujeres en todas las ramas de los medios de comunicaciones modernos— parecían estar hipnotizados por el concepto del fin del mundo como lo conocemos en el presente. Me acuerdo de un artículo publicado en el "Times de Londres" hace pocos años, titulado "La Sombra del Armagedón". El artículo levantó el tétrico espectro de una guerra racial futura en Inglaterra. Otros editoriales, columnas, historias noticiosas y cartas al editor, estaban repletas de los temores de costumbre, a la guerra nuclear, al caos económico, al mal uso y al uso excesivo de los recursos no renovables de la tierra; al crimen incontrolable, a la violencia callejera, a los misteriosos virus asesinos, al terrorismo, a los cambiantes patrones climáticos; a los terremotos, a las inundaciones, al hambre, a la destrucción y a la muerte. Adondequiera que iba me tropezaba con personas, tanto líderes como gente común, que formulaban la siguiente pregunta: "¿Existe alguna esperanza?" La respuesta viene retumbando, procedente de la prensa mundial: "No existe esperanza para el planeta Tierra".

Una mañana, en la arboleda próxima a nuestro hogar, yo caminaba con el diario matutino en una mano y el libro de Apocalipsis en la otra. El solitario exilado en Patmos escribía precisamente para tiempos como estos. Sus visiones vibran de esperanza. Aunque su carta tenía por destinatario las siete iglesias en la provincia romana de Asia, para ser más precisos, a pequeño grupo de creyentes que formaban las iglesias en cada pueblo, su carta está escrita para nosotros también.

A pesar de que las noticias que Juan les trajo a ellos y que nos trae a nosotros, para la historia a largo plazo eran buenas nuevas y

esperanza, para el futuro inmediato no lo eran. A sus amigos cristianos les habló con franqueza acerca del desastre que se aproximaba y de cómo debían ellos hacerle frente. Nosotros debemos tomar sus palabras en serio. Porque de cualquier manera en que lo miremos, las noticias son tanto buenas como malas.

Yo me he pasado la vida proclamando una verdad central: hay buenas noticias para los habitantes del mundo. En el centro de esa verdad está Jesucristo. El es Dios hecho hombre, y la historia de su vida, de su muerte y de su resurrección, son las únicas buenas noticias que se pueden proclamar en estos días. Me he pasado cincuenta años en las esquinas y en coliseos repletos de gente, dándoles a conocer a la gente las buenas nuevas de que hay perdón para ellos. Usted también puede estar en paz con su Creador. No importa cuál haya sido su pasado, usted puede tener su futuro garantizado mediante la fe en Jesús como Señor y Salvador de su vida. A mí me place dar a conocer tales buenas nuevas, pero si voy a tomar en serio las revelaciones de Juan, no podré hablar solamente sobre las buenas noticias, puesto que también las hay malas.

La vocación involuntaria de Juan

Como antes he dicho, Juan fue muchas cosas, pero, al igual que yo, él fue un evangelista. Estoy seguro de que él hubiera estado contento de haber llegado al final de sus días escribiendo sobre el pasado. ¿Se imaginan las historias desconocidas sobre Jesús que él le hubiera podido contar a la gente de su época y a la de la nuestra?, a fin de cuentas, Juan era un anciano y se supone que los viejos hagan memoria del pasado. El le pudo haber añadido a los libros que ya había escrito, a saber: el Evangelio según Juan y las tres epístolas que había enviado a un grupo de cristianos del primer siglo. El pudo haber llenado su

pergamino con recuerdos de aquellos días maravillosos junto al Maestro, a la orilla del mar de Galilea y en los montes de Judea.

Juan fue testigo ocular cuando Dios caminó sobre esta tierra en cuerpo humano, sanando enfermos, echando fuera demonios y resucitando a los muertos. ¡Qué libro tan maravilloso y lleno de esperanza pudo haber escrito él! Pero tal cosa no habría de suceder. Mientras que Juan yacía encadenado en la isla de Patmos, meditando y viviendo difícilmente bajo el peso de su carne tan humana, Jesucristo vino a él mediante el Espíritu de Dios con el fin de darle a conocer las malas noticias junto con las buenas, el aviso de tormenta a la vez que el de calma.

Para poder entender las visiones de Juan, para comprender en su misma esencia tanto las buenas como las malas noticias, para poder entender los avisos, la esperanza y hacia dónde estaban encaminadas esas visiones, es necesario que regresemos a Patmos y que realicemos nuestra propia peregrinación. Es menester que caminemos por las playas con el anciano y que veamos nuevamente sus visiones, de cerca y a todo color. Es necesario también que nos preguntemos lo que significaban para Juan y para el pequeño grupo de cristianos esparcidos por todo el imperio. Luego debemos preguntarnos lo que significan para nosotros las visiones de Juan.

Imaginémoslo. "En el día del Señor", le escribió a aquel puñado de cristianos, "oí detrás de mí una gran voz como de trompeta" (Apocalipsis 1:10). El texto nos enseña que esta revelación de Jesús, dada a Juan, comenzó en "el día del Señor". Tal vez, en su "benevolencia", los romanos que tenían cautivo a Juan, le permitieron al visionario judío que continuara con su antigua práctica antiguotestamentaria de guardar un día santo a la semana. Quizás, aquel día ya habían empujado a los quejumbrosos prisioneros que no eran judíos a sus trabajos en las sofocantes pedreras, y habían dejado al

anciano caminando solitario a lo largo de la costa del mar Egeo. Me lo puedo imaginar, haciendo las oraciones antiguas, cantando los salmos de antaño, citando de memoria extensos trozos de las antiguas palabras de sabiduría, y haciendo memoria de la nueva vida y del nuevo significado que Jesús le había imprimido a estas antiguas prácticas.

El corazón de un pastor

Repentinamente Juan se detiene y luego camina con nerviosismo por la playa. Le preocupan los cristianos en el territorio continental que se encuentra a pocos kilómetros de distancia. ¡Cómo ansia que esta separación entre ellos llegue a su fin! ¿Cuántos hombres y mujeres, cuántos niños y niñas congregados en aquellos siete lugares de adoración habían recibido a Cristo como Salvador mediante la predicación del propio Juan? Sentía obligación por ellos y por su crecimiento espiritual. Otros, directa e indirectamente, habían sido instrumentos en la edificación de esas iglesias. Pero esos, según la tradición, ya habían muerto; Pablo: decapitado con una espada romana; Pedro, crucificado cabeza hacia abajo en una rústica cruz de madera; Santiago, el propio hermano de Juan, decapitado por Herodes Agripa; y el joven Marcos, arrastrado por las calles de Alejandría y luego quemado, con su cuerpo maguyado y aun sangrante. Las noticias sin confirmar de la muerte o la desaparición de los amigos y colaboradores más allegados de Juan, debieron haberlo sumido en un sentimiento de profunda soledad y aun más temeroso de la suerte que correrían las iglesias que juntos habían establecido.

Al principio había parecido poco riesgoso y bastante sencillo ser cristiano en un mundo dominado por el imperio romano. Los césares habían otorgado privilegios especiales a los judíos, y la mayoría de los

primeros cristianos que eran judíos disfrutaron de esos privilegios. Bajo la Pax Romana (la paz que Roma edificó por todo el mundo con la ley y el poderío romanos) la iglesia se había esparcido. Las autoridades romanas aun le salvaron la vida a Pablo en Jerusalén, cuando los soldados romanos lo rescataron de la multitud enfurecida por su predicación (Hechos 21:31-32). Pedro había instruido a los primeros cristianos a que temieran a Dios y que dieran honor al emperador (1 Pedro 2:12-17); aunque a menudo el emperador era malvado y se estaba iniciando la persecución.

Para fines del primer siglo toda la benevolencia había terminado. Roma estaba perdiendo el control del mundo. Los emperadores y sus cortes se habían puesto cada vez más extravagantes. El tesoro real lo habían agotado. El senado romano estaba recaudando nuevos impuestos con el fin de reducir la deuda del comercio. Como resultado surgieron las protestas y las rebeliones y los romanos respondieron con la espada.

Para Roma no fue fácil la tarea de mantener un imperio formado por tantas razas, religiones y culturas distintas. Los movimientos nacionalistas, las conspiraciones políticas, el terrorismo y las rebeliones manifiestas, aumentaron hasta que el imperio se vio amenazado desde adentro y desde afuera. De la paranoia manifestada por el emperador para mantener el poder de Roma y a sus súbditos controlados, surgió una prueba sencilla de lealtad. Durante determinadas festividades y días feriados, interminables filas de súbditos desfilaban ante los magistrados romanos de la zona, lanzaban un *poco* de incienso al fuego del incensario de oro a sus pies, y decían: "César es Señor".

¿Jesús o César?

La mayoría de los ciudadanos se sentían agradecidos de rendir tributo al emperador y al imperio que les había proporcionado este período de paz. Pero para los cristianos existía otro voto de lealtad que se encontraba en el mismo centro de la fe: "Jesús es Señor", no César. A pesar de la gratitud que sentían hacia el imperio y hacia el emperador, a pesar de las amonestaciones que Pablo y Pedro les hicieron para que adoraran a Dios y dieran honor al emperador, este acto de adoración al César era un imposible. Y por haberse negado a poner al César primero que a Cristo, los cristianos comenzaron a ser perseguidos.

William Barclay escribe lo siguiente: "Esta adoración del César nunca tuvo como fin ... la erradicación de todas las religiones. Roma fundamentalmente era tolerante. Una persona podía adorar al César y a su propio dios. Pero la adoración del César cada día más se convertía en la prueba de lealtad; se convirtió ... en el reconocimiento del dominio de César sobre la vida del hombre y ... del alma" (El Apocalipsis de Juan, 1:21-22).

Tratemos de hacernos un cuadro mental de una aldea en los suburbios de Efeso o de Laodicea. Los cristianos se encuentran en sus labores, curtiendo pieles, tiñendo telas, recogiendo la cosecha, criando a sus hijos, estudiando matemática o historia; adorando, trabajando o jugando. Entonces, de repente, se escuchan ruidos de cascos resonando por las cercanas calles empedradas. Los caballos los montan un centurión y su guardia de honor. Como un ritual, desdoblan una mesa de acampar de cuero, colocan un incensario sobre la mesa y encienden la llama. Los heraldos suenan las trompetas. No hay donde esconderse, ni tiempo de tomar decisiones.

Los creyentes deben unirse a la fila que hacen todos los vecinos. A corta distancia el alcalde de la aldea echa su incienso a las llamas y exclama con orgullo: "César es Señor". Otros le siguen. La fila se hace

más corta. El momento decisivo ha llegado. ¿Evitarán los cristianos el conflicto y protegerán sus vidas y su seguridad con el acto sencillo de la obediencia? ¿Declararán que el César es Señor, para luego regresar a la seguridad de sus hogares? ¿O admitirán que tal acto es un símbolo de una desobediencia mayor, se negarán a echar el incienso y proclamarán que "Jesús es Señor", y luego pagarán el precio por su deslealtad al estado?

¿Se paseaba Juan por la playa en Patmos en aquel día sabático, acordándose del centurión, del incienso y de la terrible decisión de lealtad suprema que cada creyente se vio obligado a tomar? No sabemos. Tal vez fue en una fila como aquella, rodeado de sus vecinos y amigos, que el mismo Juan no pasó la prueba del emperador y, como castigo, fue enviado como exilado y prisionero a la isla de Patmos. No sabemos por cuales acusaciones fue conducido al exilio, pero sí sabemos por qué dijo Juan que se encontraba en aquel lugar: "Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo" (Apocalipsis 1:9).

No era fácil ser cristiano en aquel entonces. Tampoco lo es en la actualidad. A fines del primer siglo, durante el exilio de Juan, comenzó con intensidad la persecución de los cristianos por parte del imperio romano. Era difícil guardar la fe en aquel entonces. También lo es en la actualidad. Había momentos intensos y terribles ante el ardiente fuego de un centurión. Hay pequeños pero terribles momentos casi a diario cuando uno anhela ceder ante los valores de este mundo, renunciar a las elevadas normas de nuestro Señor, para dar paso a las diversas tentaciones que ejercen presión sobre todo hombre, mujer o joven creyente. Hasta los cristianos padecen la tentación de entregarse a las pasiones y a los placeres que nos persiguen a todos.

Una decisión cotidiana

Nos imaginamos que los únicos que se ven obligados a decidir diariamente cuáles son sus objetos más importantes de lealtad, son los cristianos que en el presente viven bajo regímenes ateos o totalitarios. Cada cristiano en cada nación —sea totalitaria, democrática o de otra índole— decide a diario si le va a ser fiel a Cristo y al reino que El está edificando, o si va a entregarse en manos de esta época y de sus valores. En los Estados Unidos de América se observa la clara evidencia de la creciente intolerancia hacia los cristianos y hacia los valores cristianos. Ya no es tan fácil profesar que se conoce a Cristo como lo fue en esta nación en el pasado. Cada quién debe tomar su cruz diariamente o, con temor, ceder ante los valores de este mundo.

Por eso no nos asombra que Juan se haya sentido ansioso. Los creyentes debían (y deben ahora) constantemente escoger qué camino seguir. Aquellos nuevos cristianos en las iglesias de Asia vivían en un mundo (no muy distinto del nuestro) en el que su fe en Cristo los ponía en desacuerdo con los poderes políticos, con las realidades económicas y con las normas sociales. Las decisiones cotidianas se tornaban difíciles y exigentes. Intensos sufrimientos estaban a las puertas. ¿Guardarían la fe? ¿Se mantendrían firmes o se darían por vencidos bajo la presión y el dolor de seguir a Cristo? Cada día, en el presente —como entonces—, los cristianos tendrán que tomar muchas decisiones. ¿Cederían ante el materialismo, los placeres egoístas y las prácticas deshonestas de la presente época? ¿Qué hacer cuando uno debe tomar estas decisiones? ¿Tiene usted el firme deseo de hacer la voluntad de Dios, o cede ante las constantes presiones de aquellos que le rodean? La Biblia dice: "No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de

Dios, agradable y perfecta" (Romanos 12:2).

Repentinamente, Juan escuchó la voz "como de trompeta". Aquí llegamos al mundo del misterio. No puedo explicarles cómo vinieron las visiones ni en qué manera, si real o simbólicamente se le aparecieron al visionario. Cuando leo el comienzo de la revelación de Juan en Patmos (Apocalipsis 1:12-20), me esfuerzo por hacerme un cuadro mental de la misma. No sabemos si Juan, "en el Espíritu", simplemente se sentó en silencio en la playa de Patmos y vio las visiones con los ojos de su mente. Hay una tradición que dice que el Espíritu de Dios vino a Juan en una oscura caverna y que lo transportó de aquella cueva a cuatro lugares diferentes, de la misma forma en que Cristo fue conducido por Satanás a la cima de un monte, durante su tentación en el desierto. Es posible aun que las visiones hayan tomado forma real para Juan —más reales que las proyecciones en la casa vieja de Disneylandia, donde los espectros bailan atravesando paredes y, tanto jóvenes como viejos, observan boquiabiertos ante ellos las apariciones en forma humana.

Un cuadro de Patmos

Yo creo, sin embargo, que Juan vio con claridad meridiana todo lo que describe; que todo lo que vio provino de Dios y que cada visión tiene tanta importancia y está tan llena de significado y aplicación hoy, para nosotros, como la tuvo para aquellas siete iglesias en Asia. Acompañenme a Patmos e imagínense a Juan orando desesperadamente por las iglesias que tenía a su cuidado. De repente oye una voz, clara como trompeta, hablándole.

El relato bíblico pasa por alto las primeras palabras del que hablaba. Tal vez fue un saludo sencillo, no muy diferente al del ángel que saludó a María antes de darle las buenas nuevas del nacimiento de Jesús.

Quizás se trataba de la gloria del Señor que resplandecía a todo su alrededor, o una multitud de ángeles del cielo, no muy distinta de aquella que hizo que los pastores temblaran de temor, antes de escuchar las buenas nuevas. No sabemos lo que dijo aquella figura, pero sí sabemos cuál fue la reacción de Juan a sus "buenas nuevas". El estaba aterrorizado.

Mientras que se volvía para "ver la voz", fue cegado por la luz procedente de siete grandes candeleros. Parado en medio de la luz había un hombre, "sus ojos como llama de fuego; su cabeza y sus cabellos eran blancos como la blanca lana". Los pies de aquella figura eran "semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno, y su voz como estruendo de muchas aguas". Tenía en su mano derecha siete estrellas. "De su boca salía una espada aguda de dos filos y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza" (Apocalipsis 1:12-16).

Juan cayó a los pies de la figura "como muerto", aturdido y maravillado de lo que presenciaba. Aquel hombre (de pie en medio de la luz, vestido "de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro") era Jesús. Sin embargo, Juan no reconoció a su Maestro. Era el mismo Jesús que se le había aparecido a Juan junto al mar de Galilea. Habían estado juntos durante tres años; ni aun así Juan reconoció a su Salvador. Este era el mismo Jesús que se le había aparecido a Juan y a los otros en un aposento alto, herméticamente cerrado; con un cuerpo resucitado transformado, pero aún llevando las heridas de los clavos en las manos y los pies, y en el costado la herida de la lanza romana. Este era el mismo Jesús que había participado de la limitación de un ser humano con el fin de hacerse partícipe de los sufrimientos humanos, para sentir las debilidades y las tentaciones humanas y para liberar del mal a la humanidad. Sin embargo, Juan, discípulo antiguo, amigo personal muy

cercano y colega íntimo, no tenía ni la menor idea de que esta gigantesca y resplandeciente figura era su Señor resucitado.

Pero luego, suavemente, como despierta una madre a un niño de los terrores nocturnos, la figura aquella se inclinó sobre el aterrorizado anciano, le tocó un hombro, y le dijo: "No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades" (Apocalipsis 1:17-18).

Imágenes espectrales

¿Qué está sucediendo aquí? Pues bien, tratemos de imaginarnos lo que estaba sucediendo en la mente de Juan. ¿Había estado él, sólo momentos antes de este misterioso encuentro, con temores por la suerte que habría de correr la iglesia? Pero entonces el Cristo resucitado aparece para pronunciar la palabra tan necesaria hoy como lo fue hace veinte siglos. ¿Se había estado preguntando el visionario si había suficiente poder disponible para él y para su rebaño, con el fin de poder soportar los peligros de aquel día malo, cuando, de repente, el Creador y Sustentador del universo se revela como Aquel que tiene la llave, como Aquel que tiene poder sobre los peores temores que aquejan a la humanidad, a saber: la muerte y la perdición eterna?

"¡Escribe, Juan!", le ordenó el Señor que tiene el poderío. Y luego le especificó claramente a quién debía dirigir la carta: a los líderes de las iglesias ("los ángeles de las siete iglesias", que significa literalmente "pastores") y a los miembros de las iglesias desde donde resplandecería la luz para iluminar al mundo entero ("los siete candeleros"). "Escribe las cosas que has visto", le ordenó la figura que resplandecía como el sol. "Escribe ... las que son, y las que han de ser después de estas" (Apocalipsis 1:19).

Estas son las buenas nuevas. Imagínese cómo se sentiría usted si fuera Juan. En determinado momento Juan se preocupaba por sus amigos cristianos que luchaban para sobrevivir en aquellos tiempos terribles, en los que tenían que tomar difíciles decisiones y padecer sangrientas persecuciones. Al siguiente instante se hallaba de pie ante el Señor de la historia, quien le aseguró mediante su propia presencia que El aún poseía el control de este mundo. El todavía tiene planes para su pueblo, y ahora está a punto de decirnos lo que podemos hacer para tomar parte en sus planes para la redención y la renovación del planeta Tierra. Tal vez en este mismo instante usted se enfrenta a cierto problema en particular y quizás ha llegado al punto de la desesperación. Pero Cristo viene a usted y le dice: "¡Yo soy el Señor! No existe circunstancia que esté fuera del alcance de mi poder; puedes confiar en mí".

Entonces, casi al instante, llegan las malas noticias. La ironía de lo que sigue, las palabras que se le ordenó a Juan que escribiera, me hacen recordar un desastre que azotó al estado de California hace sólo unos años. Durante los últimos tres años la costa del oeste del país ha atravesado por un período largo y angustioso de sequía, interrumpido por lluvias torrenciales e inundaciones repentinas. Sólo unos años antes el estado sufrió el peor invierno de que se tenga memoria. Los vientos soplaron y derribaron el tendido eléctrico, dejando a ciudades enteras a oscuras. El mar golpeó con fuerza a las comunidades a lo largo de las playas y se tragó casas, muelles, parques y avenidas con su poderosa y oscura marea. Y tanta fue la lluvia, que los ríos crecieron y ahogaron tanto a personas como a animales e inundaron pueblos enteros y tierras de cultivo. Fue un período horrible y los medios de comunicaciones no cesaban de publicar las historias y la forma de enfrentarse a la tormenta que los azotaba.

Las noticias en la primera plana del "Times de los Angeles"

advertía que se aproximaban tiempos peores. Los científicos del Instituto de Tecnología de California dijeron a la población de todo el estado que se preparara para un terremoto de grandes proporciones. Las instrucciones eran claras. Y se recomendó que se hicieran listas de aprovisionamientos de emergencia.

La forma de reaccionar se describió detalladamente. Había que mantenerse alejado de los edificios con ventanas de vidrio. Había que pararse bajo el arco de las puertas o salir a un espacio al aire libre. No salir de la casa sin prever la posibilidad de que losas pesadas y trozos de repello podrían caer del techo; sintonizar la estación radial de emergencia; utilizar los medicamentos del botiquín de la casa y salir a ayudar al vecino —puesto que las calles estarían cerradas y los vehículos de emergencia no podrían circular por las calles— y la posibilidad de que hubiera que esperar varios días para recibir asistencia.

Imaginémonos a la pobre California, vadeando por las inundadas ruinas de sus casas frente al mar, recibiendo una advertencia de que pronto un terremoto echaría al mar lo que había quedado. Semejante a esto era el doble apuro en que se encontraban los cristianos de las siete iglesias de Asia. Estas son las malas noticias junto con las buenas. Ya se están enfrentando a terribles dificultades. Este hecho se reconoce y se hacen sendas advertencias en las siete cartas a las iglesias (Apocalipsis 2-3). Pero aun peores problemas se avecinan. En medio de la calma que precede a la tormenta se escucha el eco de la segunda advertencia, a la vez que se abren los sellos y se revela el futuro.

El hecho de que Dios tiene un plan para la redención de la humanidad es de cierto buenas nuevas. Pero, primero, el profeta advierte a su pueblo a que pongan sus vidas en orden. Este es su consejo inmediato, a corto plazo, completo, con instrucciones precisas de la forma en que debe llevarse a cabo. Juan pone en

categorías sus pecados y les advierte acerca de las consecuencias exhortándolos a que sean vencedores. (En el próximo capítulo estudiaremos estas siete cartas consejeras, dirigidas a los cristianos del primer siglo y veremos cuán pertinentes son para usted y para mí.)

Indicadores de esperanza

Pero el profeta también nos advierte que se aproximan peores tormentas aún y debemos estar preparados para hacerles frente. Esa es la advertencia a largo plazo de los cuatro jinetes, de la muerte y la destrucción galopando rumbo a ellos y hacia nosotros. Es una buena noticia saber que podemos vencer el pecado, la debilidad y el sufrimiento en nuestras vidas en el presente, y que al hacerlo, nos estamos fortaleciendo con el fin de vencer el pecado, la debilidad y el sufrimiento que se aproximan. El indicador de esperanza más importante es la palabra de Dios, la cual nos advierte del desastre inminente y nos indica claramente la ruta de desvío que nos pone a salvo.

Mi esposa Rut y yo sabemos que Dios puede preparar un plan para rescatar a su pueblo. Lo hemos visto ponerlos en práctica en repetidas ocasiones. Rut nació y se crió en una familia de misioneros en la China. Ella fue testigo presencial de cómo Dios preparó a su iglesia en aquel lugar, en tiempos difíciles, para que pudieran soportar más adelante aún peores tiempos de dificultades. Los cristianos en la China no sólo sobrevivieron durante los años de crisis y conflicto, sino que en la actualidad están creciendo, multiplicándose y haciéndose cada día más fuertes en medio de tiempos difíciles. De modo que, en medio de la tormenta, existe una brillante esperanza para el futuro. Dios tiene un plan para su pueblo y le complace dárselo a conocer a todo aquel que está dispuesto a creer. Y por medio de las visiones de Juan en la

isla de Patmos, tenemos indicadores claros y prominentes, los cuales nos conducirán a todo lo largo del camino.

Al que venciere

Apocalipsis 2-3

Al libro de Apocalipsis por mucho tiempo se le ha descrito como un libro de misterios. Su lenguaje arcano y provocativo, como los antiguos jeroglíficos, es un desafío para la imaginación. A menudo la narrativa de Juan evoca más preguntas que respuestas. Esto es, en parte, porque Juan nos permite echar un vistazo al mundo invisible — pero real— de las realidades espirituales.

Entre los diversos misterios que expone el apóstol Pablo en sus cartas a la iglesia, se encuentra la idea de que nuestro mundo, el mundo de las cosas visibles, es un lugar irreal y transitorio. El mundo verdadero, dijo él, es el que no se ve. "No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas" (2 Corintios 4:18). Con lo anterior Pablo quiso decir que el mundo espiritual existe entre nosotros y a nuestro alrededor, en forma no visible; pero también quiso decir que las consecuencias de nuestra vida diaria y de las decisiones que tomamos en este mundo físico, tienen consecuencias eternas en la vida venidera. La realidad de entender al mundo de esta forma ha adquirido nuevo significado y urgencia en esta era sacudida

por tormentas. No obstante, Juan debió haberse quedado perplejo por la deslumbrante realidad del mundo que no se ve, el cual apareció ante él en Patmos.

Cuando el Espíritu del Cristo resucitado vino a Juan en su celda solitaria, el anciano apóstol debió haber reaccionado con temor reverente, puesto que el mundo que no se ve irrumpió ante él como una realidad temible. Como prisionero romano, medio muerto de hambre, a veces golpeado, de continuo hostigado y víctima del abuso; su vida en la rocosa y desolada isla de Patmos, situada en el mar Egeo, era tan real y poco misteriosa como el suelo frío sobre el que dormía; tan real como el pan y el agua. La vida que él vivió resulta ser tan física y palpable como el dolor que sentía en sus coyunturas y como las ampollas que tenía en sus manos y en sus pies.

La tradición nos dice que la cara de Juan estaba arrugada y ennegrecida por el sol. Sus brazos eran delgados y musculosos, y sus manos repletas de callos. Como prisionero político, exilado en una rocosa isla cerca de la costa de la Turquía actual, a Juan lo obligaban a transportar piedras sacadas de los despeñaderos de granito junto al mar hasta un muelle de carga debajo de la ciudadela romana. El fuerte vigilaba el estrecho istmo entre la bahía de Scala y la de Merika. La gravilla que Juan llevaba sobre sus espaldas la utilizaban para construir el fundamento de los templos y palacios del emperador Domiciano y para pavimentar las carreteras romanas, que siempre conducían a Roma.

Nos figuramos que Juan, dando traspiés bajo la repleta canasta de paja, sujeta en su frente con una correa, empleaba ambas manos para apoyarse en su báculo y descender angustiosamente por la traicionera senda. Hasta los soldados romanos debieron haberse quedado perplejos ante la determinación de este cristiano judío de la barba cana, quien trabajaba durante el día hombro a hombro con los

demás prisioneros, para luego pasar sus noches escribiendo historias que nadie podía entender.

Pero Juan estaba haciendo lo que le parecía; se hallaba bajo la compulsión de un misterio. Escribía bajo la dirección del Santo Espíritu de Dios, quien vino a él en sueños y visiones. Al principio de su libro, Juan escribió: "Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta, que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea" (Apocalipsis 1:10-11).

De modo que, en la "caverna" celda que le servía de prisión, Juan, el visionario del mundo que no se ve, pasaba cada instante libre anotando las advertencias sismográficas de un mundo que se hincha y se pandea a ras de la superficie. A menudo me da la impresión de que, en muchos aspectos, el antiguo mundo en que vivió Juan se parecía mucho al nuestro.

La visión de Juan

Los relatos de advertencia y premura, escritos probablemente durante un período de inquietantes meses, se pusieron por escrito y se enviaron, como se instruyó, a las siete iglesias en Asia. Con el tiempo, al Apocalipsis de Juan se le puso por título "La Revelación de Jesucristo", o sencillamente "El Apocalipsis". Este libro se convirtió en el último y quizás el más controversial de los libros del Nuevo Testamento.

Desconocemos los pormenores de lo ocurrido cuando el Espíritu se le apareció a Juan. En otras partes la Biblia describe la forma en que Dios se le apareció a Moisés, Abraham, Jacob y a Pablo. Los relatos en los tres primeros libros del Nuevo Testamento sobre la forma en

que Moisés y Elías se le aparecieron a Cristo y de su transfiguración en una brillante nube de luz, nos presentan una vivida imagen de la manera en que se experimentó la presencia de Dios. Mas estos informes también nos dan a conocer la forma en que respondieron los mortales: Se postraron sobre sus rostros, aterrorizados, ante un Dios Santo.

Al apóstol Juan le afectó de manera muy parecida. Cayó postrado ante la poderosa presencia del Señor resucitado. Quizás se cubrió los ojos ante la eneguedadora luz. La magna figura cuyos ojos resplandecían como el fuego, las siete lámparas que ardían a su alrededor y el sol que se reflejaba en la marea se juntaron para formar un asombroso espectáculo de luz. Juan debió de haberse restregado los ojos sorprendido, mientras que procuraba ver la escena con claridad y captar su significado.

Tal vez Jesús se quitó de la luz, se inclinó hasta alcanzar las nudosas manos de Juan y levantó suavemente al anciano hasta que estuvo de pie. Quizás sus ojos se encontraron, como había ocurrido hacía medio siglo. En aquel instante de reconocimiento, Juan debió haber visto más allá del esplendor eneguedador para entonces reconocer al Señor resucitado: el mismo Jesús que había caminado a su lado por las playas de Galilea y a lo largo de las calles de Jerusalén. Es posible que Juan sintiera el mismo apremiante amor de Jesús que había conocido mientras que caminaban por los senderos y las laderas de los montes de Judea. Tal vez sintió el brazo de Jesús que se posaba en su hombro, mientras que el Señor lo guiaba por la costa, pasaban por un bosquecillo de palmeras, para luego llegar a la cueva que le servía de prisión. Quizás Juan tropezó en su celda, mientras que buscaba la lámpara de aceite, y luego de haberla encendido, estiró un trozo nuevo de pergamino y mojó en tinta una pluma acabada de preparar. Se sentó por un momento ante la plancha de madera que le servía de escritorio,

en espera de que el Señor le diera la Revelación.

Realidad y más allá

Puede ser que uno se imagine que los detalles de los sueños de Juan ocurrieron de otra forma. Pero los detalles no son importantes. Sin embargo, a mí me ayuda ver a Juan allí con el Señor resucitado; y cualquiera que haya sido el aspecto de aquella visión —sea que haya sido una revelación muy privada y personal de parte de nuestro Señor, vista mediante los ojos mentales de Juan, o una experiencia sumamente literal en la playa de Patmos—, ser sensible a lo ocurrido en este momento, poder ver lo que de veras ocurrió aquel día en aquella isla, darse cuenta de la grandeza y de la esperanza de la revelación de Cristo, ya sea de las malas como de las buenas nuevas.

Hemos estado hablando acerca de la visión que Juan tuvo de Jesús. Pero ¿podemos esperar que Dios nos dé una visión como aquella? Claro que no. Dios nos ha dado Su Palabra, la Biblia, y eso es todo lo que nos hace falta. ¿Desea usted conocer a Dios de una forma más íntima? ¿Quiere usted conocer la voluntad de Dios para su vida? Entonces lea y estudie la Biblia diariamente, el último y quizás el más controversial de los libros del Nuevo Testamento.

Desconocemos los pormenores de lo ocurrido cuando el Espíritu se le apareció a Juan. En otras partes la Biblia describe la forma en que Dios se le apareció a Moisés, Abraham, Jacob y a Pablo. Los relatos en los tres primeros libros del Nuevo Testamento sobre la forma en que Moisés y Elías se le aparecieron a Cristo y de su transfiguración en una brillante nube de luz, nos presentan una vivida imagen de la manera en que se experimentó la presencia de Dios. Mas estos informes también nos dan a conocer la forma en que respondieron los mortales: Se postraron sobre sus rostros, aterrorizados, ante un Dios

Santo.

Al apóstol Juan le afectó de manera muy parecida. Cayó postrado ante la poderosa presencia del Señor resucitado. Quizás se cubrió los ojos ante la eneguedadora luz. La magna figura cuyos ojos resplandecían como el fuego, las siete lámparas que ardían a su alrededor y el sol que se reflejaba en la marea se juntaron para formar un asombroso espectáculo de luz. Juan debió de haberse restregado los ojos sorprendido, mientras que procuraba ver la escena con claridad y captar su significado.

Tal vez Jesús se quitó de la luz, se inclinó hasta alcanzar las nudosas manos de Juan y levantó suavemente al anciano hasta que estuvo de pie. Quizás sus ojos se encontraron, como había ocurrido hacía medio siglo. En aquel instante de reconocimiento, Juan debió haber visto más allá del esplendor eneguedador para entonces reconocer al Señor resucitado: el mismo Jesús que había caminado a su lado por las playas de Galilea y a lo largo de las calles de Jerusalén. Es posible que Juan sintiera el mismo apremiante amor de Jesús que había El nos hablará de manera tan específica como habló en aquel entonces.

En segundo lugar, el nos ve compartiendo nuestras vidas con otros creyentes en la iglesia. Dios estaba preocupado por cada una de aquellas iglesias en las ciudades y pueblos de Asia. El no le dictó aquellas cartas a líderes claves por todo el mundo, ni a reuniones oficiales de obispos o de miembros del clero. El escribió a iglesias individuales, a pequeños grupos de creyentes, tanto a líderes como a seguidores. Lo más importante de estas cartas es que Dios da por sentado que nosotros estamos unidos, así en el trabajo como en la adoración en una iglesia local.

El se preocupó por cada una de las iglesias en aquel entonces, como El se preocupa en el presente por cada una de nuestras iglesias. El está

hondamente interesado en la forma en que nos relacionamos con El, los unos con los otros, con nuestras comunidades y con nuestro mundo. El quiere atravesar con nosotros las tormentas de la vida. ¡Esto debe infundirnos gran esperanza!

En tercer lugar, los asuntos a que se refirió el Señor resucitado en aquel entonces, son los mismos asuntos acerca de los cuales El nos hablaría en el presente. Nuestros problemas no son únicos en su género. Nuestros pecados, nuestras tentaciones, nuestras debilidades y nuestras necesidades, no son distintos de los de ellos. También esto me da esperanza, puesto que Jesús sabía de antemano las luchas a que nos enfrentaríamos; y el llamado que les hizo a ellos es el llamado que debemos escuchar en la actualidad.

En cuarto lugar, a pesar de que la estructura de cada carta es casi la misma, el contenido de cada una es único en su género. El sabía que cada iglesia se enfrentaba a luchas singulares, de modo que se dirigió a cada una de ellas individualmente. Cristo no produce consejos en masa. Y esto debe alentarnos. Lo que El le dijo a ellos también nos lo dice a nosotros; pero nosotros también enfrentamos nuestras propias luchas; por tanto, a medida que estudiamos estas cartas, podemos hacerlo con la seguridad de que encontraremos exactamente la palabra adecuada en el momento preciso para que venga bien con la batalla en particular que estamos librando.

Las cartas a las iglesias nos hacen ver que Cristo sabía lo que deparaba el futuro. El sabía el precio que ellos habrían de pagar por su resistencia contra el mal. Sin embargo, El también sabía que esas iglesias aún no estaban preparadas para pagar tal precio; todavía no estaban lo bastante fuertes como para poder enfrentarse solos a sus tormentas. El sabía que a no ser que pasaran tiempo y energía

preparándose, sucumbirían ante los vientos de destrucción. El sabía que a no ser que aprendieran a vencer, serían vencidos por la tempestad que se aproximaba.

Hay claves en las cartas que debemos seguir al enfrentarnos al huracán que arremete contra nosotros. Sus cartas son Sus palabras de poder, las cuales nos ayudarán a salir con vida del día malo que ha de venir.

Efeso y Laodicea: el llamado a la pasión santa

Efeso fue una gran ciudad portuaria en el mar Egeo. El apóstol Pablo tuvo parte en el establecimiento de esta iglesia en este gran centro comercial y religioso. En el centro de la ciudad estaba el templo de Artemisa (Diana), que fue una de las siete maravillas del mundo antiguo. Este templo era cuatro veces más grande que el Partenón, en Atenas. Pablo estuvo a punto de perder la vida por haberse opuesto valerosamente a la adoración de Artemisa (Hechos 19). El invirtió dos años de su vida en los habitantes de Efeso y en la creciente y joven iglesia; y esta inversión produjo grandes dividendos para el reino de Dios. Efeso se convirtió en el centro desde donde se esparcieron por toda Asia las buenas nuevas de Cristo.

En el libro de los Hechos se registra un maravilloso momento, en el que los ancianos de la iglesia en Efeso se reunieron con Pablo en Mileto, con el fin de despedirse de él definitivamente. El realizaba su último viaje a Jerusalén. De allí partiría rumbo a Roma, donde encontraría la muerte. Los ancianos se abrazaron al apóstol y lloraron, mientras que él les dirigía las últimas palabras. En aquel último día el apóstol les aconsejó lo siguiente: "Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces,

que no perdonarán el rebaño.... Por tanto, velad" (Hechos 20:29,31).

Todo parece indicar que ellos habían tomado en serio las palabras de Pablo. Más de medio siglo después, la carta que Cristo les dirigió en el Apocalipsis señalaba que El estaba complacido de que ellos habían "probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos" (Apocalipsis 2:2). En Mileto Pablo les había dado instrucciones de que debían "ayudar a los necesitados", y en Apocalipsis Cristo "los elogia por sus obras, su arduo trabajo y su paciencia" (Apocalipsis 2:2). Pero a pesar de su obediencia y de su resistencia, algo no había marchado bien. "Has dejado tu primer amor", les señaló. "Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y has las primeras obras" (Apocalipsis 2:4-5). A cuatro millas del río Maeander, en Asia Menor, a lo largo de un importante afluente, se encuentra la ciudad de Laodicea. Esta fue también una próspera ciudad en la época del exilio de Juan. Situada en el camino entre Roma y las provincias del sur, Laodicea se había convertido en un centro bancario y de intercambio. Un prestigioso centro médico, conocido por todo el mundo por su bálsamo para curar los ojos, era otra de las particularidades que hizo famosa a Laodicea. La lana negra de las ovejas que pacían en las colinas alrededor de la ciudad, era famosa. La ropa más cara y de última moda del imperio se confeccionaban con los negros tejidos de buena calidad que se fabricaban en Laodicea. Constituye una ironía el hecho de que el Señor (y qué ejemplo tan perfecto de la atención que prestaba el Cristo resucitado a los detalles) le dijera a la iglesia en Laodicea: "Tú eres ... pobre, ciego y desnudo" (Apocalipsis 3:17).

No tenemos conocimiento de la historia de los comienzos de la joven iglesia cristiana en Laodicea, pero sí sabemos el alto valor que Cristo le dio al potencial que tenían para la edificación del reino, pues esta iglesia sintió su ira mediante las palabras de Juan, con una ardiente

intensidad. "Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca", les advirtió Cristo (Apocalipsis 3:16); y luego, como contrapunto inmediato, Cristo prosigue con una de las invitaciones mejor conocida y más punzante de la literatura bíblica: "Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (Apocalipsis 3:19-20).

Tanto los cristianos de Efeso como los de Laodicea habían perdido su pasión santa. Lo mismo le había ocurrido a Jerusalén en tiempos de Jeremías, cuando éste escribió: "Vino a mí palabra de Jehová.... Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio, cuando andabas en pos de mí en el desierto, en tierra no sembrada" (Jeremías 2:1-2). En otras palabras, la gente de aquella época había perdido su primer amor, y Dios los había reprendido.

El "primer amor" de los efesios se había convertido en una especie de fidelidad a la pureza doctrinal. Es probable que ellos hubiesen podido detectar una herejía o a un hereje con mucha facilidad. Casi seguro que se sabían los credos de memoria, y que los transmitían fielmente de generación en generación. Mas la carta de Cristo les dice: "¡Arrepíentete!" Arrepíentete de tu frialdad de corazón y de tu falta de celo. Arrepíentete de tu falta de amor y de tu falta de interés hacia los demás.

Tal parece que las oraciones apasionadas de los laodiceos se habían convertido en cómodas oraciones de gratitud. Cristo se burló de sus oraciones al decir: "Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes", le dijo El, "que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo" (Apocalipsis 3:17).

Durante unas vacaciones a Rut y a mí nos habían invitado a la casa

de una familia acaudalada y de alta sociedad. Ellos habían reunido a un numeroso grupo de sus vecinos que estaban de vacaciones para celebrar una fiesta, y me pidió a mí que pronunciara algunas palabras. Yo les expliqué el evangelio de una manera sencilla y breve y les hice recordar que los placeres y las posesiones materiales no eran duraderos; que sólo aquel que conoce a Jesucristo como Salvador puede conocer la verdadera felicidad. Al terminar, una mujer atractiva, famosa por su libertinaje y su vida de alta sociedad, joven y vestida de manera provocativa, se rió jovialmente y me dijo: "Pero Billy, ¿y qué hay de los que somos completamente felices?"

Desde el punto de vista divino, aquella mujer, en términos espirituales, era una desventurada, una miserable, una pobre, y estaba ciega y desnuda, como lo demostraron los años que siguieron. Cristo le dice a la gente como ella: "¡Arrepiéntete!"

El problema de la pasión espiritual

Las iglesias de Efeso y Laodicea se enfrentaban a un problema, a saber: la pasión espiritual. "Has dejado tu primer amor", le escribió Juan a los efesios. A los de Laodicea les dijo: "Ni eres frío ni caliente". Aquello que comenzó como una dedicación completa a Cristo y a Su obra, gradualmente se había enfriado. Desconocemos los detalles de lo ocurrido; sólo tenemos estos fragmentos de la historia, procedentes del libro de Apocalipsis. Sin embargo, podemos construir un cuadro bastante exacto en base a nuestra propia experiencia.

Recuerdo la primera vez que vi a Rut. Aquello fue amor a primera vista. Todavía me acuerdo de la emoción que sentí. No he olvidado la primera vez que le tomé la mano, tampoco la emoción del primer beso, el brillo de nuestros ojos y el amor que sentíamos el uno por el otro. Recuerdo la sensación que sentí en el estómago, el palpar de mi

corazón y la sangre que me hervía durante nuestra luna de miel y por muchos años después. El primer amor es algo maravilloso; pero las primeras llamas de aquel primer amor físico inevitablemente se enfriaron.

Todavía estamos muy enamorados, pero ya no es el amor pasional de nuestra juventud. Hoy nuestro amor tiene su centro en el compartir y la dedicación. Es interesante notar que el vocablo "amor" es un verbo activo y no pasivo. El amor debe tener un objetivo. Para poder amar verdaderamente hay que amar algo o a alguien. El amor no debe limitarse a lo físico. Proviene de una vida entera de dedicación. Rut y yo podemos sentarnos en el portal, en una noche de verano, sin pronunciar una sola palabra, y aún así estamos en comunión el uno con el otro y estableciendo comunicación. La pasión es aun más honda por el hecho de que nuestra relación y nuestra dedicación son más profundas. A lo largo de los años hemos conocido a muchísimas personas que no han tenido tal dedicación espiritual el uno con el otro. En algunos casos el amor era puramente físico. El fuego de la luna de miel se apagó y luego la rutina diaria prevaleció. Cuando la pasión de su primer amor se extinguió, desaparecieron también las prácticas relacionadas con ese amor.

Si usted es cristiano es probable que se acuerde del momento en que por primera vez oyó acerca de Jesucristo y le recibió como Salvador y Señor de su vida. Quizás se acuerde cuando se arrodilló al pie de la cama de sus padres, en el altar de una iglesia, o en alguna parte del terreno donde se celebraba un retiro. Tal vez usted pasó al frente en una cruzada evangelística. ¿Recuerda usted cuando se hizo miembro de la iglesia y de haber sentido los amantes brazos de los creyentes que se extendían hacia usted? ¿Se acuerda usted de su bautismo y del gozo que sintió al practicar ese acto de fe?

Cuando yo acepté a Cristo alguien me entregó un librito titulado

"Tesoros Bíblicos". Contenía versículos bíblicos para aprender de memoria y también himnos. Recuerdo cuando ordeñaba las vacas en la lechería de mi padre, mientras que cantaba esos himnos y memorizaba las escrituras. ¿Se acuerda usted del día en que entregó a la iglesia su primera ofrenda generosa, o de cuando se unió a un pequeño grupo de hermanos y hermanas en Cristo para cantar "Maravillosa gracia", o para ayudar al pobre y al oprimido de su pueblo? ¿Se acuerda usted de su "primer amor" y de todos aquellos actos de adoración, testimonio, trabajo o de compañerismo que fluían espontáneamente desde que comenzó su primer "amor"? Esto es precisamente lo que Juan necesitaba relatar.

Cristo estaba llamando a los efesios y a los laodiceos a que se alejaran de la religión tibia, respetable, confortable y carente de pasión. El quería que se consagraran a El totalmente y que de todo corazón estuvieran disponibles. Los llamó para que volvieran a tener la pasión santa y el gozo que tuvieron con el primer amor. Sin embargo, ellos se habían conformado con el decoro teológico y la comodidad material. El quería que de nuevo cobraran vida, que dependieran de El, que se arriesgaran, que tuvieran pasión. Porque en esa consagración del "primer amor" era donde encontrarían la fortaleza para hacerle frente a las tormentas.

El acto de recibir

Juan se dirigía a los creyentes de Efeso y Laodicea; no obstante, sus palabras tocan nuestros corazones en el presente. Quizás usted nunca ha conocido a Cristo como su Salvador y Señor; nunca lo ha amado de esta forma o tal vez jamás ha experimentado la maravilla del perdón de sus pecados por parte de Cristo.

Antes de continuar con la lectura de este libro usted puede conocer

todo lo anterior en este mismo instante.

Usted preguntará, "¿qué debo hacer?" En primer lugar, reconocer su necesidad. Confiese: "Yo soy un pecador". En segundo lugar, estar dispuesto a abandonar sus pecados (arrepentirse). En tercer lugar, creer que Jesucristo murió por usted en la cruz y que se levantó de la tumba. En cuarto lugar, mediante la oración, invitar a Cristo a que entre en su vida y que tome el control de la misma. Cuando usted lo reciba como Salvador y Señor de esa manera, se hace partícipe de la promesa de Su amor y del gozo de la vida eterna disfrutada con El. ¡Es así de sencillo! Dios le ama. Cristo murió por usted. Si se arrepiente de sus pecados, recibirá el perdón y entonces descubrirá el gozo del "primer amor".

Hace poco conocí en un avión a un abogado muy prestigioso. Se bebía todo lo que la aeromoza le servía, con el fin de mitigar su dolor. Pero de nada le servía. Me dijo que era miembro de una iglesia y añadió lo siguiente: "Me hace falta arreglar mi vida puesto que me gustaría servir a Dios". Al instante me di cuenta de que este hombre ni siquiera conocía al Señor. Al otro lado del pasillo estaba sentado mi asociado, T.W. Wilson. Yo estaba estudiando y preparándome para una reunión importante cuando llegáramos a nuestro destino. Por ese motivo le pedí a mi asociado que compartiera con este hombre el camino de la salvación.

Más tarde me enteré de que este hombre regresó a su iglesia y pidió hacer uso de la palabra durante un servicio nocturno un domingo. El reconoció ante toda la iglesia lo hipócrita que había sido. Luego echó un vistazo a toda la congregación y dijo: "Muchos de ustedes son tan hipócritas como yo lo he sido. Ahora he arreglado mi vida y he hecho las paces con Dios". Ultimamente él ha estado dando su testimonio en otras iglesias y aunque hacía mucho tiempo que era miembro de una iglesia, finalmente halló su "primer amor".

Para aquellos de nosotros que la etapa del "primer amor" hace

mucho tiempo que ha pasado, Juan tiene consejos muy precisos. "Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieses arrepentido" (Apocalipsis 2:5). El Antiguo Testamento está repleto de ardientes expresiones que describen la relación de Dios con su pueblo como una relación amorosa. En términos neotestamentarios, la iglesia es la "novia de Cristo". El espera que seamos fieles a nuestros votos.

En esta época moderna es menester que recordemos que el amor es más que sentimientos. El amor es un compromiso; es acción. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado", escribió Juan años antes (Juan 3:16). Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad" (1 de Juan 3:18). Usted puede realizar las obras del primer amor otra vez y, mientras las hace, reavivar la intensidad de ese amor.

Las obras del amor

Cuando estamos de veras enamorados, nuestro mayor deseo es estar con la persona amada. Nos deleitamos hablando con aquellos a quienes amamos y también escuchándolos. Muchas veces me he ido a un lugar apartado y solitario sólo para hablar con Dios a solas, para caminar verdaderamente con El. A menudo, antes de celebrar una cruzada, yo me he marchado a un bosque o a una montaña, con el fin de orar, dialogar y pensar con Dios en privado.

Recuerdo que antes de la cruzada de Londres, en 1954, pasé mucho tiempo en el portal de lo que en Montreal nosotros le llamamos el "Chapman Home" (Hogar de Chapman). Este fue el hogar de uno de los grandes evangelistas una pasada generación, llamado J. Wilbur Chapman, lugar también donde fue escrito el famoso himno en inglés,

titulado "Ivory Palace" (Palacio de Marfil). Yo tenía por costumbre sentarme en aquel portal y derramar mi corazón ante el Señor, y yo lo escuchaba hablar para darme la seguridad de que El iba a estar con nosotros en aquella cruzada. En esa época todavía éramos jóvenes e inexpertos, pero estábamos esforzándonos por alcanzar para Cristo a una de las grandes ciudades del mundo. La cruzada de Londres se había proyectado que durase un mes entero. Pero acabamos quedándonos tres meses; y cuando finalizó, miles de personas habían encontrado a Cristo. Esta cruzada apareció en las noticias alrededor del mundo y le infundió aliento a los cristianos en todas partes.

También me acuerdo de la cruzada celebrada en Nueva York, en la que permanecimos durante dieciséis semanas en Madison Square Garden. Es imposible contarles la gran cantidad de dificultades a las que tuvimos que enfrentarnos. ¡Cuántas crisis surgieron aun antes de que se iniciara la cruzada! Yo solía caminar por las veredas alrededor de mi casa y derramaba mi corazón ante el Señor. Durante algunas de las horas más negras yo podía sentir el toque de su mano en la mía, a medida que yo extendía mis brazos en medio de la oscuridad.

¿Cuándo fue la última vez que usted apartó una tarde sólo para estar a solas con el Señor, para caminar y hablar con El, como lo haría con su mejor amigo? Desde mis primeros días en la fe me encantaba leer, estudiar y memorizar la Palabra. Yo estaba deseoso de aprender lo que Jesucristo esperaba de mí; yo estaba ansioso por conocer Su voluntad. ¿Cuándo fue la última vez que usted apagó todos los ruidos que impiden que se escuche Su voz suave y apacible, y se tomó el tiempo para leer y memorizar esos pasajes bíblicos que le dan a la vida tanto significado y esperanza?

Yo me acuerdo de cuánto me gustaba estar con los miembros de mi iglesia para la adoración y la comunión. Resulta muy fácil dejar de asistir a los cultos regulares de la iglesia, mudarse de su ciudad y de su

iglesia, para jamás encontrar otra comunidad de creyentes que los sustituya. ¡Con cuánta rapidez, solos y apartados de la adoración, se marchita nuestro interés y se enfría nuestro "primer amor"! ¡Qué fácil resulta permitir que muera el "primer amor"!

"Recuerda, por tanto, de dónde has caído", escribió Juan en el Espíritu. "Arrepiéntete, y haz las primeras obras". Puede ser que usted no tenga deseos de poner empeño para hacer que florezca el primer amor. Puede ser que la lectura y la memorización de la Palabra le resulte trabajo fatigoso. Tal vez sea una inconveniencia el apartar tiempo para estar a solas y orar. Puede que parezca desagradable buscar una iglesia en su vecindario y hacerse miembro de la misma. Quizás usted se resista a ser de nuevo un participante en la iglesia. Es más fácil esconderse y que no se nos pida que enseñemos, que trabajemos o que dirijamos. Cuidado, porque ya se nos ha dado la advertencia, porque a no ser que usted se dé a la tarea de realizar la labor para la cual Dios lo ha llamado, corre el peligro de "ser removido". Esta advertencia de que la tormenta se avecina es para usted. Ahora mismo las tormentas se están levantando a nuestro alrededor.

Vérgamo, Tiatira y Sardis: El llamado a la rectitud

Al norte de Efeso, ubicadas en el valle del río Hermus, yacen las tres ciudades en el próximo grupo de cartas del Apocalipsis. Pérgamo, ciudad costera, era la capital de la provincia romana de Asia. Estaba repleta de templos paganos y era sede del primer templo del imperial culto a Roma, lugar donde se adoraba al César como si fuera un dios. Tiatira estaba situada tierra adentro; era el centro comercial de una importante ruta de comercio. Numerosas asociaciones comerciales tenían su sede en Tiatira. Para poder trabajar era necesario ser

miembro de una asociación, y la inmoralidad desplegada en las orgías de los banquetes de las asociaciones era famosa y aceptada por todos. Y Sardis, rica ciudad comercial, también era conocida por su estilo de vida relajado y de afluencia. Esta ciudad había caído dos veces en manos del enemigo por causa de su descuido, a pesar de su ciudadela bien fortificada y ubicada sobre una colina, que les servía para proteger la ciudad de cualquier invasión.

Mientras que los cristianos en Efeso y en Laodicea eran ortodoxos y se sentían cómodos, las iglesias de Pérgamo, Tiatira y Sardis parece que eran víctimas de sus pasiones físicas descontroladas, las cuales les llevaron a la idolatría y a la inmoralidad.

En cada caso el Señor elogió a las iglesias antes de disciplinarlas. A los de Tiatira les dijo: "El Hijo de Dios, el que tiene ojos como llama de fuego, y pies semejantes al bronce bruñido, dice esto: Yo conozco tus obras, y amor, y fe, y servicio, y tu paciencia, y que tus obras postreras son más que las primeras" (Apocalipsis 2:18-19). A Pérgamo, aunque tenía poco bueno que decirle, le prometió lo siguiente: "Al que venciere, daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe" (Apocalipsis 2:17). En otras palabras, había una minoría en Pérgamo que se habían aferrado del primer amor. Acerca de Sardis pronunció palabras parecidas: "Pero tienes unas pocas personas... que no han manchado sus vestiduras" (Apocalipsis 3:4).

Cristo halló algo o a alguien a quien elogiar en las tres iglesias. Muchos estudiosos de estos pasajes suelen opinar que estas tres iglesias habían caído y eran pecaminosas, distintas en todo a las iglesias de nuestros días. Pero esto no es cierto. Había mucho digno de elogiarse en estas iglesias. Sin embargo, se habían metido en graves problemas —en particular a la luz de las cosas que se aproximaban— y ni siquiera se habían dado cuenta. Las semejanzas entre las iglesias de aquel

entonces y las nuestras puede ser que sean demasiadas, por desgracia.

A los cristianos de Pérgamo, Juan escribe lo siguiente: "Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación. Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas" (Apocalipsis 2:14-15).

A los de Tiatira escribe: "Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos" (Apocalipsis 2:20).

A los de Sardis les escribe lo siguiente: "... tienes nombre de que vives, y estás muerto. Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios" (Apocalipsis 3:1-2).

¿Qué es lo que ocurre? ¿Cuán serio es lo que está sucediendo en Pérgamo que el Señor resucitado mismo los amenaza diciéndoles que si no se arrepienten, El peleará contra ellos con la espada de su boca? ¿Qué ocurre en Tiatira que hace que el Señor les advierta: "Y a sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras" (Apocalipsis 2:23)? ¿Y qué ha pasado en Sardis que el Señor les tiene que decir: "Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti" (Apocalipsis 3:3)?

En las breves cartas de Juan hay claves que resolverán el misterio del enojo de Cristo con estas tres iglesias. Balaam fue un profeta antiguo testamento que logró desviar al pueblo de Dios del camino hacia la tierra prometida y los condujo a los pueblos y a las prácticas de los enemigos de Dios, los Moabitas (ver Números 22:21,24,31). Un comentarista describe a Balaam como un ejemplo de lo que significa

ceder ante las religiones falsas. Los nicolaítas eran seguidores, durante el primer siglo, de un falso profeta parecido, quien enseñaba a los cristianos que debían congraciarse con los dioses falsos de la ciudad (y con las prácticas inmorales de ésta), con el fin de que el evangelio fuera mejor aceptado por la gente.

Jezabel había sido una extranjera (una princesa fenicia), quien siglos antes se había casado con un rey de Israel y se empeñó en seguir ofreciéndole sacrificios al ídolo llamado Baal, junto con la adoración del Dios de Israel. Ella había tenido la osadía de motivar al pueblo de Israel para que adorara a su dios falso y a que se entregaran a sus prácticas inmorales. Ahora bien, había alguien en Tiatira, a quien Juan apodó Jezabel, que le estaba enseñando a aquellos cristianos del primer siglo a que practicasen la adoración de los dioses de la ciudad y a que participaran en sus prácticas sexuales inmorales. Y la gente se lo consentía y hasta la obedecían.

Formémonos una idea de la difícil situación en que se encontraban estos creyentes del primer siglo. Vivían en pueblos en los que se adoraban a diversos dioses. En las casas de sus vecinos había altares consagrados a diversos dioses; en pequeños rincones y en gigantescos templos había imágenes y símbolos de dioses familiares, ancestrales, míticos y del dios moderno de Roma: el mismo César. Un cristiano no podía pasar por delante de la casa de un vecino sin pasar también por delante de un altar pagano. Era casi imposible comprar carne que primero no hubiera sido ofrecida en sacrificio a los ídolos. No podía hacer negocios sin atravesar por las puertas del templo de los dioses patronos de su unión o asociación. En el mercado y en los negocios, no podía evitar a la devota muchedumbre que se congregaba ante los templos de Diana y de Isis. No le era posible atravesar la ciudad sin cruzarse con los guardas y los sacerdotes que atendían el sitio de adoración apartado con el fin de rendirle culto al César.

¿Para qué ofender a los vecinos por ignorar —o peor aun, por condenar— sus creencias religiosas? Sólo sería asunto de una ofrenda simbólica, de una naranja colocada en el altar familiar de un vecino o un poco de incienso rociado a los pies de la estatua de mármol del César. No sería más que pararse durante las promesas de lealtad o hacer reverencia durante las oraciones; o discretamente participar en la entonación de himnos a las deidades de amigos, vecinos y compañeros de trabajo, en un evento social, político o comercial. ¿Por qué ser tan rígido? ¿Por qué no darse a la tarea de adorar al único Dios verdadero en privado, mientras que se saluda de buena gana a los falsos dioses que hay en cada esquina? ¿Cuán malo era en verdad todo esto?

¿Por qué todo el aspaviento sobre la inmoralidad sexual? Había un precioso santuario con estilo de parque que tenía por nombre Adelfa en las afueras de Antioquía, ciudad donde se estableció la primera iglesia formada por gentiles (Hechos 11:19). Los templos de Diana y Apolo estaban rodeados de tupidos céspedes verdes, jardines de flores, fuentes y bosquecillos de cipreses. Líderes del mundo de los negocios, del profesional y del político se congregaban allí para descansar, para hacer negocios y también con el fin de adorar. Como cortesía había prostitutas del templo disponibles. Lo que Juan denominaba inmoralidad sexual era práctica común en el primer siglo: hasta era parte de la adoración del no creyente. Los hombres tenían esposas y concubinas. Las esposas eran para criar a los hijos. Las concubinas eran para el placer sexual.

Entonces, ¿en qué consistía el problema? ¿Por qué se manifestaba Cristo, por medio de Juan, tan enojado contra el adulterio que ellos ocasionalmente cometían? Esto mantenía sus necesidades sexuales satisfechas. Esto evitaba que los comerciantes cristianos parecieran fanáticos o peor aun, tontos durante las fiestas y las iniciaciones de

una asociación. ¿Por qué eran tan estrictas, rígidas y exigentes para los cristianos primitivos, las normas sexuales de la revelación de Cristo? ¿Por qué la idolatría (la adoración de los valores de este mundo) tan a menudo está vinculada con la inmoralidad (dejarnos dominar por nuestras pasiones sexuales)?

Haga un repaso de la historia caracterizada por los altibajos del pueblo de Israel y se dará cuenta de la forma en que Dios rescató a una muchedumbre multicolor de esclavos judíos y los encaminó hacia la tierra prometida. Llenos de gratitud hacia Dios, "creyeron a sus palabras y cantaron su alabanza" (Salmo 106:12). Pero casi al instante su gratitud se convirtió en murmuraciones.

Las murmuraciones y la gratitud no pueden habitar juntas en el hijo de Dios. El creyente agradecido no murmura. El creyente que murmura no es agradecido. El salmista escribió lo siguiente: "Bien pronto olvidaron sus obras; no esperaron su consejo. Se entregaron a un deseo desordenado en el desierto; y tentaron a Dios en la soledad" (Salmo 106:13-14).

Cuando Israel se apasionaba por Dios y por sus grandes misericordias, cuando buscaban su dirección y obedecían sus mandamientos, tenían victoria sobre el enemigo. Pero cuando su pasión santa por Dios y por su voluntad se disipaba, eran derrotados. Cuando Moisés permaneció por largo tiempo en el Monte Sinaí el pueblo se entregó de inmediato a la idolatría, a tal extremo que le pidieron a Aarón que les fundiera un becerro de oro de las joyas que habían tomado de Egipto. Cuando Moisés descendió del Monte, los halló entregados por completo a la idolatría y la inmoralidad.

Existe una sola pasión capaz de ayudarnos a controlar todas las demás pasiones que nos asechan; la pasión por conocer a Dios y obedecerle. Cuando esta pasión primaria se enfría, cedemos ante las pasiones más bajas. Cuando perdemos el contacto con Cristo

procuramos llenar ese vacío con otras cosas. Lo leemos a diario en los periódicos y lo vemos en las pantallas de la televisión.

Sucede como al hijo pródigo que procuró llenarse con las algarrobas que los cerdos comían. Continuamente conozco a personas que andan de fiesta en fiesta: jugando, bebiendo, abusando de las drogas, teniendo parte en mil y una cosas que este mundo ofrece. Pero nada satisface el hambre del alma.

En la actualidad hay mucha gente, aun en países que se llaman cristianos, que se están entregando a la adoración de Satanás con el fin de tratar de satisfacer los anhelos que sólo Dios puede satisfacer. Ni siquiera el amor humano puede satisfacer el anhelo de amar a Dios que sentimos. Pero en lugar de volvernos al amor del Padre, iniciamos una búsqueda desenfrenada y promiscua del "perfecto" amante humano. La idolatría está íntimamente relacionada con la inmoralidad. Cuando el amor natural hacia Dios se pervierte, el hombre y la mujer buscan substitutos, cualesquiera que éstos puedan ser.

En Patmos el Cristo resucitado pronunció su advertencia a las iglesias de Asia. Les ordenó que dejaran de ceder ante las presiones que les empujaban a conformarse a los valores de la gente a su alrededor. "Arrepíentete", les ordena Juan. "Sé vigilante", les advierte. "Lo que tenéis, retenedlo". Y su clamor hace eco a través de los siglos hasta llegar a sus oídos y a los míos.

Observemos el estado en que se encuentra el matrimonio dentro del marco de los hogares cristianos de hoy y de las iglesias. La tasa de divorcios es tan elevada entre creyentes como entre aquellos que no lo son. Casi a diario escucho un nuevo rumor de que otro líder en la iglesia está a punto de perder su matrimonio. Esto ocurre con harta frecuencia, tanto en el ámbito espiritual como el marital, y es sencillamente porque se ha dejado enfriar el "primer amor" (el problema que afectaba a los efesios y a los laodiceos) y se ha dado

lugar a los valores de esta época y a sus prácticas inmorales (el problema que aquejaba a los cristianos en Pérgamo, Tiatira y Sardis).

La prueba de la pasión

Resulta ser una prueba interesante, por no decir atemorizante, la comparación de los presentes niveles de pasión santa por conocer a Cristo y su voluntad en nuestras vidas, con nuestras prácticas actuales. Sin duda, yo encuentro que la persona que está siguiendo apasionadamente al Maestro tendrá mayor capacidad para mantener bajo control sus pasiones, que aquella a quien se le ha extinguido el "primer amor". La persona que se ha dado a las prácticas irresponsables, destructivas y degradantes, invariablemente es aquella que se está "desenamorando" de Cristo y procura llenar ese vacío con otras cosas, y aun trata de llenar el vacío espiritual con la excitación sexual. Pero esto no funciona. Sólo el amor de Dios puede llenar ese espacio. El amor humano siempre se quedará corto, por lo tanto, fracasará. El sexo y el materialismo por sí solos jamás podrán llenar este vacío. Las Escrituras dejan bien en claro que nuestro "primer amor" debe ser siempre nuestro Señor.

Para aquellos que van a adorar al único Dios verdadero, el mandamiento es claro: "No tendrás dioses ajenos delante de mí" (Exodo 20:3). Las instrucciones divinas tocantes a la moralidad sexual son igualmente claras. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento claman por la pureza sexual. Hebreos 13:4 dice: "Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios". En 1 Corintios 6, Pablo escribe lo siguiente: "Huid de la fornicación.... el que fornicar, contra su propio cuerpo peca. ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo ... y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por

precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo" (vv. 18-20).

El adulterio (relaciones sexuales con cualquiera que no sea su cónyuge) y la fornicación (relaciones sexuales sin el compromiso para toda la vida del matrimonio) están prohibidos explícitamente, puesto que inevitablemente son destructivos, deshumanizantes y degradantes para la creación de Dios. Dios promete que la inmoralidad sexual, a pesar de que es fuente de placer físico inmediato y de escape, a la larga produce desencanto, desgarramiento y aun la muerte. La Biblia habla con claridad meridiana: "No cometerás adulterio" (Exodo 20:14).

Pero parece que casi todo el mundo del entretenimiento y aun la propaganda nos bombardean con un mensaje totalmente opuesto. Nos dicen que debemos divertirnos ahora, que nos ocupemos de esta vida y que no le hagamos caso a la venidera. Nos hemos acostumbrado a expresiones tales como "sólo vivimos una vez", o "sólo pasamos por aquí una vez". Richard Pryor, el comediante, dijo: "Disfruta lo más que puedas. Aunque llegaras a los noventa años, esto no es tan largo como el tiempo que has de estar muerto".

En el mundo caído que vivimos, las influencias satánicas están en todas partes, empujándonos hacia la idolatría y la inmoralidad. Vivir en rectitud moral no es cosa fácil. Requiere decisiones difíciles. Requiere abnegación. A veces puede que produzca tensión entre lo que queremos ser para Dios y lo que deseamos para nosotros mismos. En esa terrible lucha para obtener la victoria, tanto nuestros amigos como nuestros familiares pueden socorrernos. Los pastores, los consejeros y nuestros hermanos en Cristo pueden ayudarnos. También puede ser útil el trazarse metas, disciplinarse, cultivar nuevos intereses y entretenimientos y crear métodos de recompensa para modificar nuestra conducta. Pero en la lucha por vivir en rectitud no hay nada que sea de mayor provecho que estar apasionadamente relacionado con Cristo mediante su Espíritu, y encontrar y hacer su voluntad.

Los hijos de Israel que se desviaron del camino, que permitieron que su "primer amor" se desvaneciera, que cedieron ante los valores de este mundo, nunca llegaron a la tierra prometida. La Biblia dice que sus cuerpos "quedaron postrados en el desierto" (1 Corintios 10:5).

El precio que pagamos en vidas deshechas y en sueños rotos, cuando permitimos que el "primer amor" perezca, va más allá de lo que podemos imaginar cuando empezamos a ceder ante los valores y las prácticas paganas. Al leer estas palabras quizás usted es consciente de que ha pecado contra Dios y de que necesita su perdón. Tal vez usted ha caído en pecados sexuales, o ha permitido que deseos y placeres mundanos inunden su mente y su corazón. Cualquiera que sea su pecado, usted necesita arrepentirse y acudir con fe a Jesucristo, con el fin de obtener perdón y nueva vida.

Esmirna y Filadelfia: El problema del sufrimiento

Esmirna, en la actualidad la ciudad de Ismir, en Turquía, fue y sigue siendo uno de los grandes centros de negocio y comercio del cercano oriente. Casi dos siglos antes de Cristo, Esmirna le dio la bienvenida a Roma y sirvió al César con lealtad incondicional. Esta ciudad era quizás la más bella de toda la región. Numerosas sectas religiosas tenían su sede en esta ciudad, incluso la secta que daba culto al César, y aunque once ciudades lo solicitaron, el senado romano construyó un templo dedicado al emperador Tiberio en Esmirna. Una minoría poderosa de judíos vivía en esta ciudad, la cual se unió a Roma para dificultarle la vida a los cristianos, tanto a los de trasfondo gentil como judío.

Filadelfia, situada al este de Esmirna, estaba construida sobre una meseta desde donde se veía hasta el otro lado del valle del río

Cogamus. A esta próspera ciudad se le daba el nombre de "la puerta del Este", y a través de la misma, pasaban caravanas que se dirigían hacia Roma y que venían de la misma. A ellos Juan les escribe lo siguiente: "He puesto delante de ti una puerta abierta" (Apocalipsis 3:8). Aquí también la sinagoga judía era fuerte y se mostraba hostil hacia la joven iglesia cristiana. No sabemos casi nada sobre la iglesia en Esmirna y en Filadelfia, salvo por lo que nos dicen estas dos cartas dictadas a Juan por el Cristo resucitado, en la isla de Patmos.

Lo que sí sabemos es que ambas iglesias eran fieles. No hay en las cartas dirigidas a estos cristianos ni una palabra de crítica. Juan le dice a los de Esmirna: "Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza pero tú eres rico" (Apocalipsis 2:9). A los de Filadelfia les escribe así: "Porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre" (Apocalipsis 3:8). Parece que ambas iglesias eran pequeñas; las dos tenían pocos recursos económicos y ambas existían en ambientes hostiles (Juan —judío también— habla con severidad en ambas cartas sobre la "sinagoga de Satanás"). Para ambas iglesias se avecinaban tiempos de serias dificultades.

La ironía de estas dos cartas se echa de ver de inmediato. En los tiempos borrascosos que vendrían —o como Juan le escribe a Filadelfia, "la hora de prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra"— una iglesia (Esmirna) tendría que pasar por terribles sufrimientos. La otra iglesia (Filadelfia) saldría ilesa. Todas las conjeturas que pudiéramos hacer tocante al sufrimiento, son probadas por estas dos breves cartas. Tal parece que ambas iglesias habían sido igualmente fieles. Sin embargo, una habría de sufrir hasta la muerte. La otra no sufriría en ningún modo.

Pero esta aparente desigualdad tiene precedente en las Escrituras. En Hebreos 11 tenemos una larga lista de personas a quienes Dios rescató aunque en el versículo 35 el escritor dice: "Otros fueron

atormentados, no aceptando el rescate". En el libro de los Hechos, por ejemplo, se nos dice que a Santiago lo decapitaron, mientras que Pedro fue puesto en libertad.

Tanto en estos pasajes como en otros se nos hace recordar que el sufrimiento contiene un elemento misterioso, desconocido. Juan, también, da por sentado que el sufrimiento constituye una parte natural de la fe cristiana. El no se pregunta por qué una iglesia sufre y la otra no. El ni siquiera espera que Dios rescate a Esmirna del sufrimiento, sin embargo, reconoce que Dios será el que protegerá a Filadelfia del sufrimiento que se aproxima.

Juan se limita a darle las malas noticias a Esmirna: "El diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte". Y a Filadelfia le da buenas noticias: "Yo también te guardaré de la hora de la prueba" (Apocalipsis 2:10; 3:10). El sufrimiento es sencillamente un hecho. El consejo de Cristo para ambas iglesias es sencillo. A Esmirna dice: "Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida" (Apocalipsis 2:10). A Filadelfia aconseja: "Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona" (Apocalipsis 3:11).

En estos pasajes hay varias aplicaciones que no debemos pasar por alto en nuestros propios tiempos de dificultades. En primer lugar, esperemos el sufrimiento. No nos sorprendamos, ni nos sintamos orgullosos o atemorizados. El sufrimiento forma parte integral de la vida cristiana. En segundo lugar, no nos fijemos en nadie más, ni en lo que a otros les corresponde o no soportar; las comparaciones son desmoralizantes en cualquier sentido. En tercer lugar, admitamos que no hace falta tener gran fortuna o influencia social para ser fieles (notemos cuán escasos eran los recursos de estas dos iglesias), pero sí hacen falta paciencia y resistencia. Recordemos que uno de los aspectos del fruto del Espíritu es la paciencia (Gálatas 5:22). Así que,

en cuarto lugar, recordemos que un día todo el sufrimiento terrenal habrá de llegar a su fin, y la segunda muerte, la muerte eterna del espíritu, no nos tocará. En quinto lugar, tengamos presente que, cuando uno soporta fielmente el sufrimiento, Dios recibe el honor y la gloria. Los siervos sufrientes de Cristo recibirán honores especiales y recibirán también un nombre nuevo, "el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe". Cristo le dijo lo siguiente a la iglesia de Filadelfia: "Al que venciere, yo le haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios" (Apocalipsis 3:12).

Hace varios años el gran fotógrafo canadiense, Yousuf Karsh, me envió un libro de sus fotografías. Sobre el papel de envoltura el oficial aduanero había acuñado las siguientes palabras: "Valor del contenido". Bajo estas palabras escribió: "Firmado por el autor". El libro me lo había firmado y dedicado a mí. Esto me pareció muy curioso; mientras que el libro por sí solo tenía un valor de alrededor de cuarenta o cincuenta dólares, con su firma tenía mucho más valor. Como creyentes en Cristo, nuestro valor radica en el hecho de que nosotros vamos a estar firmados por el Autor.

Yo no comprendo los motivos por los cuales se sufre o se padece persecución. Yo no sé por qué las iglesias en una parte del mundo atraviesan por terribles sufrimientos y privaciones, mientras que otras están saciadas y ricas y casi no padecen ningún sufrimiento. Yo no sé por qué varios de los jóvenes evangelistas que se congregaron en Amsterdam en 1983 y en 1986, llevaban las cicatrices de las quemaduras y las golpizas que sufrieron por el nombre de Cristo, mientras que mi vida ha estado libre de esta clase de persecución. Yo no sé por qué Corrie ten Boom tuvo que presenciar la muerte de su hermana en un campo de concentración nazi, o por qué Joni Eareckson Tada está paralizada desde el cuello hasta los pies.

Quizás usted ha pasado por sufrimientos que no le fue posible comprender. Puede ser que usted hasta se haya enojado con Dios por haber permitido tal sufrimiento, mientras que otros han sido librados de tales sufrimientos. No permita que la bilis de la amargura lo devore por dentro. Más bien, aprenda el secreto de confiar en Cristo en toda circunstancia. Aprenda a decir con Pablo: "He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Filipenses 4:11-13).

Perseverando hasta el fin

Hace algunos años, mientras que viajaba dentro de un país comunista de la Europa Oriental, un sacerdote ortodoxo que me acompañaba, hizo la siguiente afirmación: "Cada creyente tiene una cruz. Yo sé cual es la que nos corresponde a nosotros. Pero yo me pregunto que cuál fue la suya". Luego, echando un vistazo hacia la multitud de periodistas parados delante de mí, sencillamente dijo: "Ahora lo sé".

Todo lo que sé de las breves cartas en Apocalipsis es lo siguiente: Cristo nos ordena a que "venzamos" con la fortaleza que sólo El puede suplir, a medida que lo buscamos a El en fe, confiando en sus promesas.

"¡Venced!", nos dice el Salvador resucitado desde la isla de Patmos. "¡Venced!", escribe Juan al final de cada carta dirigida a las siete iglesias y a nosotros quienes, como a ellos, se nos pedirá que suframos de manera increíble por Cristo y por el bien de su reino. "¡Venced!", alzaron sus voces diciendo los líderes de las siete iglesias a sus congregaciones, quienes más tarde se unieron a los santos y a los

mártires conocidos y desconocidos a través de los siglos. Ellos han oído el llamado al sufrimiento y lo han tomado en serio.

"¡Venced!", hace eco la Palabra directamente hacia nosotros, para que nos unamos a aquellos de quienes se han reído y a quienes han ignorado, humillado, despojado; a quienes han juzgado injustamente y han encarcelado, azotado, torturado y asesinado. A todos aquellos que resistan la tormenta les aguarda una corona de victoria.

De pie ante Dios

Apocalipsis 4-5

Uno de los momentos más emotivos de mi vida como evangelista ocurre cuando me encuentro de pie ante miles de personas y los invito a que pasen al frente para que reciban a Cristo como Salvador y Señor. Puedo ver en sus rostros la batalla que se libra a medida que el Espíritu de Dios toca sus corazones, uno por uno, los dirige por los pasillos hasta que llegan al lugar donde hacen un compromiso público. A menudo puedo ver en sus mejillas las lágrimas producidas por la emoción, mientras que se encuentran de pie con un consejero frente a la tarima. A veces veo el gozo que los inunda, al saberse perdonados por su amante Salvador, habiendo nacido de nuevo y teniendo un nuevo rumbo. Pero también puedo observar el alivio reflejado en la mayoría de esas caras.

A veces las personas que pasan al frente para entregar sus vidas a Jesucristo, abrazan a sus consejeros y a los amigos que los esperan y salen del auditorio o estadio como miembros infantiles del cuerpo de Cristo, que es la iglesia. Por otra parte, veo algunas caras que muestran confusión y duda y que aun se preguntan por qué han pasado al frente. Muchos de ellos finalmente reciben a Cristo mediante los programas

extensivos de seguimiento que tenemos.

Yo creo que el Señor estaba pensando en esos nuevos creyentes cuando le habló a Juan en Patmos. Cristo sabía del horror y del quebranto que les esperaba a los fieles, en las iglesias de Asia y en cada iglesia fiel alrededor del mundo en los siglos venideros. Cristo sabía el precio que habrían de pagar para "vencer". El sabía que a ellos les haría falta Su poder en la presente lucha, y Su promesa para aquel día en que El enjugaría toda lágrima y en que ellos vivirían con El eternamente. Así que, al finalizar las siete cartas, El le hace una invitación, no a los incrédulos, como hago yo, sino a los creyentes. Esta invitación en el Apocalipsis es, a mi parecer, la más bella y poderosa de todo el relato bíblico.

Mientras que Juan escribía aquellas enérgicas palabras del Señor, dirigidas a las iglesias, él sabía lo que cada uno de ellos había sufrido en la lucha para mantenerse fieles. El sabía también que las pruebas y las tribulaciones producían resistencia y que también edificaban el carácter. En su carta a los Romanos, el apóstol Pablo había escrito: "Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza" (Romanos 5:3-4). Cristo le dijo a Juan lo siguiente: "Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete" (Apocalipsis 3:19). Pero la recompensa del sincero arrepentimiento es espléndida. Cristo, además, dice: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (Apocalipsis 3:20).

La promesa de Su presencia

Esta promesa de la presencia de Cristo durante esa época venidera de dificultades, es una promesa hecha a cada creyente. En la mayoría

de los casos estas palabras se pronuncian para hacerle una invitación a los incrédulos, pero aquí se dirigen a los creyentes en aquellas iglesias en Asia que con dificultad avanzaban. Tenemos la seguridad de que en las tormentas de la vida en el presente, Jesús mismo ha de estar parado junto a la puerta, esperando a que se le invite a pasar. El está esperando para compartir una comida con nosotros, esperando para compartir nuestras penas, para renovar nuestro valor, para entrar y conversar íntimamente.

No estamos solos. Jamás lo estaremos. El tiene que estar ahí; todo lo que tenemos que hacer es abrirle la puerta. ¿Cuál es su necesidad en este día? ¿Le hace falta consuelo en sus pruebas personales? Cristo está esperando. ¿Necesita que le perdonen sus pecados? El está tocando. ¿Le hace falta hacer un nuevo compromiso para servir a Dios con toda su vida? Cualquiera que sea su necesidad espiritual, en este momento Cristo está tocando a la puerta de su corazón. El es el Señor del universo y El quiere ser Señor de su vida también.

Cuando a Jesús lo sometieron a juicio en Jerusalén, el gobernador romano se dirigió a la multitud y le preguntó: "¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?" (Mateo 27:22). Me atrevo a afirmar que ésta puede ser la pregunta más importante que jamás se haya formulado. Constituye, también, la pregunta que usted mismo debe hacerse. Nadie se la puede contestar. A no ser que usted haya tomado la decisión de aceptar a Jesucristo y seguirle como Señor de su vida, usted no tendrá parte en las promesas que le siguen como resultado. Jesús dijo: "Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias" (Apocalipsis 3:21-22).

Lo que ocurrió después nos deja perplejos: "Después de esto miré", dice Juan, "y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz

que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de éstas. Y al instante yo estaba en el Espíritu". No sabemos lo que la frase "en el Espíritu" significaba para Juan, pero lo que vio sí está claro. Nuestra tarea consiste en examinar, en actitud de oración, lo que significa su visión.

El trono de gloria

Intercalada entre los dos capítulos que hablan sobre los mandatos prácticos dados a las iglesias y la terrible advertencia de los cuatro jinetes del Apocalipsis, se encuentra la visión que está situada en el mismo centro de la esperanza del creyente y de la revelación completa. Si Juan estaba preocupado por el mundo dada la condición en que éste se encontraba, si le preocupaba el futuro y la forma en que su rebaño saldría victorioso en el mismo; y si había quedado perplejo como consecuencia del poder del mal y de la aparente debilidad del bien en este planeta, la visión que le siguió cambió todo el panorama. Esta nos brinda por igual grandes promesas para nuestra época.

"He aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado", escribió Juan. Le costó trabajo describir a la persona que vio sentada en el trono. Describió su apariencia como el jaspe, que es una piedra transparente y parecida al cristal, y como cornalina, que es una piedra color rojo ardiente. Parece que Juan estuvo a punto de quedarse ciego como resultado de la gloria que rodeaba el trono. Estaba encerrado por un arco iris de esmeraldas. "Y del trono salían relámpagos y truenos y voces. Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal" (Apocalipsis 4:2-6).

Alrededor del trono había otros veinticuatro tronos. Sentados sobre los mismos había veinticuatro ancianos vestidos de blanco que llevaban sobre sus cabezas coronas de oro. Alrededor del trono había

cuatro seres vivientes. El primero tenía aspecto de león, el segundo de buey, el tercero tenía cara de hombre y el cuarto tenía aspecto de águila (Apocalipsis 4:7).

Cada uno de los cuatro seres vivientes tenía seis alas y estaba cubierto de ojos por todas partes. El impacto visual de aquel momento debió de haber sido abrumador. Por espacio de diecinueve siglos los comentaristas bíblicos han analizado esta escena y han descrito con lujo de detalles los nombres de los ancianos (se supone que sean los doce patriarcas antiguotestamentarios y los doce apóstoles del Nuevo Testamento) y los seres vivientes (se ha considerado generalmente que son serafines y querubines, seres angelicales creados con el fin de cumplir los mandatos de Dios).

Juan no se molestó en analizar lo que vio. Sin embargo, lo que oyó lo escribió con lujo de detalles. Aquellos seres fuertes y angelicales no cesaban de cantar lo siguiente:

"Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir"

(Apocalipsis 4:8).

Cada vez que los seres vivientes daban "gloria y honra y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos", los veinticuatro ancianos se postraban delante de El y le adoraban y ponían sus coronas delante de El y decían:

"Señor, digno eres de recibir
la gloria y la honra y el poder;
porque tú creaste todas las cosas,
y por tu voluntad existen
y fueron creadas"

(Apocalipsis 4:11).

El misterio y la majestad

Para este singular momento en el tiempo, al anciano apóstol lo llevaron a la presencia del misterio del universo mismo. No existe forma de describir a Dios. Juan sólo fue capaz de describir su reacción ante Dios mediante los seres angélicos y humanos que se hallaban ante El. Ciertamente, había una descripción de color y belleza, de majestad y poder, pero aún estando de pie ante El, Dios seguía siendo un misterio para Juan y lo es también para nosotros. El misterio que fue, es y lo seguirá siendo, el misterio que tiene que ver con nuestra creación y nuestra preservación, el misterio digno de que le demos gloria, honra y poder.

El Cristo resucitado ha llamado a Juan a la presencia de Dios para que el anciano pudiera conocer, y para que por medio de él nosotros pudiéramos saber el siguiente hecho: La causa del universo es un poder y una persona digna de nuestro honor y de nuestra confianza. A pesar de los rumores que lo niegan, nosotros no somos criaturas que han sido abandonadas sobre un planeta que gira frenéticamente a través del universo, perdido entre infinidad de galaxias y de soles gaseosos y flameantes, o de lunas reducidas a cenizas. Somos los hijos de un Dios grande y maravilloso quien en este mismo instante está en el trono del poder, llevando a cabo sus propósitos en su creación.

En el mismo centro de este misterio hallamos grande esperanza. Los poderes nacionales que vemos rumbo al infierno, destinados a la destrucción —acumulando armamentos, matando y sufriendo muertes— no son el poder por excelencia. Ni tampoco lo son las personas que gobiernan nuestra vida: madres, padres, maestros, pastores, consejeros, trabajadores sociales, carceleros, oficiales de probatoria;

cobradores de impuestos, dictadores y sus soldados, reyes y presidentes; todos ellos un día comparecerán impotentes ante el Dios de las visiones de Juan. Existe un Dios a quien se debe la creación, y aunque en muchas maneras El sigue siendo un misterio, yo estoy seguro de que El ha creado el planeta en que vivimos, de que me ha creado a mí y de que El ama todo lo que ha creado y tiene un plan para salvar a esa creación. Si no fuera así, El no sería digno de nuestra alabanza.

George Ladd, comentarista bíblico, escribió lo siguiente acerca de esta escena: "A pesar de lo intimidantes y descontroladas que puedan parecemos las fuerzas del mal, éstas no pueden anular o eclipsar el hecho más grande de que, detrás de la escena, Dios está en su trono gobernando el universo" ('A Commentary on the Revelation of John', 70; Un comentario sobre el Apocalipsis de Juan). ¡Dios tiene las riendas de todo en sus manos! Esa grandiosa verdad penetra a través de cada capítulo que Juan escribe y puede significar la diferencia para usted si esta verdad penetra también a través de cada aspecto de su vida. Usted puede confiarle a Dios su vida y su futuro, puesto que sólo El conoce el futuro. Usted puede confiar en El, puesto que El le ama y porque en un final El es quien controla el universo. ¿Cómo puedo saber que El le ama a usted y que me ama a mí? Yo sé que El envió a su único Hijo a morir en la cruz por nuestros pecados. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16). ¿Cómo sé yo que El es quien controla el universo? Yo sé que Jesucristo deshizo el poder del mal y del pecado mediante su resurrección de entre los muertos. ¡Cristo está vivo!

Juan se hallaba de pie, perplejo y maravillado, cuando de repente Dios sacó un rollo, "escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos". Una poderosa voz de ángel "que pregonaba a gran voz: ¿Quién

es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?" Tal parece que lo que pasó después en el silencio de aquel terrible momento, dejó a Juan llorando, "porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de mirarlo" (Apocalipsis 5:4).

¿Por qué lloraba Juan? En aquel preciso momento Dios mismo estaba extendiendo un comunicado, una carta, una noticia de última hora, un relato, una lista, y no había nadie que fuera digno de abrirlo. Así que Juan lloró. ¿No hay nadie que pueda decirnos lo que está escrito en el rollo? ¿No hay nadie digno de traernos el mensaje procedente de Dios?

De pronto uno de los ancianos se acercó a Juan y le dijo: "No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos" (Apocalipsis 5:5). Al instante Juan se dio la vuelta hacia donde señalaba el anciano. ¿Qué esperaba ver Juan? Un león, por supuesto, el símbolo judío tradicional del Mesías triunfante, quien vendría a liberar a su pueblo del mal. Pero en lugar de esto, escribe Juan, "vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado" (Apocalipsis 5:6).

Nuevamente Juan estuvo en presencia de un misterio. ¿Quién era el Cordero que estaba de pie en el trono? Años atrás Juan había escrito las palabras de Juan el Bautista, cuando éste dio a conocer a Cristo como el Mesías, diciendo: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29). El Cordero era Jesús, el Mesías, el Ungido de Dios, su Unigénito. Cristo tenía dos papeles que jugar en la redención de esta tierra. En primer lugar, El vino en la humilde forma de hombre. En esa forma padeció y murió. Mediante su sacrificio, la pena por la pecaminosidad del hombre fue pagada. En segundo lugar, El reinaría como Señor, como el Mesías prometido, como el León de David, con esplendor y poder.

Ahora Juan observaba una visión de aquel sacrificio perfecto, con el Cordero de Dios "en medio del trono". De repente él vio —como se ve en la extraña pero perfecta lógica de un sueño— al Cordero extender la mano y tomar de la mano de Dios el rollo que nadie se atrevía a abrir. Y de pronto los ancianos y los seres angelicales se postraron ante el Cordero, formando un coro de alabanzas. En el universo se oyó el eco de "un nuevo cántico":

Digno eres de tomar el libro
y de abrir sus sellos;
porque tú fuiste inmolado,
y con tu sangre nos
has redimido para Dios,
de todo linaje y lengua
y pueblo y nación;
y nos has hecho para nuestro
Dios reyes y sacerdotes,
y reinaremos sobre la tierra"

(Apocalipsis 5:9-10).

Luego Juan oyó la voz de millones de millones de ángeles alrededor del trono, que se unían al cántico de alabanza al Cordero, quien estaba uniendo el abismo de silencio que existía entre Dios y su creación:

"El Cordero que fue inmolado
es digno de tomar el poder,
las riquezas, la sabiduría, la fortaleza,
la honra, la gloria y la alabanza"

(Apocalipsis 5:12).

La visión se hizo más amplia. El cántico aumentó.
Juan nos dice, maravillado, lo siguiente:

"Y a todo lo creado que está en el cielo,
y sobre la tierra, y debajo de la tierra,
y en el mar, y a todas las cosas

que en ellos hay, oí decir:
Al que está sentado en el trono,
y al Cordero, sea la alabanza,
la honra, la gloria y el poder,
por los siglos de los siglos"

(Apocalipsis 5:13).

Los ancianos, nuevamente, se postraron delante del trono y adoraron. Y los cuatro seres angelicales elevaron sus voces para pronunciar un solemne "¡Amén!"

El misterio de la Trinidad

La visión de Apocalipsis 4 y 5 nos brindan dos grandes verdades espirituales. En primer lugar, existe un Dios poderoso en el centro de la creación, que es digno de nuestra confianza y de nuestra alabanza en los tempestuosos días que se avecinan. En segundo lugar, el mediador entre Dios y los hombres es Jesús, nuestro Salvador y Señor. La presencia de Dios en su glorioso esplendor nos ciega. Sin tener a Cristo como guía no podemos comprender a cabalidad quién es Dios. Pero en Jesús, el Cordero de Dios, vemos todo lo que de Dios necesitamos ver. Jesús le dijo a Felipe: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Juan 14:9). De Jesús aprendemos todo lo que de Dios necesitamos aprender.

Esta visión de dos aspectos constituye una fuente de esperanza de vital importancia, a la cual podemos aferrarnos. Sería un error si viéramos a Dios sólo como un ser aislado, elevado en un trono que se encuentra rodeado de truenos y relámpagos. ¿Qué esperanza podríamos tener en esa clase de Dios, tan poderoso pero impersonal? Sería tan confortador como pudieran serlo las turbinas en una presa hidroeléctrica. Pero sería un error tan grave si viéramos a Jesús sólo como un hombre maravilloso que sufrió y murió, quien nos dio un

ejemplo de lo que debiera ser la vida del ser humano: un hombre bueno que fue asesinado por malvados, como lo fueron Lincoln y Gandhi. Cristo no fue sólo un buen hombre. El es Dios y es también el Hijo de Dios. El es ese mismo Dios poderoso que se revela en la debilidad y en el amor. En la visión de Juan vemos al Padre a través de la vida, la muerte y la resurrección del Hijo; y la tercera persona de la Trinidad, el Espíritu de Dios, nos da a conocer todas estas cosas. ¿Quién puede explicar un misterio como éste?

Juan no nos pide que pongamos a un lado nuestro razonamiento. Pero para este momento resplandeciente él quisiera que nos uniéramos a esa gran muchedumbre que se encuentra alrededor del trono. El quisiera que dobláramos las rodillas en alabanza. El quisiera que eleváramos nuestras voces en un cántico. Porque lo que vemos es un cuadro colorido de una verdad casi imposible de expresar: Jesús, el inmolado Cordero de Dios, es el único que es digno de abrir el rollo de Dios, para hablarnos la palabra de Dios. Jesús, el Señor resucitado, es el único que tiene suficiente poder para dirigirnos a través del futuro que se revela en este rollo.

La verdad de su venida

En el verano de 1989 me entrevistó un periodista londinense. Me preguntó si yo pensaba que el mundo reconocería a Jesús la próxima vez que éste viniera a la tierra. He oído a la gente decir que si Cristo viniera ahora, la actual cultura pagana lo crucificaría aun con mayor rapidez. Sin embargo, yo no vacilé al responderle: "Sí", le dije, "porque la próxima vez que venga no lo hará sobre un asno. El habrá de venir como Rey de reyes y Señor de señores". Cualquiera que sea su opinión acerca de Cristo, usted debe saber que El no regresará como siervo sufriente. El vendrá otra vez como Rey.

Cuando leemos en estos primeros capítulos el intento por parte de Juan de describir la gloria y la majestad el Cristo glorificado y la indescriptible realidad de Su gran trono de juicio, reconocemos que no existen palabras adecuadas para describir esta visión. La majestad de nuestro Dios va mucho más allá de lo que nuestra finita imaginación puede concebir. Hasta las imágenes más surrealistas se quedan cortas. Se trata nada menos que del Cristo que tiene poder, dominio y gloria, quien va a regresar a este mundo.

En Israel, no hace mucho, un rabino le dijo lo siguiente a un grupo de visitantes cristianos: "Debo decirles que nuestras dos religiones no son muy diferentes. Cuando el Mesías regrese, bastará con preguntarle: ¿'Es esta tu primera o tu segunda venida'? Pero lo cómico de tal afirmación no es capaz de ocultar las terribles consecuencias que acarrea, porque cuando Cristo regrese, esa pequeña diferencia ha de ser determinante".

Jesucristo el Mesías se ha identificado repetidas veces como el Redentor del mundo. El dijo: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo". Durante veinte siglos El ha enviado a sus profetas, apóstoles, santos, mártires y a creyentes comunes, como usted y yo, al mundo, con el fin de que proclamemos su nombre en todas las generaciones; y El exige que oigamos su voz y que lo reconozcamos por fe y que le aceptemos *como* Señor de nuestra vida. Cuando le veamos, después, cara a cara, ha de ser demasiado tarde para tomar una decisión.

Mateo registra las siguientes palabras de Jesús: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mateo 7:21). En el evangelio de Lucas, el médico griego, Jesús dice así:

Porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán. Después que el padre de familia se haya levantado y cerrado la puerta, y estando fuera empecéis a llamar a la puerta, diciendo: Señor, Señor, ábrenos, él respondiendo os dirá: No sé de dónde sois. Entonces comenzaréis a decir: Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas

enseñaste. Pero os dirá: Os digo que no sé de dónde sois; apartaos de mí todos vosotros, hacedores de maldad. Allí será el llanto y el crujir de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros estéis excluidos"

(Lucas 13:24-28).

¡Qué escena tan sombría y desconsoladora ha de ser ésta! ¡Qué tragedia ha de ser para aquellos que han sido cegados por su orgullo personal, por su intelecto, por sus ideas de tolerancia o por haber creído que las palabras de Cristo no tienen significado alguno! Por espacio de dos mil años sus palabras han sido proclamadas incesantemente. Yo mismo las he proclamado miles de veces a lo largo de los últimos cincuenta años. No hay nadie en el mundo civilizado que pueda afirmar que no ha oído las nuevas de que Jesucristo quiere ser Señor de su vida. Nadie se puede disculpar por ignorancia.

La Santa Biblia es el éxito de librería más grande en toda la historia del mundo. Aún en la actualidad se venden más ejemplares de la Biblia que de cualquier otro libro en el mundo. En las recientemente liberadas naciones del la Europa Oriental, no hay suficientes ejemplares para poder satisfacer el hambre de Dios que hay. La Sociedad Bíblica Internacional, la Sociedad Bíblica Estadounidense y otros grupos, han regalado millones de ejemplares y con esto han podido abastecer sólo una pequeña parte de las necesidades existentes. Ningún libro de aventuras, ni de romances, ni de espionaje o de cultos extraños, ha podido vender más ejemplares que la Biblia. No se trata de que la verdad esté fuera de nuestro alcance. ¿Qué otra excusa puede usted fabricar?

Uno de los problemas que existe, por supuesto, es el hecho de que Satanás está vivito y coleando en el planeta Tierra. El es un mentiroso y un engañador, que se planta detrás de nosotros burlándose, ridiculizando y riéndose de la palabra de Dios,

convenciendo a la gente de que la Biblia es sólo un libro más de santurroneías. Es un libro en el que se juzga tanto, dice el diablo, y está lleno de lagunas. Pero Satanás "es mentiroso y padre de mentira" (Juan 8:44). Yo estoy de acuerdo con Peter de Parrie, un joven autor, quien dice que la misma gente que nunca se molesta en poner en tela de juicio las instrucciones que vienen con el VCR o con el microondas, "inmediatamente saltan con preguntas acerca de las instrucciones de Dios tocantes a los asuntos más importantes de la vida". Si el manual de la videocámara japonesa les avisa que nunca debe tener contacto con el agua, lo obedecen, pero si la Biblia, que viene con mucha mayor autoridad y con una garantía más extensa, les instruye a que "huyan de la fornicación", ¡se retractan horrorizados!

Una palabra para las naciones

Hace algunos años me encontraba en la ciudad de Washington, D.C., en el despacho de un poderoso y conocido político. Súbitamente le miré a los ojos y le pregunte: "¿Ha recibido usted en algún momento a Cristo como su Salvador?" Bajó la cabeza y no pronunció ni una sola palabra. Después de transcurrido por lo menos un minuto, me dijo: "Sabes, nadie me ha hecho jamás esa pregunta". Le pregunté que si no le gustaría recibir a Cristo en este mismo instante y tener la seguridad de la vida eterna. Mientras que le extendía mi mano, le dije: "Esto significa arrepentimiento". Le expliqué que esto significaba tener fe en Cristo solamente. Permaneció en silencio durante varios minutos y no dijo nada más. Luego extendió una mano y dijo: "Lo voy a recibir en este momento". Entonces oramos. El había sido miembro de la iglesia. Había estado rodeado de cristianismo toda su vida, pero nunca había hecho tal compromiso personal. No hay nada en el mundo que sea más importante. No lo hay.

Mi madre tenía la costumbre de mirar por la ventana cada mañana y decir: "Quizás hoy es el día en que Cristo vendrá otra vez". Ella vivió diariamente con esa esperanza. Sin embargo, las señales de su inminente regreso nunca han sido mayores que en la actualidad. Todos los que no forman parte de la familia de Cristo están bajo el juicio de Dios. Para tener parte en la recompensa de la vida eterna y seguridad en la presencia del Dios del Apocalipsis, es menester que primero creamos en su Hijo.

En su primera epístola, Juan escribió lo siguiente: "El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida" (1 Juan 5:12). No hay más que hablar. Sin el conocimiento personal de Cristo como Señor, la posibilidad de tener paz con Dios se acaba repentinamente cuando se detiene el reloj de su vida.

En Apocalipsis, Juan emite el desafío de Cristo a "vencer". En sus cartas, él escribe: "¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?" (1 de Juan 5:5). Y luego añade lo siguiente: "El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo" (1 de Juan 5:10).

No sólo eso, sino que cualquiera que niegue la realidad de Jesucristo como el Hijo de Dios glorificado se pone, de hecho, en contra de Cristo. Juan nos dice que tal persona es un "anticristo". ¿Quién es el mentiroso", dice Juan, "sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre" (1 de Juan 2:22-23). La lógica es sencilla e irrefutable. La palabra de Dios es clara.

Después Juan nos llama a que seamos fieles a lo que hemos aprendido de las Escrituras durante todos estos años. El dice: "Lo que

habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre" (1 de Juan 2:24).

La recompensa por la fidelidad a las enseñanzas de las Escrituras, dice Juan en el versículo que sigue al anterior, es la vida eterna. Cristo va a regresar a buscar a su iglesia. Y de la misma forma en que ésta fue la esperanza de mi madre, hasta que fue a Su presencia, debe también ser la nuestra. ¿Qué mayor gloria podemos esperar que la de estar de pie ante el trono de Dios, con el fin de humillarnos ante Su inmensa e incomparable grandeza y oírle decir: "Bien, buen siervo y fiel"? (Mateo 25:21).

TERCERA PARTE

EN MEDIO DE
LA TEMPESTAD

Huida del paraíso

"Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer"

Apocalipsis 6:2

En el principio creó Dios los cielos y la tierra (Génesis 1:1). Dios crea en virtud de su propia naturaleza. El es el Creador y nosotros descubrimos esencialmente quién es Dios en su creación. Lo vemos en cada parte de la creación. El apóstol Pablo dijo: "Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa" (Romanos 1:20). Si conocemos algo acerca de su creación, sabemos algo de Dios. Porque su trabajo es crear.

En el libro de Génesis, el libro de los comienzos, vemos cómo hizo Dios la tierra y todo lo que hay en ella. La creó con una belleza indescriptible: los mares, los montes, las praderas, los grandes bosques y la infinita variedad de formas de vida que habita en todo el planeta. El creó todo esto y el universo que nos rodea; todo es obra suya.

Ruth y yo vivimos en las montañas de Carolina del Norte. Cada día experimentamos la maravilla de la salida y de la puesta del sol, como si fuera la primera vez que lo vemos. El mundo a nuestro alrededor

está repleto de maravillas. David, el salmista, cantaba así: "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos" (Salmo 19:1). Si usted alguna vez ha entrado en un bosque en una mañana brumosa de verano, usted conoce un poco acerca de la obra de la mano de Dios.

Desde que el hombre hizo sus primeros dibujos y bosquejos en pieles o en papiros, como los de las cuevas de Altamira y Aurignac, celebraron la belleza y la maravilla de la creación de Dios, aun quizás sin saberlo. El mundo que Dios creó estaba perfectamente diseñado para la vida humana, con comida y diversión, con manantiales cristalinos y con toda cosa agradable. Fue creado a la medida por un Dios de amor, para que lo disfrutaran los únicos seres vivientes creados a la imagen de Dios: Adán, el hombre y Eva, la mujer.

El cuadro que vemos del paraíso en el libro de Génesis, es corto pero precioso. Moisés escribe lo siguiente:

Y Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso allí al hombre que había formado. Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de la vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal... Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase"

(Génesis 2:8-9, 15).

Esa era la vida que Dios deseaba que disfrutáramos para siempre. Pero Dios hizo algo que sólo haría un creador amante y benevolente; nos dio capacidad para razonar y voluntad propia. La Biblia enseña que Dios desea tener comunión con nosotros, que quiere dialogar con el hombre. No nos creó como robots o carentes de una mente, sino con capacidad para escoger o no escoger, de amar o de abstenernos de amar. La humanidad se ha convertido en lo que es, como resultado de las decisiones que hemos tomado por nuestra propia voluntad. Desde que Adán y Eva fueron seducidos por los hechizos de Satanás en el

jardín de Edén, creyendo que ellos serían como dioses, la humanidad se ha visto obligada a luchar por la vida, en un mundo menos deseable y más amenazador que el Edén. Somos culpables de haber pecado contra nuestro Creador.

Por cuanto todos pecaron

Por haber escogido no obedecer a Dios, Adán y Eva pecaron. ¿Qué es el pecado? El doctor Myron Augsburger, teólogo y escritor, dice: "El pecado es la perversión de lo bueno; es la forma más barata de algo que es mejor. El pecado no consiste sólo en cosas que hemos hecho. Más bien, se trata de la perversión, en la misma médula de nuestro ser, que nos conduce a deificar el yo y a exigir que las cosas se hagan a la manera nuestra. En este egoísmo somos personas creadas a nuestra propia imagen, en lugar de ser aquello para lo que nos creó Dios: personas creadas a la imagen de Dios.

La solución para nuestro pecado no consiste simplemente en la restitución por algunas cosas malas que hemos hecho. La solución consiste en volverse a Dios y abrirle nuestro corazón a El. En definitiva, todo pecado se comete contra Dios. ("The Christ-Shaped Conscience", 29. La conciencia moldeada por Cristo.)"

A medida que nos acercamos un paso más al fondo de la revelación de Juan, y a la siniestra obra que habrán de realizar los cuatro jinetes del Apocalipsis, es preciso que hagamos una pausa lo suficientemente larga como para que tengamos una idea de dónde ha venido la raza humana y lo profundo que ésta ha caído. La propia imagen de los jinetes indica la seriedad de las consecuencias de nuestro pecado. Por la arrogancia, la testarudez y el orgullo, el mundo se ha ganado su castigo. En nuestra huida del paraíso nos hundimos hasta lo profundo en el cieno del dilema humanista.

Resulta triste e irónico que dos siglos de logros científicos y tecnológicos parecen haber convencido a la humanidad de que Dios no tiene parte alguna en la creación. Mediante el estudio y la genialidad, las mentes mejor dotadas que han vivido sólo han podido llegar a la superficie de la creación de Dios, y parece que algunos han decidido que Dios no existe. Esto me hace pensar en el niño que está tan absorto

jugando con su avioncito de papel, que ni siquiera se da cuenta del 747 en que está viajando alrededor del mundo.

La declaración suprema del punto de vista humanista es la frase que se cree proveniente del escritor existencialista, Jean-Paul Sartre, de que "el hombre se inventa a sí mismo". Aquí tenemos la tontería por excelencia. El sobreviviente de un campo de concentración, el psiquiatra Viktor Frankl, le respondió a Sartre en su influyente libro, titulado "Man's Search for Meaning": "Yo opino que el significado de nuestra existencia no lo inventamos nosotros, sino que lo hemos detectado". Frankl afirmó que la importancia y el significado de la vida no está en quiénes somos, sino en lo que hacemos con todo lo que Dios nos ha dado.

El problema que hay en el mundo en el presente es que la gente no hace lo que sabe que es correcto. Buscan hacer su propia voluntad, en contra de la voluntad de Dios, y, en las palabras del profeta Oseas, "Porque sembraron viento, y torbellino segarán" (Oseas 8:7). Pablo escribió lo siguiente en su epístola a los Romanos: "Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios" (Romanos 3:23). La otra mitad de esta ecuación, dice Pablo, es que "la paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23). Nuestra testarudez es la causa; y el precio que pagamos es la separación de Dios por toda la eternidad.

El que engaña

El primer jinete descrito por Juan en el libro de Apocalipsis, es el que monta un caballo blanco. A lo largo de los siglos los eruditos bíblicos han argumentado acerca de la identidad de este jinete. El texto dice que tiene puesta una corona y que lleva un arco para grande destrucción en su mano. En Apocalipsis 19, Cristo aparece sobre un caballo blanco llevando muchas coronas sobre su cabeza. Esto ha

hecho que algunos lleguen a la conclusión de que el jinete sobre el caballo blanco en este pasaje es Cristo también. Pero yo no creo que esto sea cierto. En el texto griego la corona que lleva el jinete del caballo blanco recibe el nombre de "stephanos", que se refiere a la corona de victoria que lleva un conquistador. Las coronas que lleva Cristo sobre su cabeza, en Apocalipsis 19, no obstante, son "diademas" o coronas de realeza; y aunque el jinete del caballo blanco tiene algún parecido a Cristo, su apariencia es en realidad (y sin duda alguna intencionalmente) engañosa. Al examinarla más de cerca, su verdadera naturaleza sale a relucir. El es un conquistador que "salió venciendo, y para vencer", cabalgando codiciosamente sobre todos los que se atraviesan en su camino —el jinete del caballo blanco se caracteriza por sus ansias de poder.

¿Quién, entonces, es el jinete sobre el caballo blanco? No es Cristo. Se trata de un engañador que procura cautivar los corazones y las mentes de toda la humanidad. El es uno que busca que la gente lo reconozca como señor, en lugar de al verdadero Cristo.

Debemos recordar siempre que una de las acusaciones bíblicas más severas que se hace de Satanás es que éste es un engañador, opuesto de manera implacable a la verdad de Dios. Jesús dijo lo siguiente acerca de Satanás: "El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira" (Juan 8:44). En Apocalipsis 20, Juan habla sobre el juicio final de Dios sobre "el diablo que los engañaba"(v. 10). El jinete que engaña ha estado haciendo su obra en el mundo desde los albores de la historia de la humanidad. Estaba haciendo su obra en el jardín de Edén cuando acosó a Adán y Eva y mediante sus poderes diabólicos de engaño, los convenció de que debían darle la espalda a Dios y desobedecer su inequívoco mandato. Como resultado, la humanidad cayó de su estado glorioso de

ausencia de pecado, a la condición de muerte y desesperación.

Desde el Edén hasta el Armagedón, en todo el mundo se libra una batalla entre las fuerzas de Dios y las de Satanás, entre la luz y las tinieblas, entre el bien y el mal. Todo hombre, mujer y niño se encuentran en medio del fuego. Satanás asecha la tierra con el fin de dominar y destruir la creación de Dios. Entre tanto, nuestro Creador, en su amor y misericordia, obra con el fin de salvar aquello que El ha creado. El primer "round" de esta pelea fue el huerto de Edén. Desde aquel entonces ha escalado hasta tales proporciones, que hoy constituye lo que el doctor Arno C. Gaebelein ha llamado "el conflicto de los siglos". Un día Satanás y sus obras han de ser completamente destruidos y el victorioso será Cristo; pero hasta el día en que esto ocurra, la batalla seguirá librándose.

El engañador estaba obrando en la enemistad entre Caín y Abel. El sembró cizaña entre los israelitas mientras que éstos escapaban de la esclavitud en Egipto, y los convenció de que un becerro de oro los podía salvar o que debían regresar a las ollas de carne de Egipto. El merodeó por el desierto de Sinaí esparciendo mentiras entre los hijos de Israel, con el fin de hacerlos dudar de las promesas de Dios y para impedir que entraran a la tierra prometida. Y la batalla se ha seguido librando: por un lado está Dios instando a la humanidad a que le sigan para que obtengan paz y seguridad; por el otro lado la maldad brotando con rapidez de las filas del caballo blanco, asechando, seduciendo, mintiendo y engañando a los descuidados y trayendo muerte a aquellos que lo siguen.

El jinete que engaña cabalgó hasta acercarse a Sansón, el hercúleo juez hebreo, y sutilmente lo sedujo por medio de los brazos de Dalila. Cabalgó hasta acercarse a David, el rey de Israel, y le prometió placer sin límites si asesinaba al esposo de Betsabé. Después el cetro real estuvo azotado por una espada que no los dejaba. El jinete cabalgó

hasta acercarse a Judas, y le prometió poder mediante la traición del único Hijo de Dios; pero Judas pronto descubrió que se estaba colocando alrededor de su propio cuello un nudo corredizo.

La obra de traición

El primer jinete irrumpe en nuestras vidas hoy como lo ha hecho a través de la historia. El trueno de su venida puede escucharse aumentando de volumen en el horizonte de este mundo afligido. El nos promete lo que sea necesario, con el fin de persuadirnos a que desobedezcamos a Dios y que así pasemos a formar parte de la trágica hilera de cautivos en rumbo a su destrucción. Mas si creemos en Jesucristo, es menester que hagamos todo lo posible, con la fortaleza que Dios da, para hacer resistencia a sus seductores engaños.

Uno de los más serios problemas a que se enfrenta nuestro mundo es el hecho de que, mediante muchos años de manipulación y engaño, la moralidad y los valores tradicionales han pasado de moda. El engañador ha traicionado a nuestra cultura y ha convencido a los líderes gubernamentales, a la prensa, a las universidades y aun a las iglesias, de que lo negro es blanco y lo malo es bueno. Un sondeo de Gallup, realizado en 1985, informó que el noventa por ciento de los estadounidenses dicen tener alguna afiliación religiosa, y que sólo dos por ciento de éstos dicen pertenecer a la tradición judeo-cristiana. Mas la realidad de la vida cotidiana en los Estados Unidos de América y a través del mundo occidental, demuestra que la moralidad bíblica casi no tiene lugar en la vida de la mayoría de la gente. Como regla general, la cultura secular aceptará cualquier escala de valores o creencias y cualquier clase de conducta, mientras que éstas no sean visiblemente cristianas.

En el informativo y penetrante artículo titulado "Naming Good and

Evil", Dando nombre al bien y al mal, en la revista titulada "First Things", la profesora Joyce A. Little, dice lo siguiente:

"Negándose a ser la imagen de Dios en el mundo e incapaces, a pesar de las afirmaciones contrarias que algunos puedan hacer; de convertirse en dios en algún sentido serio de la palabra, el hombre moderno busca por doquier algo, sea lo que sea, que le informe, que le dé identidad; la conciencia cósmica de la Nueva Era, la magia y la brujería de la mitología, el arquetipo de la psicología jungiana; el héroe de las mil caras de Joseph Campbell, el viaje a través del cosmos de Cari Sagan, el culto a Elvis, a Marilyn Monroe y a Madonna, una visita de Robin Leach a los ricos y famosos, los consejeros psíquicos y los astrólogos personales; y aun en cantidades alarmantes, los poderes demoníacos que prometen las sectas satánicas. No hay piedra que quede sin levantar en esta búsqueda frenética de alguna indicación o alguna clave en cuanto al rumbo a seguir de ahora en adelante" (First Things, mayo de 1992, 29).

¿Entonces qué? La cultura secular milita en contra de las virtudes cristianas. ¿Cuántas veces no hemos escuchado los ataques y las burlas en la prensa popular, en contra de los "fundamentalistas" y de los "aporreabiblias"? A medida que los principios y los valores se desmoronan en el mundo que nos rodea, aun algunos líderes cristianos se han dejado cautivar por la fascinación del pecado y algunos han caído de la gracia. El apóstol Pedro nos advierte lo siguiente a cada uno de nosotros: "Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo" (1 Pedro 5:8-9). El engañador montado en su caballo blanco, ya está suelto en el mundo. El ha tenido éxito en pervertir a un gran sector de la humanidad, por lo que tiene una corona de victoria sobre su cabeza.

El seguro juicio de Dios

En cierta forma el juicio de Dios es parecido al dolor que padecemos en nuestros cuerpos físicos. Cuando padecemos dolor o incomodidad,

generalmente esperamos un rato para ver si éstos desaparecen. Mas si el dolor persiste y se intensifica, acudimos a un médico con el fin de averiguar lo que lo está causando. Cuando esto ocurre, el médico casi siempre puede manejar el problema y aliviar el dolor. Al principio, el dolor viene a ser como una alarma que nos advierte de un posible peligro. El propósito que el dolor cumple es de alertar —nos hace saber que algo andaba mal, para que tomemos medidas destinadas a corregir el problema.

El juicio de Dios a menudo tiene el propósito de corregir de manera parecida. Tiene el propósito de hacernos recordar que nos hace falta arreglar cuentas con Dios antes de que se manifiesten complicaciones más serias. Dios puede emplear las pruebas y las dificultades para enseñarnos y para ayudarnos a ser mejores personas, para Su gloria. El escritor de Hebreos dijo: "Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama disciplina.... Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados" (Hebreos 12:5-6,11).

Los cuatro jinetes del Apocalipsis inevitablemente señalan problemas morales y espirituales más profundos que nos afectan. Pero cada uno de ellos es singular. Cada uno tiene su propio programa. En los capítulos que siguen nos daremos a la tarea de estudiarlos de cerca, con el fin de descubrir qué es lo que Dios nos quiere decir a nosotros. En cada época hemos visto precursores de los jinetes, cabalgando sobre la tierra. Tenían un plan específico para aquellas iglesias del primer siglo en Asia, mas tienen también un programa tan exacto para nosotros como el que tuvieron para ellos.

En algún lugar sobre Patmos se rompió el sello. Los cuatro jinetes estaban listos para montar sus corceles. Entonces Juan escuchó a uno

de los cuatro seres vivientes que servían a Dios en su trono, exclamar impacientemente, "¡Vén!" El texto nos dice que al jinete sobre el caballo blanco "le fue dada una corona" (Apocalipsis 6:2). Tan pronto como apareció, el jinete espoleó el corcel blanco y galopó rumbo a la tierra, "venciendo, y para vencer".

Esta imagen debió haber sido indiscutiblemente clara para Juan. Es probable que él haya visto las legiones romanas entrando en Jerusalén, con el centurión conquistador montado sobre un blanco corcel y llevando en una mano el arco, símbolo de victoria y de poder. Tal vez ésta hasta haya sido una tenue escena retrospectiva de un evento que ocurrió en el Imperio Romano, poco antes del exilio de Juan en Patmos.

Los romanos eran valientes e impetuosos, pero le tenían miedo a sus vecinos, los partos, quienes amenazaban las fronteras distantes del oriente del imperio. Los partos montaban caballos blancos muy ágiles y eran arqueros de mortal precisión. En el 62 A.D., un numeroso ejército romano había sido aplastado por los partos y obligado a rendirse. Se cree que los partos eran arqueros tan diestros que aun al galope, con el arco a la altura de la cintura, un arquero era capaz de herir a un enemigo, montado en otro caballo al galope en el campo de batalla. Willam Barclay dice que hay una expresión inglesa antigua, "la flecha del parto", que significa "un golpe final y devastador para el cual no existe respuesta".

La tormenta que se avecina

Mientras que reviso diversos comentarios sobre el libro de Apocalipsis, de continuo me hago la siguiente pregunta: ¿Son inevitables los juicios que Juan prevee? ¿Ocurrirán sin lugar a dudas o de alguna manera se podrán demorar o aun evitar completamente? En

otras palabras, ¿son estos juicios condicionales de manera que se pueden evitar, o incondicionales, de modo que ocurrirán, pase lo que pase?

Esta pregunta no es fácil de contestar. Soy consciente de que todos los estudiantes sinceros de la Biblia no están de acuerdo. Sin embargo, después de haber estudiado este asunto con detenimiento, he llegado a la conclusión de que ambas cosas son ciertas. A una hora que sólo Dios conoce, los atronadores cascos de los cuatro jinetes atravesarán velozmente a través del escenario de la historia de la humanidad, y traerán engaño, guerra, hambre y muerte en tan grandes proporciones que dejará perpleja a la humanidad. Dios utilizará a los cuatro jinetes para un pavoroso acto de juicio sobre la tierra, y como una marejada gigantesca que choca contra la costa, nada podrá hacerle frente. La Biblia nos hace saber con claridad meridiana que el juicio de Dios es seguro y que se avecina: "Por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó" (Hechos 17:31).

Observando las pruebas de juicio que ya son visibles en el mundo, debo decir que yo creo que el tiempo puede estar muy cerca. Tal vez ya lo estamos experimentando en sus etapas iniciales. Pero aunque así fuera, yo creo que hay esperanza de un aplazamiento si el pueblo de Dios reacciona a tiempo y viene a El en humildad y en oración. A lo largo de la historia ha habido ocasiones en que Dios ha retrasado o ha detenido Su mano de juicio por cierto período de tiempo, porque tanto hombres como mujeres se han arrepentido y le han buscado a El en fe y obediencia. Sin embargo, yo creo que el arrepentimiento sincero es nuestra única esperanza.

A lo largo de los siglos los gemidos de angustia se han escuchado por las calles de nuestro afligido mundo. Una vez tras otra hemos visto el desastre en las páginas de la historia: tiempos de engaño, de guerra, de

hambre y de muerte. Luchas y conflictos violentos han perseguido a la raza humana en mayor o menor escala, desde el día en que Adán y Eva escogieron rebelarse contra Dios.

Durante esos tiempos, la muerte cabalga a través de cada ciudad y cada pueblo, dejando una estela de sufrimiento y de muerte. Pero a veces, con la misma rapidez, entramos en un período de paz y calma relativa. ¿Por qué? Yo opino que es por el hecho de que hay épocas en que Dios detiene sus juicios, es posible que aún durante varias generaciones, porque muchos han escuchado Su mensaje de advertencia y lo han buscado en arrepentimiento y en fe.

Un buen ejemplo de lo antes dicho lo vemos en el trato de Dios con los antiguos asirios, habitantes de la capital de Nínive. Este pueblo era un pueblo impío y pagano que adoraba ídolos y a menudo guerreaba contra el pueblo de Dios. Dios envió al profeta Jonás a Nínive para que proclamara Su cercano juicio contra ellos: "Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y proclama en ella el mensaje que yo te diré.... De aquí a cuarenta días Nínive será destruida" (Jonás 3:2, 4). Mas cuando el rey de Nínive oyó el mensaje de Jonás, se arrepintió y ordenó a toda la gente que se arrepintiera también. Como resultado, el juicio de Dios no vino sobre ellos. Más adelante, cuando la maldad aumentó en las generaciones que vinieron después de Jonás y el pueblo se negó a arrepentirse, el juicio de Dios vino sobre Nínive. Así ocurre a menudo con el juicio de Dios. Algún día llegará con toda su fuerza e inexorablemente, pero mientras tanto, puede ser que la mano del juicio de Dios se detenga cuando nos arrepentimos, de la misma manera que el primer caballo se detiene antes de que lo suelten a sus anchas en el mundo.

El llamado a las armas

Al darnos a la tarea de estudiar los cuatro jinetes y los juicios que éstos traen, no debemos hacernos la idea de que debemos tener una actitud pasiva hacia el mal, sólo por el hecho de que un día los cuatro jinetes habrán de venir con toda potencia e irrevocabilidad sobre la tierra. Es cierto, el juicio final de Dios es ineludible, pero sólo El sabe cuándo se efectuará; y hasta ese día debemos aprender las lecciones que nos traen los jinetes y actuar de tal manera que Dios se complazca en demorar su juicio y darle a nuestro mundo el tiempo para oír Su Palabra y buscarlo a El.

Me parece que, para hacer hincapié, puedo emplear otra ilustración acerca del sufrimiento. Sabemos que la muerte es inevitable para cada uno de nosotros. Mas cuando nos enfermamos no decimos: "En fin, un día me voy a morir, así que voy a buscar remedio para mi enfermedad". ¡Claro que no! Buscamos la mejor asistencia médica que nos sea posible, porque tenemos la esperanza de recuperarnos de nuestra enfermedad y así vivir muchos años más. Asimismo, el juicio final de Dios sobre este mundo es ineludible. Pero cuando oímos sonido de cascos de caballo que se aproximan, Dios espera que prestemos atención a la advertencia que éstos traen y que nos arrepintamos antes de que sea demasiado tarde. Por su gracia puede ser que El se complazca en demorar por un tiempo Su juicio, como en efecto ha hecho en el pasado.

El primer paso que hay que dar para vencer al engañador es admitir que él existe. El segundo paso es reconocer que él hace su obra por medio del engaño. El método empleado por el jinete primordialmente siempre ha sido el engaño. Le promete paz al mundo, pero no hace más que darle una paz falsa. El habrá de ser un superhombre que impondrá un supersistema con mano de hierro. Jesús dijo: "Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a ése recibiréis" (Juan 5:43). El mundo que ha

rechazado a Jesucristo habrá de recibir de buena gana al anticristo del diablo.

La Biblia enseña que en algún momento en el futuro habrá un gran superhombre, llamado el anticristo. Como leemos en 1 Juan (2:18), "el anticristo viene". No obstante lo dicho, Juan profetizó que antes de que viniera el anticristo, se manifestaría "el espíritu del anticristo" (1 Juan 4:3), y habría "muchos anticristos" (1 Juan 2:18). En el capítulo que sigue haremos un estudio sobre algunos de los engaños y manifestaciones del anticristo en el mundo actual.

Engaño espiritual

Cierta tarde en París tocaron a la puerta del hotel en que estábamos alojados y Rut fue a abrir la puerta. Al abrir se encontró a dos hombres, y uno de ellos, en un inglés chapurrado, afirmó que su compañero era "el Mesías", quien había venido a verme con un "encargo divino". Después de un breve y patético encuentro con otro de los desquiciados que han cruzado por mi camino diciendo que son el Mesías, Rut hizo la siguiente observación: "El decía ser Cristo, pero ni siquiera nos pudo hablar en nuestro propio idioma". Existe una amplia variedad de falsos mesías en el mundo actual; hombres y mujeres que se hacen pasar por Cristo. Algunos de ellos tienen impedimentos mentales y emocionales. Otros maquinan y sueñan con motivos y poderes más amenazadores cada día, pero en todos existe un denominador común: son impostores.

La Biblia asegura que esta fila de falsos cristos seguirá alargándose hasta que la procesión sea encabezada por el anticristo en persona. El ha de ser el escogido de Satanás. Al imitar a Cristo ofrecerá paz, pero él es tan falso como la misma paz que ofrece. Su edad de oro será de corta duración.

Algunos de los engañadores a nuestro alrededor están más visiblemente asociados con Satanás y las cosas satánicas que otros. Algunos ni siquiera hacen un intento evidente de engañar, sino que

hablan directamente de los tentadores poderes del pecado, y hacen un llamado a hombres y mujeres a que adoren a los pies del mismo Satanás. La adoración manifiesta de Satanás es quizás la forma de engaño más fácil de detectar.

Con más de un millón de ejemplares en circulación, "la biblia de los satanistas" declara los objetivos, propósitos y prácticas de los adoradores de Satanás. Bajo la dirección de líderes como Antón LaVey y Michael Aquino, los satanistas persuaden a miles de hombres y mujeres engañados, particularmente adolescentes, a que los sigan en sus infernales prácticas. Como autor de libros tales como los titulados "Satanic Ritual"(Rituales satánicos) y "The Complete Witch" (El brujo completo), LaVey es tal vez el sacerdote satánico mejor conocido y el que tiene mayor persuasión en los Estados Unidos de América.

Perversión de lo bueno

El libro escrito por Jerry Johnston, titulado "The Edge of Evil: The Rise of Satanism in North America" (El borde de la maldad: El surgimiento del satanismo en Norteamérica), nos pinta un cuadro asombroso sobre los verdaderos peligros del satanismo y de otras "artes negras" de nuestra sociedad. Johnston describe la forma en que los jóvenes son reclutados, se les muestran los macabros rituales y prácticas del satanismo y son hasta incluidos en sacrificios diabólicos. El libro pone de manifiesto cómo "buscadores" inocentes son introducidos de manera sistemática en la vida del ocultismo.

¿Cuál es peligro de tales creencias? En el clásico titulado "Those Curious New Cults", William J. Petersen, antiguo editor de la revista "Eternity", dice: "La blasfemia más infame del ritual satánico es la misa negra" (p. 80). Petersen describe cómo, en la misa negra, los

participantes procuran invertir todo lo que saben del cristianismo. El crucifijo lo cuelgan al revés. El altar lo cubren de negro en vez de blanco. Los himnos los cantan al revés. El rito lo realiza un sacerdote expulsado; y cada vez que se menciona al Señor —a Cristo—, el sacerdote escupe sobre el altar o hace algo aun peor. Y para lograr que la blasfemia se convierta en un acto más vil, se llevan a cabo ritos sexuales. A veces hasta sacrifican a un niño. Durante la ceremonia los adoradores renuncian a su fe, reconocen a Satanás como señor, y, cuando finaliza el rito, el sumo sacerdote concluye pronunciando una maldición en vez de una bendición.

A pesar de lo evidentemente diabólico o repulsivo que pueda ser todo esto, debemos recordar que no se trata de ficción. Ya no es ni siquiera poco común. Existen miles de satanistas en el mundo en la actualidad. En mis viajes a través del mundo he sido testigo de innumerable variedad de cultos dedicados a Satanás. Una noche, en Nuremberg, Alemania, celebrábamos una cruzada en el mismo estadio en que Hitler acostumbraba a celebrar sus ignominiosas reuniones populares. Se hacía difícil estar sentado en aquel lugar sin dejar de escuchar, en el eco de la memoria, a las multitudes gritando: "¡Sieg, Heil!" Eramos conscientes de que desde este lugar, el Tercer Reich había salido en marcha a hacerle la guerra al mundo entero, y persiguiendo sus ideologías paganas, a exterminar a millones de judíos y a otros prisioneros que tenía por motivos políticos, religiosos y psicológicos. Mas en ese estadio al aire libre, estábamos alcanzando a sesenta mil personas cada noche. Cantaban alabanzas a Cristo y yo estaba predicando la Palabra de Dios. Miles venían a recibir a Jesucristo como Salvador y Señor. La presencia del pueblo de Dios en aquel lugar parecía estar expulsando a los antiguos demonios que habían merodeado por aquellos pasillos hacía tantos años.

Pero una noche, estando yo sentado en la tarima, un grupo de

adoradores de Satanás, vestidos de negro, se congregaron fuera de las puertas del estadio. Mediante el empleo de ritos diabólicos, intentaron echar un maleficio sobre la cruzada. Los rumores de la presencia de ellos se esparcieron, los creyentes oraron, y en respuesta a sus oraciones no ocurrió nada.

El poder de la oración

Otra noche, en Chicago, trescientos adoradores de Satanás se acercaron al McCormick Place, con el único propósito de apoderarse de la tarima e interrumpir el culto de la cruzada que se estaba llevando a cabo. Sus planes los anunciaron de antemano, pero jamás imaginé que se atrevieran a hacer el intento de tomar posesión de la tarima. Acabábamos de cantar el segundo himno de la noche. George Beverly Shea había entonado un himno y Cliff Barrows estaba a punto de dirigir un coro gigantesco en un himno de alabanza. En ese mismo instante un oficial de la policía se acercó precipitadamente a la tarima y susurró algo al oído del alcalde, quien estaba presente en aquella noche con el fin de darnos la bienvenida.

Mientras que esto ocurría, los adoradores de Satanás se abrieron paso entre los ujieres, al fondo del amplio auditorio, y avanzaban por los pasillos traseros en dirección de la tarima. Había una asistencia de más de treinta mil jóvenes en el culto de nuestra Noche de Juventud. Los únicos que pudieron ver entrar a los adoradores de Satanás, fueron aquellos que estaban sentados hacia el fondo. El alcalde de Chicago se volvió hacia mí y me dijo: "doctor Graham, dejemos que la policía se haga cargo de estos intrusos".

Nunca solicitamos los servicios de la policía durante una cruzada, siempre que nos parezca que podemos manejar la situación. "Permítame intentar algo distinto, señor alcalde", le sugerí. Entonces

interrumpí la alabanza que cantaba el coro y le dirigí la palabra a los treinta mil jóvenes presentes en MacCormick Place. Les expliqué de esta forma: "Hay alrededor de trescientos adoradores de Satanás abriéndose paso en el auditorio. Dicen que se van a apoderar de la tarima. En este momento podemos oírlos aproximarse".

La multitud podía oír intensificarse el canto de los adoradores de Satanás. Todo el mundo se dio la vuelta para ver con qué determinación avanzaban por los pasillos, pasando por delante de los ujieres, quienes se esforzaban por detenerlos. Para ese entonces ya estaban causando un disturbio considerable. Yo continué dirigiéndole la palabra al auditorio, y les exhorté diciéndoles: "Voy a pedirles a ustedes, jóvenes cristianos, que rodeen a estos adoradores de Satanás. Denles amor. Oren por ellos. Cántenles. Y poco a poco condúzcanlos de regreso hacia las entradas por donde se introdujeron aquí".

¡Jamás podré olvidar aquel momento! Cientos de jóvenes cristianos se pusieron de pie y siguieron al pie de la letra mis instrucciones. Algunos se tomaron de las manos y comenzaron a cantar. Otros pusieron sus brazos sobre los hombros de los adoradores de Satanás y se dieron a la tarea de orar por ellos. Otros en forma ecuaníme compartieron su fe con ellos. Todos los demás en MacCormick Place permanecieron sentados orando, mientras que el Espíritu de Dios obraba por medio de su pueblo con el fin de confundir la obra de Satanás en medio nuestro. Yo permanecí en silencio, observando. Esperé y oré hasta que se restableció la paz y el culto pudo continuar.

Esto ocurrió nuevamente en Oakland, California, en el terreno de fútbol. Cientos de adoradores de Satanás invadieron los cultos para distraer y molestar a miles de personas que habían asistido con el fin de oír sobre Cristo y Su plan de salvación. Hicimos lo mismo que habíamos hecho en Chicago. Nuevamente cientos de cristianos se pusieron de pie y bondadosamente sacaron del estadio a los adoradores

de Satanás. Le pedí a los jóvenes que los rodearan y que les demostraran amor. Y así lo hicieron. En días posteriores, durante la misma semana, recibí una carta procedente de uno de los líderes del grupo satanista, en la que me daba las gracias por lo que yo había hecho. El escribió lo siguiente: "Creo que usted nos salvó la vida". El poder de aquellos jóvenes no radicaba en el impacto del mal y de la violencia, sino en la calma, el amor y la actitud de oración y de firmeza.

Una tormenta de discordia

En estos últimos años hemos visto algunas señales alentadoras en el seno de las iglesias. Muchas están creciendo en forma dramática, con una oleada de megaiglesias cristianas e "iglesias sucursales" de sana teología y ministerios paraeclesiales afines. Los seminarios evangélicos están repletos. Innumerables grupos de estudio bíblico han surgido por todas partes de la nación. Sin embargo, otros informes dan a conocer que ha habido una creciente insatisfacción en años recientes —particularmente entre las filas de los "jóvenes profesionales urbanos"— con el "cristianismo tradicional". Estas personas, entre los veinticinco y los cuarenta años de edad, han crecido en una época de descontento y desconfianza. Poseen una desconfianza de escuela hacia el "fundamentalismo". Pero han presenciado también los escándalos en la altamente visible iglesia televisada, incluso la promiscuidad y el mal manejo del dinero por parte de algunos predicadores de la televisión. Según algunos informes, gran parte de la mencionada generación no quiere saber nada de la religión, como resultado de la influencia de la cultura secular, predominantemente hedonista.

En su éxito de librería, titulado "Megatrends 2000", John Naisbitt y Patricia Aburdene informan que la religión está ganando terreno en

esta generación. Citaron un sondeo de Gallup de 1987, que mostraba que cerca de 94% de los estadounidenses creía en Dios, mas preguntaban: "¿Son religiosos o espirituales los estadounidenses?" (John Naisbitt y Patricia Aburdene, Megatrends 2000,295). Alrededor de 70% de la generación antes mencionada, dicen ellos, cree en "una fuerza espiritual positiva y activa". Mientras que los autores afirman que las iglesias conservadoras, que creen en la Biblia, están creciendo continuamente, nos dicen también que el movimiento de la Nueva Era y otros movimientos no tradicionalistas, continúan floreciendo. Estos autores nos dicen que, según la "Enciclopedia de la religión estadounidense", se formaron cuatrocientos grupos religiosos en los Estados Unidos de América, entre 1987 y 1989.

¿Nos indican estos datos estadísticos que están presentes el engaño y el descontento? Yo diría que ambas cosas. Tanto jóvenes como jóvenes adultos están experimentando con prácticas y creencias exóticas, en el afán de encontrar "unidad" con "la fuerza". Millones han sido engañados, y dondequiera que haya engaño, pronto llegará la desilusión. La desilusión y el engaño son las dos opciones principales aparte de la fe verdadera en Dios, y son la maniobra subrepticia del primer jinete del Apocalipsis.

El engañador dispone de muchas opciones para hacer su obra. Lo primero que hace es buscar la forma de que la gente susceptible haga caso omiso de la religión. Cuando nos sentimos separados, aislados, faltos de amor, solos y a la deriva, en un universo frío y oscuro, necesitamos a Dios. Mas el engañador nos dice que "Dios no existe". El filósofo del siglo pasado, Friedrich Nietzsche, dijo que "Dios estaba muerto". No busque a Dios o a Jesucristo, nos susurra, busque escaparse. Yo supongo que este es el verdadero motivo por el cual las drogas se han convertido en una epidemia de tal magnitud en este país. Por eso es que la promiscuidad sexual está a la orden del día, y es la

razón por la cual el abuso del alcohol es cosa tan común. Sin fe en Dios, tanto el hombre como la mujer están solos y harán cualquier cosa con tal de llenar ese vacío. Pero fuera de Cristo, nada lo puede llenar. Agustín dijo: "Nos has hecho para Ti, y nuestro corazón no halla descanso hasta que repose en Ti" (Las confesiones de San Agustín, 1:1).

La Nueva Era

Otra forma de engaño lo constituyen las falsas religiones. El surgimiento del llamado movimiento de la Nueva Era, en los últimos veinticinco o treinta años, constituye el mejor ejemplo de los tiempos modernos. La Nueva Era es, de hecho, otra advertencia de tormenta que indica la búsqueda de lo trascendente por parte del hombre, haciendo caso omiso de la rectitud. Ya sea Dianética, Est, Unity, Gaea, meditación trascendental, taoísmo, ufología, cristalología, adoración de diosas, reencarnación, armonías, numerología, astrología, sanidad holística, pensar positivamente, o cualquier otra de las cientos de técnicas modernas para "aumentar el estado consciente". La época actual se ha embarcado en una búsqueda de una "unidad divina" mística, búsqueda que pone de manifiesto el hecho de que el humanismo secular moderno no ha podido satisfacer el hambre espiritual del alma.

El ser humano fue hecho para que tuviera relación con Dios. Todos tenemos un intenso deseo de conocer a Dios y de comunicarnos con El, pero desde el Edén hemos sido culpables de pecado, y sólo el arrepentimiento —humillarnos ante la cruz de Cristo— nos hará volver a tener comunión con Dios.

La verdadera calamidad de la secta del humanismo y de la Nueva Era y otras manifestaciones de la misma, radica no sólo en colocar la

confianza de uno en una criatura tan frágil, finita y limitada, sino también en el hecho de que separa al hombre de la fuente verdadera de poder y significado. El lamento que hace David en el Salmo 10 jamás ha sido tan verídico como en la actualidad: "El malo, por la altivez de su rostro, no busca a Dios; no hay Dios en ninguno de sus pensamientos" (Salmo 10:4).

Muchos han decidido que no hay lugar en sus vidas para Dios, que no lo necesitan. El problema, no obstante, radica en el hecho de que el negar la existencia de Dios no implica que no exista, como no se hace desaparecer al cobrador de impuestos por negar el hecho de que haya que pagar impuestos. Mucha gente que se ha fabricado su propio dios se horrorizarán cuando un día tengan que comparecer ante el verdadero Dios de los cielos. Porque Dios existe y el reino, el poder y la gloria le pertenecen para siempre. Ningún idealismo piadoso, ninguna fantasía de la Nueva Era y el mucho negarlo, podrán cambiar esta realidad.

Otra artimaña de la Nueva Era radica en transformar a Dios en otra cosa, o en llegar a la conclusión, como han llegado muchos, de que nosotros somos dioses. En la última página de su libro titulado "Out on a Limb", la actriz Shirley MacLaine procura hacerse igual a Dios, al escribir lo siguiente:

"Yo sé que existo, por lo tanto, Yo Soy. Yo sé que la fuente Dios existe. Por lo tanto, Esta Es. Por el hecho de que yo soy parte de esa fuerza, Yo Soy la que Soy".

A los ojos de un Dios justo, no existe mayor blasfemia que ésta, pero tal "abominación" se ha convertido en herejía común en nuestros días. No es otra cosa que una prueba más del jinete del caballo blanco, que sale "venciendo, y para vencer".

La obra del engañador

En esta era de humanismo el hombre quiere creer que él puede convertirse en su propio dios. La afirmación que se le atribuye a Protágoras, de que "el hombre es la medida de todas las cosas", es el dogma central de la ideología humanística. Mas se trata del engaño por excelencia de Satanás: robarle al hombre su relación con el Dios del universo por medio de una mentira tan antigua como el Edén, a saber, que "seréis como Dios" (Génesis 3:5).

Por el hecho de que es fruto de falsa teología y muy en particular porque es obra del engañador mismo, el movimiento de la Nueva Era no doblará su rodilla ante Dios. Más bien procura fabricar su propio infinitamente perdonador y falible dios, diseñado en base al concepto panteísta de la unidad del hombre con el universo. Cuando una actriz de Hollywood dice ser Dios, simple y llanamente está negando que ella ha pecado y que está destituida de la gloria de Dios. Los miembros de la Nueva Era se sienten aterrorizados por lo mortales que son, por lo que quieren creer que de alguna manera el alma habrá de sobrevivir. Y claro que habrá de sobrevivir, pero no de la forma en que ellos se lo imaginan.

Algún día los maestros de la Nueva Era morirán, como todos nosotros habremos de morir, y sus cuerpos volverán a la tierra, de la que Dios los hizo. Y lo que queda, sus espíritus eternos, comparecerán ante el Dios verdadero, justo y omnisciente de la creación, con el fin de que le expliquen por qué se sintieron impulsados a escapar a toda carrera del Dios que los amó y que entregó a Su Único Hijo como sacrificio. Y podrán explicar por qué, en vez de creer en El, dieron a conocer creencias que son una abominación ante los ojos de un Dios celoso, y oirán Su respuesta.

En aquel día para nada servirá la sinceridad; las buenas obras serán inútiles; las buenas intenciones tampoco servirán para nada. Dios

juzga a todo hombre, a toda mujer y todo niño por la norma del único Dios-Hombre que ha existido: Jesucristo. Jesús, el Cordero inocente de Dios, ofreció Su inocencia por nosotros, con el fin de colocarse entre nuestros pecados y el juicio de Dios el Padre. Sin ese Escudo santo, nadie es digno. Esta es la enseñanza del cuarto capítulo de Apocalipsis.

Cada uno de nosotros nace con una naturaleza pecaminosa. No nacemos con nobleza, como declararon Rousseau y los filósofos de la iluminación. El jinete que trae la guerra testifica sobre la maldad y el engaño que hay en la naturaleza humana. El terror de la guerra y las nubes tormentosas del holocausto son pruebas de lo antes dicho. Si se nos abandonara a nuestros propios recursos, destruiríamos el mundo que nos rodea.

El escritor Russell Chandler, en su libro titulado "Understanding the New Age" (Entendiendo a la Nueva Era), informa que muchas empresas estadounidenses (quizás sin saberlo) están adoctrinando a hombres y mujeres a que formen parte del movimiento de la Nueva Era mediante técnicas de "estímulo del estado de consciencia" y por exigirles que se matriculen en cursos sobre "automejoramiento". Muchas empresas de éxito envían con regularidad a sus empresarios a un alejado centro de entrenamiento o retiro, con el fin de que "se pongan en contacto con su persona interior". En términos sencillos, esto significa que se les están presentando principios de la Nueva Era, tales como la meditación, el hacerse imágenes visuales, Zen, yoga, cantos, y aun las cartas del Tarot y todo esto se hace en el nombre del "realce del éxito". Todo esto significa que se está exponiendo al espíritu humano a la mayor fuente de engaño que existe: el padre de mentiras.

La forma de asirse del engaño

¿Por qué tienen tanto éxito en la actualidad las sectas y el movimiento de la Nueva Era? ¿Por qué existe tanta gente que están dispuestas a dejarse arrastrar por falsas doctrinas y como resultado le están dando la espalda a la verdad de Dios? Hay muchos motivos, pero me temo que nosotros, los cristianos, tenemos que confesar a veces que hemos sido parte del problema, porque no hemos sido ejemplos del amor de Cristo y de pureza, como debiéramos serlo. Mucha gente —en especial los jóvenes— se han desilusionado con la fe cristiana y con la iglesia, y así se han hecho vulnerables al engaño.

Este fenómeno no es nuevo. A través de la historia ha habido ejemplos de cristianos que inconscientemente se han convertido en aliados del jinete engañador. En lugar de hacerle frente al símbolo del caballo blanco, del cual se escucha ya su trotar, sin saberlo podemos estar asistiéndole. Y a veces se hace tanto de palabra como en conducta. Por ejemplo, algunos miembros de iglesias en la Alemania Nazi le dieron la bendición oficial al Tercer Reich de Hitler, mientras que éste hacía estragos en Europa (mientras que otros, como Dietrich Bonhoeffer, hablaron valerosamente y aun pagaron con sus vidas por su valentía). A veces nuestros pecados son el resultado de nuestra inercia: pecados de omisión.

En el presente, también, los cristianos corren el peligro de colaborar con el jinete del caballo blanco en el engaño. En su libro titulado "Unholy Devotion: Why Cults Lure Christians" (Vil devoción: por qué las sectas atraen a los cristianos), Harold Bussell dice: "En nuestro fervor por señalar los errores doctrinales de las sectas, hemos pasado por alto completamente nuestras propias limitaciones y nuestra propia vulnerabilidad". De manera sucinta quiero explicar algunas de las formas en que tanta gente hace su parte en el engaño de los demás, mediante lo siguiente: (1) medias verdades, respuestas simplistas y mentiras, (2) diciendo una cosa y haciendo

otra (hipocresía), (3) condenando ciertos pecados mientras que se aprueban o se ignoran otros, (4) enseñanza práctica inadecuada tocante al "viaje interior", y (5) enseñanza práctica inadecuada tocante al "viaje exterior".

Hay que proceder con cautela

Uno de los motivos principales por los que la juventud rechaza a Cristo y se va tras el jinete que engaña y tras sus aliados sectarios, miembros de la Nueva Era, es por las medias verdades, las respuestas simplistas y las mentiras que nosotros, los cristianos, a veces les hemos dicho, en nuestros esfuerzos por "venderles la fe". He oído demasiados sermones, he leído demasiados libros cristianos y he visto demasiadas películas cristianas que terminan con el conocido "y vivieron felices" de los cuentos de hadas. Algunos hasta se han atrevido a declarar que si uno se hace cristiano se hará rico y que siempre tendrá éxito. Esto no es otra cosa que falsa doctrina.

En nuestros esfuerzos por compartir la fe algunos hemos dado la impresión de que, una vez que alguien recibe a Cristo como Salvador y Señor, los problemas de esa persona se acabarán. Esto no es verdad. Es más, muy a menudo sucede todo lo contrario. Hacerse "nueva criatura" en Cristo es un comienzo maravilloso, pero no significa el final del sufrimiento y de los problemas en nuestra vida. Pero sí significa comenzar a hacerle frente a los mismos. Ser cristiano incluye una vida de ardua labor, de dedicación al estudio y de tomar decisiones difíciles. Cristo no enseñó que una vida de fe habría de ser fácil, sino que la recompensa por haber tenido resistencia iba a ser grande.

Después de la dramática conversión del apóstol Pablo, en el camino que conducía a Damasco, dudo que él pudiera siquiera imaginar el arduo trabajo y el sufrimiento que le esperaba. Y a pesar de que Dios le había

dicho a Ananías, quien habría de discipular a Pablo, lo siguiente: "Porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre" (Hechos 9:16), él no hubiera podido saber lo que le deparaba el futuro, no sólo al vivir la vida cristiana, sino al servir a Cristo. En 2 Corintios 6, él mismo hace un recuento de algunos de sus sufrimientos, no desanimado y a manera de protesta, sino en gozo y victoria:

"En mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos;... por honra y por deshonra, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos como moribundos, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo.

(2 Corintios 6:4-5, 8-10).

Luego el apóstol da aun más detalles:

"Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar; peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno? Si es necesario gloriarse, me gloriaré en lo que es de mi debilidad "

(2 Corintios 11:25-30).

La vida cristiana para Pablo fue de sufrimiento. Y lo mismo puede decirse de un gran número de seguidores de Cristo, muchos de los cuales fueron muertos por su fe. Así que cuando Cristo dijo repetidas veces "si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame" (Lucas 9:23), hacía ver que no siempre sería fácil seguirle. El apóstol Pablo advirtió lo siguiente: "Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán

persecución" (2 Timoteo 3:12). El no nos ofrece una gracia barata, no nos brinda una vida fácil. El no nos llama a una "creencia fácil". Como alguien ha dicho: "La salvación es gratuita pero no barata".

Carlos T. Studd fue un famoso deportista en Inglaterra. Fue capitán del equipo XI de cricket de Cambridge. Hace un siglo repartió sus cuantiosas riquezas para causas que necesitaban dinero, y encabezó a los Siete de Cambridge hacia la China. Su lema era: "Si Jesucristo es Dios y murió por mí, entonces no existe sacrificio que yo pueda hacer por El que sea demasiado grande".

Durante la primera década del presente siglo, Bill Borden dejó una de las fortunas de familia más grandes en los Estados Unidos de América, para irse de misionero a la China. Pero su jornada finalizó en Egipto donde, teniendo aún veintitantos años de edad, murió de fiebre tifoidea. Antes de morir dijo: "Sin reservas, sin retiradas, sin pesares".

Hace una generación, Jim Elliot salió del Wheaton College para irse de misionero a los Aucas del Ecuador. Antes de que lo mataran, escribió lo que sigue: "No es un necio aquel que entrega lo que no puede retener, para obtener aquello que no puede perder". En algunas partes del mundo todavía resulta muy difícil ser cristiano. En muchos lugares hombres y mujeres mueren como mártires por su fe. En este mismo momento los cristianos cópticos y los ortodoxos en el Medio Oriente, están pasando por grandes pruebas y sufrimientos. En Latinoamérica, en Asia y en muchos lugares de Europa occidental, el precio que se paga por servir fielmente a Jesucristo puede ser la humillación, la tortura y la muerte. Un informe de 1991 de Barrett y Johnson muestra que más de cuarenta millones de cristianos han muerto como mártires desde el 33 A.D., incluso un promedio de 290,000 cristianos que anualmente morirán como mártires en el mundo entero durante la década de los noventa.

En Norteamérica puede resultar tan difícil enfrentarse a la ridiculización del secularismo y de los valores humanistas de éste. El materialismo y el egocentrismo son los grandes vicios de nuestra época. Pero pase lo que pase, seamos conscientes de que Cristo está con nosotros en nuestras luchas. El sabe lo que es sufrir, porque El, el Hijo de Dios libre de pecados, padeció los dolores de la muerte y del infierno por usted. El sabe lo que es ser tentado, "pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados" (Hebreos 2:18). Al atravesar por cualquier situación de la vida El nos puede dar una calma interior y una fortaleza que uno no podría imaginar que podría tenerse aparte de El. Cristo dijo: "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo" (Juan 14:27). Las tormentas de la vida vendrán, pero Jesús estará allí con nosotros.

Los beneficios del cristianismo son enormes... pero las pruebas también pueden ser gigantescas. Así que cuando el predicador o el maestro del evangelio cristiano le hace demasiada propaganda a los beneficios materiales y espirituales de la fe, lo que está haciendo es colaborando con el jinete que engaña.

Profesar una cosa y ser otra

Otro motivo por el cual el jinete que engaña se campea por su respeto en nuestra sociedad, es por el hecho de que en algunas iglesias cristianas se profesa una cosa y se practica otra. Me gusta la calcomanía que dice: "Los cristianos no son perfectos, sólo han sido perdonados". Los líderes cristianos señalan a las sectas y a sus líderes y los acusan de engañar a sus miembros. "Dicen una cosa y hacen otra", es la queja de los sectarios.

Pero quizás nos haga falta hacer un examen de nuestra propia

historia como creyentes en Cristo. ¿Cuántos creyentes en la actualidad son culpables del mismo pecado? Con harta frecuencia nuestro cristianismo está en nuestros labios y no en nuestras mentes, ¿quién entre nosotros no puede identificarse con las palabras del apóstol Pablo, quien dijo así: "Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago"? (Romanos 7:19).

A menudo los de afuera pueden ver a través de nuestras fachadas; le dan el nombre de hipocresía. Han oído acerca de las iglesias cristianas que se han dividido como consecuencia de la ira y del enojo. Saben acerca del diácono que dejó a su esposa para irse con la organista de la iglesia. Saben cómo pasan los sábados en la noche algunos de los fieles del domingo en la mañana. Saben que los cristianos también son seres humanos. Sin embargo, ¡cuánto nos esforzamos por ocultar este secreto!

A veces vemos libros cristianos que hablan sobre personas famosas que supuestamente se han convertido a la fe. Pero muy a menudo, después de haberse publicado el libro, nuestro cristiano famoso se ve envuelto en un escándalo que aparece en la primera plana de los diarios. Filmamos películas sobre el maravilloso cambio que Cristo ha producido en una pareja que se hallaba en medio de una tragedia. Luego, como ha sucedido a veces, después del estreno de la película, esa misma pareja da a conocer que se están divorciando. Tanto ministros, como diáconos, líderes cristianos y gente famosa, son vulnerables ante el pecado. ¿Por qué no podemos hacerle frente a estos problemas y darles solución, sin tener que disculparlos?

Mientras que estemos en estos cuerpos mortales, ninguno de nosotros será perfecto. Ninguno de nosotros vive sin pecar al menos ocasionalmente, y es una hipocresía fingir otra cosa. Sin embargo, jamás debemos sentirnos contentos con el pecado, o poner el pretexto de que "todo el mundo lo está haciendo". La Biblia nos

ordena lo siguiente: "Sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir" (1 Pedro 1:15). También nos dice que hay perdón y vida nueva cuando nos arrepentimos y confesamos a Cristo nuestros pecados.

Lavado más blanco que la nieve

Mi esposa me contó una historia acerca de los montañeses que antiguamente habitaban la zona donde vivimos. Esta gente tenía una especie de corral de madera, con los costados hechos de listones, que empleaban para recoger la ropa sucia. El corral se metía atravesado en un arroyuelo, de modo que el agua fluía continuamente por las aberturas de los costados y así la ropa era lavada. Rut se rió, porque esta fue quizás la primera lavadora automática que se utilizó en Carolina del Norte. Un día se convirtió un fabricante clandestino de licor. Cuando lo llevaron al arroyo para bautizarlo pidió que lo sumergieran atravesando la corriente, "para quedar mejor lavado".

Cuando el pecado y la derrota tocan a nuestras puertas, como de seguro habrá de suceder, tenemos todavía la maravillosa promesa de que "la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado" (1 de Juan 1:7). Esa promesa se escribió para los creyentes. Y la palabra que se emplea aquí, "limpia" (Versión Reina-Valera 1960) nos habla de "limpieza continua".

Lo mejor que una persona puede hacer cuando ha pecado es acudir de inmediato a las Escrituras y reclamar las innumerables promesas de Dios. Debe memorizar algunas de ellas. El Salmo 119:11, dice: "En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti". Por el hecho de que fue inspirada por Dios, para el bien de seres humanos imperfectos, las Escrituras tienen la solución para el pecado.

Otra cosa que yo he hallado beneficiosa es tener un amigo íntimo

que nos sirva de confidente, con el fin de compartir con él la carga, el problema o el fracaso. Mas aquí debo señalar que debe tenerse cuidado. Hay creyentes con los que uno no puede intimar, pues enseguida se lo van a contar todo a otra persona. Sea cuidadoso al escoger amigos, consejeros y confidentes. Sin embargo, no permita que esta cautela se convierta en temor y éste en pretexto para esconderle sus secretos a un hermano o hermana en Cristo. Pero asegúrese de que puede confiar en la persona con quien habrá de dialogar. Luego pídale a esa persona que lea las Escrituras y que ore con usted.

¿Por qué andar aparentando lo que no somos unos con otros? ¿Por qué sonreír victoriosamente en público para luego derramar lágrimas de soledad y de enojo cuando estamos solos? Si su negocio fracasa y la quiebra está a las puertas, hágase lo saber a su hermano y a su hermana en Cristo, para que estén al tanto de sus luchas. Si su matrimonio se está desintegrando, busque por lo menos uno o dos creyentes de su confianza para compartir su dolor y que éstos le ayuden a enfrentarse en forma práctica con los problemas con que usted lucha. La Biblia dice: "Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo" (Gálatas 6:2).

Sólo hace falta un acto de arrepentimiento para recibir a Cristo como Señor y Salvador. Mas el arrepentimiento es un acto que se repite. Todos los creyentes son culpables de pecar, tanto individual como colectivamente. El pecado colectivo consiste en la participación en el pecado de un grupo, ya sea una familia que hace caso omiso a las necesidades de un vecino, o una nación que no presta atención a las demandas de un Dios santo y justo.

Libertad en el perdón

Una vez que damos a conocer el hecho de que nosotros, los

cristianos, aún pecamos, vemos a los incrédulos desde una perspectiva distinta, y ellos nos verán a nosotros desde una postura diferente también. No los miramos con arrogancia para despreciar su pecaminosidad. Simplemente nos acercamos a ellos con comprensión y amor, para ofrecerle a los pecadores, como nosotros, perdón y nueva vida que nos fue dada gratuitamente en Cristo. Cuando reconocemos que no somos perfectos sino sólo perdonados, y compartimos las Escrituras, alejamos al jinete que engaña. Pero mientras que sigamos haciéndonos los perfectos y sigamos siendo hipócritas, abrimos camino para que el jinete galope.

Oremos para que Dios nos haga sensibles al pecado, dondequiera que nos enfrentemos con éste. Debemos acercarnos en amor cristiano a aquellos cuyas vidas están golpeadas y amoratadas por el pecado, señalarles al Único que puede sanarlos y darles vida nueva y darles la bienvenida a nuestro compañerismo. "Porque ésta es la voluntad de Dios; que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos; como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios" (1 de Pedro 2:15-16).

El viaje interior es el peregrinaje a lo largo de toda la vida, de crecimiento espiritual y madurez en la vida del creyente. A menudo, tanto pastores como líderes cristianos suelen ver la conversión como el fin, en vez de considerar que se trata sólo del comienzo de las luchas para conocer a Dios y hacer su voluntad. Pasar al frente durante una cruzada o en una iglesia para recibir a Jesucristo como Señor y Salvador, es en verdad el primer paso del viaje interior.

Al fin y al cabo este viaje debe incluir cosas como el estudio diario de la Palabra de Dios, la oración, la lectura de artículos y libros cristianos, la memorización de versículos bíblicos; congregarse con otros creyentes en una iglesia en la que se enseña y se cree la sana

doctrina, participar en pequeños grupos de crecimiento o de estudio bíblico, y cultivando amistades cristianas honestas e íntimas. Todas estas actividades son necesarias si es que vamos a crecer en la fe cristiana. No podemos dar por sentado que la gente entiende y practica estas disciplinas por su cuenta. Les hace falta dirección y ánimo, y muy a menudo necesitan la orientación de un líder.

Nunca me olvido de un pastor que me contó la historia de uno de los miembros más fieles de su iglesia que no sabía orar. Ella había sido trabajadora y dedicada desde su conversión en una cruzada. Había enseñado en la escuela dominical y se había comprometido a apoyar la obra económicamente. Hasta había traído a vecinos y amigos a la iglesia. Un miércoles en la noche el pastor le pidió a la mujer que dirigiera a la congregación en una oración de clausura. Al cabo de un largo y vergonzoso silencio, la mujer salió del salón llorando. La mujer se desapareció por algún tiempo. No contestaba el teléfono. No volvió a la iglesia. Finalmente, llamó al pastor e hizo una cita para reunirse con él. En el estudio del pastor confesó que no sabía orar. Todos pensaban que ella sabía orar, pero francamente no sabía hacerlo.

El pastor me dijo que enseñarle a orar a ella, cuando tenía un trasfondo completamente secular, fue uno de sus labores más difíciles y a la vez una de las más provechosas de su ministerio. Por haber caminado con ella a través de los elementos de la oración más sencilla y sentida, la ayudó a obtener nuevo e íntimo acceso al mismo trono de Dios. Esta experiencia le dio nuevo significado a la petición de los discípulos, dirigida a Jesús: "Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos" (Lucas 11:1).

El momento de inocencia

Cada noche de nuestras cruzadas, yo hago la invitación para que el público se entregue a Cristo. Después les hablo acerca de cuatro cosas importantes que deben formar parte de sus vidas, si es que han de desarrollarse y madurar. Una de esas cosas es la oración. Les digo que al principio puede ser que no oren como un ministro, pero que pueden comenzar con una frase sencilla. "Señor, te amo". Esto es una oración. O, "Dios, ayúdame". Eso también es una oración. Como que a los discípulos se les tuvo que enseñar a orar, nosotros, también, debemos estudiar las Escrituras y aprender a orar.

Los líderes cristianos harían bien en reconocer que la frase "niños en Cristo" tiene un significado muy específico. Muchos nuevos creyentes poseen una inocencia y una vulnerabilidad a las que el engañador les sacará provecho si se lo permitimos. Si no continuamos enseñándoles principios cristianos a los nuevos creyentes, corremos el riesgo de nada más que abrirles los ojos ante asuntos espirituales, para que las sectas y otras influencias se hagan cargo de ellos. En contraste con lo dicho, los líderes de las sectas no pierden tiempo con sus convertidos y les ofrecen rigurosa disciplina espiritual. Mientras que nosotros suponemos que todo marcha bien con los nuevos creyentes, las sectas suponen que sus nuevos miembros no saben nada. Comienzan de nuevo con cada uno y les enseñan todas las habilidades que les hacen falta para llegar a sentirse parte de esa organización sectaria en particular.

Por suponer que los nuevos creyentes saben más de lo que en verdad conocen, podemos hacerlos vulnerables al espritualismo de la Nueva Era con su sofisticado sistema de respuestas preparadas, o a otras clases de "ismos" modernos que con rapidez pueden sobreponerse a la verdad que acaban de aprender. Es importante que los líderes de las iglesias locales se mantengan al tanto de la condición espiritual de sus miembros, con el fin de dialogar acerca del nivel de conocimiento

bíblico que poseen, o para determinar cuan bien oran los creyentes y con cuánta frecuencia.

Una encuesta reciente muestra que cerca de ochenta y cinco por ciento de los seminarios en los Estados Unidos de América no tenían ninguna materia que enseñara acerca de la oración. ¿Cuántas iglesias locales ofrecen clases sobre la práctica y el desarrollo de la oración? ¡Una iglesia dedicó una semana entera a la oración! El jinete que engaña se deleita maliciosamente cuando nosotros damos por sentado que los nuestros están vivos y creciendo. El tiene plena libertad para galopar hasta nuestras filas y hacernos sus víctimas, si nuestro viaje interior, nuestro crecimiento espiritual y nuestra madurez, no son de primordial importancia para todos nosotros.

El viaje exterior

El viaje exterior es una expresión que si no me equivoco la originó Elizabeth O'Connor, la historiadora de la Iglesia del Salvador, en Washington, D.C. No basta con progresar en el viaje interior, en el viaje que nos lleva a conocer a Dios mejor. También hemos sido llamados a seguir a Cristo en las calles y en nuestros vecindarios. Hemos sido llamados a servir a Cristo llevando Su mensaje de redención al mundo. El viaje exterior, que nos lleva más allá de nuestro pequeño mundo hasta el mundo necesitado, es la manifestación inevitable del auténtico viaje interior. La Gran Comisión de Cristo apunta hacia dos direcciones: hacia Dios y en dirección de nuestros vecinos.

La Iglesia del Salvador exige que cada miembro se involucre activamente en alguna clase de ministerio de alcance, ya sea evangelismo mediante un estudio bíblico; ya sea un retiro; en la reconstrucción de casas o alimentando a los pobres; ocupándose de los

huérfanos, de las viudas y de los huéspedes temporales; participar en los asuntos de primera importancia para la educación; en los asuntos de la vivienda pública o del medio ambiente. Estos son requisitos excepcionales para los miembros, y exigirle a los creyentes que sean embajadores de Cristo efectivos, de ningún modo es poco práctico. Ojalá que hubiera más iglesias que tomaran en cuenta esta opción. A veces actuamos como si lo único que Dios espera de nosotros es que asistamos el domingo a la iglesia y que pongamos una ofrenda en el plato. Esa clase de iglesia no se puede considerar como algo más que un día de campo o un entretenimiento. Esto hace que la fe parezca un ritual vacío; "¡Me hace sentir bien!" Nos olvidamos de Cristo ante el joven rico, diciendo: "Vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres,... y ven, sígueme" (Marcos 10:21).

El jinete que engaña se deleita cuando hacemos que la fe parezca ser cosa tan fácil. La fe incluye la confianza y el compromiso. A la multitud alrededor de la cruz se le desvía con mucha facilidad. Mas aquellos que mezclan sangre y sudor con las lágrimas de los mártires, no pueden ser engañados con facilidad. Mientras más involucrado está un creyente en la vida devocional diaria y en la vida y las necesidades de los demás, más crecerá en la fe y en la práctica. Mientras menos involucrado esté, hay mayores probabilidades de ser engañado.

Mucha gente sincera se va de las iglesias y se une a las sectas por el hecho de que las sectas imponen exigencias a sus miembros. Cuando comprometen sus vidas con una creencia o con una causa, la gente espera que se les desafíe. La gente responde al llamado de las dificultades. Las sectas también brindan maneras prácticas en que sus seguidores pueden servir a los demás, mientras que las iglesias a menudo hablan acerca de "llevar la cruz", pero nunca ofrecen a sus miembros la clase de tarea práctica y a menudo difícil que hacen del servicio cristiano una empresa práctica y útil. Puede parecemos

irónico, pero si no exigimos, el jinete que engaña tomará las riendas y proporcionará programas prácticos de atención, como primer paso del engaño.

El mundo material

Los cristianos que están creciendo activamente en su fe y en la comprensión de la naturaleza de Dios, experimentan una plenitud de vida verdaderamente indescriptible. Tanto en épocas de gozo, como de angustia, la realidad del Espíritu de Cristo que vive en nosotros produce una paz y una vitalidad dinámica que le dan a la vida gran significado y propósito. Conociendo esta realidad el salmista pudo cantar: "Porque Jehová el altísimo es temible; Rey grande sobre toda la tierra" (Salmo 47:2).

He viajado por distintas partes de Europa, de Asia y del tercer mundo donde no existe el gozo. Nadie sonrío; no hay felicidad ni júbilo. Todo es sombrío, deprimente, y no hay esperanza; es lo que algunos han descrito como "la vida en el abismo". Yo lo veo como el cuadro perfecto de la vida sin Dios.

Gracias a los eventos ocurridos en los últimos años, Dios me ha abierto numerosas puertas y he tenido la oportunidad de predicar en esos lugares. Estamos siendo testigos de la restauración de la esperanza y la vitalidad, por el hecho de que la gente en esos lugares ansian que sus vidas tengan significado y desean conocer a Jesucristo. En nuestro propio país, sin embargo, existe un peligro aún mayor: hombres y mujeres que conocen la verdad —que se han beneficiado de la tradición cristiana— han cambiado a Dios por artefactos. Se han apartado de la

verdad eterna para obtener gratificación momentánea y han adorado a los dioses falsos llamados "humanismo y materialismo".

La generación pasada tenía una opinión más modesta de sí misma. A pesar del legítimo orgullo por nuestra tecnología y nuestra industria, la mayoría de los estadounidenses vivían una vida sencilla. Nuestros padres trabajaron arduamente para que nosotros pudiéramos tener una mejor calidad de vida, pero la mayoría de ellos era "gente muy sencilla".

Se nos enseñó que "antes de la caída es la altivez de espíritu". Es más, tanto la tradición como la religión aclararon que el egoísmo era antisocial e inaceptable. Los maestros advirtieron que los "derechos" iban siempre acompañados de las "responsabilidades". La democracia nos enseñó que en la sociedad estadounidense cada individuo puede elevarse a su propio nivel de capacidad, pero que nadie tiene la obligación de mantenernos.

A veces me pregunto si los hornos de Auschwitz y la nube sobre Nagasaki no nos dieron una sombría advertencia de los peligros que presenta el potencial humano. No cabe duda de que el inmenso poder de las armas modernas y la capacidad de una nación civilizada para tolerar espantosas atrocidades —como las que se cometieron en Auschwitz— nos hacen contemplar con cautela la tremenda complejidad de la naturaleza humana. Aprendimos algo acerca de la capacidad que tenemos para la falta de humanidad y para la crueldad. Lo que el mundo occidental aprendió en los campos de batalla de dos guerras mundiales sirvió para enseñarnos compasión y nos dio una profundidad de carácter extraordinaria. Por un tiempo, al menos, el mundo parecía estar hondamente agradecido a Dios de que se había vuelto a la paz en la tierra, y por toda esta nación había un auténtico sentir de humildad. Pero esto duró poco.

Para mediados de la década de los cincuenta, los Estados Unidos de

América quedaron envueltos en el "modernismo"; desde las colas de los automóviles, hasta los trajes de baño cada día más pequeños de los modelos de Hollywood. Era obvio que los Estados Unidos intencionalmente se estaba tornando hacia lo nuevo, lo moderno, lo materialista y lo chocante. La música, las películas y los medios de comunicación de la época revelan hasta qué punto estos cambios estaban teniendo lugar en la imaginación popular. El jazz subido, el "rhythm and blues", y el rock-and-roll inicial, estaban un poco fuera de tono, y la juventud disfrutaba de un mórbido y malicioso placer de poder escandalizar a sus mayores.

Los reclutas, las enfermeras del ejército, y otros, regresaron a los planteles universitarios y la disciplina más o menos nueva de la psicología se convirtió en asunto de principal interés. Para mediados de la década de los sesenta la psicología se había convertido en la rama de especialidad más popular en las universidades estadounidenses. Muchas de las explicaciones de la psicología tocantes a la conducta humana tienen valor, y algunas de ellas confirman lo que la Biblia había afirmado hacía mucho tiempo. Sin embargo, hoy vemos que algunos de los fundadores de esta ciencia —como primeros astronautas de la mente— estuvieron entre los principales aportadores a los cambios de valores que han tenido lugar en las actitudes de los estadounidenses. Desafortunadamente, todas éstas no fueron buenas nuevas.

El principio que hizo que la psicología secular fuese tan radical, fue el haber introducido una ruptura con gran parte de lo que había sucedido anteriormente. Así como las teorías de Darwin habían socavado la creencia en Dios como el Creador, la psicología moderna también solía inclinar a la gente en contra de la creencia en Dios. Enseñaba que había profundidad escondida y contenida dentro de cada individuo. La persona exterior era un acomodo; la interior era

profunda e importante. Por lo tanto la psicología concluía que la verdadera persona, sepultada bajo una capa de acondicionamiento social y de prejuicios religiosos, estaba luchando para liberarse. Para algunos psicólogos, entonces, la religión era un impedimento, en lugar de una ayuda para la personalidad del ser humano.

Me complace decir que en estos últimos tiempos hemos visto el surgimiento de nuevas formas de psicología Cristocéntrica, basada en la Biblia, que procura abordar los asuntos emocionales dentro del contexto de la fe y la creencia cristiana. Varios psicólogos cristianos conocidos han colaborado en el desarrollo de los principios fundamentales de esta disciplina, y se han escrito muchos libros excelentes sobre este asunto. Hoy existen, algunas clínicas y algunos consejeros cristianos muy valiosos. La psicología secular en gran parte, sin embargo, predica los intereses personales del individuo como la realidad final... a costa de la compasión, de la preocupación por los demás, y la devoción hacia un fin más elevado en la vida — como en nuestra relación con Dios y con nuestros Semejantes. La "psicología popular" ha hecho un aporte considerable al caos de hedonismo, de secularismo y de nihilismo de la cultura moderna.

A través de los años los Estados Unidos de América se ha caracterizado por el rudo individualismo de su gente, así que el lenguaje de dependencia en uno mismo y del interés propio no causó, al principio, ninguna preocupación. No obstante, como señala Floyd McClung en su libro titulado "La santidad y el espíritu de la época", hemos dado un paso gigantesco que va más allá del contexto del espíritu de la frontera, y nos hemos adentrado en algo mucho más horrendo. El dice lo siguiente:

"El individualismo moderno, desligado por completo del fundamento moral del cristianismo y rodeado de una sociedad hedonista, ha traído como resultado un estilo de vida que ni es beneficioso para el individuo ni productivo para la sociedad en general. El individualismo se solía expresar de manera positiva dentro del contexto de la familia, de la

comunidad, de la iglesia y del gobierno. Los derechos personales estaban sujetos al bien en general de la sociedad. Mas el individualismo actual no respeta tales fronteras. La demanda es: "¡Yo quiero lo que quiero, en el momento en que lo quiera!" Esta clase de individualismo egoísta lo que hace es debilitar el apuntalamiento de una nación construida sobre fuertes fundamentos morales". ("La santidad y el espíritu de la época", 78.)

Desde la secundaria en adelante, a los jóvenes se les adoctrina con las definiciones seculares de la valía, la imagen, y la realización personales, propagadas por los profetas del "yoísmo". En el presente las ideas y principios de Cari Jung, Alfred Adler, Cari Rogers, Abraham Maslow, Gordon Allport, Erich Fromm y, por supuesto, de Sigmund Freud, se conocen mejor en los planteles universitarios que los de Moisés, Samuel, Isaías, Jesús o de Pablo.

La concentración en el yo, el autocentrismo y el conductismo han conducido a nuestra sociedad a la fascinación con el placer, al estímulo emocional y sexual y a la "realización personal". Lo que Freud describió como la liberación del libido fue el primer paso que condujo hacia el culto del yo.

La compulsión de los estadounidenses por "sublimar a la persona" se puede observar por todas partes. La recreación legítima, desde el racquetball hasta el golf, se han convertido en una obsesión para alguna gente. Los deportes, trotar —lo último de moda en asuntos de salud— y hasta la cultura física tanto entre hombres como entre mujeres, son disciplinas que se han convertido casi en ritos místicos. El enfoque de nuestra actividad ha dejado de ser en el corazón, el espíritu, y la mente, para cifrarse en el cuerpo. Sentirse bien es el éxito por excelencia. La camisa del empresario dice, "Si no duele, no progresa", mientras que él corre trechos cortos a toda velocidad, durante su hora de almuerzo. ¿Por qué? Por supuesto que yo creo en la salud y en el buen estado físico. Como resultado de mi horario de viaje y las frecuentes y agotadoras exigencias de predicaciones y charlas, soy un firme creyente en el valor del acondicionamiento. Me gusta

caminar, nadar y hacer ejercicios con moderación. Esto es importante tanto para jóvenes como para viejos. También creo que Dios espera que cuidemos nuestros cuerpos. La Biblia dice: "O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?" (1 Corintios 6:19 RV). Mas no debemos convertir nuestra preocupación natural por el cuerpo en una búsqueda antinatural de la eterna juventud. La Biblia dice: "Porque el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera" (1 Timoteo 4:8 RV).

El culto al yo se ha convertido en una adicción. Algunos analistas opinan que el ensimismamiento es en realidad una reacción defensiva contra la soledad y la esterilidad del actual estilo de vida, privado de personalidad. Nos hemos urbanizado y nos hemos desconectado. Hay personas que no tienen familia ni raíces, y carecen de toda relación con nuestra herencia de fe. Como consecuencia, sin lazos con el pasado y sin la dependencia que le da significado a la vida, muchos han perdido el sentido de pertenencia, y otros, si no la mayoría, han perdido todo sentido de comunidad. Floyd McClung dice:

"Para la mayoría de los estadounidenses el mundo es un sitio fragmentado que les ofrece un surtido muy variado de opciones y que brinda poco significado o consuelo. Creen que prácticamente están solos y que sólo tienen que dar cuenta a ellos mismos. Por esto les resulta muy difícil dedicarse a los demás. Al quedarse sin Dios, la búsqueda individual de la felicidad y la seguridad constituye la única fuente de significado" (La santidad y el espíritu de la época, 79).

Finalmente —creo yo— hasta el abuso infantil es una señal del egoísmo y la despreocupación por los demás que provoca esta forma de pensar. Cuando cualquier persona coloca ante todo lo demás su propio beneficio, hará cualquier cosa por lograr su objetivo. Esto es una desgracia. Lastimar, ignorar, faltarle el respeto y violar la inocencia de un niño, están entre los peores males que el hombre

conoce; mas en nuestra sociedad, estas cosas ya son frecuentes. Cristo dijo que sería preferible que a un hombre se le atara una piedra al cuello y se le echara al mar, que tener que enfrentarse a la ira de Dios por haber maltratado a un niño (Lucas 17:2). Ojalá que hubiera más personas que tomaran en serio esta amenaza.

La prensa le ha dado publicidad a los aspectos más chocantes y gráficos del maltrato infantil —especialmente al maltrato físico, con el que se producen buenos titulares— pero se han olvidado casi en su totalidad del maltrato psicológico y emocional producido por las tendencias de la sociedad moderna. En la actualidad atravesamos por una epidemia de abandono de los padres, de madres y padres ausentes del hogar, de hijos explotados por los comerciales y los medios de comunicación, de sensibilidades inmaduras bombardeadas por programas eróticos y vulgares, dirigidos específicamente para influir en las mentes jóvenes y vulnerables; y el estímulo excesivo del interés propio y del ensimismamiento. ¿Dónde están estos artículos en los medios publicitarios seculares?

Hay serias preguntas tocantes a la explotación y el abuso en la forma en que los medios publicitarios usan a los niños. En una época en que padres ocupados y ensimismados atenúan sus conciencias comprándoles juguetes caros y componentes electrónicos a sus hijos, los medios publicitarios se aprovechan al máximo de esta situación. Los comerciales explotan a los niños, puesto que producen en ellos el deseo de tener cosas que con facilidad, mediante el chantaje, logran que sus padres se las compren. Hay presupuestos que en su totalidad se elaboran en base a la estrategia de que los niños son los que determinan los hábitos adquisitivos de sus padres: "Si me amas, cómprame esto".

Los hombres vacíos

Como dije anteriormente, no nos hemos aún librado del legado del libre pensamiento de los sesenta. El espíritu de revuelta que floreció en los sesenta, en parte como resultado de la guerra de Vietnam, convenció a una generación de que "desconectarse y perderse" era una opción de "estilo de vida" válido, e incluso una forma válida de hacer revolución. Mientras que los "yuppies" y los "uppies" de los ochenta y los noventa se han vuelto a conectar con el flujo de efectivo y han acumulado posesiones y elogios en su ascenso hacia la cima, predominan en su modo de ser cierta frialdad, falta de corazón y alejamiento.

La letra de las canciones y las imágenes se tornan cada día más eróticas, violentas y antisociales, y hoy constituyen el idioma común de la juventud. La televisión y el estéreo han traspasado la inocencia de los niños estadounidenses, mientras que las preocupadas madres y los desapasionados padres miran estupefactos, preguntándose qué fue lo que pasó. Los videos de rock, las películas de clasificación R y la vulgaridad presentada como comedia, a las horas de mayor televidencia, han encallecido las almas de nuestros hijos. Estos niños electrónicos se han convertido en violadores. Los niños estadounidenses se crían en estado salvaje y vulgar, como plantas silvestres en un desierto moral.

Afortunadamente, existen señales de una marejada moral de fondo. De continuo y con mayor frecuencia están apareciendo artículos y libros con el valor de poner el dedo sobre la llaga y de decir la verdad sin temor. El libro titulado "The Hurried Child: Growing Up Too Soon", escrito por David Elkind, describe los peligros de una cultura que pone al alcance de los niños las responsabilidades, los derechos y los deseos de un adulto.

El Dr. James Dobson y Gary Bauer escribieron un libro titulado

"Children at Risk" ("El peligro que corren los niños"), en el que describen a fondo la crisis moral que azota a esta gran nación, y la llaman una guerra civil de valores. El ministerio dirigido por Dobson, llamado "Focus on The Family" (Enfoque a la familia) con sede en Colorado, con regularidad abordan los asuntos de la explotación y el abuso de los niños. Con su colega, ex consejero presidencial durante el mandato de Reagan, Dobson nos presenta un escalofriante resumen del surgimiento del secularismo anticristiano y de la moralidad de valores neutrales que toman por asalto a la familia. En un capítulo titulado "Love and Sex". ("Amor y sexo"), el Dr. Dobson hace la siguiente evaluación:

"Despojada de normas sexuales, la sociedad se desenredará como un rollo de cordel. Esto es lo que nos enseña la historia. Este es el legado de Roma y de las más de dos mil civilizaciones que han surgido y desaparecido sobre la faz de la tierra. La familia es la unidad básica de la sociedad, de la que depende toda actividad humana. Si se altera la naturaleza sexual de las relaciones familiares, de hecho se pone en peligro la superestructura en su totalidad. Ciertamente la nuestra se balancea como un marinero ebrio, como resultado de la insensatez de los ingenieros de nuestra cultura". ("Children at Risk", 55.)

Es de vital importancia que predicadores, escritores, oradores, comentaristas y locutores hablen acerca de conductas destructivas y que presenten cuadros vívidos de los peligros que le salen al paso, tanto a jóvenes, como a los mayores en nuestra sociedad. La presión ejercida por el otro bando es tan intensa, que sólo una reacción gigantesca podrá aspirar a revertir la actual tendencia. Pero el mayor temor que tengo es que los libros y artículos y las reacciones emocionales que los respaldan se atenuarán, y no serán muchas las cosas que cambien para el bien de los niños estadounidenses. Cuatro décadas de reprogramación perpetradas por los educadores y agencias sociales permisivos, han pervertido y corrompido los fundamentos de la disciplina moral en esta nación. ¿Subsistirá una cultura así, o la crisis

de engaño nos ha acercado ya demasiado al Apocalipsis?

Pensemos en las crisis de promiscuidad, de embarazo de adolescentes y de abortos desatadas por todo el país. Pensemos en el creciente problema de las violaciones durante una cita, el uso de las drogas, el alcoholismo, la pornografía y el sadomasoquismo aun entre los niños de la primaria. Hace poco leí un informe acerca de un niño de once años acusado de sodomía y de abuso sexual de una niña de cuatro años de edad. Había aprendido estas cosas por medio de un número telefónico pornográfico que un amiguito le había dado en la escuela dominical.

También he oído informes confiables de que la inmoralidad es una epidemia en nuestras iglesias, como lo es en el mundo secular en general. Una encuesta reciente informa que el cuarenta por ciento de los jóvenes de las iglesias evangélicas que creen en la Biblia, están activos sexualmente. Dice también que el sesenta por ciento de los adultos solteros, incluso aquellos que asisten a la iglesia regularmente y participan en estudios bíblicos, no sólo están activos sexualmente, sino que la mitad dijo haber tenido relaciones sexuales con más de una persona. No en balde el mundo se encuentra en crisis; no en balde los adolescentes están confundidos; no en balde se corre peligro en las calles; no en balde la violencia de las pandillas ha llegado a extremos nunca antes vistos; no en balde el suicidio entre los adolescentes ha adquirido proporciones epidémicas; no en balde la tasa de deserción en las escuelas secundarias en los Estados Unidos de América es astronómica; no en balde los jóvenes adultos fracasan en la vida y regresan a vivir con sus padres; no en balde la juventud no tiene nada en qué creer; no en balde el alma de los Estados Unidos de América está en peligro; no en balde le tememos al mañana. Satanás, el engañador y corruptor, obra sin hacer caso de dificultades por todo el territorio.

¿Quién está en favor de la verdad? ¿Queda alguien que se preocupe? Al final amargo de una era de liberación —liberación femenina, liberación infantil, liberación de los animales, y toda liberación excepto la ética—, los Estados Unidos de América parece que ha sido liberado de sus fundamentos morales. Mas para muchos la buena vida se ha convertido en un infierno viviente.

El denominador común más bajo

Ya no es posible ver televisión o leer el diario sin darse cuenta de lo que significan estas tendencias. Revistas noticiosas nacionales le han dedicado ediciones enteras a los asuntos del temor y el pánico en nuestros vecindarios. En un editorial de USA Today, publicado en mayo de 1992 y titulado "The Decay of Morality" ("El desmoronamiento de la moral"), Gerald F. Kreyche examinó los valores sostenidos por aquellos que han popularizado la inmoralidad. El dice lo siguiente:

"Cohabitar, tener hijos fuera del matrimonio, sin que el hombre tenga alguna responsabilidad legal o moral; ser padre soltero —parece ser todo casi 'de rigor'. (Un reciente informe noticioso mencionó que los partos de las adolescentes se duplicaron en un periodo de dos años. Entre las madres adolescentes negras, sólo una de cada diez están casadas. En toda la nación, uno de cada cuatro bebés lo dan a luz madres solteras.) Las lesbianas y los homosexuales no están avergonzados de sus relaciones. La nueva dirigente de NOW (Organización Nacional Femenina) admite que tiene tanto un esposo como una 'amante'. El Welfare (Oficina de Asistencia Social), en vez de ser una ayuda temporal para sobreponerse a dificultades momentáneas, se ha convertido en una 'herencia', convirtiendo a la 'ética de trabajo' estadounidense en una expresión carente de significado. Y en medio de todo esto la sociedad nos dice que debemos ser tolerantes, comprensivos, que lo aceptemos y que, sobre todo, no juzguemos".

Kreyche afirma que si cualquier Rip Van Winkle se despertara en los noventa, después de un largo sueño, atravesaría por una crisis de choque de valores culturales que haría desaparecer la aguja de la escala de Richter. No puedo menos que estar de acuerdo. Continuamente los

sondeos revelan que más del noventa por ciento de la población de esta nación dice poseer algún sistema ético y de valores basado en la creencia en Dios, mas estos valores parecen tener poca influencia en sus vidas. No sólo han sido barridas las raíces cristianas de las universidades y de otras instituciones, sino que se ridiculiza la palabra de Dios llamándosele misógina, manipuladora y mítica.

Me angustia ver cómo algunas iglesias se han acomodado en lo que a principios básicos se refiere. Muy a menudo han abandonado las verdades de las Escrituras en favor de una mentira. Pero esta apostasía en nuestra cultura y en nuestras iglesias es sólo otra señal de que hemos entrado en los "tiempos difíciles" que Cristo predijo. El describió la tormenta que se avecina en la parábola del sembrador, afirmando que vendrían el día en que la gente abandonaría la verdad e irían en pos de sus propios deseos. Más tarde, el apóstol Pablo nos permite dar otro vistazo al Apocalipsis en las instrucciones que da al joven Timoteo. El escribió lo siguiente:

"También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita. Porque de éstos son los que se meten en las casas y llevan cautivas a las mujercillas cargadas de pecados, arrastradas por diversas concupiscencias. Estas siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad"

(2 Timoteo 3:1-7 RV).

Pablo nos describe tiempos críticos que, hace sólo cuarenta años, nos hubieran parecido imposibles y fantásticos; sin embargo, ese es el mundo en que vivimos en el presente. ¿Cómo han podido tales tiempos hacerse realidad en la tierra?

Para el bien de Timoteo, su discípulo, y de la iglesia que este joven pastor iba a dirigir, la carta de Pablo le instruye a que viva en obediencia a los principios correctos que él conocía, y que no se dejara

influir por el mundo pecaminoso que le rodeaba. En su carta a Timoteo, Pablo dice:

Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús.

(2 Timoteo 3:14-15 RV).

Ya habían llegado tiempos difíciles para los cristianos en el Imperio Romano. La persecución y la muerte eran comunes. Para los débiles de corazón había mayor justificación para apartarse que la que hay hoy; mas Pablo exhortó a Timoteo a que permaneciera firme. El le recordó que "toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia" (2 Timoteo 3:16). En esta afirmación estaba la verdad central de la autoridad de la palabra de Dios, la cual con frecuencia se debate en el mundo actual.

Los juzgados estadounidenses han sido despojados de gran parte de su autoridad, tanto de la doméstica como de la divina. El crimen se juzga muy poco en nuestra época. Sin embargo los pecadores han negado la autoridad que tiene la potestad moral por excelencia, la Biblia, con el fin de tolerar su pecado. Pero aún peor, algunos hombres y mujeres en la iglesia, que deben fielmente poner en alto la autoridad de las Escrituras, lo que hacen es difamarla y negarla. Esta es también obra del engañador. El escritor de Hebreos hace la siguiente advertencia:

Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio.

(Hebreos 6:4-6 RV).

Mas podemos tener nueva vida en Cristo. Y esta es nuestra mayor

necesidad, como individuos y como sociedad. En su carta a los Romanos, Pablo escribe lo siguiente: "No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" (Romanos 12:2 RV). El poder que tiene del Espíritu Santo para derrotar la inclinación natural de pecar que hay en nosotros, está a disposición de todo aquel que acepte a Cristo como Salvador y Señor. Pablo también dijo:

Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive.

(Romanos 6:6-10 RV).

En su segunda carta a Timoteo, el apóstol dice: "Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio" (2 Timoteo 1:7 RV). Entonces ¿por qué luchamos contra el Dios que nos ama? ¿Por qué laboran tantos tan arduamente para conseguir algo que pueden obtener gratuitamente? Qué desgracia tan grande es el hecho de que los seguidores de las modernas filosofías seculares han escogido abandonar al Dios de los cielos para servir a ídolos falibles y falsos en su propia carne.

El juicio de la iglesia

La Biblia enseña que habrá falsos maestros y profetas en la iglesia a medida que esta era se aproxima a su fin. El apóstol Pedro dice:

Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor

que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado, y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme.

(2 Pedro 2:1-3 RV).

A Satanás no le hace falta edificar una iglesia y llamarle La Primera Iglesia de Satanás, con el fin de seducir a la sociedad moderna. El puede hacer algo mejor. El quiere controlar nuestras escuelas e instituciones sociales, los pensamientos y las actitudes de líderes influyentes, los medios informativos y los planes de acción de nuestro gobierno.

El apóstol Pablo advirtió que muchos seguirían a los falsos maestros, sin saber que al alimentarse de lo que esta gente enseña, están ingiriendo veneno satánico. Miles de personas de toda condición son engañadas en la actualidad. Los falsos maestros emplean palabras infladas que parecen ser lo más alto de la lógica, de la erudición y de la sofisticación. Son astutos intelectualmente y hábiles en sus sofisterías. Son expertos en seducir a hombres y mujeres cuyos fundamentos espirituales son débiles.

Estos falsos maestros se han apartado de la fe en Dios revelada en las Escrituras. La Biblia claramente dice que el motivo por el cual se han apartado es que le prestaron atención a las mentiras de Satanás y con premeditación optaron por aceptar la doctrina del diablo en vez de la verdad de Dios. Así que ellos mismos se convirtieron en los voceros de Satanás.

El apóstol Pablo, escribiendo a Timoteo, advirtió lo siguiente: "Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia" (1 Timoteo 4:1-2 RV).

Más adelante Pablo escribió a Timoteo lo siguiente: "Porque vendrá

tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comecón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas" (2 Timoteo 4:3-4 RV).

¿Nos parece conocido esto en la actualidad?

Satanás es un mentiroso, un engañador y un gran imitador. Aun desde los tiempos del jardín de Edén lo que Satanás perseguía no era precisamente que la humanidad se hiciera lo más impía que fuera posible, sino lo más "piadosa", pero prescindiendo de Dios. El método satánico con frecuencia ha sido la imitación de Dios. Las Escrituras dicen: "Porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras" (2 Corintios 11:14-15 RV).

Satanás continúa utilizando esta forma de engañar, y a menudo sus representantes se disfrazan como ministros de justicia. Mientras que propagan aquello que ha de traer muerte y tinieblas a la mente y el corazón del pecador, profesan ser representantes de la vida iluminada. Esto no es otra cosa que engaño satánico. Para el momento en que la tormenta de engaño espiritual y moral desatada por el primer jinete desaparezca en el horizonte, todo el poder del anticristo habrá venido sobre la tierra, trayendo su temible maldición.

Mas luego de haber ocurrido lo anterior en la Revelación de Juan, el horror que el mundo teme más que ningún otro se desata: aparece el segundo jinete, el que monta sobre el caballo bermejo y trae guerra y destrucción.

CUARTA PARTE

El ojo del huracán

El que trae la guerra

Y salió otro caballo, bermejo; y al que lo montaba le fue dado poder de quitar de la tierra la paz, y que se matasen unos a otros; y se le dio una gran espada.

Apocalipsis 6:4

Los temores al Apocalipsis son tan antiguos como la civilización. Guerra, anarquía, hermano contra hermano, vecino contra vecino, nación contra nación —el completo resquebrajamiento de las sanas relaciones humanas, ha sido característico de la historia de la humanidad. Toda sociedad desde el comienzo de los tiempos ha conocido grande maldad y destrucción, mas el holocausto que habrá de venir será mayor que cualquier cosa que la mente humana se puede imaginar.

En Apocalipsis 6, Juan nos habla sobre el caballo bermejo del Apocalipsis —el que trae la guerra. Este jinete desatará violencia y tormentas de destrucción sin precedentes hasta la hora final, cuando el Mesías mismo intervendrá para aplastar a los aliados de Satanás y los males del Armagedón. Recordemos lo que Cristo dijo a sus discípulos: "Porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados" (Mateo 24:21-22 RV).

Sería ingenuo que cualquier persona ignorase el hecho de que este siniestro jinete que trae la guerra está, en este momento, cabalgando implacablemente en dirección nuestra. Algunos afirman que la tierra se ha convertido en una aldea global. Todos somos vecinos, especialmente ahora que la guerra fría ha terminado. El occidente ganó la guerra que muchos libran. Mas no podemos darnos el lujo de cantar victoria prematuramente; el inventario de armamentos nucleares de la posguerra fría todavía le conceden al hombre el poder para destruir la tierra más de diecisiete veces, alzando llamas que alcanzarían más de 130 millones de grados de temperatura. Ninguna resolución de las Naciones Unidas, ninguna fuerza para sustentar la paz, ningún nuevo orden mundial pueden detener la hecatombe cuando llegue el tiempo señalado. Mientras que todos debemos orar para que haya paz, sabemos que el peligro continúa latente.

Más aún, el número de naciones tercermundistas con sueños de gloria parece estar aumentando constantemente. Existen varios dictadores militares que con harta facilidad lanzarían un misil nuclear contra Tel Aviv o contra Jerusalén, si tuvieran la capacidad de hacerlo. Mientras que el hombre viva rigiéndose por las leyes de la autosuficiencia y de la conveniencia, habrá tiranos capaces de traer calamidades al mundo.

En estos tiempos tempestuosos nadie puede hablar sobre la guerra como si no tuviera que ver nada con nosotros. Cada uno de nosotros tiene una visión de destrucción nuclear grabada permanentemente en nuestra memoria. Antes de los días finales de la Segunda Guerra Mundial, las guerras habían estado más o menos relegadas a campos de batalla o a demarcaciones marítimas. Los abastecimientos se transportaban por largas distancias. Los océanos, los terrenos montañosos, las carreteras cubiertas de nieve; los áridos desiertos y las corrientes rápidas de los ríos creaban barreras naturales que limitaban

la guerra y brindaban a los combatientes al menos la ilusión de la distancia y de la seguridad. Particularmente para los estadounidenses, las guerras han sido batallas peleadas al otro lado de la frontera o al otro lado del mar.

Mas el campanazo avisador que sonó en el despacho de noticias de la Compañía de Transmisiones Japonesa, a las 8:45 de la mañana, el 6 de agosto de 1945, emitió un estado de alerta que cambió todo lo dicho anteriormente. El locutor precipitadamente entró para leer el boletín que acababa de recibir de la oficina central del ejército del distrito en Chugoku: "Tres aviones enemigos han sido vistos sobre la zona de Saijo", dijo él. De repente se vio un enceguedor relámpago de luz azul sobre Hiroshima ... y luego un momento de absoluto silencio no terrenal. A raíz del la inusitada erupción que le sucedió, un hongo de nube ominoso de gases hirvientes se alzó sobre la masa incinerada donde antes había una ciudad. Esto se convertiría en símbolo de una nueva era durante las décadas que le siguieron.

El locutor se evaporó junto con la estación radial. Las bombas que se dejaron caer consecutivamente sobre Hiroshima y Nagasaki produjeron el efecto deseado: llevaron la terrible guerra a un final abrupto, mas cambió también el curso de la historia y le enseñó al mundo entero los nuevos peligros de la guerra. Las consecuencias desastrosas de aquellos sucesos a veces nos olvidamos de que el bombardeo nuclear en Japón también preservó vidas. Muchos líderes japoneses hoy, aún en esas ciudades, pueden dar testimonio de que las bombas probablemente salvaron a millones de japoneses como también muchas vidas del ejército aliado. Porque si la guerra no hubiera llegado a su fin en aquel momento, abruptamente, los japoneses de seguro que hubieran peleado hasta el final con el fin de proteger su propio país. Mas las ciudades de Hiroshima y Nagasaki se han convertido en parte de la nueva definición de la guerra para todos

los tiempos venideros.

El problema es que muchos de nosotros, que no habíamos nacido en aquel entonces, nos negamos tercamente a cambiar nuestra anticuada definición de la guerra. Nos negamos a creer la verdad en cuanto al horrible poder que hemos desatado. Preferimos quedarnos en el paraíso de un tonto: la guerra es algo que sucede en otra parte.

Los historiadores nos dicen que el mundo ha atravesado por más de cinco mil guerras en los últimos cinco mil años, la mayoría de las cuales han durado años. Algunas, como la Guerra de los Treinta Años en Europa, duró décadas y acabó con la vitalidad y con la juventud de una docena de naciones. Sabemos que más de sesenta millones de personas murieron en las dos guerras mundiales, en la primera mitad del presente siglo.

Desde los inquietantes momentos del armamentismo de los sesenta y los setenta —en los días de ansiedad de la confrontación de armamentos nucleares Oriente-Occidente— comprendemos la capacidad que existe para la intimidación política. Cada bando se imagina que el otro es más poderoso y cada uno exige armamentos cada vez más poderosos e inhumanos. En la guerra del golfo Pérsico fuimos testigos de la increíble precisión y del poder de destrucción de las armas convencionales modernas; sólo podemos malamente imaginarnos lo que desataría una guerra termonuclear con toda su fuerza.

Casi cualquier tiranuelo se puede convertir en un bravucón nuclear o bioquímico en la presente situación mundial. Y aunque la total destrucción de la guerra nuclear debían hacer que tal posibilidad fuera inimaginable, fanáticos caprichosos como Saddam Hussein y Mohamar Qaddafi pueden estremecer al mundo con un ataque sorpresivo. El cambio de armas convencionales a armas nucleares y bioquímicas ha hecho que la diplomacia internacional se torne en

tarea inmensamente más complicada.

La locura de la guerra

La existencia misma de los armamentos nucleares ha cambiado el carácter del conflicto. La guerra ya no es lo que solía ser. George Segal, autor e investigador, escribió: "El cambio fundamental radica en el hecho de que a las guerras anteriores se les tenía como instrumentos útiles del plan de acción, mientras que una guerra nuclear sólo resultaría en la muerte del planeta. Sólo quedaría una 'república de insectos'" (World Affairs Companion, 90).

Una vez que se hizo evidente que aun las armas nucleares sencillas tenían la capacidad de aniquilar todo lo que se encontrara a su alcance, la estrategia para la guerra tuvo que cambiar. La clandestinidad y la astucia aparecieron en escena. Con el arsenal de misiles balísticos intercontinentales, de cohetes lanzados por submarinos, de misiles de silero, y aun de armamentos lanzados por satélites, nos hallamos con el transporte oculto y constante de misiles, mediante ferrocarriles subterráneos. Como resultado de tanto movimiento y conmoción, la amenaza de destrucción masiva aumentó considerablemente. De hecho, la mayoría de los analistas afirmaban que la destrucción total estaba asegurada, por lo que en los setenta se popularizó la frase "Destrucción mutuamente asegurada".

En la actualidad a todo nuestro alrededor hay guerras y rumores de guerras. Además de la reciente guerra en el golfo Pérsico, hay más de cuarenta que se libran en todo el mundo en este momento.

Es inconcebible el hecho de que hay más de quince naciones que poseen tecnología nuclear de un tipo o de otro, y más de la mitad de estas naciones poseen armamentos nucleares. A pesar de la muy sonada proclamación del final de la guerra fría, hay alrededor de

veinticinco naciones que procuran sumarse a la fraternidad nuclear. Si sumamos todas las armas nucleares almacenadas por la antigua Unión Soviética, por los Estados Unidos de América, por Gran Bretaña, por Francia, por la India, por Israel, por China y por otras naciones más pequeñas, podemos entonces hacernos una idea de la descomunal capacidad destructiva que poseen en el presente las naciones del mundo.

Una cosa se hace más evidente cada día que pasa: la guerra no es algo que está limitado necesariamente al "otro lado de la frontera". El jinete del caballo bermejo ha acortado la distancia. El resonar de los cascos del caballo bermejo trae un ruido de guerra ensordecedor por todas las calles de las ciudades donde vivimos. Los vientos de guerra puede ser que se hayan aplacado, pero la tormenta aún no se ha perdido de vista. Todavía no podemos guardar las señales de aviso.

Por naturaleza todos queremos la paz. Nuestros líderes prometen paz, mas la mejor paz no ha sido otra cosa que una calma intranquila. El mundo está en tan grave desorden que por lo general me pregunto si la paz no es más que una ilusión. ¿Nos indica la calma actual una paz inminente o tal vez apunte hacia una tormenta más temible de lo que podamos imaginar? No me queda más remedio que creer que en la actualidad estamos en el ojo del huracán y que el sofocante vacío desde la caída del comunismo y del desmoronamiento de la Unión Soviética pudieran ser sólo una frágil pausa antes del arribo de una tormenta más siniestra. Es un presentimiento que no puedo negar, mas ruego que no vaya a ocurrir así.

Una esperanza sensata

Durante siglos tanto parlamentos como legislaturas han procurado mantener la paz. En tiempos pasados, poderosos líderes como el

César, Constantino, Carlomagno, Napoleón, los zares del Oriente y los reyes del Occidente, han prometido paz duradera. Mas ninguno tuvo éxito. En la actualidad se proclaman estratagemas audaces para la unidad global y la hermandad, en Bruselas, Nueva York, Ginebra, Tokio y en Washington, D.C. Mas no existe la paz universal y el mundo se cansa de oír tantas promesas huecas.

A medida que presenciamos los diversos eventos que se desenvuelven en Europa Oriental, en Latinoamérica, en el Medio Oriente y aquí en los Estados Unidos de América, hay motivos para ser optimistas. En muchos aspectos parece que estamos entrando en un período de calma. Mas hay muchos motivos para que permanezcamos en guardia.

La economía mundial se encuentra en grandes dificultades, y la deuda federal es aterradora. En 1992 el gobierno de los Estados Unidos de América tenía una deuda de \$400 mil millones, de la que no había esperanza alguna de pagar ni aun de reducir. El aumento de la deuda es un serio problema, tanto para la familia como para las empresas. El aumento del crimen y la violencia no permiten, que ni siquiera a los lugares limpios y bien iluminados se les considere seguros en pleno día. Además, tenemos la creciente desintegración de la moral, el desmoronamiento de la familia y de los valores tradicionales de la familia, y el creciente prejuicio contra cualquier manifestación religiosa por parte de un creciente número de organizaciones seculares. La mayoría de los observadores opinan que los Estados Unidos de América atraviesa por una era poscristiana.

¿De qué forma armoniza la actual situación mundial con los planes de Dios para la paz en la tierra? Me es necesario preguntar de nuevo, como lo hice al principio, ¿habrá paz alguna vez en la tierra, o la paz no es más que una ilusión? ¿Destruirá al mundo la inminente tormenta?

Antes de contestar esta pregunta es necesario que hagamos una pausa para pensar por un momento sobre un asunto que nos resulta fácil de olvidar cuando contemplamos el horror de una guerra nuclear. Se nos olvida el terriblemente mayor horror de una eternidad separados de Dios. Los horrores de una guerra nuclear han de ser transitorios en lo que respecta a la eternidad. Mas los horrores que le esperan a todos los que rechazan la misericordia, la gracia y la salvación en Cristo por parte de Dios, son demasiado horribles como para que nos los podamos imaginar.

¿Recuerdan aquel instante antes de la traición y la crucifixión de Jesús? Mientras que Cristo se alejaba del templo en Jerusalén, pronunció las siguientes palabras: "Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación y reino contra reino" (Mateo 24:6-7 RV).

Aun en el mismo momento en que El pronunciaba estas palabras, el acto más horrendo y espantoso que jamás se haya cometido en el tiempo y en la eternidad, estaba a punto de llevarse a cabo: los hombres se disponían a crucificar al Príncipe de Paz. Sin embargo, es importante que recordemos que aunque Cristo nos advirtió que siempre iban a haber guerras y rumores de guerra, no quiere decir que debemos permanecer en silencio mientras que los habitantes del mundo se destruyen unos a otros. No debemos permitir que nuestro silencio dé la aprobación a semejante destrucción, realizada con armas de destrucción masiva. Tenemos el deber de amonestar a las naciones del mundo a que busquen a Dios antes que sea demasiado tarde. Debemos también proclamar que hay perdón y paz cuando se conoce a Jesucristo como Salvador y Señor.

El final de la maldad

Debemos hacernos la siguiente pregunta: ¿Hemos llegado al final de los tiempos que nos describe la Biblia de forma tan gráfica? ¿Es ésta la tormenta final que habrá de barrer con todo lo que se tropiece en el camino? La Biblia sin lugar a dudas enseña que la historia humana como la conocemos habrá de llegar a su fin, y la mayoría de los eruditos bíblicos creen que habrá de venir pronto. No será el fin del mundo, más bien habrá de ser el final del presente sistema mundial que ha estado dominado por el mal.

La Biblia enseña que Satanás es de hecho "el príncipe de este mundo" (Juan 12:31) y el "príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia"(Efesios 2:2). Mientras que él siga suelto, en constante conflicto con Dios siguiendo su mortífero plan, podemos estar seguros de que las guerras continuarán y que la muerte y los desastres se multiplicarán. Sin Dios no habrá esperanza para la humanidad.

La Escritura también muestra que se manifestarán varias señales fácilmente discernibles, a medida que nos acercamos al final de los tiempos. Estas señales parecen estar aclarándose aun en el presente. Jesús dijo en Mateo 24 que habría hambres, pestes y terremotos, mas también afirmó que estos sólo constituirían el comienzo. Cristo dijo que "se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán. Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará" (Mateo 24:10-12 RV). Y añadió: "Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin" (Mateo 24:14 RV). En esta sola señal vemos la posibilidad de alcanzar al mundo entero con el evangelio, mediante adelantos tecnológicos revolucionarios, antes de que finalice el presente siglo. Esta puede ser una oportunidad sin precedente que

nunca antes hubiera podido materializarse, mas ahora es una posibilidad muy real.

Durante la cruzada de Londres en 1989, pudimos llegar a 230 ciudades a lo largo de Gran Bretaña, y a 33 países africanos mediante transmisión por satélite en vivo, a las horas en que los programas tienen mayor público. Y tenemos planes aún mayores para el futuro. En 1993, durante la cruzada europea desde Essen, Alemania, nos proponemos instalar un satélite que nos permitirá llegar a toda Europa. Ningún evangelista ni ningún ministerio puede, por sí solo, cumplir con la profecía de Cristo —y esa no es la intención que tenemos, ni yo me atrevería a intentarlo— pero cada alcance, cada buena obra, cada vez que se presenta el evangelio, y cada transmisión que lleva las buenas nuevas de Cristo a otra alma perdida, constituye un cumplimiento de la promesa de Cristo. Y yo me regocijo en el cumplimiento de esa labor.

La venida de la Bestia

Otra de las señales más importantes sobre las que Cristo nos habló fue el aumento paulatino de la intensidad de las guerras. Hay gente que enseguida señalaría que el mundo de los 90 aparentemente se torna más calmado, no más peligroso. Yo no demoraría en advertir que todavía no sabemos en qué pararán los cambios políticos ocurridos en los últimos años. Nada es seguro y existe un potencial tremendo para el caos, el colapso y la guerra. Ya hemos visto señales de lo antes dicho en Yugoslavia y en otros lugares. Sabemos que siempre viene la calma antes de la tormenta. Todavía no podemos desechar la posibilidad de que esto es precisamente lo que estamos experimentando en este momento.

Sin embargo, Daniel, a quien Jesús citó en lo tocante al tiempo del

fin, profetizó lo siguiente: "Y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones" (Daniel 9:26 RV).

En Apocalipsis 11, 13 y 16 se dan los detalles de la destrucción que habrá de venir. En el capítulo 11, Juan describe la venida del anticristo, diciendo: "La bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará. Y sus cadáveres estarán en la plaza de la gran ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado" (Apocalipsis 11:7-8 RV). Los habitantes del mundo clamarán admirados: "¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?" (Apocalipsis 13:4 RV). En un final, nadie podrá hacerle frente a la bestia.

Jesús señaló que habría muchas guerras, quizás miles, antes de que la última gran guerra y antes de su regreso. Hablando sobre el mismo asunto del aumento de la intensidad de las guerras, El dijo: "Mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin" (Mateo 24:6). Durante cerca de dos mil años desde que Cristo pronunció estas palabras, ha habido ciclos alternos de guerra y de paz —guerras grandes y pequeñas, domésticas y foráneas. Sin embargo, la tecnología moderna ha transformado las reglas del juego. La guerra que vendrá ha de ser probablemente una sola guerra mundial en la que el triple terror de las armas nucleares, biológicas y químicas serán empleadas para la total destrucción del mundo.

Jesús indicó que cuando una guerra así se desatara, "si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo" (Mateo 24:22). Esto significa una guerra total y probablemente la aniquilación de toda la humanidad como resultado si no se produce una intervención divina. Nunca antes el cosmocidio total —es decir, la destrucción de todo el planeta— ha estado al alcance de nuestras manos. No existen precedentes en las ciencias políticas ni en la historia que sirvan para dar dirección a

aquellos que poseen esa clase de poder. El mundo ha estado en guerra desde los días de Adán, pero nunca en la escala en que Jesús lo predice en Mateo 24 y apocalipsis 6. Nunca antes el mundo ha tenido el potencial para arrasarlo con toda la raza humana.

Este es el panorama, y éstas, posiblemente sean las armas empleadas por el segundo jinete del sexto capítulo de Apocalipsis. En el versículo 4 vemos que él tiene el poder para quitar la paz de la tierra. Esto de seguro que significa una guerra mundial, no sólo guerras civiles o aun conflictos convencionales. En este momento la polaridad política y militar parece haberse desvanecido, pero no podemos dar por sentado que habrá de continuar así en el futuro.

Los bloques de poder que se están formando en Europa, Asia y en la América del Norte, pueden finalmente chocar por asuntos tocantes al comercio, de inmigración y poblacionales, o sobre cualquier otro asunto que pueda conducir a la guerra más devastadora de la historia humana. No importa cuál sea la provocación ni cuáles los participantes, el asunto es que habrá de ser una guerra tan intensa y destructiva que, a no ser que Dios intervenga en forma milagrosa para detenerla, toda la humanidad perecerá.

¿Cuántas personas habrán de morir? Albert Einstein predijo que un intercambio general de fuego nuclear habría de incinerar por lo menos un tercio de la población del mundo. Esta es la misma proporción que indica la Biblia: "Una tercera parte de ti morirá de pestilencia y será consumida de hambre en medio de ti; y una tercera parte caerá a espada alrededor de ti; y una tercera parte esparciré a todos los vientos, y tras ellos desenvainaré espada" (Ezequiel 5:12 RV).

¿Sería posible tener un siglo de paz, o tal vez más? Por supuesto. La guerra no es inevitable. Si la raza humana se volviera de sus caminos de maldad y regresara a Dios, dejando atrás su pecado de desobediencia, idolatría, orgullo, avaricia, beligerancia y todas las

diversas aberraciones que conducen a la guerra, habría posibilidad de paz. Mas cuando observamos cómo marchan las cosas en nuestra sociedad, con todo la ira y la violencia que nos rodean, ¿quién puede esperar una transformación semejante? Para apartarse de sus hábitos de vicio y de rencor el mundo necesita acudir a Dios en humildad y arrepentimiento, en escala global. ¿Puede algo así suceder?

Claro que sí. Yo creo que todavía hay esperanza. El mundo, sin embargo, nunca ha conocida completa paz. Podemos experimentar paz durante una generación tal vez, mas por el pecado y por medio de la obra de Satanás en el mundo, somos incapaces de vivir en permanente paz. Pensemos en las diversas crisis que nos aquejan: recesión, colapso económico, SIDA, abuso de las drogas, crímenes violentos y racismo. El corazón humano sin Dios se encuentra en estado de depravación y el engañador explota nuestras debilidades para alcanzar sus fines. Ya hay nubes de tormenta que se amontonan. Y cuando desaten todo su furor, no habrá nada que las detenga.

¿Temores infundados?

En 1986 me entrevistó en París un reportero muy perturbado, que trabajaba para el diario francés "Le Figaro". Estaba confundido por el empleo que yo había hecho de los términos "Revelación" y "Apocalipsis" de modo intercambiable en mis sermones. Hice el intento de aclararle que, mientras que uno era un término del inglés y el otro del griego, ambas palabras tienen el mismo significado. No logró entenderlo, pero me preguntó: "¿Considera usted que como cristiano sea provechoso infundir temor en la gente con tales cosas?" Le contesté: "¿Ha leído usted la primera plana del "Le Figaro" recientemente? A diario sus propios titulares atemorizan a la gente con noticias sobre asesinatos, enfermedades, escándalos y corrupción.

La mayor parte del mundo vive en constante temor". El reportero me interrumpió y dijo: "Pero esas cosas ocurren a diario. ¡El Apocalipsis no es cosa de todos los días! Yo estimo que usted sólo pretende atemorizar a la gente".

Yo comprendí lo que este hombre me decía, mas era evidente que para él las enseñanzas del Libro de Apocalipsis no eran más que mitos y cuentos de hadas. No las tenía como revelaciones de Dios tocantes a un verdadero e inminente final de la civilización. Así que le dije lo siguiente: "A veces es mi responsabilidad y mi deber, como ministro del evangelio, atemorizar a la gente. Yo le digo a mis hijos que tengan cuidado cuando crucen la calle, porque un auto los puede atropellar. Este es un temor genuino. Mi esposa y yo vivimos en las montañas de Carolina del Norte, y a veces nos tropezamos con serpientes venenosas. Yo le digo a mis hijos que se fijen por donde caminan y que estén al tanto de las serpientes. Este es también un temor bien fundado. Dios nos ha dicho: "Si pecas contra mí y quebrantas mis mandamientos, traeré juicio sobre el mundo". Este es también un temor bien fundado. Y si no prestamos atención a esos avisos, vivimos corriendo grande peligro".

La Biblia dice que "El temor de Jehová es el principio de la sabiduría" (Salmo 111:10 RV). No le tememos a El como se le teme a un tirano, sino como a un padre justo, quien nos conduce en sabiduría y en verdad a que hagamos lo que nos es provechoso, lo que habrá de prolongarnos y preservarnos la vida. Pero como Dios es un padre justo, sabemos que habrá de disciplinarnos y castigarnos cuando lo desafiamos e incumplimos sus reglas. Si dejamos de cumplir con esas reglas con mucha frecuencia y descuido, El habrá de quitarnos todos nuestros privilegios. Este es el riesgo que corre este mundo en este mismo momento. Y este es el mensaje que yo debo dar a conocer.

Como se registra en el libro de Exodo, Dios envió numerosas plagas

seguidas sobre Faraón y el antiguo Egipto, con el fin de que Su pueblo fuera liberado de la esclavitud que habían padecido por espacio de cuatrocientos años. Después de cada plaga Faraón hacía promesas que no llegaba a cumplir. La Biblia dice: "Mas el corazón de Faraón se endureció, y no los escuchó, como Jehová lo había dicho" (Exodo 8:19 RV).

En Apocalipsis observamos una situación de los tiempos de fin que tiene paralelo con la anterior. Es cuando Dios alerta a su pueblo y los trata de convencer para que obedezcan y abandonen la idolatría, mas ellos no cumplen su promesas. Juan escribe lo siguiente: "Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar; y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos" (Apocalipsis 9:20-21 RV).

La gracia, la misericordia y la bondad de Dios no condujeron a la gente al arrepentimiento. Ellos dieron por sentada Su paciencia y la confundieron con negligencia y falta de poder. Mas en ambos relatos el resultado fue el juicio repentino y despiadado. En la actualidad nuestras promesas de fidelidad a los mandamientos de Dios no han conducido a las naciones al arrepentimiento. Yo he predicado el arrepentimiento durante cincuenta años; hay miles de ministros del evangelio por todo el planeta predicando el arrepentimiento en este mismo instante; durante dos mil años, profetas, sacerdotes, predicadores y evangelistas han hecho el llamado al mundo a que regresen a la justicia de Dios, y en la mayoría de los casos el mundo se ha reído en la cara del Rey de reyes. En el presente tanto hombres como mujeres siguen haciendo caso omiso a los inequívocos avisos de la tormenta que se avecina.

Reconociendo las opciones que tenemos

Separados de Dios nuestros corazones se enfrían y se niegan a arrepentirse. ¿De qué forma se podrá conducir al mundo a los pies del Señor? Si no tenemos éxito en nuestra empresa de ayudar al mundo a llegar al arrepentimiento y a la renovación, la ruina de este planeta ya está ordenada y es irreversible. El segundo jinete del Apocalipsis habrá de enseñarle a la humanidad su responsabilidad ante el Dios Creador, mediante el horror de una temible guerra global.

Esto nos trae de nuevo a la pregunta: ¿Habrá algo que nosotros podamos hacer en cuanto a la guerra? Claro que sí. Como cristianos tenemos el deber de buscar la paz y de hacer las paces cuando nos sea posible y dondequiera que podamos. Jesús dijo: "Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios" (Mateo 5:9 RV). Nuestro Señor y Salvador nos ha ordenado que obremos una paz justa en esta tierra. Cuando los ángeles anunciaron el nacimiento de Jesús, cantaron, "¡gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!" (Lucas 2:14 RV). Y cuando el jinete sobre el caballo bermejo viene a este mundo para traer guerra, apareció Cristo trayendo paz.

No obstante lo dicho, hay inquietantes pasajes nuevotestamentarios acerca de la paz, como las siguientes palabras de Jesús dirigidas a sus discípulos en el Evangelio según Mateo:

No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará.

(Mateo 10:34-39 RV).

Aunque Cristo no se refiera concretamente a un conflicto armado como yo lo he descrito, sí se refiere, no obstante, a la guerra espiritual que sigue al oír y aceptar el evangelio. Juan Wesley interpretaba este tipo de espada como la del amor, significando que Jesús había venido esparcir amor sobre la tierra, y que este amor causaba división entre la gente. Algunos en el mismo hogar pueden ser creyentes mientras que otros no lo son. Esto, a menudo, produce fricción, incomprensión, y aun división. Mas sea este o no el significado principal del mensaje de Cristo en este pasaje, lo cierto es que el evangelio siempre ha tenido la capacidad para unificar y para dividir.

La paz con Dios, la paz de Dios y la paz entre las naciones se pueden lograr si nos arrepentimos de nuestros pecados, escuchamos a Dios, creemos en El y le seguimos. Como siervos, seguidores, y hermanos y hermanas del Señor, se nos ordena a que seamos sus aliados en la causa de la auténtica y duradera paz que El puede traer. En ninguna parte El nos promete que tendremos éxito aparte de El, mas El nos llama a que demos la cara, lo mejor que podamos, a los asuntos de la guerra y la paz, y a que trabajemos en favor de la paz a pesar de las dificultades aparentemente insuperables que existen. Nuevamente nos hallamos frente al misterio de la soberanía de Dios y el libre albedrío del hombre. Debemos esperar que el retorno de Cristo ocurra en cualquier momento, mas debemos trabajar como si se fuera a demorar mil años.

Habiendo entendido las consecuencias del pecado y de la arrogancia, creo que cada creyente tiene el deber de orar por el arrepentimiento y el avivamiento en el país. Debemos hacer la labor de los creyentes, como nos instruyó Pablo, pero debemos también buscar el rostro de Dios como nunca antes. Yo creo que es hora de que conduzcamos al mundo a la oración.

Referente a este asunto, el Día Nacional de Oración, organizado en

la primavera de 1992 por Shirley Dobson y Vonette Bright, fue un evento extraordinario. Gracias a la tremenda preparación y publicidad que se hizo, más de dos mil quinientas comunidades a lo ancho de los Estados Unidos de América celebraron vigili-as de oración en las escalinatas de los cabildos. Alrededor de quinientos diplomáticos y líderes cristianos se reunieron en Washington, D. C. para orar por la juventud de los Estados Unidos de América y para que se produjera un avivamiento de los valores cristianos. Estoy convencido de que ésta es la clase de compromiso que debemos asumir con el fin de que cambien las cosas. Como pueblo y como nación, es necesario que acudamos a Dios en franca y humilde súplica, antes de que la tormenta nos arrastre.

Según un informe en el "National and International Religión Report" (Informe de religión nacional e internacional del 18 de mayo de 1992), más de 180 adolescentes se reunieron en Spokane, Washington, para orar pidiendo soluciones para los problemas de la drogas, la violencia y la promiscuidad en las escuelas. En Atlanta, miembros de iglesias de todo el Condado de Fulton se reunieron en la escalinata del capitolio estatal para orar. En Houston, dos mil quinientos adolescentes se reunieron en el coliseo de la ciudad para un concierto de oración. En Kamath Falls, Oregón, los ciudadanos oraron desde el amanecer hasta que anocheció, en un parque público. Este día especial de la oración, decretado por el presidente Bush, resultó ser un derramamiento maravilloso del Espíritu de Dios, y es esta, precisamente, la clase de fervor y de dedicación que hará falta, a nivel nacional, para que se produzca un cambio y un avivamiento en nuestra nación.

A no ser que tengamos éxito en que prevalezcan las misericordias de Dios y que obtengamos Su clemencia, me temo que el destino de nuestra civilización ya está sellado. El segundo jinete del Apocalipsis

se sienta muy erguido en la montura, blandiendo la espada de destrucción en círculos cada vez más anchos. Sólo Dios puede intervenir por nosotros. Debemos orar por la paz por el hecho de que la oración es el arma más poderosa de nuestro arsenal espiritual, para poner fin a la amenaza de un desastre mundial y para que se pongan en marcha los planes de Dios para Su creación.

El Príncipe de paz desea que le hagamos frente al asunto de la desintegración y la hostilidad en nuestro mundo. El racismo, el odio, el desequilibrio económico y cientos de diversos asuntos, se escapan de nuestro control. La Escritura, sin embargo, nos ordena a que aguardamos con grande expectación la venida del Señor; sólo El habrá de traer paz total y duradera. Mientras tanto, debemos esforzarnos para que haya paz y armonía entre las naciones del planeta y para amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Dios libró a Nínive por espacio de 150 años cuando los habitantes de esta antigua tierra se arrepintieron por la predicación de Jonás. El puede además darnos paz si nosotros lo buscamos a El verdaderamente arrepentidos. En esto radica la única esperanza para el presente. Debemos arrepentimos de nuestras iniquidades e ir en busca de la misericordia de Dios. Ahora debemos poner nuestra atención en las profecías que tienen que ver con los siguientes dos sellos: el caballo negro del hambre y el caballo amarillo de la muerte.

Hambre en la tierra

Y miré, y he aquí un caballo negro; y el que lo montaba tenía una balanza en la mano. Y oí una voz de en medio de los cuatro seres vivientes, que decía: Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario; pero no dañes el aceite ni el vino.

Apocalipsis 6:5-6

El cuadro es desolador pero muy conocido: "Aquí vienen: los niños raquíticos de miradas vacías, que no ven. Los huesos de la rodilla los tienen tan grandes y las pantorrillas tan delgadas que uno se pregunta cómo se las arreglan para caminar. Están tan débiles que no pueden siquiera espantar las moscas que se les posan en la boca y en las fosas nasales. Lo único que hacen es extender el tazón hacia las cámaras de televisión". La escena que aquí se describe no es de Bangladesh durante los 70, o de Etiopía durante los 80, sino que se trata de una escena del presente en Africa oriental. El artículo de Michael Ignatieff, en el "World Press Report", titulado "The Four Horsemen Are Here to Stay" ("Los cuatro jinetes se han quedado aquí"), describe la horrenda tragedia de la guerra, la sequía, y el hambre en Africa oriental. "El hambre ha llegado otra vez a Africa. Hay veintiséis millones de personas en peligro en Sudán, Etiopía, Somalia, Malawi, Angola y Mozambique. En todos esos lugares la guerra civil se da la mano con la sequía para arrasar con todo ser humano".

En esta última frase, Ignatieff hace eco al cuadro que se da del

tercer jinete de la revelación de Juan, que monta sobre el caballo negro del hambre, a medida que continúa avanzando para desatar el furor de la muerte sobre la tierra por medio del hambre. Este espectro de inanición es quizás el temor más ominoso y de mayor reincidencia que conoce la humanidad. Representa nuestra impotencia y falta de habilidad para enfrentarnos a las fuerzas de la naturaleza y a la total esterilidad de la vida cuando las únicas opciones que se tienen son el hambre y la muerte.

El caballo negro que se aparece ante Juan en el Apocalipsis lo monta un jinete que lleva en la mano una balanza. Por un instante el jinete se detiene ante el profeta. Mientras que el animal, nervioso, patea y resopla, el jinete sostiene en una mano la balanza sobre su cabeza, y una voz clama de en medio de los cuatro seres apocalípticos, lo siguiente: "Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario; pero no dañes el aceite ni el vino" (Apocalipsis 6:6 RV).

En la época de Juan un denario era equivalente al sueldo de un día. Sería el equivalente a veinte centavos de dólar en la actualidad con lo que se podría comprar un cuarto de galón de trigo o maíz, del que un obrero y su familia podrían preparar una sola comida. En aquella época la cebada era un grano más barato, que generalmente se empleaba para alimentar a los caballos y al ganado vacuno, mas en tiempos de hambre se utilizaba como alimento. Tres cuartos de cebada alcanzarían para las comidas de un día. En la época de Cristo con un denario se podían comprar cerca de veinticuatro cuartos de cebada, pero en la visión de Juan por la misma cantidad de dinero sólo se pueden comprar tres.

Así que cuando Juan escucha el segundo clamor, "tres cuartos de cebada por un denario", se da cuenta de que quien hablaba, describía la hiperinflación que generalmente acompaña a situaciones de hambruna

e inestabilidad. El valor del dinero habrá de tener sólo un octavo, o doce por ciento, de su valor anterior. En términos modernos, sería igual a un obrero cuyo ingreso de \$20,000 repentinamente se le reduce a \$2.400 anualmente. La pérdida ha de causar conmoción. Casualmente, una noticia reciente sobre el hambreado Mozambique, contenía esta afirmación: "El problema es que el dinero aquí ya no tiene ningún valor. ¿Qué le parecería ganar la mitad de lo que usted ganaba hace doce años y aún así no poder abastecer ni las necesidades básicas de su familia?

Con la balanza levantada para pesar la pequeña cantidad de granos que estarán disponibles para el obrero promedio, el jinete del caballo negro es un símbolo de la crítica situación en que se encontrará el mundo. Por medio de este jinete la Escritura nos indica que el engaño, las religiones falsas y la apostasía conducen a la guerra, y que la guerra, a su vez, trae como resultados el hambre y las pestes. Después de la destrucción producida por los caballos rojo y blanco, el hambre invadirá la tierra. Habrá millones que morirán de hambre y millones más padecerán de desnutrición. La desnutrición trae enfermedades, desgaste mental y emocional, desesperanza y muerte. El caballo negro y su jinete constituyen la advertencia de Dios del sufrimiento humano que nos aguarda si nos negamos a obedecer Sus mandamientos, a humillarnos ante el cielo y a orar por el perdón y la renovación.

Desperdicio en medio de la desesperanza

La voz que había clamado con la aparición del tercer jinete, pronunció otra orden: "No dañes el aceite ni el vino" (Apocalipsis 6:6). Desde tiempos antiguos el aceite y el vino han sido símbolos de la riqueza y la abundancia, y quizás éste sea un cuadro del hambre coexistiendo con el lujo. Jesús le dijo a Pedro, a Andrés, a Santiago, y

a Juan, que antes de su regreso el hambre rondaría por la tierra y que naciones enteras padecerían de hambre en diversas partes del mundo (Mateo 24:7; Marcos 13:8; Lucas 21:11). Mas El también caracteriza a los que tienen poder como comedores y bebedores en exceso. Juan profetizó que existirían sociedades en los últimos tiempos que habrían de vivir con el esplendor de Babilonia, con el estilo de vida de la gente rica y famosa.

En los informes del hambre en Africa y en Asia hay un marcado contraste con la imagen de estadounidenses y europeos sobrealimentados, que viven, casi sin excepción, en medio del lujo, mientras que el mundo pasa hambre. Leí un artículo que caracterizaba la falta de sobriedad que nos rodea concluyendo que los estadounidenses pesan mil millones de libras en exceso. Gastamos anualmente \$15 mil millones en fórmulas para bajar de peso y \$22 mil millones en cosméticos. Estos gastos solamente representan la diferencia entre la vida y la muerte para toda la gente que en el mundo se está muriendo de hambre en este momento.

Mucho de los artículos y de los reportajes de televisión relacionados con el hambre por la que atraviesan algunos países africanos, hacen comentarios sobre la falta de reacción del público. Algunos editores de noticias nacionales hacen ver que el mundo está hastiado de oír hablar sobre la inanición de los africanos. Dicen: "No nos muestren más fotografías de niños muriéndose de hambre. No queremos saber". Mas algo anda muy mal cuando aquellos que tienen tanto se muestran indiferentes ante aquellos que tienen tan poco. Esta es una señal de que la sociedad occidental marcha aceleradamente hacia la ruina; y este es el mensaje del jinete sobre el caballo negro. El tercer jinete del Apocalipsis introducirá las más exageradas desigualdades en la larga historia del hombre y la mujer sobre la tierra. Hay millones que viven en el esplendor, mientras muchos millones más perecen.

Uno de los grandes problemas de la presente era, es que hay escasez en medio de la abundancia a través del mundo. Esta crisis irá en aumento aceleradamente a medida que nos acercamos al final de los tiempos. Se trata de un desajuste social, de una monstruosa desigualdad a nivel mundial. Si las naciones no buscan a Dios, el caballo negro y su jinete terminarán esta labor con mayor rapidez. La tormenta de la indignación de Dios vendrá sobre nosotros y toda la raza humana habrá de sufrir las consecuencias.

La comunidad mundial está batallando en el presente con el fracaso de las cosechas y con la falta de alimentos. No es sólo un asunto de la cantidad total de alimentos, sino más bien un problema de distribución en la mayoría de los lugares. La deshonestidad entre las organizaciones de socorro, de los oficiales de gobierno locales, y aun de las mismas víctimas, hace que se complique el problema de que llegue la ayuda a aquellos que tanto la necesitan.

Hay muy pocos países que producen más trigo del que consumen, incluso los Estados Unidos de América, Australia y Canadá. Algunos de los miembros de la antigua Unión Soviética (Comunidad de Naciones Independientes) tienen la capacidad de producir más que cualquier otra nación. Pero como consecuencia del mal tiempo, de la ineficiencia y de los problemas de reorganización después de los eventos de 1991, las regiones de cultivo, como Ucrania y otras, pueden considerarse dichas si logran una buena cosecha cada cuatro o cinco años.

La ironía de todo esto la expresó un editorial estridente publicado en un diario de Chicago, hace sólo unos años. Decía que "mediante los métodos modernos de agricultura, habíamos resuelto el problema del hambre. Podemos producir la cantidad de granos que nos propongamos. La ciencia ha triunfado contra el temor constante de comunidades menos instruidas". No sólo resultó ser precipitado y en

contra de la realidad el pronóstico de este periodista, sino que también contradecía las predicciones de la Biblia. Las Escrituras enseñan que el hambre y las pestes habrían de continuar y de intensificarse hasta que Cristo regresara como Príncipe de paz y Gobernante de este mundo.

Las crónicas del hambre

Nadie sabe a ciencia cierta cuántas personas mueren por inanición anualmente. Muchos países subdesarrollados archivan datos estadísticos no confiables y de manera irregular, particularmente en lo tocante a las muertes de bebés y de niños. Además, en las regiones donde azota el hambre, la gente a menudo no muere directamente de inanición sino por causas indirectas, tales como enfermedades y estados físicos serios que vencen a personas cuya resistencia a las enfermedades ha disminuido como consecuencia de la desnutrición. Tales muertes a veces no son dadas a conocer por los familiares. Puede ser que se dé a conocer que las víctimas de enfermedades hayan muerto de causas naturales o desconocidas.

Existe también un factor sociológico y psicológico relacionado con los informes sobre el hambre y las enfermedades. Los burócratas y los oficiales de numerosos gobiernos pequeños, simple y llanamente no dan un informe completo de tales desastres, por temor de que las noticias de muertes generalizadas perjudiquen los negocios, el comercio, el turismo, la confianza y otros factores intangibles. En realidad, el número de muertes como resultado de crisis tales como el hambre, las pestes, las enfermedades y las epidemias de cualquier tipo, es casi mayor que el que se da a conocer.

Hace algunos años el Comité Central de los Menonitas informó que aproximadamente 12 millones de recién nacidos morían anualmente por causa de los efectos de la desnutrición en los países en proceso de

desarrollo. El Banco Mundial informa que "la mitad de la gente que se haya en absoluta pobreza vive en el sur de Asia, principalmente en la India y en Bangladesh. Un sexto vive en el este y en el sudeste de Asia. Otro sexto vive en el Africa al sur del Sahara. Los demás viven en Latinoamérica, Africa del Norte y el Medio Oriente". En el hemisferio sur y en las zonas tropicales que comúnmente conocemos con el nombre de Tercer Mundo, las Naciones Unidas calculan que por lo menos 100 millones de niños se acuestan cada noche hambrientos.

El efecto de la población

Durante la presente década la población del planeta continúa aumentando al asombroso ritmo de alrededor de 100 millones de nacimientos al año. En un discurso pronunciado en el plantel de la Universidad de South Bend, Michael Marien, editor de "Fortune Survey", reflexionó sobre el dilema del mundo en relación con la población. En 1930, informó, había alrededor de 2 mil millones de habitantes en este planeta; para 1975 esa cifra se habían duplicado y había llegado a 4 mil millones. En 1992 el total alcanzó los 5.5 mil millones, y los cálculos indican que para el año 1998 la población habrá llegado a los 6 mil millones. A ese ritmo de crecimiento, habremos sobrepasado los 8 mil millones para el año 2019. El grueso del crecimiento de la población se producirá en los países del Tercer Mundo —las naciones que están menos capacitadas para abastecer la demanda de alimentos que tal crecimiento representa.

Para el 2020, calcula Marien, el número de habitantes del planeta habrá aumentado un cincuenta por ciento más de lo que es la actual población. En sus afirmaciones, el futurista hizo la ominosa observación de que estas cifras proyectadas sólo disminuirían como resultado de la guerra, el hambre, el SIDA o de algún importante

descubrimiento en la tecnología del control de la natalidad. "Desafortunadamente", dijo él, "la guerra, el hambre y millones de muertes producto del SIDA son probables; importantes adelantos en el control de la natalidad, no lo son".

Por supuesto, en Africa Oriental estos probables problemas ya se han convertido en temible realidad. Sequía, inanición, guerra, pestes y dasastres barren incontenibles esas tierras, complicando más la situación, la epidemia incontrolable y creciente de SIDA. La mayoría de los expertos están de acuerdo en que la actual hambruna es la peor del siglo veinte.

Un reportaje de primera plana publicado en el "Times" de Nueva York la llamó "la peor sequía de que se tenga memoria". Más adelante, un comunicado de una agencia estadounidense para el desarrollo internacional informó que para enero de 1992 la sequía en Africa Oriental había "destruido toda esperanza de rendimiento exitoso en esta temporada". No quedó nada que comer.

Desde Somalia y Etiopía en el cuerno de Africa, hasta el Cabo de Buena Esperanza en el sur, toda la costa oriental de Africa ha sufrido devastación. El desastre ha sobrepasado el hambre de los 80 en Etiopía, la que dejó impresas en nuestra memoria tantas imágenes descorazonadoras. Los socorristas calculan que, si no ocurre un milagro, 26 millones de personas morirán de hambre.

Plaga de Violencia

La violencia es un serio problema secundario, que ha surgido como consecuencia de la escasez de suministros, del hambre y de la ira que se ha ido acumulando. Lagos, Nigeria, situada en la costa occidental de Africa, ha sido convertida en un campamento armado. Algunos informes afirman que los disturbios y los saqueos son casi

incontrolables. En Mozambique, donde se ha padecido la peor hambruna en 1992, ha habido más de un millón de muertes violentas desde 1976. De los quince millones de habitantes de este país, 1.8 millones dependen en la actualidad de la comida que proveen las agencias de socorro en otras partes del mundo; y esto cuando pueden obtenerla.

De las cuarenta naciones menos desarrolladas del mundo, veintiocho se encuentran en Africa. La complejidad de los problemas sociales y políticos que aquejan a estos países ha conducido a una situación tan difícil que puede ser que no puedan resolverse en las actuales condiciones. George Segal, especialista en asuntos internacionales, dice: "Con toda la buena voluntad que hay en el mundo, la raíz del problema de la comida está fuera del alcance de las agencias internacionales". El retraso en la producción de alimentos, la ineficacia en la comunicación, además de la necesidad del estímulo en el comercio, de las estrategias revitalizadas del comercio, y las reformas agrarias, han hecho que los crecientes problemas en las naciones pobres se conviertan en un enigma pernicioso y aparentemente insoluble.

Tal vez el ejemplo clásico de ayuda extranjera eficaz fue el Plan Marshall de los Estados Unidos de América, el cual inyectó \$14 millones en Europa, durante cuatro años, al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Para 1956 la productividad europea era un treinta y ocho por ciento mayor que en 1938, cuando aparecieron las primeras señales de guerra. Tal esfuerzo puede ser que, efectivamente, produzca un cambio en el continente africano, mas los \$220 millones asignados por el Congreso de los Estados Unidos de América para el socorro por causa de calamidades en el Africa Oriental, constituyen una ayuda casi imperceptible.

Para empeorar más la situación, hay muchos que se niegan a enviar

dinero o alimentos. Los informes noticiosos lo llaman un serio problema de "negación del donante", o "fatiga del donante", no sólo por la violencia descontrolada, sino también por la corrupción generalizada entre los llamados gobernantes cocodrilo y los burócratas. El dinero se consume vorazmente, especialmente en Mozambique, donde el gobierno cobra impuestos de \$150 por cada tonelada de comida que se transporta a las aldeas lejanas.

La corresponsal de asuntos en el exterior del "Times" de Nueva York, Leslie Gelb, reportó en mayo de 1992 que los países pobres gastan anualmente el doble en armamentos y soldados que lo que reciben de todas las fuentes de ayuda. La suma total sobrepasa los \$175 mil millones anualmente. La guerra, el hambre y la inestabilidad han hecho que los países menos desarrollados constituyan tan alto riesgo para los préstamos, que el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y otros prestamistas tradicionales, no les hacen préstamos. Gelb afirma que la única fuente de ingresos para comprar armas y para el presupuesto militar es el aumento de los impuestos y la retención de los sueldos y beneficios de sus propios ciudadanos.

Esto pone en claro la forma en que tal plan de acción intensificaría los problemas de salud y bienestar de estas naciones. El director de operaciones del Programa Mundial de Alimentos, dijo: "Me temo que habrá muertes a grande escala". El número de muertes ya es asombroso. El dijo también: "No es posible llegar a grandes sectores de la población. Si podemos proveer para la mitad de esta gente, estaremos realizando una labor muy buena". Muchos ya se han visto obligados a subsistir ingiriendo raíces y tubérculos. Un anciano campesino dijo lo siguiente a un entrevistador: "Cuando vienen los donantes no comprenden por qué aún estamos vivos".

Todas estas son historias espantosas, mas el problema del hambre y la desnutrición no afecta sólo a los países en proceso de desarrollo.

Hace poco la Oficina Congresional del Presupuesto anunció que muchos de los niños estadounidenses también padecen de desnutrición. En Norteamérica existen millones que viven por debajo del límite de pobreza. Claro que la línea de pobreza aquí es mucho más alta en comparación con los países en proceso de desarrollo; y lo que se consideraría pobreza en los Estados Unidos de América, equivaldría a la riqueza en muchos países del Tercer Mundo. Si usted tiene un par de zapatos, o agua potable, o comida, en muchos lugares del mundo se le tendría por rico.

Dejad a los niños

¿Recuerdan aquel instante, hace dos mil años, en que Jesús interrumpió un importante seminario de enseñanza que daba a sus discípulos? Quizás los niños del vecindario de Capernaum habían interrumpido la sesión de Jesús con un alborotoso juego de los pegados. Tal vez jugaban muy cerca cuando una pelota o un juguete cayó a los pies de Jesús y los niños se presentaron a la carrera para recuperarlo. Sea lo que sea que haya sucedido, Jesús interrumpió su enseñanza, tomó a los niños en sus brazos y dijo a los allí congregados: "Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar" (Mateo 18:6 RV).

Un poco antes de este antiguo relato bíblico hay otro hondamente conmovedor que ilustra la compasión de Jesús hacia los niños. Un padre perturbado se presentó ante Jesús rogándole que sanara a su hijo enfermo. "Lo he traído a tus discípulos, pero no le han podido sanar" (Mateo 17:16). Me imagino que los ojos de Jesús fulminaron al dirigirse a sus discípulos, diciendo: "¡Oh generación incrédula y

perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédmelo acá" (Mateo 17:17). Jesús echó fuera el demonio que había en el niño y así fue sanado.

Los angustiados padres de millones de niños nos levantan a nosotros los cristianos los cuerpos de sus niños moribundos. Nosotros tenemos los medios que nos permiten tener una parte importante en la solución de este problema, pero no estamos haciendo lo suficiente. Jesús se dirige a nosotros diciendo: "¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo os he de soportar?" Este es el mensaje del jinete sobre el caballo negro, quien trae hambre y peste. Este es, además, la advertencia a la que debemos prestar atención antes de que se nos declare culpables de descuidar a tantos niños que sufren.

Debemos arrepentimos de nuestro descuido, pedirle perdón a Dios, y hacer lo que esté a nuestro alcance. No podemos hacerlo todo, pero algo podemos hacer. Cristo, por mandato y por obra nos llama a que hagamos todo lo que esté a nuestro alcance para sanar a los enfermos, alimentar a los hambrientos y socorrer a los que sufren. La gran misión de Cristo fue la de traer redención a la humanidad por medio de su muerte en la cruz; y cuando El estaba clavado en la cruz pudo decir que había acabado la obra que el Padre le había dado que hiciera (Juan 17:4). Mas esto no significaba que El había descuidado a aquellos que a su alrededor sufrían y padecían hambre. Todo lo contrario. Así que usted y yo no sólo hemos sido llamados a proclamar las buenas nuevas de salvación en Cristo, sino también a demostrar Su amor a aquellos que todavía padecen necesidades.

Una onza de prevención

Resulta difícil hacerse una idea de la enorme diferencia entre el cuidado de la salud en las naciones occidentales y el de los países

menos desarrollados. He visto datos estadísticos que muestran que en Europa y en Norteamérica hay un médico por cada 572 habitantes. En el este de Asia hay un médico por cada 2.106 personas. En el sudeste de Asia hay un médico por cada 14.956 habitantes. En el este de Africa, donde hay tanto sufrimiento en la actualidad, hay sólo un médico por cada 17.480 habitantes. Y la escasez de enfermeras y de parteras es igualmente sombría. En Europa y en Norteamérica hay una enfermera por cada 194 habitantes. En Centroamérica hay una enfermera por cada 1.245 habitantes. Y en Africa Sudcentral hay sólo una enfermera por cada 4.031 habitantes.

De más vital importancia que curar las enfermedades, sin lugar a dudas, es prevenirlas. Esto es a menudo un asunto primordialmente relacionado con la alimentación. Uno de cada tres niños (de los que sobreviven el parto) en los países pobres no tiene buena salud como resultado de la mala alimentación. Cada vez que ingerimos una comida balanceada debemos hacer una pausa, no sólo para darle gracias a Dios por la comida que tenemos delante, sino para orar por esos niños que pasan hambre, y para pedirle a Dios que nos muestre la forma en que podemos ayudar a alimentar aunque sea a un puñado de los cientos de millones de niños hambrientos, que jamás han disfrutado una comida nutritiva en toda su vida.

Yo quedé conmovido con los hallazgos del Comité de Lausanne para la Evangelización del Mundo, tocante a los niños en peligro (publicado en la edición de 1991-92 del Almanaque del Mundo Cristiano). Según el director de Lausanne, Tom Houston, 250.000 niños se quedarán ciegos este año por la falta de una cápsula de vitamina que cuesta diez centavos, o de un puñado de verduras diariamente. A otros 230.000 niños les dará poliomielitis por falta de una vacuna. Más de 14 millones de niños morirán de enfermedades comunes y de desnutrición, y cien millones de niños que viven en las

calles de las ciudades serán arrastrados al crimen, la prostitución y a otras formas de corrupción. ¿Cuánto más apremiante puede uno hacer la petición de ayuda?

Yo le aconsejaría a aquellos que son jóvenes y andan en busca de propósito en la vida, que tomen en cuenta a los niños del mundo. A ustedes que son mayores y que buscan una manera de servir durante sus años de retiro, ¿por qué no tener grandes sueños? Yo no puedo decirles cuál es la mejor forma de colaborar en la tarea de alimentar a los niños hambrientos del mundo, pero tiene que haber alguien que le pueda orientar. Pida dirección en oración. Llame a su iglesia y hablele sobre el problema del hambre en su ciudad o en su vecindario. Llame a su denominación o a una organización de servicio cristiano y enrólese como voluntario.

Si nadie tiene un plan, diseñe usted uno. En nuestra organización tenemos un Fondo de Socorro para Emergencias. Jamás substraemos un solo centavo para gastos de administración. El 100 por ciento se envía al lugar donde hay necesidad. Si usted tiene interés en colaborar por medio de nuestra organización, por qué no me escribe a mí, Billy Graham, Minneapolis, Minnesota, y nosotros nos encargamos de que usted reciba mayor informe sobre nuestro fondo.

Mi hijo Franklin, durante una visita a las tierras altas de la parte central de Guatemala hace algunos años, vio a una familia que había caminado durante varios días, a través de la selva, para llegar a territorio controlado por el gobierno, con el fin de escapar de una zona controlada por las guerrillas. Sus hijos estaban tan desnutridos que ni siquiera podían sentarse sin la ayuda de nadie. Franklin dijo que cuando miró a esos niños era casi lo mismo que mirar a esqueletos cubiertos por una capa de piel. Lo único que los niños eran capaces de hacer era sollozar en silencio —sin expresión de gozo— con un quejido muy quedo y constante. El médico que los examinó ni siquiera

estaba seguro de que los niños sobrevivieran. Como en el caso de la enfermedad conocida con el nombre de anorexia nervosa, la persona que padece de inanición llega a un punto en que sus órganos vitales comienzan a deteriorarse, y el daño que se ha sufrido no se puede reparar.

El agua potable y la salud

Existe una profunda preocupación por el agua y la sanidad en los países menos desarrollados. Cuatro de cada cinco niños en las zonas rurales del mundo, no tienen agua potable ni higiene pública. En Africa, el noventa por ciento de la población no tienen instalación de acueducto en sus casas. Y peor aún, los grandes ríos de Africa contienen gérmenes peligrosos, parásitos que afectan el hígado, amebas disintéricas y otras infecciones. Un mandatario africano le llama a las fuentes de agua del continente "las aguas del infortunio". Si los africanos han de subsistir, es necesario que tengan agua potable y acueductos parecidos a los que nosotros damos por sentado en este país.

Una vez en la India vi a una niña con un botellón vacío de cinco galones sobre la cabeza. Se dirigía de su aldea hacia un hoyo de agua sucia, situado a varios kilómetros de distancia. Muchas veces he visto a las mujeres mayores de estas aldeas habitadas por tribus regresar encorvadas por el peso exagerado de sus cargas. Las fuentes de agua de los alrededores se habían secado como consecuencia de una prolongada sequía. Mientras que observaba yo sabía que la sed espiritual de esta niña era más importante que su sed física, mas no me era posible separarlas. Como la mujer junto al pozo en Sicar en Samaria, a quien Jesús le había ministrado, ella necesitaba el agua de vida, tanto física como espiritualmente.

Estoy convencido de que para llegar al corazón de un mundo en aflicción, es necesario que lleguemos también a las necesidades básicas como la alimentación y la vivienda. Nuestro amoroso testimonio a un alma perdida debe ir acompañado de nuestro interés por sus cuerpos que perecen. Dios creó las dos cosas y El tiene como propósito redimirlos a los dos. La muerte de Jesucristo en la cruz demuestra el interés de Dios por la salvación eterna de nuestras almas. La resurrección de Cristo de entre los muertos —y la promesa de que nuestros cuerpos un día participarán de su gloriosa resurrección— demuestra el interés de Dios por nuestro aspecto físico.

Los seres humanos no son sólo otro animal cuya vida y muerte tienen poco significado. Somos creados a la imagen de Dios, y aunque esa imagen ha sido dañada y desfigurada por el pecado, seguimos siendo creación de Dios. Si somos creyentes no sólo tendremos un nuevo corazón como resultado del nuevo nacimiento, sino que un día también tendremos un cuerpo nuevo y glorificado, muy parecido al cuerpo del Cristo resucitado.

Las causas de los traumas en nuestro mundo —ya sea como consecuencia del hambre, de la carestía, de la guerra y de la intolerancia, o de enfermedades como la difteria, el alcoholismo y el SIDA— todas claman por compasión e interés. Dios está interesado en aquellos que sufren, quienesquiera que sean, dondequiera que se encuentren y no importa el motivo por el que sufren. Mas El también está interesado en la forma en que nosotros respondemos ante su dolor. Cristo nos dijo que debíamos amar a aquellos que están perdidos y que sirviéramos al "más pequeño de éstos", que diéramos comida a los hambrientos y que vistiéramos a los desnudos. Ese es nuestro deber cristiano. Aun en los casos en que el hambre y la enfermedad puedan ser vistas como el juicio de Dios, los cristianos están en el deber de demostrar el amor de Dios y de mostrarse compasivos. No se nos

permite criticar y seguir de largo sin acercarnos: Es necesario que mostremos interés y que prestemos ayuda.

Nuestra mayor necesidad

Hace varios años el Doctor Ernie Steury, cirujano en el Hospital Tenwek en Kenia, Africa Oriental, nos relató acerca de una mujer de la selva que había estado de parto durante dos días. La familia había mandado a llamar a los brujos y, por supuesto, los brujos nada pudieron hacer en favor de ella. Finalmente, en la desesperación, la familia decidió llevarla al hospital de la misión, en Tenwek. Tuvieron que cargarla durante varias horas por un angosto camino en la selva antes de llegar a la carretera. Una vez que llegaron a la carretera, tuvieron que esperar varias horas por la llegada de un autobús. Después hubo otro retraso de varias horas y ya estaba avanzada la noche cuando llegaron al hospital. Fue llevada sin demora al salón de emergencias y la enfermera mandó a buscar al Doctor Steury. El llegó y examinó a la mujer y descubrió que ya estaba muerta.

El esposo estaba de pie en el pasillo, esperando ansiosamente por el informe del médico. El Doctor Steury se acercó a él y le hizo saber que era demasiado tarde. El hombre rompió en llanto y exclamó: "Ay, señor, le suplicó, ¿no podrá usted hacer algo?" El Doctor Steury le explicó que él nada podía hacer.

Más adelante el doctor hacía memoria de aquel incidente y dijo: "Me di la vuelta y lo que me conmovió, más que ninguna otra cosa, no fue el hecho de que ella había muerto, sino que murió sin haber escuchado ni una sola vez el mensaje del evangelio. Miles de personas mueren diariamente, y fallecen sin haber jamás oído acerca de Cristo. Esto es lo que me impele a seguir aquí en Africa como médico misionero voluntario. Esto es lo que me da el impulso para seguir

adelante. El año pasado ingresamos a más de ocho mil pacientes. Cada uno de ellos oyó el evangelio. Más de cinco mil tomaron la decisión de recibir a Cristo como Señor y Salvador. No los podemos alcanzar a todos, pero sí a algunos. Se me ha ordenado que vaya por todo el mundo con este mensaje del evangelio y yo voy a hacer la parte que me corresponde".

Yo creo que esta es la clase de compasión de la que deben brotar nuestros esfuerzos para servir a los que están afligidos. El Doctor Steury sabía que el verdadero servicio no nos permite hacer separación entre el alma y el cuerpo: ambos son partes vitales de la persona en su totalidad. Mas cuando él vio la muerte del paciente, no fue tanto la muerte física la que lo perturbó —puesto que todos tenemos que morir — sino la muerte espiritual.

El rojo y el negro

Mientras que el hambre y la enfermedad andan al asecho por la mayor parte del Tercer Mundo, casi todos los países del mundo, hasta los más pequeños, se arman hasta los dientes. Esta es una de las realidades más desafortunadas de nuestra época. Se trata de un problema que nos ilustra la exacta contemporaneidad de las verdades bíblicas antiguas. El caballo rojo, el que trae la guerra, oportunamente se adelanta y prepara el camino del caballo negro, el que trae carestía, enfermedad y hambre.

Nuestro mundo tiene obsesión con la guerra, la violencia y la muerte. Con los más de tres billones de dólares que anualmente se gastan en armamentos, se podría dar alimento, ropa y refugio a los más de mil millones de personas que viven por debajo del nivel de subsistencia. Tomemos en cuenta que el ingreso anual por cabeza de una familia en Bangladesh es de sólo \$176; en Mozambique, antes del

brote de hambre y guerra, era de \$220; en Somalia, en la actualidad devastada por la sequía, el hambre y la anarquía, el ingreso promedio anual era de \$300 antes de estos problemas, y ahora es sólo una pequeña parte de esta cifra.

En 1982 el ex primer ministro de Australia, Malcolm Fraser, fue el anfitrión del Diálogo Norte-Sur de líderes mundiales. En una sección de la Declaración de Melbourne, como se le ha denominado, se declaró que "el extenso ataque de la dignidad humana y las privaciones que padecen tantos millones en las naciones en desarrollo, conducen inevitablemente a la agitación política". "Tal agitación", afirmó Fraser, "ha de ser utilizada para extender el ámbito de las dictaduras en el mundo".

Muchos en aquella conferencia opinaron que sólo un nuevo orden político o un nuevo orden económico podrían aspirar a resolver tales problemas. Debo decir que tienen razón —sólo un gobierno mundial puede resolverlo. Y el único "nuevo orden mundial" duradero, sin embargo, que tendrá éxito en resolver los problemas de este mundo, será el liderazgo dinámico y espiritual de Jesucristo, en su venida a establecer Su reino en la tierra. No se deje engañar: el nuevo orden de Cristo no es un mito; no se trata de una hipérbole o de una metáfora de una realidad mística. Ha de ser real, físico y creo yo que ha de venir muy pronto.

La brecha que se ensancha

Al presidente de los Estados Unidos de América también se le avisó en informe del "Global Outlook 2000" ("El panorama global 2000"), preparado por las Naciones Unidas en 1990, de que la brecha que se ensanchaba entre países ricos y pobres "conduciría inevitablemente al desastre económico y al conflicto abierto". El ex presidente del Banco

Mundial, Robert MacNamara, concuerda con esto: "Muchas de las naciones más pobres del mundo ... están condenadas al desastre político y económico en la próxima década". A medida que el mundo se precipita sobre el Armagedón, no puede menos que estar de acuerdo con el ex primer ministro Soviético, Nikita Khrushchev, cuando habló sobre una anticipada Tercera Guerra Mundial: "Los sobrevivientes envidiarán a los muertos".

La situación mundial puede ya haber llegado a un punto irremediable, y tanto los analistas cristianos como los que no lo son creen que los peligros seguirán empeorando hasta llegar a algún tipo de climax trágico. La Biblia expuso los detalles de este climax, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Pero no basta con que los cristianos se detengan a darle la bienvenida al Armagedón —es más, no sería correcto—. Nuestro deber es orar y obrar. Aunque nos sintamos pequeños e impotentes ante tan difíciles problemas, debemos recordar las palabras del hombre que dijo: "Yo sólo tengo un cubo de agua que lanzar al fuego, pero lo voy a lanzar con todas mis fuerzas, pidiéndole a Dios que lo utilice de la misma manera en que utilizó los cinco panes y los dos peces".

El trueno que se aproxima

Las nubes de tormenta que traen al caballo negro y su jinete dejan oír sus truenos de forma más potente. La profecía bíblica se está cumpliendo a nuestra vista. En todo nuestro contorno presenciamos la tragedia humana de la miseria y la enfermedad. La gente hambrienta escarba entre los basureros para buscar algunas migajas que le ayuden a calmar los dolores agudos del hambre. ¿De qué forma debemos reaccionar? La lectura de la Biblia me ha convencido de que hemos sido llamados a actuar, no a ser apáticos, y a ser participantes no

expectadores distantes.

Cuando el sargento Shriver era el encargado del programa para combatir la pobreza en los Estados Unidos de América, hace algunos años, él me pidió que lo ayudara, cosa que en efecto hice. Filmamos una película sobre la pobreza en Appalachia. Le dirigí la palabra a cerca de doscientos miembros del congreso y le entregué a cada uno de ellos una lista de versículos bíblicos que hablan sobre la responsabilidad que tenemos hacia los pobres. A continuación cito algunos de ellos:

Y no rebuscarás tu viña, no recogerás el fruto caído de tu viña; para el pobre y para el extranjero lo dejarás.

Levítico 19:10

Porque no faltarán menesterosos en medio de la tierra; por eso yo te mando, diciendo: Abrirás tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra.

Deuteronomio 15:11

Siempre tendréis a los pobres con vosotros.

Marcos 14:7

*El que tiene misericordia de los pobres
es bienaventurado.*

Proverbios 14:21

*A Jehová presta el que da al pobre,
y el bien que ha hecho, se lo volverá a pagar.*

Proverbios 19:17

*Conoce el justo la causa de los pobres;
mas el impío no entiende sabiduría.*

Proverbios 29:7

*Aprended a hacer el bien;
buscad el juicio,
restituid al agraviado,
haced justicia al huérfano,
amparad a la viuda.*

Isaías 1:17

Uno de los grandes juicios de las Escrituras fue el que Dios trajo sobre Sodoma; y uno de los grandes pecados de Sodoma fue el descuido de los pobres y los necesitados: "He aquí que esta fue la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad tuvieron ella y sus hijas; y no fortaleció la mano del afligido y del menesteroso" (Ezequiel 16:49 RV).

Cristo hizo que nuestras responsabilidades fueran en extremo claras en Mateo 25:35-36: "Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí". Y aunque este pasaje pueda tener doble significado, su significado para nosotros es muy claro en lo tocante a nuestros deberes prácticos. El también nos advirtió de que habría juicio severo si no cumplíamos con nuestros deberes.

El apóstol Pablo habló sobre el mismo asunto en Romanos 12:20 y en 1 Corintios 13:3: "Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza".

Santiago abordó este asunto de manera un poco distinta, mas con el mismo significado: "¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?" (Santiago 2:5 RV). "Si en verdad cumplís la ley real, conforme a la Escritura: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, bien hacéis" (V. 8).

El llamado del sufrimiento

Como ya he señalado, hay uno o dos pasajes que no tienen fácil explicación. Por ejemplo, cuando Jesús dijo: "Porque siempre tendréis

pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis" (Mateo 26:11). En este versículo Cristo sólo estaba señalando el hecho de que la pobreza nunca ha de ser eliminada hasta que Su reino sea establecido; mientras tanto, debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para socorrer a aquellos que sufren. De hecho, existe un argumento válido en el punto de vista que afirma que Dios permite la pobreza y el sufrimiento para que los cristianos puedan demostrar el amor de Cristo a los que padecen.

Todos conocemos la tendencia moderna de echarle la culpa a la persona o las circunstancias equivocadas. Por ejemplo, el criminal (se dice) es víctima de su medio ambiente. Sin embargo, el primer crimen cometido en la tierra ocurrió en un ambiente perfecto. En la actualidad las estadísticas demuestran que muchos de los crímenes se cometen en ambientes de clase media alta. La pobreza no es excusa para el crimen, como no puede ser disculpada una chica de familia prominente que cometió un asesinato, por el hecho de haber tenido sobreabundancia de todo. Dios nos creó con la capacidad de escoger. Cada uno de nosotros, en fin, tendrá que dar cuenta por las decisiones que ha tomado.

Otro punto que es necesario clarificar es el mandamiento que sigue: "No seguirás a los muchos para hacer mal, ni responderás en litigio inclinándote a los más para hacer agravios; ni al pobre distinguirás en su causa" (Exodo 23:2-3 RV). La Versión Popular dice: "No sigas a la mayoría en su maldad. Cuando hagas declaraciones en un caso legal, no te dejes llevar por la mayoría inclinándote por lo que no es justo; pero tampoco favorezcas indebidamente las demandas del pobre".

Provisión, sí; protección, sí; parcialidad, no. En Levítico 19:15 dice: "No harás injusticia en el juicio, ni favoreciendo al pobre ni complaciendo al grande; con justicia juzgarás a tu prójimo". Con harta frecuencia, me temo, alguna gente acomoda la justicia por enfatizar

demasiado la condición en que se encuentran los "desventajados". No cabe duda de que esto es incorrecto. Pero estoy persuadido de que la precisa amenaza de los cuatro jinetes del Apocalipsis no es sólo para avisar o juzgar, sino también para despertar. Vienen no sólo para impulsarnos emocionalmente, sino también para motivarnos a que hagamos algo —para señalarle a hombres y mujeres el rumbo en que Dios mismo quisiera que fueran—. Estoy convencido de que debemos luchar contra el hambre y la enfermedad, con todo el poder y la energía a nuestra disposición. Estoy convencido igualmente de que nosotros podemos hacer una gran diferencia. El asunto no es si nuestros esfuerzos podrán alimentar a todos los hambrientos o sanar a todos los enfermos. Siempre es mejor hacer algo que no hacer nada. Haciendo una paráfrasis de James Kelley, "Es mejor encender una vela que maldecir la oscuridad". Dios nos llama a que actuemos; lo demás está en Sus manos.

La plaga de desamparo

Nuestro país jamás ha sido testigo de una plaga de desamparo como la que existe hoy en el mundo. Hace algunos años había vagabundos e indigentes en nuestras ciudades. En la actualidad existe una epidemia de familias empobrecidas y de individuos que han perdido la habilidad de cubrir sus propios gastos. Ya sea por la pérdida del empleo, la desintegración del hogar, la aguda pobreza, los problemas emocionales, el empeño de los hospitales para enfermos mentales para deshacerse de lo que algunos llaman "los heridos en pie", y por muchas otras razones, miles de miles de estadounidenses viven en refugios nocturnos, misiones, o en las calles.

Mas el problema no es exclusivo de los Estados Unidos de América. Es particularmente crónico en los países más pobres. En estos lugares

la tendencia hacia la urbanización de los últimos cincuenta años ha sido la principal causa del problema del desamparo. Desde 1950 la población urbana se ha duplicado en la mayoría de los países desarrollados. En los países en proceso de desarrollo se ha cuadruplicado. En los últimos sesenta años la urbanización se ha multiplicado diez veces. Según el Almanaque del Mundo Cristiano, 1990 fue el primer año en la historia de la humanidad en que había más gente viviendo en las ciudades que en las zonas rurales. Y para agravar más la situación, las Naciones Unidas ha hecho proyecciones de que para el año 2000, diecisiete de las veinte ciudades más grandes del mundo estarán en naciones del Tercer Mundo.

Todas estas tendencias —urbanización, desamparo, crecimiento de la población del Tercer Mundo— hacen su aporte a la plaga de hambre de nuestro tiempo. Mas ¿cómo podrá alguien hacerle frente a problemas de magnitud tan desafiante? La Convención General de la Iglesia Episcopal adoptó una resolución, en 1982, sobre la reacción de la iglesia ante el problema del hambre. Yo creo que el consejo de ellos aún tiene vigencia para la solución de los problemas que nos afectan hoy. La resolución instaba a "todo individuo y a toda congregación ... a que aumentaran su compromiso con los pobres". La resolución indicaba cinco rumbos que tal compromiso podía tomar. Permítanme citarlos a continuación.

El primero es "familiarizarse con las necesidades locales de comida y cooperar con el establecimiento de programas tales como despensas de alimentos, bancos de comida, programas cooperativos de evaluación de estilos de vida". Muchas iglesias se han abastecido de comida para emergencias, ya sea por medio de donaciones o de compras presupuestadas y la han almacenado en los mismos edificios de la iglesia o en un depósito alquilado, cerca de la iglesia. Los que necesitan alimentos sólo tienen que pasar por el centro de alimentos

para emergencias, dar a conocer su necesidad y recibir lo que les hace falta por mediación de los voluntarios cristianos que trabajan en el centro. Una iglesia en Los Angeles estableció una tienda en los lugares bajos de la ciudad, donde hay muchos refugiados que padecen necesidades. Le venden comida y ropa a los necesitados al costo. He observado otra tendencia encomiable: Algunas iglesias están examinando sus estilos de vida para determinar cómo pueden ahorrar dinero de su propia cuenta de víveres, con el fin de compartir más con los pobres y los hambrientos en sus vecindarios.

En segundo lugar, la resolución insta enérgicamente a que "cada miembro de la iglesia prometa que dedicará por lo menos una hora de trabajo voluntario en servicio directo hacia los necesitados, y que cada congregación provea locales, víveres y dinero para abastecer esas necesidades". Se de una iglesia que tiene un programa de transporte de personas, un método para que siempre haya voluntarios disponibles, entrenados y útiles en organizaciones de servicio cristiano, establecidas por la iglesia o por otras agencias en la comunidad. Este "banco de talento" brinda oportunidades semanalmente a sus miembros, jóvenes o viejos, para que ayuden a abastecer las necesidades de la comunidad con su tiempo y energía. Un pastor le pidió a los feligreses que donaran el diez por ciento de su tiempo de trabajo para el trabajo del reino en ese pueblo. Otros restringen a los voluntarios a una cantidad de tiempo que puedan manejar cada semana. Es importante que no se le exija demasiado a ningún individuo, en lo que respecta al tiempo y al dinero. La lucha por socorrer a los que no tienen y a los oprimidos no debe llevar a la destrucción de los compromisos vocacionales, espirituales y familiares de los voluntarios.

Conozco a una familia que ha sido de tremenda bendición al dar en forma anónima cuando se enteran de los que tienen necesidad en la

zona en que viven. La familia junta decide qué proyectos realizará. Trabajan, oran y a veces luchan para cumplir con sus promesas; mas esa es parte de lección. Los pobres, hambrientos y necesitados que se benefician —ya sea directa o indirectamente por medio de la iglesia—, nunca se enteran de la procedencia de las cosas que les regalan. Esta familia ha aprendido la verdad bíblica que dice que es más bienaventurado dar que recibir. Quizás su familia esté dispuesta a hacer algo por el estilo con el fin de socorrer a los necesitados de su zona.

En tercer lugar, la resolución Episcopal hace un llamado a que se ore "por que haya más conciencia y sensibilidad entre todos los ciudadanos, sobre los problemas del hambre y la desnutrición", y para que se cree tal conciencia "mediante la distribución de materiales para programas educativos". Repetimos que la oración es esencial para los problemas de privación y hambre humanas, pero la oración debe ir unida a la acción. La serie de tiras cómicas de Charles Schultz, titulada "Peanuts", tiene una tira inolvidable, en la que Snoopy, el pequeño y tragicómico sabueso se encuentra acostado y tiritando sobre su casa de perro, bajo una horrible tormenta de nieve. Es la hora de la cena Linus y Lucy disfrutan del calor de la hoguera. Lucy mira por la ventana hacia el friolento y hambriento perro y grita: "Ora, para que te calientes y para que comas, Snoopy". Tantas veces la oración que no va acompañada de obras es hipocresía, y las obras que no van acompañadas de oración son inútiles y de corto alcance. Mas juntos, orando y trabajando en favor de los hambrientos, traerá cambios enormes y proveerá a la comunidad del ejemplo de amor cristiano que conduce a la clase de testimonio más efectivo.

En cuarto lugar, la resolución aconseja que "se unan fuerzas con otros individuos y organizaciones cristianas". Este es una forma práctica y sistemática de enfrentarse a los problemas. Existen, por supuesto, numerosas organizaciones denominacionales y

paraeclesiásticas que se pueden recomendar, desde el Ejército de Salvación hasta Visión Mundial. Una de las mejores organizaciones pequeñas de socorro, es la Bolsa del Samaritano en Boone, Carolina del Norte, dirigida por mi hijo Franklin. Además, como ya hemos mencionado, nosotros tenemos nuestra propia organización de socorro en la Asociación Evangélica de Billy Graham, con su sede en Minneapolis.

Después de investigar estas organizaciones y la labor que realizan, escoja una o dos grupos que usted desee apoyar. Una vez que usted ha determinado la organización denominacional o paraeclesiástica que crea que es digna de confianza y efectiva, labore para apoyar a ese grupo en sus ministerios locales, nacionales e internacionales.

Aun así, no hay forma en que un grupo o varios de ellos puedan de veras abastecer las necesidades de todo el mundo. Sobran las zonas necesitadas, comenzando con las casas que están cerca de su propio hogar. Comience en su propia comunidad. Preste servicio a sus vecinos, mientras que se extiende para ministrarle a los hambrientos y necesitados alrededor del mundo. Recuerda que la caridad comienza en nuestro hogar y de allí se extiende a todos sus contornos.

En quinto lugar, la resolución insta "a los legisladores y a toda la comunidad a que soliciten el incremento del uso de nuestros recursos nacionales para abastecer necesidades humanas básicas". Nuestros oficiales públicos agradecen el interés sincero de una persona bien informada. Como hemos visto, Cristo nos llamó a que atendiéramos a las viudas y a los huérfanos. En términos inequívocos nos ordenó a que diéramos comida al hambriento y diéramos ropa a los que no la tienen. Los impuestos que pagamos sostienen programas nacionales, estatales y locales. Y la efectividad de esos programas depende del interés que nosotros tengamos en los mismos. La atención que prestemos a los resultados de estos programas hará que los que los

dirigen conserven su honestidad y que no se desvíen de la meta. ¿Por qué sólo los incrédulos deben esforzarse por ejercer influencia en la forma en que se emplea el dinero recaudados mediante los impuestos? ¿Por qué no hacerlo nosotros también?

Pongamos las cosas en perspectiva

Durante la década de los cincuenta tuve el privilegio de ser amigo de Dwight D. Eisenhower, antes y después de ser presidente de los Estados Unidos de América. Yo espero haber tenido alguna influencia sobre él, y ciertamente él impactó profundamente mi manera de pensar. El hizo una afirmación ante la Sociedad Americana de Editores de Periódicos, en abril de 1953, que ha ejercido en mí una gran influencia. El dijo lo siguiente:

Cada arma de fuego que se fabrica, cada acorazado de guerra que se bota a las aguas, cada cohete que se dispara —a fin de cuentas— es un robo que se hace a aquellos que padecen hambre y no reciben alimentos, que tienen frío y no se les da ropa. Este mundo en armas no está gastando dinero por gusto solamente. Está gastando el sudor de sus obreros, la genialidad de sus científicos, las esperanzas de sus hijos.... Esto no constituye de ninguna manera un estilo de vida en el verdadero sentido. Bajo la amenazadora nube de guerra, la que cuelga sobre una cruz de hierro es la humanidad.

Estas palabras pronunciadas por nuestro primer mandatario fueron parte de lo que me movieron a mí y a algunos de mis colegas, en 1956, a realizar nuestro primer recorrido por los países en proceso de desarrollo. Antes de esta época yo había visto a muy pocas personas muriendo por causa de inanición, y nunca había tenido la experiencia de ver con mis propios ojos el horror de una nación sumida en la pobreza casi en su totalidad y azotada por el hambre. A todo lugar donde iba, había gente en la indigencia, vistiendo harapos o semidesnuda. En algunos lugares los mendigos eran tan numerosos que

se nos imposibilitaba el paso por las calles.

Tales condiciones dejarían enfermo y horrorizado aun al más insensible. Cuando regresé a los Estados Unidos de América me parecía que todo el mundo vivía en la opulencia, como el rico en la historia que Jesús relata en Lucas 16:19. Me fui directamente a la Casa Blanca y le hice saber mi modo de sentir al presidente. Me escuchó atentamente y luego me pidió que compartiera mis impresiones con John Forster Dulles, secretario de estado. Dulles era un hombre que asistía a la iglesia. El había sido presidente del Consejo Federal de Iglesias, antes de ser escogido para formar parte del gabinete de Eisenhower. El señor Dulles se mostró muy cordial. El me pidió que le hiciera una visita en su hogar, en vez de su despacho en el departamento de estado. Hablamos largamente sobre la gente hambrienta que yo había visto. Hice énfasis sobre las necesidades que allá había, e insistí en que debíamos hacer algo al respecto. Le pregunté: "¿Y qué del sobrante de la producción de trigo de esta nación?" ¿Por qué no emplearlo para abastecer algunas de las necesidades básicas de aquellos que por todo el mundo se están muriendo porque no tienen el grano para hacer pan?

Estoy aun más convencido hoy de la responsabilidad social de que las naciones ricas deben compartir el sobrante que tienen con los pobres aunque esto signifique un cambio en la forma de pensar en cuanto a la manera llevarlo a cabo. Debe haber una forma de llevar granos y productos lácteos de los almacenes de las naciones ricas a las chozas y casuchas vacías de aquellos que se están muriendo de hambre en toda la tierra. Ha llegado la hora de que los mejores cerebros judeo-cristianos se pongan a trabajar con el fin de resolver este problema, puesto que no existe motivo para que tanta gente, en particular los niños de este mundo, tenga que sufrir y morir de hambre, cuando nosotros estamos tan bien alimentados. No es posible leer las epístolas

de Santiago o de Juan y llegar a otra conclusión acerca de la responsabilidad que tenemos.

Durante gran parte de mi vida no le presté mucha atención a las responsabilidades humanitarias de la iglesia. No me había dado cuenta cabal de que millones de personas en todo el mundo vivían al borde del hambre. La Biblia hablaba de manera muy específica sobre la obligación que tenían los creyentes de hacer algo referente a esos problemas, pero pasó algún tiempo antes que me diera cuenta de la crisis que existía. En el presente esos problemas son más fáciles de ver. A medida que he viajado por todo el mundo y que he estudiado la Biblia en lo tocante a estos asuntos —especialmente los versículos nuevotestamentarios que hablan de nuestra responsabilidad hacia el pobre y el hambriento—, mi convicción en cuanto a nuestra responsabilidad cristiana se ha profundizado.

Tengo la dicha de ser ciudadano de los Estados Unidos de América, un país que ha sido bendecido en muchas maneras y más allá de lo que ha sido bendecida cualquier otra nación del mundo. Mas no debo tener en poco estas bendiciones, ni usted tampoco. Somos administradores de lo que Dios nos ha permitido tener. Mientras que tengamos más que nuestros vecinos, Cristo nos llama a que compartamos lo que tenemos con aquellos que alrededor del mundo padecen necesidad, particularmente los que pertenecen a la familia de la fe. Si le fallamos a Cristo en esa tarea, habremos de ser juzgados por nuestro fracaso. El jinete sobre el caballo negro, que lleva la balanza, avanza para advertirnos de que no podemos seguir evadiendo la responsabilidad que tenemos hacia los que padecen hambre, a pesar de todas las barreras que nos salgan al paso. Y de hecho existen barreras formidables.

Barreras que impiden el progreso

La escasez esporádica en la cosecha de granos ha sido una parte considerable del hambre en años recientes. En algunos casos estos problemas se agudizan con las plagas de animales y de insectos. Otro factor importante son las fuentes de aguas contaminadas. Alrededor de 600 millones de personas viven en zonas desérticas marginales, donde tanto las fuentes de agua y de granos están en extremo limitadas.

Tradicionalmente los cristianos han visto a los misioneros como aquellos que se dan a la tarea de predicar, enseñar, traducir y realizar ministerios de sanidad. Estoy convencido de que hoy es necesario que comencemos a entrenar y a equipar a los mejores cerebros, tanto jóvenes como viejos, para que sirvan a Cristo en el mundo mediante el control de plagas, de la ciencia de la agricultura, de la ingeniería, de programas de manejo de fincas y de terrenos y la investigación del clima. Yo felicito a las agencias misioneras que ya están involucradas en el entrenamiento de la nueva generación de misioneros ingenieros, técnicos, científicos y administradores, quienes emplearán sus habilidades vocacionales para salvar tanto las vidas como las almas de un mundo que peligra.

El Centro de Información y de Recursos de Visión Mundial brinda varias sugerencias para que aumentemos la ayuda que damos a los pueblos del mundo. El informe indica que hace falta que donemos nuestros conocimientos con el fin de ayudar a que las naciones diseñen planes de almacenaje de las reservas de granos, para que los granos almacenados se puedan distribuir cuando haya una crisis. Esta es, precisamente, la misión que realizó José en Egipto. Como resultado de su agudeza de ingenio, no sólo se salvó a Egipto, pero Israel y el Medio Oriente en general fueron también librados del hambre.

Y claro que existen hombres y mujeres talentosos que pueden hallar, crear y diseminar la tecnología para hacerle frente a estos desafíos agrícolas. Los ingenieros estadounidenses y los expertos en agricultura

pueden también ayudar a las naciones empobrecidas a desarrollar las tierras cultivables, demostrándoles cómo conservar recursos y cómo fertilizar e irrigar lo que de otra forma sería terreno inservible.

En el nombre de Cristo

Durante varios años mi hijo Franklin y sus compañeros de la Bolsa del Samaritano, han construido casas en el Líbano a los musulmanes que se han quedado sin hogar como resultado de la guerra civil en su país. Esta ha sido una misión realizada con el fin de abastecer necesidades humanas básicas, realizada gratuitamente con la esperanza de que sus hechos de caridad cristiana lleguen a producir un cambio en la actitud que tienen los musulmanes hacia los cristianos.

Yo sé que esos esfuerzos están dando resultados. A medida que hombres, mujeres y niños libaneses han visto a los cristianos hacer sacrificios para ayudarlos a reconstruir sus ciudades y sus casas, han sido testigos también de una clase de testimonio cristiano que es distinto de lo que ellos han conocido anteriormente. Aplaudieron a Franklin y a sus amigos mientras que pasaban delante de ellos por las calles. Hasta los abrazaban con lágrimas en los ojos y expresaban que sentían en todas las formas que les era posible. Cuando le preguntan del por qué hacen estas cosas, Franklin y sus amigos simplemente responden: "Lo hacemos porque los amamos y porque Dios los ama a ustedes. Hacemos esto en el nombre de Jesucristo".

Muchos cristianos que ministran en diversas partes del mundo se están ganando el derecho de ser escuchados. Están respaldando el mensaje que predicán con la compasión. Por supuesto, esto no es una idea nueva. Los misioneros, tanto laicos como clérigos, han estado en el campo por muchas generaciones, ganándose el derecho de ser escuchados y respaldando su mensaje con la compasión. Ellos también

están delante del jinete sobre el caballo negro, en el nombre de Cristo.

No debemos nunca, a pesar de nuestra tecnología moderna, criticar o menospreciar los métodos empleados por aquellos misioneros que pagaron un precio durante los últimos doscientos años para llevar el evangelio a todo el mundo. Mi suegro, El Doctor Nelson Bell, fue una de esos grandes misioneros en la China. Dejó una exitosa carrera de beisbolista profesional, estudió medicina, y en 1916 se fue a la China para colaborar en la construcción de un hospital. El combinó la medicina con la proclamación del evangelio.

Jesús le dijo a sus discípulos: "Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis; otros labraron, y vosotros habéis entrado en sus labores" (Juan 4:38 RV). El tremendo surgimiento evangélico en todo el mundo en la actualidad es el resultado del precio que pagaron en sangre, sudor y lágrimas y hasta muerte, los hombres y mujeres de Dios, con el fin de echar el fundamento sobre el cual nosotros estamos construyendo en la actualidad. Cuando leo los informes de que es posible que cerca de cincuenta millones de cristianos subsisten y posiblemente se multiplican en China hoy, me doy cuenta de cuán importante ha sido nuestro legado de amor para el mundo. Al entrar y salir de la China con su ministerio, llamado "East Gates", mi hijo, Ned, se ha conmovido profundamente al ver con su propios ojos algunos de los resultados de la labor realizada por su abuelo y por otros misioneros en China. Estos grandes sembradores de la fe pagaron un enorme precio al dejar sus hogares y aventurarse en un viaje hacia el otro lado del mundo para ministrar en el nombre de Cristo y para sembrar la semilla del evangelio.

Mis prioridades han cambiado muy poco desde que fui ordenado hace muchos años. La salvación de los perdidos fue, es, y habrá de ser siempre, mi tarea principal. Pero como ya he dicho, Cristo no sanó a todo el mundo. El no dio de comer a todos. Su misión principal fue la

salvación de los perdidos. Cuando le trajeron al paralítico, lo primero que Jesús dijo fue: "Tus pecados te son perdonados" (Mateo 9:2). Cristo sabía que aquel hombre necesitaba primero entender lo que era el perdón de Dios; pero luego El abasteció también las necesidades físicas de aquel hombre. Me parece a mí que este es el orden correcto de prioridades.

Nuestro deber cristiano

Jesús tuvo compasión de todos aquellos con quienes se encontró que tenían alguna necesidad. Dios nos ha dado a cada uno de nosotros diferentes dones, talentos y habilidades. Somos partes distintas de un mismo cuerpo. Jesús fue carpintero antes de ser ministro, de modo que El comprendía la importancia de construir cosas para hacer que la vida fuera soportable; ese conocimiento también enriqueció su enseñanza. En el presente tanto ingenieros como arquitectos, voluntarios a corto plazo, pastores y evangelistas, deben trabajar juntos para ayudar a aflojar el paso del caballo negro del hambre y realizar la obra del reino mientras que el día lo permita.

¿Quiere decir esto que todos hemos sido llamados a deshacernos de todo lo que poseemos? Claro que no. No hay nada malo o inmoral en la posesión de riquezas. Puede ser que Dios llame a algunos a deshacerse de mucho y a realizar grandes sacrificios, mas Dios nos ha encargado a que cada uno descubra su voluntad para nosotros. Las riquezas pueden ser una mayordomía que Dios nos encargue. Pueden ser empleadas de manera egoísta y pecaminosa, o pueden ser utilizadas para la gloria de Dios. Pablo escribió lo siguiente a los Romanos: "De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí" (Romanos 14:12 RV). Cada uno de nosotros tiene diferentes talentos y oportunidades. La pregunta que hay que hacerse es: ¿Estamos usando

lo que tenemos para la gloria de Dios, y está usted empleando sus dones para el mejoramiento físico y espiritual del mundo que le rodea?

Hemos sido llamados por nuestro Señor y Salvador para que proclamemos el evangelio y para que sirvamos a nuestros semejantes, en sus necesidades psicológicas, físicas, morales y espirituales. Hace falta verdadera fortaleza espiritual para arriesgar la vida por Cristo. Mas antes de precipitarse como voluntario en la causa de las necesidades, del hambre o de la salud en el mundo, asegúrese de, primero, acudir inmediatamente a Cristo para obtener perdón y fortaleza.

El caballo negro del Apocalipsis pone en claro que estamos enfrascados en una batalla espiritual. Hay niños que mueren porque la maldad reina en los corazones y las mentes de la gente. Para darle de comer y para ocuparse del mundo hará falta una revolución espiritual. A medida que hombres y mujeres acuden a Dios en Cristo, habrán de ser liberados para descartar la falsa esperanza de que las armas, por sí solas, habrán de librarnos de nuestros enemigos. Podrán compartir por amor, puesto que cada cosa que poseemos constituye un regalo de Dios. Que las siguientes palabras, escritas por el apóstol Pablo y dirigidas a Timoteo, nos sirvan de guía: "A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna" (1 Timoteo 6:17-19 RV).

No somos más que administradores de los recursos del mundo. No nos pertenecen; son de Dios. Cuando nuestra seguridad está en El, entonces podemos dar generosamente de lo que El nos ha confiado a nosotros. En esto radica nuestro deber cristiano.

La sombra de la muerte

Miré, y he aquí un caballo amarillo, y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía; y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra.

Apocalipsis 6:8

La muerte esparce su sombra sobre la tierra. En cada continente, en cada nación y a través de cada ciudad, pueblo, aldea y choza, la muerte galopa con plena libertad. El espectro del Apocalipsis en ninguna parte es más visible que la temible obra de este sombrío segador. La muerte es un maestro consumado de la destrucción; y sus credenciales van delante de la misma: aborto, abuso, adicción, brutalidad, crimen, enfermedad, drogas; odio, lascivia, crimen, abandono, pestes, conflicto racial, violación, venganza, hambre, suicidio, violencia y guerra. Estas son las barajas de su juego.

He aquí el registro de sus logros: 50 millones de muertes cada año. Anualmente muere un millón de personal como resultado de los desastres fabricados por el hombre; 80.000 mueren víctimas de los terremotos, y 10.000 de las inundaciones. Anualmente hay un millón de víctimas de los desiertos y 10 millones de refugiados como resultado de problemas ambientales; 625 millones viven en zonas donde el aire no es saludable y puede resultar fatal. Hay anualmente 250.000 víctimas nuevas de los desastres ambientales, y un millón

padece de envenenamiento con pesticidas. Todos éstos son blancos del cazador al asecho del espanto. Diariamente muere el inconcebible número de 25.000 personas por causa de la contaminación ambiental.

En los Estados Unidos de América mueren anualmente 50.000 personas en accidentes de tránsito; 11.000 mueren producto de caídas; 5.000 por fuegos y quemaduras; y 6.000 ahogados. Otros 2.000 son muertos anualmente mediante armas de fuego; cerca de 4.000 por ingerir algún objeto en la comida; 1.000 se envenenan con gas; y 4.000 más mueren producto de otras clases de venenos. Y esto se complica por el hecho de que hay en el presente 11 millones de alcohólicos en este país y 76 millones de familias tienen un miembro por lo menos que batalla con el alcoholismo o con problemas relacionados con el alcohol.

A nivel mundial se producen 5 millones de muertes anualmente como consecuencias de la malaria, y 3 millones por la tuberculosis; 2.8 millones de niños mueren anualmente como resultados de enfermedades que se hubieran prevenido por medio de vacunas. Las enfermedades infecciosas causan 4 millones de muertes de niños no inmunizados. Hay 5 millones de muertes anuales de niños menores de 5 años, producto de la diarrea; 4 millones mueren de neumonía. Se nos ha informado que se estima que existen 60 millones de portadores en potencia del SIDA, con un aumento de infección anual de un cien por ciento. Se estima que existen 3 millones de víctimas del SIDA en todo el mundo, con una tasa de mortalidad de un 100 por ciento.

Súmensele a estas cifras los 16.8 millones que se calcula que mueren víctimas de enfermedades parasitarias, 13.3 millones de padecimientos circulatorios, 5 millones de dolencias cardiovasculares; 4.3 millones mueren de cáncer, 3.3 millones de muertes perinatales, 2.6 millones de muertes vinculadas al uso del tabaco, y 401.000 suicidios anualmente.

Haciendo cuenta de las pérdidas

¿Cómo podrá alguien llegar a comprender los estragos que en la humanidad causan tanto sufrimiento, angustia, dolor y pérdida? Y esto es sólo una pequeña fracción de los males en general que existen en el mundo, azotando y haciendo estragos en medio nuestro. Alrededor de 3 millones de personas padecen de artritis crónica; existen 85 millones de niños con serios impedimentos físicos; y 900 millones de personas sobre este planeta viven en constante dolor. Además de todo esto, hay 51 millones de psicóticos en el mundo, 10 millones de esquizofrénicos y 950 millones de psiconeuróticos. Estos asombrosos datos estadísticos me hacen quedar boquiabierto por los estragos que en el mundo hace la muerte. Mas tengo que preguntarme de qué forma pueden compararse estas cifras con la tragedia de las bajas de un combate armado. No puedo concebir que la situación se pueda empeorar en tiempo de guerra.

En agosto de 1991 el "Journal of the American Medical Association" ("Revista de la Asociación Médica Estadounidense") publicó un preciso estudio sobre la epidemiología de la muerte durante la guerra, que reportaba, entre otras cosas, el promedio estimado de muertes anuales en las guerras durante los últimos cuatro siglos. Los investigadores descubrieron que la tasa promedio de muertes anuales, producto de la guerra, fue de 9.500 en el siglo décimo séptimo. El promedio anual fue de 15.000 en el siglo décimo octavo, 13.000 en el décimo noveno y la enorme cantidad de 458.000 anualmente en el siglo veinte... hasta la fecha.

Me sorprendió el hecho de que durante la Guerra de los Treinta Años en la primera mitad del siglo décimo séptimo, hubo un promedio de sólo 6,000 muertes relacionadas con la guerra, lo cual suma un total de alrededor de 180,000 muertes. Esta es una cifra muy alta, pero

menos de lo que yo podía imaginar durante una campaña que recibió el nombre de Guerra de los Treinta Años. En comparación, más de 250,000 murieron en sólo los cuatro años de la Guerra Civil Estadounidense, unos 250 años después. Pero más conmovedor fue la cifra estimada de 5.561.000 muertes en combate anualmente durante la Segunda Guerra Mundial, lo cual constituye una suma total de más de 30 millones de soldados que perdieron la vida, sin incluir la cifra de más de 20 millones de muertes entre los civiles.

Caballo amarillo, jinete amarillo

En el museo de Victoria y Alberto, en Londres, hay una copia pintada de una serie de tapices bordados en el siglo décimo cuarto. Tiene alrededor de 472 pies de largo y representa la visión de Juan del Apocalipsis. Hace seiscientos años los artistas bordadores leyeron el capítulo sexto de Apocalipsis y de manera artística interpretaron al jinete como si fuera una calavera envuelta en paños sepulcrales, montado sobre un caballo amarillo y sosteniendo una espada romana ancha, en preparación para la carnicería que iba a ejecutar.

En el siglo decimoquinto, Alberto Durero pintó la visión de Juan en quince grandes bloques de madera cuidadosamente cortados. Estas son quizás las ilustraciones más famosas de los jinetes. La muerte monta sobre el caballo amarillo en la forma más tradicional del Padre Tiempo, un enjuto y barbudo anunciador de juicio, con un tridente en la mano y cabalgando a todo galope en dirección hacia hombres con caras que miran hacia arriba horrorizadas e indefensas. Durante siglos los artistas han hecho el intento de representar esta espantosa escena, mas nada ha podido captar el horror de esa realidad.

Antes de llegar al versículo sexto del relato de Juan, tres caballos han galopado ante nosotros. Cada uno lleva un instrumento de la ira

de Dios, y cada uno ha salido para traer terror y juicio a la tierra. Y ahora, en el versículo séptimo uno de los emisarios escogidos por Dios da un paso al frente al oír la orden de "ven". Se abre una nueva página para dar a conocer al cuarto caballo y su sombrío jinete. En los versículos que siguen, Juan escribe lo siguiente: "Miré, y he aquí un caballo amarillo" (Apocalipsis 6:8). El término en griego es "chloros". William Barclay, el renombrado profesor escocés de la Universidad de Glasgow, lo llama el color de un rostro "blaqueado por el terror". Moffatt afirma que el caballo era del color —carente de sangre— de un cadáver. En ese instante los ojos de Juan vieron una escena horrorizante. El caballo amarillo era montado por un jinete "que tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía" (Apocalipsis 6:8).

La corta frase, "y el Hades le seguía", ha dejado perplejos a los eruditos a lo largo de los siglos. ¿Había un segundo jinete montado a la grupa con la Muerte? ¿O había un quinto jinete del Apocalipsis? El Hades es la morada transitoria de los muertos. Este es el lugar que por un tiempo se traga los espíritus de aquellos que mueren sin conocer a Cristo. En la visión, Juan ve a la Muerte y el Hades, en términos muy comunes, como un hombre los desechos a lo largo de una calle pública, recogiendo un poco de basura y echándola en el saco de basura que lleva consigo.

La visión del infierno.

Cuando él ve la imagen de la Muerte y del Hades, Juan emplea una frase misteriosa: "le fue dada potestad..." (Apocalipsis 6:8). En ese horrible instante en que caballo y jinete se detienen, algo ocurrió entre Dios y la Muerte, que Dios le da a ésta el poder de quitarle la vida a una de cada cuatro personas sobre la tierra.

Es importante que nos demos cuenta de que los horrores desatados

por el cuarto jinete tienen un efecto multiplicador. El primer caballo no es reemplazado por el segundo, y así sucesivamente; más bien, al primero se le une el segundo, luego el tercero y finalmente el cuarto jinete. Al jinete que trae plagas y muerte se le unen cada uno de los otros que ya hemos estudiado. El efecto combinado de los cuatro jinetes es devastador.

Uno de los objetivos que tiene Satanás es el de engañar. Esto lo hemos visto representado en forma vivida en la imagen del caballo blanco. El engañador vino a conquistar y a desviar a las naciones. En Juan 8:44, Jesús dijo: "Es mentiroso, y padre de mentira"; y su deseo de causar muerte también puede verse en el mismo versículo: "El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él". Aquí, en Apocalipsis 6:8, se le da permiso para salir y matar a mucha gente y realizar un holocausto de una cuarta parte de la población de la tierra.

Para fines de la presente década se calcula que la población del mundo sobrepasará los 6 mil millones. Esto significa que, si este portador de juicio se le ha dado permiso para matar la cuarta parte de la población de la tierra en aquel momento, serán muertas mil quinientos millones de personas. Esto significa que morirán más personas de las que habitan el continente europeo, el sudamericano y el norteamericano, en conjunto.

¿Por qué habrá Dios de permitir que se haga realidad un sufrimiento como éste? La visión de Juan concuerda con los cuadros bíblicos de la antigüedad, en los que se describe lo que ocurre cuando Dios derrama su ira sobre aquellos que lo desobedecen. William Barclay hace la siguiente advertencia: "En el fondo de todo esto encontramos la verdad invariable de que ningún hombre y ninguna nación pueden evitar las consecuencias de su pecado" (El Apocalipsis de Juan, 2:12). Lynn Howard L'lough explica que la Muerte, aquí, no trae destrucción

sin sentido, "sino destrucción que tiene la función de ejecutar la justicia de Dios. La Muerte es una parte de la administración divina. Y la cuarta parte de la población siente su poder, para que los demás puedan ver y tengan la oportunidad de arrepentirse" (The Interpreter Bible, 12:414).

El mundo entero quedó horrorizado por el holocausto en el que Hitler, a sangre fría, envió a alrededor de 6 millones de judíos (y también a millones de polacos y otros no judíos) a las cámaras de gas. Sin embargo nadie estaba más angustiado que Dios. Su corazón se quebranta cuando sus propios hijos mueren. Dios no quiere que nadie perezca, pero cuando la gente rechaza en rebeldía el plan de Dios, la consecuencia de la desobediencia es la muerte. El jinete sobre el caballo amarillo sólo está tomando lo que se le debe.

El amor de Dios

Aun así, en esta visión, Dios extiende su mano en amor. El hizo una ilustración de su amor al enviar a Su Hijo a morir en la cruz—la muerte más horrible que una persona pueda sufrir. Dios espera que mediante esta prueba de amor y esta advertencia del cuarto jinete, dada a Juan hace casi dos mil años, el mundo pueda ver aún la paga del pecado, abandone su pecaminosidad, busque el perdón de Dios y sean salvos de las fauces del infierno.

No debemos horrorizarnos por lo que Dios hace. Debemos sentirnos agradecidos. En algunos casos la muerte física es en verdad una bendición. ¿Qué sucedería si Adolfo Hitler o José Stalin estuvieran vivos en la actualidad? Este mundo sería un infierno si estos hombres hubieran vivido para siempre. Mas la gente no sólo muere físicamente; están muertos espiritualmente mientras que tienen vida física y hasta que encuentran nueva vida en Cristo. La Biblia habla

también sobre la segunda muerte o muerte eterna. En este caso se refiere al infierno. Dios, por medio de este jinete, espera burlar al infierno de los millones que por su propia pecaminosidad han escogido muerte en vez de vida. Si el amor que El ofrece es aceptado y se presta atención a Su advertencia, entonces millones serán librados.

Mas la orden es aun más específica. Las armas de la muerte se describen claramente: espada, hambre, plaga y animales salvajes. Estos instrumentos neotestamentarios del Apocalipsis son tomados directamente de los textos del Antiguo Testamento. La visión de Juan tiene sus raíces en una visión que tuvo Moisés cerca de mil trescientos años antes de la visión de Juan en la isla. Barclay nos hace recordar que en Levítico(26:21-26) Moisés describe el juicio que Dios habría de enviar sobre Su pueblo como consecuencia de su desobediencia. Barclay dice: "Las bestias salvajes los privarán de sus hijos, destruirán su ganado y los reducirán en número. La espada vengará sus quebrantamientos del pacto. Cuando estén reunidos en sus ciudades, la pestilencia estará entre ellos. El quebrará la vara del pan y comerán y no quedarán satisfechos" (El Apocalipsis de Juan, 2:11-12).

La espada del Señor

Más adelante el profeta Ezequiel oyó al soberano Señor decir: "¿Cuánto más cuando yo enviare contra Jerusalén mis cuatro juicios terribles, espada, hambre, fieras y pestilencia, para cortar de ella hombres y bestias?" (Ezequiel 14:21 RV). Más aun estas promesas de horror traen esperanza. Dios le asegura a Ezequiel que habrá algunos sobrevivientes: "Y os consolarán cuando viereis su camino y sus hechos, y conoceréis que no sin causa hice todo lo que he hecho en ella" (Ezequiel 14:22-23 RV).

Pero la Biblia enseña que también Dios posee espadas. "La espada

del Jehová y de Gedeón" (Jueces 7:20) fue el grito de guerra de los antiguos israelitas, cuando marcharon para derrotar a los madianitas. En el Nuevo Testamento leemos acerca de "la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios" (Efesios 6:17).

El arma de Satanás es, por supuesto, la falsificación. Representa una "mentira espiritual" en oposición a la verdad de Dios. En 2 Tesalonicenses 2:7-22, Pablo dice: Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia.

El pasaje en Apocalipsis 6 que trata sobre el caballo amarillo, probablemente tiene doble interpretación. Una es literal, la otra es espiritual. La Biblia enseña que en los últimos tiempos habrá hambre de la palabra de Dios (Amos 8:11). La muerte espiritual viene después de del hambre espiritual.

Mas en el mundo también hay hambre física. Por ejemplo, anoche mismo murieron de hambre cuarenta mil niños mientras que usted dormía. Súmesele a estos el total de víctimas producidas por las plagas de pestes que afectan al Africa Oriental, a Asia y a Latinoamérica. La Biblia dice lo siguiente:

Si no oyes la voz de Jehová tu Dios, para procurar cumplir todos sus mandamientos y sus estatutos que yo te intimo hoy, que vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y te alcanzarán".

Jehová traerá sobre ti mortandad, hasta que te consuma de la tierra a la cual entras para tomar posesión de ella. Jehová te herirá de tisis (enfermedades degenerativas), de fiebre, de inflamación (¿enfermedades contagiosas?) y de ardor, con sequía, con calamidad repentina y con añublo; y te perseguirán hasta que perezcas. Jehová te herirá con ... tumores (¿cáncer?), con sarna, y con comezón de que no puedas ser curado (¿como el herpes genital, la sífilis y el SIDA?). Jehová te herirá con locura (¿enfermedad mental?) ceguera (¿defectos congénitos? y turbación de espíritu (¿traumas mentales y emocionales?). (Deuteronomio 28:15,21-22,27-28 RV).

Las interrogantes entre paréntesis anteriormente se han insertado para dar estímulo a sus propios pensamientos sobre este descriptivo pasaje. Y esta es sólo una breve lista de lo que harán las pestes entre la población, cuando el jinete sobre el caballo amarillo atraviere la tierra.

Además, deben tomarse en cuenta los que han sido muertos por las bestias salvajes. Moisés, Ezequiel y Juan vivieron en un mundo en el que las bestias salvajes con frecuencia asechaban a los viajeros mientras que transitaban por los caminos primitivos entre una aldea y la otra. Los animales de presa invadían los poblados desprotegidos, causando terror y destrozando a sus habitantes. En la mayoría de las culturas civilizadas del presente las bestias salvajes se encuentran enjauladas en los zoológicos y en los circos rodantes. Pero al igual que la evolución de la espada que se convierte en arma nuclear, también las bestias salvajes han evolucionado y se han convertido en asesinas modernas que nos asechan por dondequiera que vamos. Pues sí, existe la amenaza real de que las bestias salvajes merodeen por las ciudades modernas en busca de comida y agua, como el caso de los coyotes en el sur de California, o los jabalíes que de vez en cuando invaden aldeas del Tercer Mundo. Mas existen en medio nuestro otras bestias salvajes, y estas pueden ser las que indican las Escrituras. Considere, por ejemplo, el aborto.

El holocausto del aborto

Pocos asuntos han hecho que nuestra sociedad se polarice tanto como el debate sobre el aborto. No pretendo inmiscuirme en los asuntos jurídicos y políticos que tienen que ver con esta difícil pregunta. Existen de hecho casos en los que el aborto es el menor de los dos males, como en el caso en que la vida de la madre se encuentra

obviamente en peligro. Sin embargo, para mucha gente hoy el aborto se ha convertido en algo más que otro método de control de la natalidad, que se practica por simple conveniencia personal, sin preocupación alguna por la criatura que se desarrolla en el vientre— y desde el punto de vista bíblico, esta forma egoísta de proceder está equivocada. Con demasiada frecuencia el derecho a la vida del niño que no ha nacido se ha perdido trágicamente en la ola gigantesca de gritos que piden el "derecho" de escoger.

La Biblia deja bien en claro que Dios ve al bebé que no ha nacido, no como un trozo de tejido biológico y superfluo, sino como una persona, creada por El para que viva. El salmista dijo: "Porque tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre.... No fue encubierto de ti mi cuerpo, bien que en oculto fui formado, y entretejido en lo más profundo de la tierra. Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas" (Salmo 139:13,15-16 RV). Dios le dio a conocer una verdad parecida al profeta Jeremías: "Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones" (Jeremías 1:5). Cuando María, la virgen madre de Jesús, visitó a su prima Elizabet, quien tenía en su vientre a Juan el Bautista, se nos dice que Elizabet le declaró a María: "Porque tan pronto como llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre" (Lucas 1:44). Esto indica claramente que esa criatura que no había nacido era una persona, no sólo un trozo de tejido.

Por estos y por otros pasajes no puedo menos que llegar a la conclusión de que vale la pena que nos preocupemos por el niño que no ha nacido y que lo protejamos, de la misma forma en que protegemos a un recién nacido o a un adulto. La desencadenada práctica del aborto por demanda constituye también otra siniestra

señal en nuestro tiempo del trote atronador del jinete sobre el caballo amarillo.

Según un artículo publicado en mayo de 1992 en una revista para mujeres, las adolescentes estadounidenses la tasa más alta de embarazos del mundo. La tasa en los Estados Unidos de América es dos veces más alta que la de Inglaterra, Francia y Canadá; tres veces más alta que la de Suecia; y siete veces más alta que la de los Países Bajos. Un millón de adolescentes quedan embarazadas anualmente. La mitad de ellas da a luz; el treinta y seis por ciento opta por el aborto; el catorce por ciento pierde la criatura. Además, 623 adolescentes contraen sífilis o gonorrea diariamente. Desde el inicio del programa "Plan Parenthood", patrocinado por el gobierno, que se propone "instruir" a los adolescentes en cuanto a la sexualidad, ha habido un aumento de un doscientos treinta por ciento en el número de embarazos de las adolescentes. En 1960 se producían menos de cien mil abortos anualmente en este país; en 1972 hubo cerca del triple de la cifra anterior, mas en 1978, con la legalización de Roe, mas el apoyo de grupos en favor del aborto y feministas, se hicieron más de 1.4 millones de abortos. En la actualidad el promedio anual es de 1.6 millones de abortos en los Estados Unidos de América. La tasa de muertes es asombrosa. Desde 1973 se les ha quitado la vida a alrededor de 30 millones de bebés antes de nacer.

La promiscuidad sexual es obviamente una de las principales epidemias de nuestra época, a la par del hambre, la violencia y las enfermedades. En 1988, uno de cada cuatro partos en este país ocurrió a madres solteras. Esta ha sido una tragedia particular en las partes bajas de la ciudad, donde en 1960, sesenta y uno por ciento de todos los nacimientos y cincuenta y dos por ciento de todos los abortos, ocurrieron entre mujeres solteras, pobres y negras.

Casi sin excepción, los medios noticiosos han defendido a capa y

espada el "derecho" al aborto de la mujer. Una de las pocas expresiones significativas de desaprobación que he visto en cualquier periódico ha sido la siguiente protesta en contra de este espectro de inmoralidad y sufrimiento, levantada después de la decisión de Roe v. Wade, en un editorial publicado en el "Sentinel", en Orlando, Florida:

La devaluación de la moralidad inducida por el aborto puede, y con toda probabilidad tendrá, efectos de largo alcance. Entre éstos está la promoción de la promiscuidad, despersonalización del concepto de la vida y la opresión del botón de destrucción de la familia como la conocemos.... ¿Y qué de la mujer misma? El aborto por capricho puede tener graves consecuencias para ella en el futuro. Ya hay suficiente dolor inevitable en la vida sin que uno se lo busque por sí mismo, en un período extremo, el recuerdo perturbador de un hijo que pudo haber existido".

Esto toca en el mismo corazón del problema. La moral fácil y la promiscuidad conducen a la decepción, a la desesperanza y a la muerte. Aun la historia declara el trágico legado de las sociedades promiscuas —desde Cartagena y Roma hasta la Francia renacentista. Y la Biblia declara repetidamente que la ira de Dios viene sobre todos los que persisten en practicar estos pecados.

A medida que nos acercamos al final de este milenio, millones de hombres y mujeres en todo el mundo se han alejado de Dios y se han entregado al hedonismo y a la adoración del yo. En su búsqueda de la absoluta libertad de restricciones morales o de responsabilidad personal, muchos creen que pueden pagar por sus pecados con dinero. Cuando el embarazo es el problema, o cuando el amor y el cuidado de un niño no está en sus planes, simplemente le pagan a un especialista para que elimine el problema, aun cuando el problema se trate de una vida humana. Esta mentalidad libertina de jugar ahora y evitar las consecuencias, ha cegado a muchas madres jóvenes; más tarde es cuando descubren que deben hacerle frente para siempre a las cicatrices físicas y emocionales.

He oído a alguna gente decir: "Bueno, yo estoy en contra del

aborto, pero con la crisis poblacional y todos los nacimientos no deseados en el mundo, particularmente entre los pobres, el aborto es probablemente lo mejor". Permítanme decir sin demora que este clase de manera de pensar es falsa y peligrosa. La forma de solucionar la crisis de población consiste en hacer saber a hombres y mujeres que Dios los ama y tiene ya un plan personal diseñado para cada uno de ellos. Necesitan comprender que la vida humana es un regalo sagrado de Dios. Guiarlos hacia una nueva vida en Cristo mediante el arrepentimiento y un cambio de corazón. Luego enseñarles acerca del control personal y la responsabilidad moral, como Dios la ha definido, y proveerles refugio y comida si les hacen falta. Podemos demostrar el amor de Dios, pero jamás pensemos que podemos resolver una crisis moral consintiendo otra, especialmente el asesinato, puesto que el aborto sin restricciones no es otra cosa que eso.

En este asunto solamente podemos ver todas las evidencias de los cuatro jinetes: el primer jinete engaña, el segundo trae violencia y pleitos, el tercero trae pestilencias y el cuarto trae la muerte. Toda vida es sagrada, creada a la imagen de Dios; sin embargo, los jinetes no tienen mayor interés que el de destruir la creación de Dios.

La epidemia del SIDA

La misteriosa enfermedad conocida con el nombre de Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida (SIDA) es otra crisis de nuestros tiempos que se ha convertido en uno de los componentes principales de los desastres que aquejan al mundo. Esta enfermedad fatal apareció repentinamente hace sólo una década y ya ha dejado una asombrosa estela de muerte y destrucción a su paso. La Revista de la Asociación Médica Estadounidense informó en junio de 1991 sobre la incidencia del SIDA, desde los primeros que aparecieron en 1981. Ese año se

reportó un total de 189 casos al Centro para el Control de Enfermedades (CCE), de quince estados y el Distrito de Columbia. La gran mayoría —más del setenta y seis por ciento— provenían de Nueva York y California. De todos los casos conocidos, noventa y siete por ciento eran hombres, setenta y nueve por ciento de los cuales eran homosexuales y bisexuales. En este período inicial no se conoció ningún caso de niños.

Para 1990, sin embargo, el cuadro ya había cambiado dramáticamente. Ese año se reportaron 43.000 casos, procedentes de todos los estados, del Distrito de Columbia y de los territorios estadounidenses. Dos tercios de los casos procedían de fuera de Nueva York y California; el once por ciento de todos los casos que se reportaron de entre adolescentes y adultos eran mujeres; y cerca de 800 casos se reportaron entre niños menores de trece años.

Bajo cualquier criterio la propagación tan rápida de una enfermedad sería vista como epidémica por naturaleza. Desde los primeros informes de la enfermedad en 1981, los departamentos de salud pública en Washington recibieron informes de más de 179.000 personas que habían contraído SIDA. De éstos, el sesenta y tres por ciento (113.000) ha muerto desde entonces. A su vez, el SIDA se ha convertido en una de las causas principales de muertes, tanto entre hombres como entre mujeres menores de cuarenta y cinco años de edad y de los niños entre uno y cinco años, en los Estados Unidos de América.

La Organización Mundial de la Salud ha pronosticado que el número de casos de SIDA habrán de multiplicarse diez veces para fines del siglo. Del total de 1.5 millones de casos que se pronosticaron para 1992, el número de víctimas probablemente pasará de los 15 a los 18 millones para comienzos del próximo siglo. Por el hecho de que muchos de estos casos se dan en países empobrecidos, en los que los

datos estadísticos son en los mejores casos imprecisos, el número de víctimas puede ser mucho mayor.

En la resolución puesta en vigor en diciembre de 1991, la Organización Mundial de la Salud instó a todos las naciones miembros a que pusieran al SIDA como alta prioridad nacional. Además estimuló a los trabajadores de la salud a que protegieran la dignidad de aquellos que estuvieran afectados por la enfermedad. En uno de sus últimos discursos dirigidos a las Naciones Unidas antes de su partida a fines de 1991, el secretario general Javier Pérez de Cuéllar dijo: "Si no se controla, el SIDA puede convertirse finalmente en el mayor ataque, más allá de las privaciones de la pobreza, en contra de la salud y el desarrollo de los seres humanos".

Un desastre a nivel mundial

La revista "World Press Review" ha publicado la crónica de la epidemia de SIDA desde sus comienzos. El reportaje principal de la edición de enero de 1992 hizo un enfoque en el impacto que ha causado esta nueva enfermedad alrededor del mundo y publicó el trabajo de investigación que muestra que la propagación del SIDA es mucho más extensa de lo que nadie hasta la fecha ha podido documentar.

El SIDA es la epidemia más espantosa de nuestra generación y puede llegar a ser el asesino más temible de todos los tiempos. Según la Organización Mundial de la Salud, para el año 2.000, el noventa por ciento de los casos de SIDA se espera que se den en países del Tercer Mundo.

Presentar informes sobre el SIDA resulta ser un problema serio, no obstante, puesto que la OMS sospecha que se da a conocer menos del diez por ciento de los casos reales. Mientras que el total de los casos

que reciben tratamiento en todo el mundo asciende a cerca de 420.000, la OMS teme que esa cifra se duplique, llegando a un número de 8 a 10 millones de casos desconocidos.

Uno de los aspectos más aterradores del Virus de Inmunodeficiencia Humana (VIH) es la capacidad que tiene para mutar con rapidez. Se esconde literalmente de los antibióticos y de los medicamentos para combatir virus. Hasta la fecha, los únicos medicamentos antivirales aprobados son el AZT y el DDI, sólo han logrado disminuir el ritmo de avance de la enfermedad.

En Africa, en la actualidad, al SIDA no se le considera ya como una epidemia: más bien, como informa la revista francesa "Le Nouvel Afrique Asie", pandemia; es decir, una enfermedad colectiva fuera de control. La doctora Dorothy Blake de Jamaica, directora delegada del Programa Global de SIDA, está de acuerdo con estimados anteriores de que existen entre 8 a 10 millones de casos de SIDA en el mundo, setenta por ciento de los cuales han aparecido en el Tercer Mundo. Ella ha hecho una proyección de que para el año 2.010 la cifra total de casos puede sobrepasar los 40 millones de hombres, mujeres y niños afectados.

Las prostitutas son la fuente principal de contaminación en algunas zonas. En países como Tailandia, se estima que el setenta y cinco por ciento de la población masculina ha visitado a las prostitutas, muchas de las cuales, ya se sabe, están infectadas con el virus del SIDA. El doctor Jim McDermott, codirector de la Agrupación de Fuerzas Internacional del SIDA del Congreso de los Estados Unidos de América, en una entrevista con la Agencia Noticiosa Asiática en Manila, informó que la prostituta promedio en Bombay, India, tiene seis clientes cada noche. Luego da a conocer un atemorizante estimado: "Si uno da por sentado que hay 600,000 contactos con prostitutas cada noche en Bombay, y que la tercera parte de estas prostitutas

están infectadas, cada noche, pues, hay 200.000 contactos que pueden resultar en contaminación con el SIDA".

El periódico "Toronto Globe an Mail" dio un informe de que semanalmente en Río de Janeiro más de 3.000 mujeres jóvenes, mayormente de las zonas rurales de Brasil, llegan para unirse a la legión de prostitutas en esa ciudad. Brasil tiene la más alta incidencia de casos de SIDA en Latinoamérica y el cuarto mayor en el mundo. Se calcula que alrededor de 700.000 brasileños están contaminados.

En México, con sólo poco más de 7.000 casos conocidos de SIDA, la situación parece ser más leve en comparación; mas las autoridades creen que el número de casos documentados puede ser una fracción de la cantidad real. En comparación, cerca de 1.200 casos se han documentado en Polonia y 1.000 en Sud Africa. En Francia el SIDA y la hepatitis andan rabiosos, producto de la distribución por parte de los servicios públicos de salud, de sangre contaminada con el SIDA. Más allá de los casos conocidos de SIDA y VIH, el ministerio francés de salud estima que 400.000 personas pueden haberse contaminado con el virus mediante transfusiones de sangre contaminadas.

La explosión de epidemias

Larry Kramer, activista del SIDA, afirmó en un artículo publicado en mayo de 1992 en "USA Today", que ya hemos perdido la batalla contra el SIDA. A pesar de los gastos de más de mil millones de dólares en investigaciones sobre el SIDA y el VIH, no se ha descubierto ninguna cura, ni siquiera un tratamiento esperanzados y la enfermedad sigue su curso en escala ascendente a un ritmo alarmante. Kramer informó que se presenta una nueva contaminación con VIH cada 54 segundos, y 267 casos nuevos de SIDA cada día, es decir, aproximadamente 8.000 casos al mes. Hay una muerte por causa del

SIDA cada nueve minutos; por lo menos 4 de cada 1.000 estudiantes universitarios tienen esta enfermedad.

"Cuando comencé a escuchar y a combatir en contra de lo que iba recibir el nombre de SIDA", escribe Kramer, "habían sólo 41 casos. Cuando empecé de veras a atemorizarme y a hablar sobre el asunto, habían 1.000 casos. Los Estados Unidos de América están llegando con rapidez a los 200.000 casos de SIDA declarado, con 10 millones de personas contaminadas con el virus VIH en todo el mundo. Nadie sabe a ciencia cierta cuántos casos existen. Nadie sabe cómo contarlos".

"Lo peor de todas estas cifras", dice el escritor, "es que son demasiado bajas". Y añade algo más: "Si el sistema del cuidado de la salud estadounidense casi se desmorona bajo la carga de los primeros 100.000 casos, calculen lo que harían otros 100.000 casos". Mas la epidemia global del SIDA no habrá de ser única carga sobre los hombros de los servicios públicos de salud. Además de los datos estadísticos anteriores las enfermedades transmitidas sexualmente están alcanzando proporciones epidémicas, tanto en los Estados Unidos de América como en el resto del mundo. Las investigaciones indican que el sesenta y tres por ciento de todas las infecciones de enfermedades transmitidas sexualmente, afectan a la población menor de veinticinco años de edad. Entre estos se encuentra el millón de casos nuevos de enfermedad inflamatoria de la pelvis, 1.3 millones de casos nuevos de gonorrea (algunas clases no responden al tratamiento), 134.000 casos nuevos de sífilis (la cifra más alta en cuarenta años), y 500.000 casos nuevos de herpes. Existen en la actualidad 24 millones de casos del virus papilloma en los Estados Unidos de América, y 4 millones de casos nuevos de clamidia cada años. Cada año 3 millones de adolescentes son afectados en este país por las enfermedades sexualmente transmitidas.

Compasión cristiana

¿Hay algo que se pueda hacer en cuanto a esta situación crítica? ¿Hay algo que usted pueda hacer para expresar su preocupación y servir de ayuda mientras sigue firme, defendiendo los valores cristianos tradicionales? Por supuesto que sí. Yo creo que es nuestro deber cristiano que hagamos algo.

Para comenzar, sería conveniente informarse en cuanto a estos asuntos. Además de ediciones recientes de revistas, como la edición especial de "Newsweek" sobre "Los adolescentes y el SIDA" (3 de agosto de 1992), se han publicado libros excelentes en los últimos cuatro años que describen cada uno de estos problemas detalladamente, y dan sugerencias en cuanto a la forma de involucrarse. Con respecto a esto, yo recomiendo especialmente los libros publicados por las principales editoriales cristianas; esto es, aquellas afiliadas a la Asociación de Librerías Cristianas. No obstante lo dicho, hay otros libros publicados por editoriales seculares que brindan estudios informativos y objetivos en cuanto a la magnitud de los problemas, las estadísticas, las soluciones que se han intentado y los problemas implícitos.

Lo segundo que usted puede hacer es aprender más acerca de las organizaciones que instruyen, informan y asisten a hombres y mujeres en lo referente a estos asuntos. Su pastor tal vez pueda dirigirle a las organizaciones nacionales y locales que se concentran en estos asuntos.

En tercer lugar, usted puede presentarse de voluntario para ayudar en su iglesia, en la organización cívica a la que pertenece, o en los grupos de interés especial. Muchas de estas organizaciones no tienen reglas morales ni teológicas, que exijan, o en las cuales no se dialogue sobre asuntos éticos y religiosos; o que tales discusiones no invoquen

creencias religiosas. Otras, sin embargo, tienen una fuerte base religiosa y se proponen ministrar a las necesidades de los demás con amor y con compasión cristiana. También se proponen hacerle saber a otros la forma en que pueden encontrar paz con Dios por medio de la fe en Jesucristo.

El surgimiento del conflicto racial

Pero a su vez el mundo padece la devastación causada por la promiscuidad sexual y la enfermedad, y el horror de la violencia étnica y racial ha salido a flote con renovada potencia. Esta bestia antigua se niega a morir. Cincuenta años después de Auschwitz, Bergen Belsen, Buchenwald y Dachau, grupos armados nuevamente están persiguiendo a grupos minoritarios en Alemania. Durante los primeros meses de 1991 se dieron informes de más de mil quinientos ataques a inmigrantes en los sectores orientales y occidentales de esta nación, que una vez estuvo dividida. Grupos Neonazis son los principales atacantes, mas los ciudadanos respetuosos de la ley no sólo no han protestado por estos actos, sino que en muchos casos los grupos de personas se paran a observar y aplauden las golpizas, los abusos verbales y otras formas de brutalidad.

La situación se presenta particularmente volátil en las hace poco liberadas ciudades de Alemania Oriental, donde más de un millón de obreros de fábricas perdieron sus empleos cuando sus ineficientes e inproductivas fábricas tuvieron que cerrarse. Muchos alemanes orientales están convencidos de que los obreros africanos, del medio oriente y los turcos —que ganan menos y, por lo tanto, reciben empleo con mayor facilidad—, son los culpables de la situación en que ellos se encuentran. Los ataques perpetrados en los pueblos donde hay fábricas, alrededor de Dresden y Leipzig, han sido recios. Hay hogares

que han sido víctimas del vandalismo o que han sido destruidos, y algunos lugares han sido muertas personas que no son de origen alemán.

Mas la sombra de la cólera, del odio y de la muerte en todas partes del mundo nunca está lejos de nuestra vista. El racismo se ha convertido en un problema actual en Francia, Inglaterra, Italia y en los países escandinavos también. Ataques recientes en los Estados Unidos —por ejemplo, en Brooklyn y en Los Angeles— son sólo los incidentes más visibles. Los tiroteos, los asaltos, las golpizas y otras formas de asaltos raciales, están en aumento en cada ciudad estadounidense. El cuarto jinete está tomando al mundo por asalto.

La evidencia de la brutalidad se echa de ver por todas partes. No hay más que echar un vistazo a los titulares matutinos, que escuchar las noticias radiales mientras que uno maneja por la autopista, o sintonizar el canal de televisión por la noche para ver un reportaje de muerte y tragedia en medio nuestro.

Desde mediados de 1991 la violencia ha sido el terror de Yugoslavia y ha incrementado los odios raciales antiguos en esa nación dividida. Desde los inicios del conflicto, más de 2 millones de personas fueron obligadas a salir de sus hogares, creándose así la mayor crisis de refugiados en la historia reciente. La guerra ha sido otro vivido ejemplo de la violencia racial, con un total de más de un millón de familias de árabes y musulmanas que fueron echadas de Serbia y de Bosnia Hersegovina. Las autoridades locales dieron el nombre de "limpieza" de gente étnicamente indeseable, a las atrocidades que cometieron por el ejército serbio, destacado en Belgrado. En su forma más siniestra la violencia, que se extiende desde Slovenia hasta Macedonia, le ha dado a la antigua tierra donde se oyeron los primeros disparos de la Primera Guerra Mundial, la atmósfera de la Alemania Nazi. El hecho de que la inflación es de proporciones astronómicas,

alcanzando el 12.000 por ciento desde la caída del comunismo, sólo incita más a la violencia y al desorden. Las tétricas escenas presentadas noche tras noche por los noticieros, no hacen más que confirmar las atrocidades que se cometen y demuestran, una vez más, la inhumanidad del hombre hacia el hombre.

Contemos los cuerpos destrozados por la espada sólo en los últimos doce años: ataques terroristas en Londres, bombardeos en Beirut, bombas de tubo y fuego de ametralladora en Belfast, otra masacre en Africa, un disturbio en California, un huracán en la Florida. Antes de la Segunda Guerra Mundial las imágenes de muerte que se describen en el Apocalipsis y en otras secciones proféticas de las Escrituras, hubieran sido inconcebibles. Imágenes como estas debieron haber parecido como fantasía en aquellos tiempos, como algo más allá de la razón. Hoy, sin embargo, hemos visto lo que en un tiempo se le llamó fantasía convertirse en la misma sombra de la muerte.

Para salvar la tierra

Por lo menos durante los últimos veinticinco años la disminución de los recursos naturales y la destrucción del medio ambiente han cobrado mucha importancia en la agenda política. La primera aparición pública generalizada de asuntos como este a veces se concentraba en detener el desarrollo económico y en un retorno a algún tipo de paraíso preindustrial en la tierra. En años más recientes la perspectiva ha sido la de hallar formas adecuadas de deshacerse de los desperdicios de la sociedad y de que las industrias manufactureras dejen de liberar gases que pueden dañar la capa de ozono y aumentar con esto el calentamiento global, y detener el aumento de la deforestación y la desertificación en los países del Tercer Mundo, y convertir en ley un programa de "diversidad biológica" —el

movimiento que busca la preservación de las especies en peligro de extinción, etcétera.

Como ocurre con cualquier movimiento de esta índole, muchos intereses especiales y diversas clases de activistas (incluso algunos extremistas) se han atacado entre ellos mismos. Algunos le conceden mayor importancia a los insectos y a los moluscos que a la vida humana. Son un grupo pequeño, pero las credenciales académicas y las investigaciones científicas le conceden una influencia mayor en asuntos de interés para los votantes que la que el número de sus miembros representa. Algunos son empresarios o burócratas que pretenden beneficiarse de este asunto. Mas otros son ciudadanos llenos de entusiasmo que han sido motivados por los medios de comunicaciones, que desean ver un equilibrio entre los diversos componentes del sistema ecológico.

No hay duda de que el planeta no anda bien. Los basureros están repletos, el tratamiento de aguas negras ya no se puede manejar, el consumo ha creado montañas de desperdicios prácticamente indestructibles, los ríos se están secando y se están contaminando; los mares se están contaminando porque ilegalmente se echan desperdicios en él y se contamina con sustancias nucleares y otros materiales dañinos se almacenan en lugares inseguros y, en algunos casos, filtrándose hasta llegar a las aguas, para convertirse en los carcinógenos y en las fuentes de contaminación de la próxima generación. Para aumentar la tragedia, las selvas tropicales de la tierra están desapareciendo, taladas a un ritmo de cerca de veinte mil acres al día, por obreros industriales o madereros. Estos son verdaderos problemas, mas debe haber al tratar sobre los mismos un orden de prioridades.

Uno de los inquietantes aspectos del debate ambiental consiste en el tono seudoreligioso que a veces ha adquirido. El lenguaje de la ecología

es apocalíptico y a la vez evangélico. La revista "Newsweek" dio inicio a la cobertura de la Cumbre sobre la Tierra, celebrada en Río de Janeiro, con una referencia a la caída de Adán y Eva en el jardín de Edén y presentada una encuesta global de las naciones para determinar si "el Apocalipsis pronto" constituía una amenaza substancial. Los que apoyan el movimiento y que hacen un llamado a la "administración ambiental", a menudo parecen estar adorando, no al Dios de los cielos, pero al Dios de la naturaleza. Esta es en sí una forma peligrosa de idolatría. Es más, cada vez que la vida animal se hace más sagrada en nuestra propia opinión que la vida humana, hemos perdido de vista nuestras prioridades correctas.

No obstante lo dicho, la posibilidad de la muerte de nuestro planeta producto de algún tipo de suicidio ecológico, no constituye la voluntad de Dios. La Biblia dice: "De Jehová es la tierra y su plenitud" (Salmos 24:1 RV). Y nosotros debemos tomar en cuenta el auténtico propósito que Dios tiene para este planeta. Debemos ser administradores responsables de los recursos que Dios nos ha entregado; y yo estoy convencido de que nos hemos excedido demasiado rápido y que hemos puesto en peligro algunos elementos del medio ambiente. También estoy convencido de que podemos lograr mucho mediante la disciplina, el ingenio y la oración. La tierra no se va a preservar por la aprobación de leyes ni por impulso tampoco; se va a preservar por la participación responsable de hombres, mujeres y niños que se preocupan por la creación de Dios. Si no nos preocupamos, el jinete amarillo de la muerte cabalará a lo todo lo largo de nuestro mundo.

Un retorno a la justicia

Las plagas, las enfermedades, el hambre y las guerras del presente deben motivar al mundo, no sólo a las acciones justas sino también al

arrepentimiento de sus pecados y al acercamiento a Dios, mientras que todavía haya tiempo. Las palabras de Juan dejan en claro que se escribieron para que el hombre abriera los ojos y se diera a la obediencia. La Biblia enseña que pueblos y naciones se traen sobre ellos mismos este sufrimiento por su perspectiva secular, por el odio y por la violencia. Dios ha optado por permitir que el ser humano coseche lo que ha sembrado, para ayudarles a aprender la lección de que el pecado engendra sufrimiento. Dios no aprueba el aborto, lo deplora; mas permite que ocurra. Dios no contagia a la gente con herpes, SIDA u otras enfermedades. La gente se contamina a sí misma; Dios sólo lo permite.

Esa es la enseñanza que nos traen los cuatro jinetes. Ellos cabalgan en parte para avisarnos. Cabalgan para señalarle al mundo el camino de regreso a Dios y Su camino de justicia. ¡El amor de Dios es para siempre! No existe nada que nos pueda separar del mismo, salvo nuestra constante desobediencia. Aún así, Dios nos ama y nos busca, a pesar de nuestras dolencias autoinducidas. Además, Dios observa la forma en que respondemos a las crisis morales. ¿Nos ponemos de Su parte o simplemente hacemos lo que hacen los demás? ¿Participamos en el pecado o protestamos y decimos la verdad en amor? Dios nos avisa con tiempo, primero para ayudarnos, luego para examinar nuestros corazones.

No podemos conformarnos con lamentar las crisis que se dan a nuestro alrededor. No podemos continuar haciéndonos la idea de que otros harán la labor que Dios espera que nosotros realicemos. No podemos actuar como si fuéramos incapaces de obrar en favor del arrepentimiento y la renovación. Debemos hacer lo que esté a nuestro alcance, con energía y compasión, aunque sepamos que el plan final de Dios es la creación de una nueva tierra y de un nuevo cielo. Hay señales que indican que el fin de esta era está cerca, mas no tenemos

certeza de esto. Pueden transcurrir siglos antes de que esto suceda.

En Mateo 24:7, después de que Jesús advirtiera acerca de las falsas religiones, del enajenante aumento de las guerras y de hambres, El señaló hacia las rabiantes pestes. El término "pestes" puede traducirse como "muerte", palabra que significa cualquier padecimiento infeccioso de carácter mortal. Ha habido guerras virulentas, hambre y plagas durante el largo período de la historia de la humanidad, para nada podrá compararse con la tormenta que está por venir. Su furor se representa con la devastación de todo lo que se encuentra en su camino, y por la muerte de una parte considerable de la población terrestre.

Jesús dijo: "Porque aquellos días serán de tribulación cual nunca ha habido desde el principio de la creación que Dios creó, hasta este tiempo, ni la habrá. Y si el Señor no hubiese acortado aquellos días, nadie sería salvo" (Marcos 13:19-20 RV). Así que, debajo del segundo sello vemos a la Muerte y el Hades recibiendo autoridad sobre la cuarta parte de la población de la tierra, para matar con los cuatro juicios de Dios enumerados en Ezequiel 14:21: espada, hambre, pestilencia y fieras.

Repentinamente todos nuestros programas destinados a traer paz, abundancia y larga vida mediante la ciencia y la tecnología, serán opacados por un cataclísmico apocalipsis, ejecutado con pasmosa brevedad —a no ser que mientras tanto el mundo busque a Dios—. Este es uno de los motivos por los que me siento constreñido a seguir predicando por todo el mundo. La ciencia médica ha adelantado a pasos gigantescos con el fin de llevar al borde del paraíso a grupos enteros de personas que hace sólo un siglo vivían en la selva en condiciones de subsistencia primitivas. La ciencia continúa haciendo increíbles descubrimientos mediante los cuales todos nos beneficiamos.

¡Mas se acerca la pestilencia! Muchos dicen, "paz, paz", cuando, a

pesar de nuestros mejores esfuerzos, no habrá paz permanente, puesto que hemos hecho caso omiso del Príncipe de Paz. Hemos rechazado los mandamientos de Dios que nos hubieran servido para vivir en paz. Así que la espada viene. Existen aquellos que prometen prosperidad y abundancia si nos regimos por sus programas en particular, por sus disciplinas o por sus ideologías. Mas finalmente vendrá el peor dasastre que jamás haya azotado a nuestro mundo, el cual traerá sufrimiento horrible y muerte a su paso. Lo que presenciamos hoy es sólo un presagio de lo que habrán de ser aquellos días.

Esperanza para el mundo

Casi todos los titulares, todos los reportajes noticiosos televisados, y todos los boletines radiales en estos días proclaman una verdad esencial: el mundo moderno vive en el caos y nadie tiene una solución realista. A dondequiera que miramos hoy, nos encontramos con las nubes tormentosas de la ira y la indignación. Hay violencia, abuso e infelicidad revolviéndose en torno nuestro. Somos testigos del crimen y de la intranquilidad en las partes bajas de la ciudad, y la economía está descontrolada en forma peligrosa. El mundo entero clama por alguna palabra de esperanza, mas lo que oímos no es más que la palabrería de ilusos y charlatanes. Psicólogos, educadores, científicos sociales, médicos y expertos de medios de comunicación de toda índole, hacen pronunciamientos y prédicas, mas aun las mejores ideas se desmoronan bajo el minucioso escrutinio. Hasta la fecha, nuestra moderna sociedad secular no ha producido respuestas positivas; sin embargo, seguimos buscando esperanzados.

Es más, todavía tenemos motivo para tener esperanza; hay tiempo aún. Porque con el fracaso de la sociedad llega la oportunidad de arrepentirse y buscar renovación. Si admitimos los fracasos que resultan de vivir apartados de Dios y abandonamos nuestra necedad y nuestra desobediencia, todavía puede ser posible recibir la misericordia y el perdón de Dios.

Los titulares del presente constituyen la advertencia que Dios hace a un mundo pecaminoso. Los rápidos noticiosos televisados son la sombra de su mano amante obrando, con el fin de acelerar la redención del mundo. Los boletines radiales nos hacen recordar que a pesar de nuestra compulsoria determinación de arruinar la tierra y destruir el programa de Dios para la salvación, El no se ha dado por vencido completamente con respecto a nosotros. Hasta aquél día en que el juicio final de Dios nos coloque a cada uno de nosotros en nuestro lugar por toda la eternidad, existe la oportunidad de comenzar de nuevo. Jesús afirmó: "Os es necesario nacer de nuevo" (Juan 3:7). Esta es la última y mejor esperanza para este mundo. Al fin y al cabo constituye nuestra única esperanza.

Por el hecho de estarse arriesgando a la perdición eterna, el hombre no debe dejar de reconocer cuál es el propósito principal de los jinetes de la profecía de Juan, puesto que ellos traen un aviso del juicio venidero. Todavía es posible escuchar el trueno avanzando, huir de la tormenta que se levanta y humillarnos ante el Dios Todopoderoso, mientras que aún hay tiempo. Jesús nos advirtió una y otra vez acerca de esta realidad, diciendo: "Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno" (Mateo 10:28 RV). Si tememos de veras al Juez por excelencia de toda la humanidad, es necesario que abandonemos nuestro pecado y que seamos renovados por medio de la fe en Cristo.

Realidades que nos hacen abrir los ojos

Por lo menos, los eventos ocurridos en los últimos tres años deben hacerle ver a muchos cuán reales son las profecías bíblicas para nosotros en la actualidad. Pensemos, por ejemplo, en la forma en que

la Guerra del golfo Pérsico nos hizo reafinar nuestra perspectiva sobre las referencias que hace la Biblia de Babilonia y el Medio Oriente, convirtiéndolos en asuntos tan contemporáneos como los que aparecen en los titulares de hoy.

Dios no ha revelado cómo se realiza su obra y a menudo sus caminos están ocultos para nosotros. El autor de Eclesiastés dice: "Y ha puesto eternidad en el corazón de ellos, sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin" (Eclesiastés 3:11RV). Mas El ha puesto en nuestros corazones un anhelo de conocer la verdad, y El nos ha dado su verdad en las revelaciones de las escrituras. ¿Podrá este anhelo instintivo por la verdad y la esperanza persuadirnos a que respondamos a tiempo y a que busquemos la fuente de nuestra salvación? ¿Podemos aún ser salvos?

Cuando el tiempo se cumpla el cuarto jinete saldrá a matar a hombres y mujeres con la espada, el hambre, las pestilencias y con las fieras. Jesús nos dijo claramente que no debíamos temerle a los imperios y a las ideologías de este mundo, a pesar de lo perversos que pudieran ser, sino que debíamos temerle a aquel que controla las actividades de este malvado jinete.

En contraste con las más detestables injusticias políticas se coloca la justicia de un Dios de amor. Al estudiar al cuarto jinete no debemos olvidar que él viene por la voluntad permisiva de Dios, sino también por orden de aquel que abre los siete sellos, a saber, Jesucristo.

La Biblia enseña que el diablo es el que tiene el poder de la muerte (Hebreos 2:14), pero que él sólo puede obrar con el permiso de Dios, puesto que Jesucristo le había dicho a Juan cinco capítulos antes: "Yo soy ... el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades" (Apocalipsis 1:18).

En el Antiguo Testamento vemos a Satanás utilizando este permiso para matar a la familia de Job. Aquí tenemos un misterio que ninguno de nosotros puede comprender. Este es el "misterio de la iniquidad" (2 Tesalonicenses 2:7) que aún no comprendemos a cabalidad. Incluye todos los grandes atributos de Dios, incluso su rectitud, su santidad y su justicia. También incluye la astucia, la sutileza y el poder de Satanás e incluye también el ceder nuestro ante las tentaciones de Satanás, el desafiar a Dios y la transmisión de este pecado de generación en generación.

Separación de Dios

La muerte es trágica pero inevitable. La Biblia nos dice que a lo que debemos temerle es a la segunda muerte, lo que significa juicio y separación eternos de Dios. Esta es la más grande de todas las tragedias. Si nosotros fuéramos seres bidimensionales, poseedores de completa mortalidad y desprovistos de inmortalidad, la muerte simplemente pondría fin a nuestra existencia terrenal. Mas la eterna separación de Dios es una pena mucho peor que la más horrible muerte física y es algo por lo que ningún hombre, ninguna mujer, ni ningún niño debieran tener que pasar.

Cuatro meses antes de ser descubierta y deportada a un campo de concentración Nazi, Ana Frank escribió en su actualmente famoso diario: "Yo quiero seguir viviendo aun después de haber muerto. El Diario de Ana Frank, 6). Después de haberse enterado de que padecía de una seria dolencia cardíaca, Simón Wiesenthal, el famoso cazador de Nazis, quien entregó a la justicia a alrededor de once mil criminales de guerra, durante su extraordinaria campaña de treinta y seis años, afirmó: "No puedo luchar contra el calendario.... En lo que a los Nazis se refiere, estamos a pasos acelerados llegando a una solución

biológica. De la misma forma en que yo me muero, se morirán ellos también" (The Mail, 26 de junio, 1983).

La realidad de la muerte es esta: es universal y completa en cada generación. La generación en que vivimos hoy, que batalla con los problemas del mundo, dentro de poco habrá muerto y otra generación le seguirá para seguir luchando y así tratar de sobreponerse a problemas similares. Para muchos intelectuales incrédulos la vida carece de sentido y de esperanza. No saben de dónde han venido, ni por qué están aquí, ni hacia dónde se dirigen. Andan a tropezones en medio de la oscuridad cósmica. Los que hemos depositado nuestra confianza en Cristo sabemos de dónde hemos venido, el propósito de nuestra existencia y el gravoso futuro hacia el cual nos encaminamos. Esto hace que la vida valga más que la pena vivirla. Nos da esperanza para el futuro.

No puedo menos que recordar la declaración hecha por Pablo para dar consuelo a todos aquellos que creen en Jesucristo. El dijo: Jesucristo ... sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio" (2 Timoteo 1:10). Ese es un maravilloso consuelo para los que creemos. Mas resulta ser uno de los versículos bíblicos más aterradores para el incrédulo, puesto que significa que si nunca se ha arrepentido de sus pecados ni ha recibido a Cristo por fe, usted está condenado y vive bajo una maldición. Puede ser que a usted le sea posible suicidarse físicamente, mas no puede destruir su propia alma. Usted habrá de vivir para siempre, le guste o no le guste. Sin embargo, usted posee una voluntad: usted puede escoger si habrá de vivir con Dios o sin El.

El cuarto jinete monta para darnos un aviso. Nos avisa, en primer lugar, sobre la "muerte física" —la muerte nuestra y la del planeta— y acerca de lo que es necesario que hagamos si es que habrá de postergarse. El cuarto jinete nos avisa, además, sobre la "muerte espiritual" de la humanidad (separación eterna de Dios) y de lo que

Cristo ha hecho para salvarnos de esta segunda muerte, la cual es mucho más seria.

Si ninguna otra cosa importa

El doctor E. Stanley Jones, gran predicador, escritor y misionero de la pasada generación, describió la forma en que le hablaba a los alumnos de una universidad en la India acerca de las verdades de la eternidad. Una vez que se hubo sentado, el meditativo presidente hindú se puso en pie y exclamó de manera solemne lo siguiente: "Si lo que este hombre dice no es cierto, entonces no importa. Pero si lo que dice es cierto, entonces ninguna otra cosa importa". Yo tengo la firme convicción de que mi amor por Cristo y por la gente me exige, como ocurrió en el caso de Juan el Bautista, que le avise a la gente que "huya de la ira venidera" (Mateo 3:7) depositando su fe en Jesucristo. "Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres.... Porque el amor de Cristo nos constriñe" (2 Corintios 5:11,14).

Por tanto, la espada que lleva en la mano el jinete sobre el caballo amarillo, debe incitarnos a llamar a la gente al arrepentimiento y a la fe en Cristo, para que así sean salvadas de la segunda muerte. Esto también nos señala todas las labores que hay que realizar para llegar a nuestros congéneres. El hambre y las plagas apuntan hacia las responsabilidades que Dios nos ha otorgado con el fin de que colaboremos con El para preservar la vida sobre la tierra y el Día del Juicio lo podamos ver más allá en la distancia. También nos señala a los millones de personas que nunca han oído acerca de Cristo.

Según Mateo 24:14, Dios ha vinculado la segunda venida de Cristo con el éxito de la evangelización mundial: "Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin". Por primera vez en la historia en

la actualidad poseemos la tecnología y la capacidad para alcanzar a toda la raza humana en el presente siglo con el evangelio de Cristo. A pesar de que la Biblia enseña que sólo una minoría habrá de aceptar y que la gran mayoría de la humanidad habrá de rechazar la oferta de misericordia por parte de Dios, El ha librado a muchas naciones y ciudades por causa de una minoría dedicada. Las fieras en sus formas modernas son luces rojas para que detengamos nuestra peligrosa jornada apartados de Dios y de sus designio, y para que nos volvamos en dirección hacia Sus amantes y eternos brazos.

Las armas de nuestra milicia

El cuarto jinete del Apocalipsis es aquel que trae la muerte. Para alcanzar sus metas el jinete sobre el caballo amarillo está armado como ya hemos visto, con cuatro armas mortales: la espada, el hambre, las plagas y las bestias salvajes. Estudiemos más de cerca a estas cuatro armas y el papel que cada una juega en la muerte física de la cuarta parte de la población del mundo.

Primero, el jinete lleva una espada, símbolo de la guerra. En el tercer capítulo hice referencia a la interesante historia de Damocles. El fue un hombre joven que hizo uso de la adulación para que Dionisio, gobernante tiránico de la antigua Syracuse, le cogiera afecto. Con el fin de instruir y de hacerle una advertencia al ambicioso joven, Dionisio lo invitó a un banquete y lo sentó debajo de una espada suspendida sobre su cabeza por un solo pelo. Esta gráfica lección tenía el fin de ilustrar la precaria naturaleza de la felicidad de una persona. Estamos a un pelo de la muerte. La espada de Damocles es una gráfica figura idiomática y una analogía apropiada que ilustran la condición en que se encuentra el mundo ahora que el cuarto jinete se aproxima a nosotros, espada en mano.

Los norteamericanos y los europeos, en contraste con gran parte de la población mundial, parecen estar sentados en el banquete del placer. Según las normas del mundo nosotros aún estamos disfrutando de lujo relativo, mientras que olvidamos que a poca distancia de nuestras cabezas cuelga la espada de Damocles que nosotros mismos nos hemos fabricado. El pelo puede reventarse en cualquier momento, la espada puede caer, y los lujos y placeres de este mundo pueden evaporarse para millones de personas.

En la época de Juan la espada que llevaba el cuarto jinete era una espada de verdad. En aquellas antiguas culturas cuando se lograba quebrar una espada sobre la rodilla de un conquistador, había esperanza de detener la guerra. En el presente la espada del cuarto jinete no se puede enfundar con facilidad. Existen monstruosos aparatos de guerra que quizás se puedan controlar y quizás no. Ningún espadachín de la antigüedad podía matar a millones de personas en todo el mundo. Pero en la actualidad un jinete tiene la capacidad de oprimir un botón que puede desatar una reacción en cadena de muertes.

Sin relacionarlo con la Biblia y mucho menos con estos pasajes en el libro de Apocalipsis, los científicos del mundo afirman muchas de las mismas cosas. En el presente el cuarto jinete monta sobre su vigoroso corcel y se dirige hacia nosotros blandiendo su espada por encima de su cabeza. ¿En qué forma responderá usted?

Para mí, uno de los pasajes más extraordinarios sobre este asunto en toda la Biblia, es 2 de Pedro 3:9-10. El versículo 10 dice: "El día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Mas a pesar de lo inevitable que sea esto, Pedro dice que debemos reflejar a Cristo, quien no quiere "que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (v.9). Los cristianos deben siempre con toda la

pasión y la persuasión que tienen en su poder, obrar en busca de la salvación eterna de las almas de hombres y mujeres. Debemos trabajar en todas las formas para salvar a la humanidad de el holocausto en masa, aunque esto parezca inalcanzable.

En el Evangelio según Mateo, Jesús dice:

Si alguno quiere venir en pos de mí, niegúese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiera su alma?"

Mateo 16:24-26 RV

Este es un emocionante concepto para los creyentes, puesto que al darle todo al Maestro, en cambio recibimos mucho más. Pero debe ser, sin embargo, un pensamiento estremecedor para el incrédulo que vende su alma eterna tan barata a cambio de las baratijas de este mundo. No hace falta ser un planificador económico titulado para darse cuenta de la desigualdad de esta transacción.

La participación

De la misma forma en que vemos las tormentas de hambre, violencia, pestilencia y muerte, debemos también darnos cuenta de la necesidad de preocuparnos y de participar. Yo he sugerido que cada seguidor de Cristo tiene la responsabilidad de hacer algo en favor de los hambrientos, de los que sufren y de los enfermos del mundo. Sugiero también que cada creyente en Jesucristo tiene el deber de defender la integridad moral, la fidelidad a las Escrituras y la obediencia a Su llamado a hacer resistencia a los opresores y destructores de esta era. Hacer algo, aunque sintamos que no conseguimos nada o que nos parezca insignificante, es mejor que no hacer nada. Nunca debemos olvidar que Jesús se hizo uno con los

pobres, cuando dijo: "De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mateo 25:40).

Jesucristo ahora mismo tiene el poder de alimentar a toda persona hambrienta en el mundo. El tuvo ese poder cuando estuvo en la tierra. Y esta fue una de las tentaciones de Satanás: Si Jesús convertía en pan las piedras, con el fin de dar de comer al hambriento, entonces no tenía que ir a la cruz para redimir al mundo. Mas Jesús rechazó la tentación de Satanás. El venció la aparición del mal mediante la resistencia. En el presente Cristo nos llama a que resistamos el pecado y la tentación y a que hagamos lo que esté a nuestro alcance para cambiar al mundo. En el pasado Dios perdonó a aquellos que clamaron contra el pecado; El nos desafía a que nos convirtamos en sus mensajeros de la verdad y la esperanza en el mundo.

Nunca debemos desviarnos de la verdad central de que el mundo necesita salvación eterna. Primero debemos congregarnos al pie de la cruz, puesto que la cruz y su eterno poder redentivo es la única forma de conocer a Dios. Luego, por medio de Cristo, recibimos el poder para seguirle a El en obediencia y ayudar al hambriento y al pobre dondequiera que se encuentren.

En la revelación de Juan se nos advierte de la muerte mediante plagas y pestilencias. Jesús también nos advirtió acerca de las pestilencias. Nuestro Señor profetizó el período apocalíptico en Lucas 21. Nos advirtió que habría plagas. En otras versiones de la Biblia se traduce "epidemias". Los científicos nos advierten hoy acerca de bacterias, virus e insectos que tienen alta resistencia contra la radiación, los antibióticos y los insecticidas. Algunos opinan que el balance de la naturaleza ya ha sido afectado por los productos químicos modernos. Un científico afirmó: "Si los mansos no heredan la tierra, la heredarán las cucarachas".

A medida que continuamos la lectura en el libro de Apocalipsis, muchas de las cosas que leemos son en extremo simbólicas, pero algunas son literales. Uno de los juicios que se mencionan en Apocalipsis 9:3 indica "que salieron langostas sobre la tierra". Hace algunos años millones de sapos invadieron condados completos en la Florida. Se nos ha advertido en numerosos artículos de la posibilidad de que los insectos pudieran apoderarse de la tierra en las décadas venideras. Los insectos ya tienen resistencia contra muchos insecticidas. Yo leí el artículo anunciado en la portada en una de las revistas más respetables a nivel nacional, titulado "Ya Vienen los Insectos". La lectura del artículo fue atemorizante, especialmente si el que lo leyó no conocía la Biblia. Nos hace recordar lo que ocurrió en Egipto cuando Faraón se negó a dejar salir a los antiguos israelitas.

Ejemplos de misericordia

Una de las personas mejor identificadas en nuestros días con el amor cristiano es la Madre Teresa de Calcuta. Existen miles de siervos de Cristo que en silencio y sin tocar bombo y platillo, invierten sus vidas en alimentar, abastecer de ropa y atender a los pobres. Y la Madre Teresa se ha convertido en algo así como la representante de todos ellos. Recuerdo cuando conocí en persona a esta diminuta, arrugada y radiante dama. Un cónsul estadounidense se ofreció para llevarme en auto hasta el recinto donde vivía la Madre Teresa, en el corazón de aquella creciente ciudad. Cuando me la presentaron ella le ministraba a un moribundo y lo tenía entre sus brazos. Yo esperé mientras que ella lo ayudaba a hacerle frente a la muerte. Cuando murió, ella oró en silencio, lo recostó cuidadosamente en su lecho y se dio la vuelta para saludarme.

Ese día hablamos hasta la hora del crepúsculo. Me quedé

sorprendido al enterarme de cuánto sabía ella acerca de mi persona y de las cruzadas nuestras. En su rítmico y chapurrado inglés me preguntó que si me gustaría oír algunas de sus experiencias que había tenido con los hambrientos y los moribundos. En términos sencillos, me explicó su llamado. La Madre Teresa mira más allá del aspecto físico de cada hombre, mujer o niño necesitado, y dice ella que ve el rostro de Jesús con los ojos fijos en ella a través de esta gente. Ella ve a Jesús en cada niño hambriento que alimenta. En torno a cada mujer atemorizada y enferma a quien ministra, ella ve a Jesús. Alrededor de cada hombre solitario y moribundo que toma entre sus brazos, ella ve a Jesús. Cuando le ministra a cualquier persona, ella le está ministrando a su Salvador y Señor.

También recuerdo la historia procedente del libro escrito por mi hijo, titulado "Bob Pierce: This One Thing I Do" ("Bob Pierce: Una cosa hago"), que trata sobre un misionero que ministra a los leprosos en la China. Mediante el arduo trabajo y su propio ingenio, Beth Albert sostenía a los leprosos que vivían fuera de la ciudad de Kunming. Ella era un 'corazón alegre que constituía buen remedio' (Proverbios 17:22). Ella amaba a esta gente y ellos la amaban a ella. Esta era la primera vez que estos leprosos tenían a alguien que hiciera algo por ellos, y todos se hicieron cristianos producto del amor de Beth. Cuando le preguntaron a Beth que por qué hacía esto, contestó: "Porque yo amo a Jesús y El los ama a ustedes. Los ama tanto que me envió a mí para ayudarlos. Dios los quiere mucho a ustedes y El envió a su Hijo a la tierra a morir por ustedes, para que ustedes puedan ser salvos y puedan estar con El en el cielo y poseer un cuerpo magnífico. El me envió para mostrarles a ustedes que él les ama; y yo les amo también" (pp. 68-71).

Hasta el día en que el nuevo gobierno promulgó el edicto de que todo misionero tenía hasta la puesta del sol para abandonar el país,

Beth socorrió a sus pacientes de todas las formas en que le fue posible. Ella les ponía inyecciones para la lepra. Les enseñó cómo cultivar algunos de sus alimentos. Les enseñó a embellecer sus alrededores con flores.

Uniendo cuerpo y alma

El debate que existía en la iglesia entre liberales, quienes supuestamente ministraban a las necesidades del cuerpo, y los evangélicos, quienes supuestamente ministraban a las necesidades del alma, puede solucionarse sólo si los unos aprenden de los otros y de la Biblia. Si la iglesia conservadora comienza a ver que la Biblia también enseña que debemos interesarnos por el alma así como por el cuerpo, y si la iglesia social, por otra parte, comienza a darse cuenta de que la acción social sin la fiel proclamación de la verdad de la Palabra de Dios es inútil, podremos servir juntos al reino de Dios. Se nos ha llamado para que ministremos a cuerpos humanos y a espíritus humanos simultáneamente. Como han dicho muchos, un hombre hambriento no prestará atención a la Palabra a no ser que él pueda ver a Jesús en su vida; las dos cosas son inseparables.

Hemos sido comisionados a que sigamos a Cristo por las calles, los caminos y las veredas del mundo, y a que ministremos a la persona en su totalidad, quienquiera que sea. Como cristiano yo he sido llamado a ministrarle al alma y al cuerpo. Y la Convención de Lausanne aclara que la prioridad debe ser siempre espiritual. Por ejemplo, cuando Jesús se encontraba en Capernaun vino una gran multitud a escucharlo predicar, y cuatro hombres trajeron a un hombre paralítico. Mas no podían entrar en la casa en la forma acostumbrada, así que se subieron al techo, hicieron una abertura y descolgaron la cama hasta colocarla ante Jesús.

La Escritura dice: "Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados" (Marcos 2:5). La preocupación primordial de Jesús tenía que ver con los pecados del hombre, y luego procedió a sanar su cuerpo. He visitado lugares en este mundo donde he sentido que debo abastecer estas necesidades físicas antes de poderles predicar el evangelio. Sin embargo jamás he olvidado que su necesidad más sentida era espiritual y que ellos necesitan el Agua de Vida y el Pan de Vida, más que cualquier otra cosa en el mundo. Mas yo debo seguir el ejemplo de Jesús y tener compasión de la humanidad sufriente.

En un país del Tercer Mundo he visto microbuses destartalados recorriendo las calles al amanecer, recogiendo los cadáveres de aquellos que habían muerto durante la noche. Cuando medito en esas desgarradoras escenas, pienso en la Muerte cabalgando por esas mismas calles con el Hades siguiéndole los pasos. Hombres y mujeres en el Ejército de Salvación, la Madre Teresa y miles de personas como ellos le han salido al paso al cuarto jinete. Ellos se niegan a dejar morir de hambre o a permitir que muera desatendida cualquier persona que esté a su alcance. Ellos se interponen con firmeza, en el nombre de Cristo, en el camino por el que transita el caballo amarillo de la muerte, mientras que éste se acerca atronador.

Las probabilidades de vencerlo en un final son nulas, puesto que todos, tarde o temprano, vamos a morir. No obstante lo dicho, ellos, solitarios y fuertes, permanecen firmes, haciendo todo lo que esté a su alcance para evitar muertes prematuras. La gente les llama ingenuos, personas que ofrecen ayuda para prestigiarse de benefactoras, y fanáticos. Mas ellos siguen firmes. Y las nubes de tormenta se amontonan y el cielo se sigue oscureciendo. En este mismo día usted y yo, como el Buen Samaritano, debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para servir de ayuda en este desgarrado y sangrante

mundo. Los cristianos evangélicos han construido hospitales, hogares de ancianos, clínicas, y han enviado miles de médicos y enfermeras a dondequiera que ha habido necesidad.

El joven rico

¿Recuerdan ustedes aquel instante en la vida de Cristo en que un joven rico se le acercó y le preguntó, "¿qué haré para heredar la vida eterna?" Jesús le contestó: "Los mandamientos sabes". El joven le respondió: "Todo esto lo he guardado desde mi juventud". No fue una afirmación alardosa. Jesús debió habersele quedado mirando atentamente. El debió "haber visto que este buscador estaba diciendo la verdad. El hombre rico era sincero, trabajador y amante de la verdad. Así que Jesús le respondió lo siguiente: "Vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres ... y ven, sígueme". El joven no pudo hacerlo. Le hubiera costado mucho. Por esto, dice el relato, "se había entristecido mucho" (Lucas 18:18-23 RV) y se marchó. El perdió la gran oportunidad de su vida. El había preguntado por la vida y la había perdido. El se aferró al nivel de vida al que se había acostumbrado, a su seguridad, y lo perdió todo. No debemos permitir que esto nos suceda a nosotros.

Como he dicho anteriormente, esto no significa que Jesús de hecho nos llama a todos para que renunciemos a todas las riquezas. Dios puede confiarle riquezas a algunos individuos que deberán emplearlas para Su gloria. Mas el problema de joven rico no radicaba en el hecho de que era rico, más bien en que sus riquezas las había colocado antes de su compromiso con Cristo. ¿Hay algo en su vida que se interpone entre usted y Cristo? Si lo hay, no existen atajos. Es necesario que usted deje de aferrarse a tal cosa antes de poder aferrarse a Cristo. En un discurso de bachillerato pronunciado en un seminario teológico, un

ministro visitante puso su vista en un numeroso grupo de graduandos. El sabía por experiencia la lucha que cada estudiante tendría para ganar suficiente dinero y así mantenerse en la vocación del ministerio cristiano. Así que, en lugar de predicarles el acostumbrado sermón, empleó un plato para recoger la ofrenda y le repartió un billete nuevo de un dólar a cada uno. Luego, a la atónita clase, que jamás había substraído dinero de un plato de ofrendas, le contó la historia del joven rico. Por el poder que ejercía el dólar que tenía en su mano, se perdió aquella inestimable oportunidad. "Pongan en un marco este dólar", les sugirió el orador invitado. "Cuélguenlo en su despacho o en su casa, y escriban sobre el mismo: "Acuérdate del joven rico".

Aquel orador conocía el poder que para bien o para mal podía tener el dinero en nuestras vidas. Una vez que de veras reconocemos que todos nuestros recursos le pertenecen a El, entonces estamos en condiciones de gastarlos para el bien de otros. Estos recursos son el regalo que Dios nos hace a nosotros. No son otra cosa que herramientas que Dios nos ha dado para que le ayudemos a proclamar Su amor y Su misericordia.

El joven rico se aferró a las riquezas de Dios creyendo que le pertenecían a él, y al aferrarse a las mismas perdió el camino que conduce a la vida eterna. Si hubiera compartido sus posesiones; si hubiera confiado en que Dios se encargaría de su futuro, hubiera hallado la vida eterna.

El significado de la vida

Mientras que el cuarto jinete cabalga no debemos olvidarnos del joven rico, puesto que si alguna nación (o naciones) se puede comparar con él, concluimos que sería con el mundo occidental en el presente. Por persistir en el desperdicio, en la autocomplacencia y en

la negación del plan de salvación de Dios, nos arriesgamos a perder, no sólo nuestros hogares y la tierra, y aun la vida eterna en el cielo, la cual Cristo ha ido a preparar para aquellos que han nacido de nuevo. Mientras tanto, Cristo les ha enseñado a aquellos que son de El, lo siguiente: "Dad y se os dará; medida buena, apretada, medida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir" (Lucas 6:38).

El anciano Isaac le dijo a sus hijos: "He aquí ya soy viejo, no sé el día de mi muerte" (Génesis 27:2). Ninguno de nosotros sabe el día en que va a morir. Nadie sabe a ciencia cierta cómo habrá de morir. Mas sí sabemos una cosa: Todos estamos sentenciados a muerte, y todos tendremos que enfrentarnos al juicio. El escritor de Eclesiastés dijo: "Tiempo de nacer, y tiempo de morir" (Eclesiastés 3:1-2).

La Escritura enfáticamente enseña que todo ser humano lleva en sí mismo una sentencia de muerte; mas esto no es todo. "Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio" (Hebreos 9:27). Aquí tenemos al caballo amarillo con el Hades cabalgando a poca distancia. Como resultado del pecado de Adán y Eva la muerte ha venido sobre la raza humana. Mas Cristo ha conquistado el pecado, la muerte y el infierno mediante su cruz y su resurrección. Cuando conocemos a Cristo, sabemos que no hay por qué temerle al sepulcro. En 1 Corintios 15:21-22, 26, 55-57, leemos:

Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados.... Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte.... ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo ".

Jesucristo vino con el fin de acabar con la muerte, el sufrimiento, la injusticia social y la opresión, los cuales son productos del pecado. El vino para perdonar nuestros pecados y para darnos la seguridad de la

vida eterna. En este mismo instante, a los que le conocemos, El les está preparando un lugar (Juan 14:3). Mientras tanto El nos ha dejado el legado de la vida eterna "que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio" (2 Timoteo 1:10). En Hebreos 2:14-15 se nos asegura que por medio de su muerte El destruyó "al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre". No sólo El va a eliminar la muerte, sino que va también a acabar para siempre con el diablo, quien es la causa del sufrimiento y de la muerte.

Venciendo al destructor

Gracias a Dios, el poder de este poderoso enemigo de la humanidad, la muerte, ha sido roto. El último enemigo que será destruido o anulado es la muerte (1 Corintios 15:26). Eso es lo que Jesucristo hizo en la cruz. Dios le levantó de los muertos. Pablo exclamó: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?" (1 Corintios 15:55). Mediante la muerte y la resurrección de Cristo podemos leer con gozo y seguridad lo siguiente: "Yo soy el que vivo, estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades" (Apocalipsis 1:18).

Para el incrédulo, sin embargo, la muerte es algo solemne y terrible. El incrédulo va inmediatamente a esperar el juicio del gran trono blanco. Uno no puede leer la Biblia sin encontrarse con las referencias sobre el infierno. Estas son inconfundibles en las enseñanzas de Cristo mismo. Por cada vez que habló acerca del cielo, El habló varias veces sobre el infierno. Estar en el infierno significa estar fuera de la presencia de Dios para siempre.

Jesús emplea tres palabras para describir el infierno. Primero, fuego. "Porque nuestro Dios es fuego consumidor" (Hebreos 12:29). Jesús utilizó este símbolo repetidas veces. Yo creo que significa una sed de Dios que nunca se llega a quitar. El segundo término que se emplea es tinieblas. La Escritura enseña que Dios es luz (1 Juan 1:5). El infierno ha de ser lo contrario para los que no tienen a Cristo, puesto que "serán echados a las tinieblas de afuera" (Mateo 8:12). Los que han rechazado a Cristo serán separados de esta luz y habrán de subsistir en eternas tinieblas. El tercer vocablo es muerte. Dios es vida. Por lo tanto, la muerte es la separación de la vida de Dios: "Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda" (Apocalipsis 20:14). Dios no se deleita con que la gente vaya al infierno. La intención de Dios nunca ha sido que el hombre vaya al infierno. El creó el infierno para el diablo y sus ángeles

Mas si nos empeñamos en seguir en los caminos del diablo y en servirle a él en vez de servir a Dios, habremos de terminar en el infierno. La Escritura dice que el deseo de Dios es que todos los hombres sean salvos. La muerte de Cristo fue un juicio. Dios echó sobre El la iniquidad de todos nosotros (Isaías 53:6). El llevó nuestro juicio. El cargó con el infierno nuestro. En ese corto lapso de tiempo, El sufrió el infierno por cada persona que ha vivido. No podemos ser salvos por nuestras buenas obras. Sólo Cristo puede salvarnos, porque en la cruz El nos sustituyó y sufrió el castigo que nosotros merecemos por nuestros pecados. Todo lo que tenemos que hacer es poner nuestra fe y nuestra confianza en El.

Mas nosotros tenemos la responsabilidad de aceptar su regalo de salvación. No somos salvos automáticamente por el hecho de que Cristo murió por nosotros; no existe apoyo bíblico para el universalismo (la idea de que todo el mundo será salvo). Usted debe tomar la decisión de recibir a Cristo personalmente, y si usted se niega

a hacerlo ya está, en un sentido, tomando una decisión: la decisión de rechazar a Cristo y darle la espalda a Su salvación.

El regalo de la vida

Para el verdadero creyente en Cristo, aquel que se ha arrepentido de sus pecados y que ha nacido de lo alto, el juicio ya ha pasado. No habrá infierno. No habrá muerte eterna. Cristo murió por nuestros pecados y mediante Su muerte, El destruyó la muerte. En Cristo ya no consideramos a la muerte como el rey de los terrores. Pablo escribió: "Teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor" (Fjlipenses 1:23). ¿Por qué? ¿Porque había trabajado mucho para Cristo y había sufrido mucho?

No. El estaba preparado porque a la mitad de su vida él había tenido un encuentro con Cristo en el camino a Damasco. En 1 de Juan 3:14 leemos que nosotros ya "hemos pasado de muerte a vida". Usted puede tener vida eterna ahora. La conquista de la muerte es la meta final del cristianismo. La muerte física es sólo la transición de esta vida con Cristo a la vida eterna en el cielo con El. Para los cristianos existe lo que se le da el nombre de la sombra de muerte. La muerte extiende su sombra sobre los que se quedan.

El incrédulo sólo ve un fin de la vida sin esperanza. Mas el cristiano ve una esperanza sin fin. En un programa televisado Malcolm Muggeridge hace una reflexión y dice que un verdadero cristiano "anhela la llegada del final de la vida en el tiempo como uno anhela que llegue el final de un largo y arduo viaje de tres semanas por mar, cuando sólo faltan tres días. Yo espero con ansias el día en que mi vida compartirá la eternidad con anhelo casi irreprimible".

Tal vez estas palabras de Muggeridge no describen sus sentimientos en cuanto a la muerte. Quizás usted le tenga miedo a la muerte y no se

identifica con la apacible confianza que sintió este famoso periodista británico. El torturante y tormentoso temor a la muerte es un estado totalmente normal para cualquiera que jamás ha venido a Cristo.

La muerte es una experiencia de la que la gente se retrae por instinto. Sin embargo, en el caso del creyente el temor ha sido quitado. Los cristianos tienen la seguridad de que los pecados por los que hubieran sido juzgados al morir ya han sido quitados, mientras que el incrédulo no tiene esta seguridad. Yo no espero con ansias el día de mi muerte, mas sí espero anhelante a la muerte misma. Esta habrá de ser una liberación gloriosa. Será el cumplimiento de todo lo que yo he deseado. La Escritura dice: "En tu presencia hay plenitud de gozo; Delicias a tu diestra para siempre" (Salmos 16:11 RV).

La lección de la justicia

Muchos no cristianos procuran convencerse de que no creen ni en lo sobrenatural ni en el más allá. Y por mucho que lo intenten, no obstante, no se disipa el persistente e irreprimible convencimiento de que no hemos sido creados sólo para el tiempo. Sabemos por instinto que la justicia misma demanda un día de juicio. Y a no ser que nosotros voluntariamente hayamos arreglado el asunto de nuestra culpa pecaminosa, estamos crónicamente hostigados por este temor. Hasta que usted reconozca este hecho, sus temores aumentarán. Si usted reconoce la posibilidad de la existencia de lo sobrenatural, y reconoce los hechos del evangelio y la aplicación que tienen en su propia vida, descubrirá que el temor a la muerte ha sido quitado y la gloriosa paz que da el creer estará presente como parte de su vida.

Usted puede tener paz en su corazón y la seguridad personal y permanente de la salvación, si usted con humildad reconoce que es pecador ante los ojos de Dios, le pide que le perdone y que le limpie

con la sangre que Cristo derramó en la cruz, y confía en Jesús, el Hijo de Dios, como su Salvador y Señor. Cristo murió con el fin de lograr todo esto. Quiero instarle a que consiga una Biblia y que lea o que le pida a alguien que le ayude a leer los siguientes versículos: Romanos 3:12, 23; 2 Timoteo 3:5; Romanos 3:19; Efesios 2:8; Lucas 19:10; Romanos 5:8; Hebreos 7:25; y Romanos 10:9-10.

Estos versículos no son mágicos. Simple y llanamente nos hablan acerca de nuestra necesidad y de cómo abastecer esta necesidad en Jesucristo. No hace falta que usted haga una magnífica obra para ser salvo. Todo lo que debe hacer es recibir la obra magnífica que Cristo ha hecho por usted. Una vez que usted tenga en su corazón esta seguridad, cuénteles a otros acerca de la misma. Además, demuestre mediante su propia vida diaria que Cristo le ha cambiado para Su propia gloria. Yo le invito a que incline su rostro ahora mismo y que le pida a Cristo que le perdone y que entre en su corazón y le haga parte de Su familia para siempre. Dios, en Su Palabra, nos promete lo siguiente: "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Juan 1:12 RV). Esta puede convertirse en su propia experiencia hoy, mientras que usted acude por fe a Cristo y le entrega su vida. No permita que transcurra otro día sin que usted le entregue su vida a Cristo.

El Cuarto jinete, la Muerte y el Hades, cabalga a lo ancho de nuestros horizontes, aun en el mismo momento en que usted lee esta página. ¿No oye usted el trueno? ¿No ve las nubes oscurecerse mientras que se amontonan en el oriente? ¿En qué forma va usted a responder?

QUINTA PARTE

Rumbo a la próxima salida del sol

Una voz en medio de la tormenta

Hay una pregunta cotidiana cuya respuesta cada día parece estar más distante. ¿A dónde está llegando este mundo? Cada mañana la gente toma en sus manos el diario matutino, lee los titulares y se hace esta misma pregunta. Pero nadie tiene una respuesta. Nadie sabe lo que el mañana nos depara puesto que los cambios de nuestros tiempos han sido demasiado repentinos, demasiado incalculables y demasiado variados. Desde el otoño de 1989, hemos sido testigos de cambios en nuestro mundo que ningún sociólogo, ningún científico, ni ningún erudito hubiera podido predecir. Algunos de los sucesos sobre los cuales he escrito en este libro, van a estar casi relegados al olvido cuando usted lea lo que ahora escribo, sepultados por las noticias de otras crisis.

Al mirar hacia atrás podemos fácilmente ver de dónde hemos venido. A los años 60 se les ha dado el nombre de la década de la rebelión, a los 70 los años de la liberación, a los 80 la década de la indulgencia, y a los 90 quizás se le conozca algún día con el nombre de la década en que cambió el mundo entero. Tal parece que el mundo está cambiando radicalmente día tras día. Nadie sabe qué habrá de ser lo próximo que ocurrirá.

En medio de estos cambios vertiginosos la gente en todo el mundo está ansiosa por saber lo que le depara el futuro. Los falsos profetas de

toda calaña tienen un negocio próspero. Se consulta a los comentaristas de televisión y a los expertos en toda rama por la sabiduría que poseen. Algunos nos dicen la forma de prosperar en medio del caos; otros nos hacen saber la forma de adaptarse a la realidad de las "familias fracturadas"; y otros nos enseñan cómo liberar al hombre original o el espíritu de la madre tierra en nosotros. Una serie popular de la cadena PBS, titulada "Millennium", proclama la muerte de Dios y del antiguo orden mundial y anuncia el nacimiento de un nuevo orden en el que hombres y mujeres se mezclan con su medio ambiente en una búsqueda metafísica del "dios que hay en ellos".

Hay un comercio movido de bolas de cristal, de cartas del tarot y de tablas de ouija. Las religiones de la Nueva Era prosperan por todas partes, con expresiones arcanas como la adoración de diosas, adoración de la tierra, cultos a la fertilidad, proyección astral y muchas otras mencionadas anteriormente. Hay gente en todas partes que planifican sus vidas en base a los signos del zodiaco. Los médiums espirituales están prosperando. Se están usando hasta las computadoras para pronosticar el futuro. Mas existe una sola fuente que tiene autoridad en cuanto a predecir lo que habrá de suceder en el futuro; se trata de la Palabra revelada de Dios, la Biblia.

La breve visión de Juan tocante a los mártires que estaban bajo el altar, resume la promesa bíblica respecto al futuro y la forma en que debemos prepararnos para el mismo. Juan debió de haberse quedado sin aliento ante este cuadro. Encontramos su descripción en la segunda mitad del sexto capítulo de Apocalipsis. En un sitio al que el autor llama "bajo el altar", él vio "Tas almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios, y por el testimonio que tenían" (Apocalipsis 6:9 RV). Estaban clamando a gran voz y al unísono su protesta: "Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas

nuestra sangre en los que moran en la tierra?" (Apocalipsis 6:10 RV).

El Westminster Abbey en Londres, y la Basílica de San Pedro en Roma, poseen grandes altares con bóvedas de mármol bajo los mismos. Háganse una idea de cómo serán estas iglesias a media noche, cuando hay tinieblas y silencio. Las tumbas de los santos y los mártires están selladas, como lo han estado durante siglos. Entonces, de repente, se rompen los sellos, se abren los féretros, las piedras se ruedan, y cientos, tal vez miles, de espíritus salen por toda la catedral, todos clamando al unísono: "¿Hasta cuándo, Soberano Señor, hasta cuándo no seremos vengados?" Juan fue testigo de una visión como la que acabamos de describir. El ámbito estaba repleto con las almas de los hombres y las mujeres que habían sido muertos por su fidelidad. Ellos hacían la pregunta obvia. ¿Cuándo se nos hará justicia? ¿Cuándo tendremos alivio? ¿Cuándo seremos recompensados por nuestra fe?

Esta es la misma pregunta que aun en el presente formulan los cristianos; sin embargo, nadie salvo Dios la puede contestar. Lo que sí sabemos con seguridad es lo siguiente: cuando la conmoción hubo cesado, a cada mártir se le entregó una túnica blanca y, dice el profeta, "se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos" (Apocalipsis 6:11 RV).

De este misterioso momento aprendemos dos datos importantes. En primer lugar, llegará el momento, cuando se acabe el tiempo, en que Dios juzgará a los habitantes de la tierra. En segundo lugar, antes de que ese momento pueda llegar, otros hombres y mujeres, tan dedicados a Dios y a Su reino como estos mártires, habrán de morir por causa de la Palabra de Dios y por el testimonio que mantendrán. ¿Está usted preparado para tomar un riesgo como el que tales palabras nos describen?

La amenaza financiera

Los riesgos son inevitables; pero para eclipsar todo lo que podamos hacer durante los 90, tenemos las pruebas de avaricia, de desenfreno y de irresponsabilidad financiera; y esto no sólo por parte de los consumidores individualmente, sino también del gobierno y de la industria. En el presente leemos que el mundo tiene una deuda de \$25 billones de dólares; los Estados Unidos de América se han convertido en los mayores deudores, con un gigantesco desequilibrio en el comercio exterior. Como resultado de estos problemas y de otras más, miles de bancos han dejado de existir, la industria de ahorros y préstamos se vino abajo casi en su totalidad, la industria de los seguros estuvo a punto de desmoronarse y la bolsa de valores se hace cada día más volátil e incalculable.

La gran falta del sistema económico estadounidense durante las pasadas cuatro décadas ha sido la fe poco práctica en el poder de prosperidad en vez de en el poder y la benevolencia finales de Dios. El sueño americano se convirtió en el dios de los estadounidenses, y las riquezas y la abundancia se convirtieron en los símbolos de la devoción de la nación. En un escrito publicado el 2 de marzo de 1992, en la revista "Newsweek", Robert J. Samuelson abordó el asunto de la expresión práctica de esta defectuosa manera de pensar. El dijo lo siguiente:

"Cada época tiene sus ilusiones. La nuestra ha sido la ferviente creencia en el poder de la prosperidad. Los pilares de nuestra fe se desmoronan a nuestro alrededor. Nos estamos dando cuenta de que no podemos crear, como una vez supusimos, prosperidad a voluntad.... Peor aún, nos estamos dando cuenta de que ni siquiera la extrema prosperidad no puede curar nuestros problemas sociales. Nuestra gran sociedad está desfigurada por enormes imperfecciones: pobreza arraigada, constantes tensiones raciales, el desmantelamiento de la familia, y enormes deudas presupuestarias. Bruscamente se nos está sacando del error tocante a nuestra visión del futuro. El resultado es una profunda crisis de espíritu que alimenta las crecientes dudas de sí mismos de los estadounidenses, el

cinismo en cuanto a la política y la confusión que existe en cuanto a nuestro papel global".

El pago que se recibe por esta mala inversión se puede ver claramente en las columnas de intercambio del diario local.

La descontrolada economía

En 1992 los obreros estadounidenses tuvieron que trabajar cuatro meses y medio para pagar los impuestos que les correspondían. Mas no parece haber fin para la deuda del gobierno. En el presente los Estados Unidos de América tienen una deuda directa de 3 billones de dólares y obligaciones posibles de \$6.5 billones. Sólo la deuda externa estadounidense sobrepasa los \$650 mil millones. De ser los mayores acreedores del mundo hemos pasado a ser los mayores deudores. Tales datos estadísticos aumentan los avisos de tormenta que estamos presenciando.

Mientras que el mundo presenciaba el resquebrajamiento de la industria de ahorros y préstamos, el desmoronamiento del mercado de los bonos "junk" de \$200 mil millones, la "Masacre de octubre" de la bolsa de los Estados Unidos en 1987, la consolidación de las instituciones financieras de Wall Street; y el estatus al borde del desfalco de la Administración del Seguro Social, nos hacen darnos cuenta de que los Estados Unidos de América atraviesan por una profunda crisis financiera. Los estadounidenses de la presente generación ya están gastando la herencia que le tocaba a sus biznietos. No es de extrañarse que la economía no pueda salir de la actual recesión.

Larry Burkett, asesor financiero y autor del libro titulado "The Corning Economic Earthquake" ("El terremoto económico que se avecina"), les advierte a los cristianos que se preparen para el día de

rendir cuentas. Las pruebas que presenta son apremiantes, y sus cálculos acerca de los fracasos financieros y morales en los Estados Unidos y en el mundo, demuestran hasta qué punto ya nos han llevado los estragos del Apocalipsis. No me cabe duda de que los Estados Unidos de América habrá de enfrentarse a un juicio financiero antes de que finalice el presente siglo, si no se les hace frente a nuestros problemas financieros.

En este momento no parece que tal cosa va a ocurrir. Las cosas que eran un lujo cuando yo era un niño se han convertido en necesidades para muchos en la actualidad. Estamos viviendo más allá de lo que nos permiten nuestras posibilidades. Y esta forma de vivir finalmente habrá de hundirnos económicamente.

Numerosos comentaristas de la situación mundial se consuelan con el reciente desmoronamiento de la Unión Soviética y la democratización de los antiguos países comunistas de la Europa Oriental. La desilusión del Pacto de Varsovia, de la KGB y de otras entidades que servían de apoyo al totalitarismo, parecían abrir los horizontes para la paz y el acuerdo entre las naciones.

Pero ninguna persona en el uso de su razón creen que la transición de un sistema difunto, en quiebra moral y económica, hacia una democracia iluminada va a ocurrir de la noche al día. No cabe duda de que muchos en Rusia y en otras repúblicas se encuentran en grandes aprietos en la actualidad, y la euforia producto de la libertad y los derechos democráticos no han conseguido hacer más llevaderos el hambre, el frío y el desencanto. Durante mis recientes viajes a Rusia pude notar el temor y la ansiedad marcadas en los rostros de la gente. Lo que vi en aquellos rostros constituía un fenómeno poco común; sólo puedo describirlo como una euforia expectante mezclada con un sombrío sentir de impotencia y temor al futuro desconocido.

En Rusia, el nuevo gobierno de la república tuvo que crear un

Ministerio de Protección Social para cerciorarse de que la ayuda procedente del extranjero llegara a las personas que la necesitaban y que no cayera en manos del lucrativo mercado negro. En colaboración con la Comisión de Ayuda Humanitaria, el sistema ruso de bienestar social está haciendo el intento de dar ayuda a más de 65 millones de personas necesitadas y en desventaja, en treinta y una regiones. Sin duda que la labor es formidable. Ha habido una gran cantidad de ayuda e interés procedentes del Este, mas no se ha llegado a las profundidades del hambre y de la incertidumbre que existen en la nación. La Comunidad Europea emitió el voto en 1991 de enviar 240 millones en moneda europea de ayuda humanitaria a Moscú y a San Petersburgo. Un funcionario de la Comisión de Ayuda Humanitaria, el señor Gennadi Zhukov, comentó burlescamente: "Por supuesto, así resulta más conveniente para ellos, y más fácil de mostrarlo por televisión".

Para el primer trimestre de 1992, se habían enviado más de 352.000 toneladas de ayuda a la CIS. En enero de 1992, representantes de cuarenta y siete naciones se reunieron en Washington, D.C. para organizar los planes de socorro y asistencia, inclusive préstamos de \$450 millones a Rusia para la compra de arroz coreano.

A los delegados de la Conferencia celebrada en Helsinki en julio de 1992, les ha tocado quizás la labor más difícil, teniendo que discutir e ingeniar formas de proveer seguridad económica y militar a las naciones de la Europa Oriental en proceso de recuperación. Por ser la primera cumbre post comunista existen pocos motivos para esperar que los delegados de treinta y cinco naciones se pongan de acuerdo acerca de asuntos tan complejos, puesto que se encuentran tan distantes política e ideológicamente en prácticamente todos los asuntos. Si las resoluciones que adopten traerán en la práctica

seguridad y estabilidad a la CIS, está por verse.

Naciones como Rumania, donde tuve el enorme privilegio y el gozo de predicar en 1985, antes de la caída del régimen de Ceausescu, están buscando con desesperación sus propias formas de orden y equilibrio. Ellos quieren valerse por sí mismos, pero millones en Rumania, Bulgaria, Albania, Latvia y en otras partes de la antigua Unión Soviética, están sufriendo, padeciendo hambre y muriéndose como consecuencia del abandono y el abuso de que han sido víctimas.

Terribles realidades

La encarnecida guerra en Yugoslavia pone de manifiesto las tensiones que pueden surgir en muchas regiones, ahora que la autodeterminación constituye una posibilidad. Apesar de las buenas intenciones de ambas partes, las armas nucleares siguen siendo una amenaza para el mundo entero. El peligro verdadero e inminente que encaramos en este momento es la amenaza nuclear misma y los peligros de una tecnología descontrolada sobre la que aparentemente no tenemos ni la sofisticación ni el conocimiento necesarios para controlarla. En marzo de 1992 el "World Press Review" remitió un artículo desde Polonia sobre la continua precipitación radioactiva y la devastación producto del accidente ocurrido en Chernobyl en 1986. Apesar de los millones de dólares que se gastan para contenerlo, Chernobyl se sigue quemando con el continuo derretido de su propia materia nuclear. El sarcófago de cemento construido sobre el reactor tiene rajaduras y roturas en muchas partes, por las que se filtran el viento, el agua y también los animales silvestres; y de continuo exhaia muerte y destrucción radioactivas.

El escritor dice:

"El verdadero peligro lo presenta el polvo radioactivo. Las altas temperaturas y la fuerte radiación hacen que el concreto se desmorone, se haga polvo y se mezcle con el combustible, que también se hizo polvo cuando se produjo la explosión. Se cree que en este momento existan 35 toneladas de este material. Si el sarcófago en forma de colador se derrumba, se producirá una erupción de polvo mortífero de tipo geyser a través de las rajaduras. Aun ahora se producen de continuo pequeñas tormentas de polvo. Si se permanece en esa nube por más de tres minutos se corre el riesgo de perecer".

Chernobyl sigue siendo de hecho una bomba de tiempo, la cual sigue matando, amenazando y contaminando los ríos subterráneos que corren por debajo de ese lugar, y demostrando el mal monstruoso que es la energía nuclear fuera de control. Sólo puedo preguntarme qué nuevos elementos puede añadir esta situación u otras como ésta, a la peligrosa tormenta que se aproxima a nuestro mundo en el presente.

La promesa del futuro

Cada vez que uno observa de cerca las profecías sobre los tiempos del fin, se levantan inevitablemente negros espectros y enigmas que perturban el alma. Y así es como debe ser, puesto que para eso mismo es que Dios ha dado tan claros avisos sobre la tormenta que se avecina. Mas permítame también hacerle recordar la promesa de Dios. Porque en medio del pesimismo, de la tristeza y de la frustración, existe una maravillosa promesa; y en esta hora actual de preocupación existe todavía la promesa hecha por Cristo, que dice: "Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez" (Juan 14:3 RV). El murió en la cruz por nuestros pecados. El resucitó. El ascendió al cielo. La Biblia dice que El va a regresar triunfante.

Un día después de haber resucitado El estaba hablando con sus discípulos. Ellos "le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; pero

recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1:6-8 RV). Después de haber dicho esto El se apartó de ellos y ascendió a los cielos. Ellos presenciaron Su ascensión y una nube lo envolvió y así lo perdieron de vista.

La fe de los discípulos todavía era pequeña, y algunos de ellos abrigaban dudas de que quizás no lo volverían a ver, a pesar de las promesas que El les había hecho. Ellos debieron de haber estado mirando atentamente hacia los cielos, entristecidos y sintiendo que lo perdían, mientras que El ascendía. Entonces se les aparecieron a su lado dos varones con vestiduras blancas. "Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo" (Hechos 1:11 RV). El momento de su regreso, les había asegurado Jesús, era un secreto que sólo el Padre sabía. Sin embargo, en cuanto al tiempo en que esto habría de suceder se predice en varios libros de la Biblia. En el noveno capítulo de Daniel se nos dice que un ángel trajo palabra al profeta de que Dios había señalado setenta semanas a su pueblo y a su santa ciudad. Se han escrito decenas de libros acerca de estas setenta semanas, y no tengo intención de gastar tiempo aquí hablando sobre su significado. Yo sólo puedo meditar, pensar e interpretar lo mejor que me sea posible. Hay ciertas cosas que me parece que podemos saber con certeza acerca de éste y de otros pasajes proféticos; mas hay otros pasajes ante los que debemos proceder con cautela, y los eruditos bíblicos sinceros puede ser que discrepen en cuanto a algunos detalles donde Dios ha optado por no hablar con tanta claridad en lo tocante al futuro. Pero casi todo lo que fue profetizado en las Escrituras hasta antes del retorno de Cristo, ya se ha cumplido. ¡Sabemos que su regreso está cerca!

Lo que debemos notar aquí es que el ángel dijo algo a Daniel que

tiene relación con los cuatro jinetes: "Hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones" (Daniel 9:26 RV). Esto provee una clave clara para poder entender toda la historia, no sólo del Medio Oriente, sino también de los últimos milenios de la raza humana. La tierra ha sido un gran campo de batalla y una escena de sueños que no se han hecho realidad, de esperanzas truncadas, de corazones quebrantados, de cuerpos mutilados a lo ancho de miles de campos de batalla en los que cientos de millones han muerto.

La esperanza de su regreso

El prometido regreso del Señor ha sido la grandiosa esperanza de los creyentes a lo largo de los siglos. Emil Brunner dijo: "Lo que el oxígeno es para los pulmones, lo es la esperanza para el significado de la vida". Hace varios años, en un diálogo de Telstar, Lord Montgomery le preguntó lo siguiente al general Eisenhower: "¿Puede usted darnos alguna esperanza?" El señor Eisenhower recetó una salida, "la cual si el hombre falla", dijo él, "conduciría al Armagedón". La canción estadounidense preferida de Winston Churchill era "El Himno de Batalla de la República", el cual comienza con la conmovedora frase: "Mis ojos han visto la gloria de la venida del Señor".

Los grandes credos de la iglesia enseñan que Cristo va a regresar. El Credo de Nicea afirma: "El vendrá otra vez en gloria para juzgar tanto a los vivos como a los muertos". Carlos Wesley escribió siete mil himnos, y en cinco mil de ellos hizo mención de la segunda venida de Cristo. Cuando la Reina Isabel II fue coronada por el arzobispo de Canterbury, este le colocó la corona sobre la cabeza mientras que hacía el siguiente pronunciamiento: "Yo os entrego, oh soberana dama, esta corona para que la lleves hasta que regrese Aquel quien se reserva el derecho de llevarla".

Pero hasta que ese día llegue, uno de los más conocidos columnistas estadounidenses lo resumió al decir: "Para todos nosotros el mundo está en desorden y es peligroso; no está gobernado y tal parece que no se puede gobernar". Mas surge la pregunta: ¿Quién restaurará el orden? ¿Quién podrá contrarrestar el peligro de un holocausto nuclear? ¿Quién traerá el fin del SIDA y de otras epidemias de nuestro tiempo? ¿Quién es el único que puede gobernar al mundo? La respuesta es: ¡Jesucristo!

El salmista preguntó hace siglos: "¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas. El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira. Pero yo he puesto mi rey" (Salmo 2:1-6 RV). El prometió al Ungido: "Te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro.... Ahora, pues, oh reyes, sed prudentes; y admitid amonestación, jueces de la tierra. Servid a Jehová con temor, y alegraos con temblor" (Salmo 2:8-11 RV).

Sí, Dios le ha prometido este planeta a Su Hijo, Jesucristo, y un día habrá de pertenecerle. El pondrá fin a toda la injusticia, la opresión, las guerras, el crimen, y al terrorismo que predomina en nuestros diarios y en nuestras pantallas de televisión hoy. Pero antes de que ese día llegue, los cuatro jinetes habrán de desatar su tormenta de furor a lo ancho de las páginas de la historia.

Para el creyente cristiano, el retorno de Cristo es un alivio, porque por fin los hombres y las mujeres de fe habrán de recibir exoneración. Serán vengados. El no creyente podrá ver y comprender por qué el verdadero cristiano marcha guiado por el repique de otros tambores. Mas para el incrédulo pecador el retorno triunfante de Cristo habrá de

ser desastroso, puesto que el retorno de Cristo garantiza el juicio final.

El juicio final

Examinemos lo que ocurrió en la próxima visión de Juan. Se trata de un cuadro del horror absoluto del juicio final. El Cordero, con mucho cuidado, abrió el sexto sello (Apocalipsis 6:12-17). De repente, el caos se apodera del universo. Un terremoto que ninguna escala de Richter puede medir estremece al mundo entero. El sol se oscurece completamente. De hecho, informa Juan, "el sol se puso negro ... y la luna se volvió toda como de sangre; y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento" (Apocalipsis 6:12-13 RV).

Nos hallamos frente a una tormenta de magnitud apocalíptica. El mundo tiembla de terror. Las grandes ciudades se desploman. Juan ve a reyes, príncipes, generales; a ricos, poderosos, esclavos, libres, y a todo ser humano sobre la faz de la tierra, huyendo para escaparse del horror de juicio final de Dios. Se escondieron en las cuevas en las montañas. Se ocultaron detrás de rocas y de grandes piedras. Mas no hay escapatoria. En desesperación, claman: "Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿quién podrá sostenerse en pie?" (Apocalipsis 6:16-17).

Habrà un día en que se rendirán cuentas, cuando Dios cierre sus libros a tiempo y juzgue a toda criatura, tanto vivas como muertas. Esta visión de los juicios que conducen al juicio final impregna a los sesenta y seis libros de la Santa Escritura. Antes de la visión de Juan se le daba el nombre de "el día de la ira" (Sofonías 1:15; Romanos 2:5). Amos lo llamó el día del Señor" (Amos 5:18), al igual que Pedro, el discípulo de Cristo (2 de Pedro 3:10). Pablo, repetidas veces, le llamó

"el día de nuestro Señor Jesucristo" (1 Corintios 1:8; Filipenses 1:6). A menudo se le da el nombre de la Gran Tribulación.

A través de toda la historia ha habido días de juicio. El primer juicio de Dios vino sobre Adán y Eva en el principio del tiempo (Génesis 3:16-19). El pecado original de ellos trajo el día de la ira de Dios y una maldición permanente sobre todos los que vinieron después de ellos. Dios juzgó a Caín. Dios juzgó a los descendientes de Caín por medio de un diluvio del que Noé escapó. Otros juicios incluyen la confusión de las lenguas en Babel, la ardiente destrucción de Sodoma y Gomorra, y la cautividad y la dispersión de los israelitas.

El trigo y la cizaña

A través de este libro he formado un cuadro del juicio que habrá de venir sobre la raza humana como una combinación de la profecía bíblica de los cuatro jinetes y de la imagen de una tormenta que se aproxima, según Mateo 24. Los escritos neotestamentarios hacen que este cuadro sea perfectamente claro: el juicio final habrá de ser una tempestad de inconcebible magnitud y los cuatro jinetes habrán de cabalgar sobre los vientos de la ira de Dios.

Jesús acusó severamente a los fariseos que pusieron en duda sus enseñanzas acerca de la tormenta que habría de venir, diciendo: "Cuando anochece, decís: Buen tiempo; porque el cielo tiene arreboles. Y por la mañana: Hoy habrá tempestad: porque tiene arreboles el cielo nublado. ¡Hipócritas! que sabéis distinguir el aspecto del cielo, ¡mas las señales de los tiempos no podéis!" (Mateo 16:2-3 RV). El advirtió que la tormenta que El iba a desatar algún día sobre la tierra habría de ser la más intensa de que se tenía conocimiento. Más adelante El dijo: "Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del

Hombre" (Mateo 24:27 RV). El día de juicio vendrá con rapidez y a una hora que sólo Dios conoce, mas de seguro que vendrá.

En el desierto en las afueras de Jerusalén, Juan el Bautista advirtió sobre el juicio venidero. El les hizo saber a los que le escuchaban que el arrepentimiento era el único medio de escapar del día del juicio. Después vino Cristo mismo. El, también, habló sobre el juicio final, a menudo empleando un lenguaje que hacía referencia a los campos y a las cosechas. "Y al tiempo de la siega", advirtió el Señor, "yo diré a los segadores; Recoged primero la cizaña; y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero" (Mateo 13:30 RV).

En otra parte Jesús se reunió con un maestro judío y le explicó lo que habría de ser el juicio. "Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él" (Juan 3:17 RV). Luego puso bien en claro la forma en que uno puede ser salvo de la ira del juicio de Dios. "El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios" (Juan 3:18 RV).

Mi esposa y yo somos padres. Cuando nuestros hijos desobedecían las reglas de nuestra familia, era necesario que los corrigiéramos. Donde no hay juicio no existe la justicia. No nos gustaba reprender a nuestros hijos. Por el contrario, lo detestábamos. Los amábamos y nos dolía verlos sufrir. Mas dejarlos salirse con la suya con acciones a la larga destructivas para ellos, no hubiera sido la crianza de buenos padres. Hubiera sido una crianza de padres blandos y despreocupados. Los amenazamos con juicio por el bien de ellos. Y cumplíamos con el juicio por el mismo motivo.

Conozco a una familia adinerada cuyo hijo mayor estuvo en contacto con la cultura de la droga durante su último año de bachillerato. En una fiesta el muchacho olió cocaína con sus amigos de dinero. El padre se enteró y se enfrentó a su hijo. Con mucha

cautela le explicó los peligros que había en el uso de las drogas, muy en particular la cocaína. Llevó al muchacho para la biblioteca y allí leyeron los relatos de vidas arruinadas por el hábito de las drogas, iniciado en fiestas como en la que su hijo había probado la droga. Mas el adolescente se rio de las ideas anticuadas de su padre. De manera que con la esperanza de que su hijo no siguiera probando la cocaína, el padre lo amenazó con un día de juicio. "Si la pruebas otra vez", le advirtió, "no podrás salir de la casa y tu auto se quedará estacionado en el garaje".

Mas el muchacho no hacía caso. El padre descubrió la desobediencia de su hijo y le recordó el juicio. El hijo no podía salir. Le quitaron las llaves del auto. Y todo esto fue motivado por el deseo de ayudarlo, de librarlo de los horrores de la adicción a las drogas. Pero nada dio resultado; el hijo siguió usando cocaína en la universidad. Sabiendo que la adicción de su hijo se incrementaba, sus padres se negaron a darle dinero para mantener el hábito. Lo que hacían era trabajar y orar. Le rogaron que regresara a casa para que recibiera tratamiento y se ofrecieron para pagar por el programa de rehabilitación de las drogas en un hospital cercano. El hijo se burló de los temores de ellos y no hizo caso a sus advertencias. Empezó a robar para poder comprar la droga. Y un sábado en la noche fue muerto cuando intentaba robar en una tienda que vendía licor durante toda la noche.

El joven trajo el juicio sobre sí mismo. Como Dios, los padres lo amenazaron con juicio, no para condenarlo sino para salvarlo. Mas la desobediencia del hijo frustró los propósitos que tenía el padre y resultó en un juicio aun más severo para él. La muerte no vino por culpa del padre, sino por la desobediencia del hijo.

Aprendiendo a obedecer a Dios

Mientras que Dios, nuestro amante Padre, nos observa, nosotros, sus hijos desobedientes, seguimos desobedeciendo. No sería justo para El que no fuéramos castigados por nuestros pecados. La justicia exige el juicio. Mas Dios nos ama y obra para librarnos de las consecuencias de nuestra propia desobediencia. En Su Palabra, Dios nos ha advertido repetidas veces acerca del juicio que viene. El nos ha brindado una manera de escapar mediante el arrepentimiento de nuestros pecados y la fe en Cristo, Su Hijo. El ha enviado heraldos, como los cuatro jinetes, para que toquen la alarma, con el fin de despertarnos de nuestro mortífero sueño, para señalarnos el camino correcto, para ponernos en marcha de nuevo. Hay un juicio final que viene, mas Dios detesta ese día, por lo que sigue postergándolo para que el mundo pueda ser salvo.

Pero nos engañamos a nosotros mismos si pensamos que Dios va a detener las tormentas de juicio para siempre, porque no lo hará. Dios es un Dios de amor. Cuando somos niños, cantamos: "Cristo me ama; bien lo sé, su Palabra me hace ver". Cuando somos adultos, cantamos: "Su amor me levantó". Jamás debemos olvidar que Dios nos ama más de lo que podemos imaginarnos, porque Dios es un Dios de misericordia. Mas debemos recordar también que El es un Dios de justicia. El es fuego consumidor.

Jamás hemos visto ni oído algo que pueda compararse con la santidad de Dios. El es absolutamente puro. Ante Dios, nuestros pensamientos más puros son sucios en comparación con su pureza. Como la mujer vestida de ropas limpias y blancas, que luce gris y descolorida cuando se para junto a la nieve que acaba de caer, nuestros esfuerzos por ser santos son como trapos sucios si los comparamos con la pureza de Dios. El nunca puede cambiar. El no puede ver la maldad. La maldad es el enemigo, y aquellos que no hacen caso al aviso de Dios y siguen siendo aliados del mal, serán juzgados.

Mas El ha hecho y continúa haciendo todo lo posible para librarnos del día de juicio. Ya hemos mencionado a Jonás, quien predicó a la gente de Nínive, un pueblo idólatra y malvado en extremo. Al igual que el cuarto jinete, este profeta renuente advirtió a la gente acerca del día de juicio de Dios. El rey, junto con todo el pueblo, obedeció; se arrepintieron en silicio y cenizas. Se estima que el número de personas que confesaron sus pecados como resultado de la predicación de Jonás, fluctúa entre los trescientos mil a 2.5 millones de almas. Este fue probablemente el más grande avivamiento espiritual en toda la historia.

La cosecha del arrepentimiento

Como resultado del arrepentimiento de Nínive, Dios cambió de parecer. Los perdonó y detuvo Su mano de juicio. De hecho, como hemos mencionado anteriormente, no vino juicio sobre Nínive por espacio de 150 años. Entonces Nínive fue destruida por ejércitos invasores en el día de juicio de Dios. A Huida, la profetisa, el Señor le dijo que enviara un mensaje al pueblo de Judá que decía que el juicio iba a venir sobre ellos: "Así dijo Jehová: He aquí yo traigo sobre este lugar, y sobre los que en él moran, todo el mal de que habla este libro que ha leído el rey de Judá" (2 de Reyes 22:16 RV). Sin embargo, el mensaje que se llevó al rey era distinto:

Por cuanto ... tu corazón se enterneció, y te humillaste delante de Jehová, cuando oíste lo que yo he pronunciado contra este lugar y contra sus moradores, que vendrán a ser asolados y malditos, y rasgaste tus vestidos, y lloraste en mi presencia, también yo te he oído, dice Jehová. Por tanto, he aquí yo te recogeré con tus padres, y serás llevado a tu sepulcro en paz, y no verán tus ojos todo el mal que yo traigo sobre este lugar.

2 Reyes 27:19-20

Yo estoy convencido de que el juicio de Dios se puede detener por

un tiempo. No es necesario que toda una ciudad se arrepienta para retrasar los planes de juicio que Dios tiene. A Abraham se le concedió un retraso si lograba hallar sólo diez justos en Sodoma. Aun así, el día de juicio viene. Los truenos y los relámpagos se oyen con más fuerza cada día. ¿Por cuánto tiempo postergará Dios la tormenta de Su ira? No sabemos. Pero sí sabemos, mediante esta maravillosa visión de Juan, lo que nosotros los creyentes debemos hacer mientras tanto: Debemos seguir trabajando como aliados de Dios, en favor de la salvación de los perdidos y por la justicia social.

Nuevamente recordemos la visión de Juan. Los santos bajo el altar recibieron instrucciones de esperar un poco más, hasta que sus hermanos y hermanas en la fe, "que habrían de ser muertos", se unieran a ellos. Los mártires y los santos habían sido muertos por causa de la Palabra de Dios y por el testimonio que fielmente habían mantenido. Cuando ponemos en alto la Palabra de Dios, cuando mantenemos fielmente nuestro testimonio, también habremos de sufrir... y algunos habremos de morir.

No debemos conformarnos con fáciles respuestas. El llamado para seguir a Cristo no es fácil. Es fácil recibir la salvación, mas la gracia nunca puede ser barata. Nuestra redención mediante la cruz de Cristo fue muy costosa para Dios. También nosotros debemos estar dispuestos a negarnos a nosotros mismos, tomar la cruz y seguir a Cristo. No resulta fácil seguir a Cristo. No resulta fácil decidir qué tareas usted puede realizar y cuáles debe dejarle a otros. No resulta fácil defender un asunto cuando los asuntos son complejos y tienen dos lados. No siempre es fácil testificar para El. No resulta fácil obrar contra el mal, para que el juicio pueda ser postergado, mas esta es la labor a la que todos hemos sido llamados.

Por eso es que las profecías bíblicas muestran tan marcado contraste con las predicciones sintéticas de las computadoras. La Biblia toma en

cuenta a la naturaleza humana. La Biblia predice un descenso tan rápido y estremecedor hacia la anarquía y el caos mundial, que sólo Dios mismo podrá intervenir para salvar a la raza humana. Con su mente iluminada por el Espíritu Santo, el apóstol Pablo predijo "que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados" (2 Timoteo 3:1-4 RV).

Tales personas, dijo él, no disfrutarán por mucho tiempo los frutos de sus logros científicos, no importa cuán maravillosos puedan ser. El predijo lo siguiente: "Marchan camino del infierno por haber dicho "no" a la Verdad, por haberse negado a creerla y amarla, lo cual los hubiera salvado" (2 Tesalonicenses 2:10 NTV). Cuando los discípulos de Cristo le preguntaron, "¿qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?", El les respondió algo por el estilo. En lugar de presentarles un futuro repleto de logros científicos, en medio de una era de paz perpetua, les predijo la interminable secuencia de desórdenes y tragedias que ocurrirían, hasta que El mismo regresara a ponerle fin. El afirmó: "Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá grandes terremotos, y en diferentes lugares hambres y pestilencias" (Lucas 21:10-11 RV). La Biblia enseña que no habrá tregua en la cadena de sufrimientos y desastres que aquejarán a la raza humana, hasta que vean "al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria" (Lucas 21:27 RV).

Un aviso compasivo

Antes de que venga la tormenta de juicio, sin embargo, Dios

siempre le avisa a los hombres. El le avisó a la gente de los días de Noé antes de que viniera la destrucción. El le avisó a los habitantes de Sodoma antes de que viniera la destrucción. El le avisó a los habitantes de Nínive antes de que viniera el juicio. El le avisó a los habitantes de Jerusalén antes de que viniera la destrucción.

Lo que ocurrió en los días de Noé se repetirá al final de la historia. Tenemos la palabra de Jesús, quien dijo: "Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre" (Mateo 24:37 RV). Los dos eventos habrán de ser paralelos en muchos aspectos, no sólo en la extensión de la anarquía y la universalidad de las catástrofes, sino también en la insistencia del aviso y en la provisión de la forma de escapar. A petición de Dios, Noé predicó por espacio de 120 años. Durante todo ese tiempo él le advirtió a la gente que se arrepintiera de sus pecados y que buscara a Dios, mas la gente se rió y se burló. Y así, a medida que se acababa el tiempo, comenzaron a suceder cosas asombrosas. Aparecieron nubes en el cielo por primera vez. Los animales comenzaron a reunirse. Llegó la lluvia. Jesús dijo: "Vino el diluvio y los destruyó a todos" (Lucas 17:27).

Va a ocurrir otra vez algo tan devastador y tan universal en sus efectos, a no ser que el hombre se arrepienta. La extensa destrucción que mencionamos en el primer capítulo, causada por los huracanes Andrés y Camilo, es sólo un cuadro ínfimo de la ira venidera. La tragedia y la ironía del cuadro con que dio inicio a este libro, es sólo una pequeña demostración de la inconcebible realidad que está aún por venir sobre esta tierra. Hoy, como en aquel entonces, la gente procura negar el furor con que vendrá la tormenta. Quieren continuar en su autogratificación y con su intoxicación con los placeres del mundo. Mas la negación no habrá de detener la mano de Dios.

El apóstol Pedro escribió: "En los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo:

¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación" (2 de Pedro 3:3-4 RV).

Pero Pedro advirtió como sigue: "Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas" (V. 10).

Antes de que sucedan todas estas cosas aterradoras, la Biblia indica que vendrá un tiempo en que muchos de los mismos que profesan a Cristo le darán la espalda a la fe, y habrá disturbio social y político en todas partes del mundo.

Un consejo para el mundo

Jesús, no obstante, dijo otra cosa interesante, sobre la cual ya hemos hablado anteriormente: "Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin" (Mateo 24:14 Rv). En el presente, por primera vez en la historia, se está predicando el evangelio en una escala mundial nunca antes vista, mediante la radio, la página impresa y la televisión. Esta es una de las señales que debemos buscar a medida que nos acercamos al final de la historia. La Biblia enseña que hay liberación, de las cosas que habrán de suceder en el mundo, para aquellos que depositan su fe y su confianza en Jesucristo. No por sustancias químicas, sino por medio de Cristo. No por fumar piedra de cocaína o "crack", o por inyectarse heroína, sino por poner sus mentes y sus corazones en armonía con Dios, mediante la sujeción a Su voluntad y por aceptar Su perdón, ofrecido desde la cruz. Sólo en Cristo hay liberación de los pensamientos torturantes del mundo, hay sanidad para los cuerpos y las mentes debilitadas, y hay libertad de los

hábitos sórdidos, destructivos e inmorales, que están acabando con tantas vidas en la actualidad.

Pero aun más importante que esto es el hecho de que hay esperanza para el futuro. La Biblia enseña que Dios ha planeado una utopía. Un nuevo y glorioso orden social habrá de venir, mas habrá de ser instaurado por Jesucristo mismo, cuando El regrese. Yo estoy convencido de que queda poco tiempo; cada uno de nosotros debe contar las buenas nuevas en cualquier forma en que nos sea posible. "Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis" (Mateo 24:44 RV). ¿Está usted preparado?

La promesa de la paz

El mundo en que vivimos es como un huracán —siempre cambiando, siempre cambiante, siempre incalculable, y a menudo destructivo—, mas hay algunas cosas que nunca cambian: El amor de Dios. Su incomparable gracia y su misericordia. Su perdón sin límites. Hasta aquel día en que Cristo ha de venir "con voz de mando", habrá esperanza para la raza humana. Mientras que aún tenemos tiempo, debemos buscarle de veras.

Mientras más aprendo acerca de las realidades del libro de Apocalipsis, más cuenta me doy de que todavía existen muchos misterios, ambigüedades e incertidumbres complejas, que no pueden entenderse a cabalidad. Mas no estamos sin entendimiento. De las verdades que ya hemos aprendido acerca de Dios, tenemos pruebas de Su amor y de su provisión para la humanidad. De la precisión que nunca falla de la profecía bíblica, tenemos pruebas de la fidelidad de las Escrituras de su frecuente y asombrosa actualidad en medio de las circunstancias de nuestras vidas. Así que sabemos que Su Palabra es verdad.

Pablo escribió a Timoteo lo siguiente: "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Timoteo 3:16-17

RV). Con tal seguridad, estudiamos la Palabra y descubrimos en qué forma sus verdades pueden aplicarse a nuestras vidas y a nuestras necesidades en particular.

Pablo también comprendió lo que significaba su mensaje. El escribe lo siguiente: "Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina" (2 Timoteo 4:1-2 RV).

Yo no comprendo a cabalidad todo lo que habrá de suceder cuando los eventos que he descrito en este libro ocurran, mas yo reconozco también que aún no tenemos el cuadro completo. Dios revela en cada época lo que Sus hijos son capaces de comprender. Yo estoy preparado para confiar en ese conocimiento hasta que Dios inicie el próximo capítulo de esta increíble aventura.

Su nombre es fiel y verdadero

Por el momento, miremos hacia adelante hacia un día futuro en el que otro caballo con su jinete aparecen ante el profeta: Uno que cabalga con el fin de traer el reino de Dios en todo su esplendor a la tierra. Al igual que el primer caballo en el capítulo 6, el caballo que vemos más tarde en el capítulo 19 también es blanco. Pero aquí termina el parecido. El jinete de este caballo es Jesucristo mismo, que viene con gloria y poder a la tierra. Al llegar al final de esta narración quisiera adelantarme y echarle un vistazo a esos versículos, con el fin de descubrir lo que nos revela el Espíritu de Dios en el relato de Apocalipsis 19. Del capítulo 7 al 18 se habla sobre el catastrófico final de la historia, quizás muy cercano, cuando "habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta

ahora, ni la habrá" Jesús dijo: "Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados" (Mateo 24:21-22 RV).

Yo estimo que habrá de ser una época de conflagración nuclear, de holocausto biológico y de catástrofes químicas derramándose sobre la tierra, para llevar a la humanidad hasta el borde del precipicio. La historia llegará a su fin en el campo de batalla de Armagedón. Ya vemos sus nubes anunciando tormenta y amontonándose sobre la tierra.

¿Habrá la raza humana de exterminarse a sí misma? Por poco no lo logrará, como nos ha dicho Jesús. Antes de que lo consiga, Cristo regresará. Los líderes endemoniados de "todo el mundo" se habrán movilizado como antagonistas y protagonistas del venidero sistema mundial anti Dios, que estará encabezado probablemente por el anticristo mismo. Habrán de reunirse, se nos informa, "en el lugar que en hebreo se llama Armagedón" (Apocalipsis 16:16).

Woodrow Wilson habló acerca de "la guerra para acabar con todas las guerras", y Ellen Goodman, la columnista, escribió sobre la posibilidad de urla futura y ominosa guerra "para acabar con toda vida". Pero puede estar seguro de que esto no sucederá. Dios tiene otros planes para la raza humana. La vida no va a llegar a un final catastrófico. La intervención de Dios se encargará de que esto no ocurra así.

A dondequiera que voy, la gente me pregunta: "¿Es usted un optimista o un pesimista? Mi respuesta es que yo soy un perenne optimista. Para emplear las palabras de Robert Browning, "Lo mejor no ha venido aún". Yo creo también que esto es cierto, y en las páginas finales de este libro quiero explicar por qué.

Con un total de más de cuarenta guerras teniendo lugar en el mundo en este mismo instante, tenemos que dudar acerca de nuestras

esperanzas de paz en la tierra. Cualquiera de estas guerras puede conducir al principio del fin. De modo que yo pregunto: ¿Podrá el paraíso ser restaurado? ¿Habrá luz al final del túnel? O preguntamos lo que el finado Winston Churchill le preguntó a un joven ministro estadounidense, hace treinta años: "Joven, ¿puede usted darme alguna esperanza?"

De regreso a la Biblia

Para dar respuesta a la interrogante de Churchill, lo llevaré de regreso al futuro. En Apocalipsis 19:11-13, el anciano apóstol escribe: "Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: El Verbo de Dios".

Los cuatro jinetes del Apocalipsis ya han pasado antes. Otros juicios han sido derramados. Ahora Dios se dispone a realizar su avanzada final. El jinete sobre el caballo blanco del capítulo 19 es el Señor Jesucristo, el Mesías de Israel, la cabeza de la iglesia, el Rey de reyes y Señor de señores.

El caballo engañador del capítulo 6 de Apocalipsis se ve de un color gris sucio, en comparación con el corcel impecable e inmaculado que aparece aquí en Apocalipsis 19. Mientras que el caballo bermejo en Apocalipsis 6 trae la guerra para matar y destruir, este caballo blanco, con el Rey de reyes como jinete y vestido con una túnica teñida en sangre, le declara la guerra a los asesinos, para instaurar Su reino de salvación y paz. Mientras que el caballo de Apocalipsis 6 trae hambre y enfermedad, el blanco corcel de Apocalipsis 19 trae sanidad y el Pan

de Vida. Mientras que el caballo amarillo de Apocalipsis 6 trae la muerte y el infierno, el corcel blanco del capítulo 19 trae la vida y el cielo a todos los que ponen su fe en El.

¿Cuándo aparecerá el Hombre en el caballo blanco descrito en Apocalipsis 19? La clara enseñanza de la Palabra de Dios es que El vendrá cuando la raza humana se haya hundido hasta las profundidades más hondas y peligrosas en toda su historia —el tiempo en que los cuatro caballos cabalgando sobre las tormentas de Apocalipsis hayan cumplido su misión y hayan empujado a la humanidad hasta el mismo borde del precipicio.

Existe un pavoroso sentir en toda la sociedad en la actualidad. Alberto Schweitzer lo describió cuando se lamentó de esta manera: "El hombre ha perdido la capacidad de prever y de prevenir. El acabará por destruir la tierra". Si se nos deja a nuestro propio albedrío eso es precisamente lo que acabaremos haciendo. Bárbara Streisand puso su dedo sobre la llaga cuando afirmó: "Yo creo que el mundo está llegando a su fin. Tengo la impresión de que la ciencia, la tecnología y la mente se le han adelantado al alma —al corazón. No existe un equilibrio en lo que se refiere a sentimiento y amor hacia nuestro prójimo".

¿Quién mejor que el conductista B. F. Skinner de Harvard para dar respuesta a una pregunta como ésta? A los setenta y ocho años de edad, Skinner conmovió a la Convención de la Asociación Estadounidense de Psicología al formular con enojo y angustia comprensibles, lo siguiente: "¿Por qué no estamos actuando para salvar al mundo? ¿Nos quedará mucha más historia por delante? Cuando más tarde se le preguntó, "¿Ha perdido el optimismo el observador del acondicionamiento social?", su respuesta fue: "Lo he perdido.... Cuando escribí "Más Allá de la Libertad y de la Dignidad", yo me sentía con optimismo en cuanto al futuro. Hace una década

había esperanza, mas hoy está enfermo de muerte.... El argumento de que siempre hemos podido resolver nuestros problemas en el pasado y que habremos de resolver —por lo tanto— el que ahora nos aqueja, es como darle seguridad a un hombre moribundo señalándole que él siempre se ha recuperado de su enfermedad" ("Philadelphia Inquirer", 25 de septiembre de 1982).

Sobre la paz y la guerra

En un artículo titulado "Psicología y Armagedón", publicado en "Psychology Today", el profesor de psiquiatría de Harvard, doctor Robert Coles describe un sentimiento predominante en todo el mundo, a saber: que la humanidad se encamina hacia el Armagedón. El riesgo que se aproxima habrá de ser el más grande en toda la historia. El anticristo (o su sistema) será un monstruoso impostor, la encarnación de la iniquidad. Toda la gente en el mundo entero pensará y dirá: "Nos las han hecho".

Habrà de venir un tiempo en el futuro —si está cerca o lejos no lo sé (muy en particular por el hecho de que Jesús nos advirtió que no nos diéramos a poner fechas)— en el que un sistema o un líder mundial falso establecerá una falsa utopía durante un corto período de tiempo. Los problemas económicos y políticos del mundo parecerán estar resueltos. Mas al final de un breve mandato todo este sistema se desmoronará. Durante este reinado demoníaco las tensiones aumentarán y nuevamente el mundo estallará con una ferocidad que incluirá guerras en una escala nunca antes vista. Ni siquiera el poder de los líderes mundiales logrará evitarlo. Este monumental levantamiento habrá de ser la última guerra del mundo, la batalla de Armagedón. Según escritores y científicos seculares, la cita entre la humanidad y Armagedón es inevitable.

Armándose para el Apocalipsis

Si yo no fuera un creyente en Cristo, en este punto me sumiría en un completo pesimismo. Hace algún tiempo leí una columna escrita por Ellen Goodman, en la que ella formula la siguiente pregunta: "¿Está el Armagedón quizás a las puertas? ¿Qué pueden hacer las personas inteligentes? ¿Envolvernos en sábanas de luto y esperar que llegue el fin?" ¿Debemos quedarnos mirando fijamente a la amedrentadora espada nuclear de Damocles, que "ha estado suspendida sobre nosotros como un apocalipsis sin la promesa de redención?"

¡Por supuesto que no! Cristo instó a que cuando comenzara el holocausto universal "erguios y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca" (Lucas 21:28). En vez de envolvernos con sábanas debemos buscar la redención en Cristo. Debemos, también, trabajar como si estos eventos estuvieran distantes en el futuro. Jesús prometió una bendición para que aquellos que fueran hallados trabajando al regreso de su Señor.

No me propongo pasar mucho tiempo en el quién, el qué, el por qué, el cómo o el cuándo del Armagedón. Quiero declarar sencillamente mi propia convicción de que está cerca. Si no ocurre un avivamiento repentino y en masa del pueblo de Dios, la tierra ya está bajo la condenación de Dios, y su juicio será rápido, inevitable y completo. Con la perspectiva de esta tormenta que se aproxima, tenemos sólo una esperanza segura: el Armagedón será interrumpido por el retorno de Cristo sobre el caballo blanco, dirigiendo los ejércitos del cielo, como claramente se profetizó en muchos pasajes de la Biblia.

En ninguna otra parte lo anterior se describe de manera más definitiva y dramática que en Apocalipsis 19. Cuando Juan vio "el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se

llamaba Fiel y Verdadero", y procedió a describir el jinete como "el Verbo (Palabra) de Dios", seguido por los ejércitos celestiales "vestidos de lino finísimo, blanco y limpio... en caballos blancos". Volviendo la atención al Mesías que venía, Juan vio que "de su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro" (Apocalipsis 19:11-15 RV).

En caso de que alguien se confunda en cuanto a Su identidad o a Su autoridad, Juan aclara sin lugar a dudas que "en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES" (Apocalipsis 19:16).

El hombre montado sobre el caballo blanco

¿Qué hace el hombre que está montado sobre el caballo blanco? Juan pone en claro que El y Su ejército celestial se enfrentan al anticristo y a las fuerzas militares que se han congregado para hacer guerra, no sólo unos contra otros, sino también contra los ejércitos celestiales. Mas "la bestia (anticristo) fue apresada, y con ella el falso profeta que había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre" (Apocalipsis 19:20 RV). Los colaboradores y colegas del anticristo son conquistados por Jesucristo.

El grandioso concepto que Adolfo Hitler tenía del nazismo era que él iba a instituir un imperio imperialista en el mundo entero, y que habría de durar mil años. Esto no sucedió. Un escritor en la revista "Time" señaló la pasada "exportación global de la revolución" de Mao Tse Tung, diciendo que era una visión obsesiva "para apurar la llegada del milenio comunista". Pero en la actualidad el imperio de Mao ha desaparecido, y su visión ha sido radicalmente alterada por medio de cambios aun mayores que han aparecido en el horizonte.

La gente puede que se pregunte: ¿Es Juan el único que explicó de manera tan clara la Segunda Venida de Cristo a esta tierra? No. La cita

más antigua de toda la literatura proviene de Judas 14-15. Judas citó a "Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos" los vivos, incluso "todos los impíos". El hombre o el gobierno más impío que jamás haya existido será el anticristo. Pablo escribió lo siguiente a los Tesalonicenses: "El Señor matará (al inicuo) con el espíritu de su boca, y destruirá (a él) con el resplandor de su venida" (2 Tesalonicenses 2:8).

El regreso de Cristo es la gran seguridad del creyente. Seymour Siegel ha dicho: "El problema central de cristianismo es: Si el Mesías ya ha venido, ¿por qué es tan impío el mundo? Para el judaísmo, el problema es: Si el mundo es tan impío, ¿por qué no viene el Mesías?" El Mesías vendrá para resolver estos dos dilemas, y muy pronto. Todo judío ortodoxo devoto, ora así cada día: "Yo creo con completa fe en la venida del Mesías. Y aunque El se demore, esperaré por El cada día que llega".

La Escritura dice: "El principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndose y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre" (Isaías 9:6-7 RV).

Arnold Toynbee de Cambridge, previo que "sólo un gobierno mundial podía salvar a la humanidad de la aniquilación mediante las armas nucleares". Y es cierto. Jesucristo será el Rey que gobernará sobre toda la tierra en Su gobierno mundial teocrático.

En el libro escrito por Jonathan Schell, titulado "The Fate of the Earth" ("El Destino de la Tierra"), se visualiza un día en que "las instituciones existentes tendrán que abrir paso a algún tipo de seguridad soberana y trascendental, probablemente provista por un gobierno que abarca a toda la humanidad", de hecho un gobierno

mundial. Esto puede ocurrir en el marco de un estilo secular en camino hacia el Armagedón, mas no sucederá como parte de un sistema completo, armonioso y productivo, hasta que Jesucristo regrese a gobernar este mundo.

El monstruo nuclear

Sabemos que el mundo ha entrado en un período un poco menos volátil y de menos confrontación. Ya no existe el alejamiento del Oriente y el Occidente que hubo en el pasado. Se supone que no exista ya el equilibrio nuclear de terror entre los Estados Unidos y la ex Unión Soviética. El presidente Bush proclamó que este era un mundo más bondadoso y más dócil. Mas, como ya hemos visto, los riesgos de los enfrentamientos nucleares y aun de los accidentes en el empleo pacífico de la energía nuclear, están latentes.

Hay una estatua frente al edificio de las Naciones Unidas en Nueva York, que tiene una inscripción que dice: "Volverán sus espadas en rejas de arado". ¿De dónde ha salido esta cita? ¡De la Biblia! En Miqueas 4:2, sólo una de tantas profecías escriturales que abordan esta catastrófica pregunta, leemos que "vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos".

Ese pasaje continúa diciendo que, como Rey del mundo, "él juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a naciones poderosas hasta muy lejos; y martillará sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzaré espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra. Y se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien los amedrente; porque la boca de Jehová de los ejércitos lo ha hablado" (vv. 3-4). Tenemos aquí una maravillosa profecía acerca de una época venidera de paz, mas no habrá de venir

de las Naciones Unidas. El presidente de los Estados Unidos de América no realizará este milagro. A la larga, el convertir las espadas en arados es algo que Jesucristo mismo hará, como Rey sobre toda la tierra.

"La Nueva Enciclopedia Católica" señala que el resultado del triunfo de Cristo sobre el anticristo y los ejércitos del mal, habrá de ser un reinado de Jesucristo y sus santos de todas las edades, sobre una tierra donde habrá prosperidad y paz como nunca antes ha habido. Desde tiempos inmemoriales la humanidad ha anhelado tener una combinación de ley y orden, de paz y prosperidad, de libertad y realización, de salud y felicidad, de piedad y longevidad sobre esta tierra. Esto va a hacerse realidad cuando Cristo venga otra vez a establecer Su reino.

Un nuevo orden mundial

Bajo las condiciones actuales no puede haber un nuevo mundo ni lograrse paz duradera. Debe ocurrir algo dramático que tenga la virtud de alterar la naturaleza humana. Esto nos deja sólo con una seguridad absoluta acerca del futuro: Cristo como el Príncipe de Paz, con el reinado sobre Sus hombros. Los sueños utópicos y los planes de Platón, de Bellamys, de Owens y de filósofos e idealistas como éstos a lo largo de la historia, se harán realidad mediante Su reinado. Este es el mensaje del Dios-Hombre que cabalga sobre el corcel blanco y desciende del cielo, el cual Juan vio por anticipado y lo escribió en Apocalipsis 19.

Juan Milton añoraba el "Paraíso Restaurado". Yo estoy convencido de que por espacio de mil años Adán ansió el regreso al jardín de Edén, del que había sido echado por causa de su pecado. ¡Mas no pudo entrar! El profesor John Walvoord lo explica en forma concisa: "Las

ansias de un gobierno perfecto, de justicia, de equidad, de prosperidad económica y de liberación de la inseguridad y de los temores que atormentan al mundo moderno, encuentran su respuesta en el regreso de Cristo y el establecimiento de Su reino".

Las Escrituras tienen mucho que enseñarnos acerca del mundo del Cristo que vendrá. El Mesías tendrá completo control de la gente en toda la tierra. El estará puesto "por pendón a los pueblos, será buscado por las gentes; y su habitación será gloriosa", nos asegura Isaías (11:10). "Reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de amor de Jehová" (11:2). Por todo el mundo la gente ansia una sociedad de paz y de provisión, en la que haya también bondad y justicia. Cristo el Mesías implementará todo esto, puesto que "juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; puesto que "será la justicia cinto de sus lomos, y la fidelidad ceñidor de su cintura" (11:4-5). ¿Funcionará? Claro que sí: "No harán mal ni dañarán ... porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar" (11:9).

Habrà tal transformación en el orden que imperará, que aun el reino animal habrá de ser completamente manso: "Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja, el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No herirán más ni dañarán", es la promesa que hace el Rey que viene (Isaías 11:6-9 RV). Lo anterior se hallará en completo contraste con las fieras, aves de carroña, insectos devoradores y encarnizadas enfermedades, los cuales han figurado entre los más feroces enemigos del hombre primitivo y del civilizado, desde la era adámica hasta la atómica.

Un mensaje del mesías

Lo anterior me conduce a examinar lo que han dicho las Escrituras tocante a la era futura que estará bajo el reinado del Mesías. Todas las tormentas ya habrán pasado. El cielo estará despejado. Los jinetes ya no cabalgarán más. Las enfermedades habrán de ser sanadas por Cristo, el gran sanador de las naciones. El erradicará todas las deformidades y las incapacidades. En esa época no habrá estacionamientos especiales ni rampas en los edificios para los incapacitados. No habrá ceguera, ni sordera, ni terapia para el habla, ni sillas de rueda, ni muletas, ni bastones. "No dirá el morador", asegura Isaías (33:24), "estoy enfermo". "Yo haré venir sanidad para ti, y sanaré tus heridas, dice Jehová" (Jeremías 30:17). "Vendaré la perniquebrada" (Ezequiel 34:16). Isaías profetizó lo siguiente:

Esforzaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá, y os salvará. Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saldrá como un ciervo, y cantará la lengua del mudo; porque aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad. El lugar seco se convertirá en estanque, y el sequedal en manaderos de aguas; en la morada de chacales, en su guarida, será lugar de cañas y juncos. Y habrá allí calzada y camino, y será llamado Camino de Santidad

(Isaías 35:4-8 RV).

"Porque he aquí, viene el día", profetizó Malaquías (4:1-2) en el último capítulo del Antiguo Testamento, cuando la gente del mundo finalmente temerán "mi nombre, nacerá el sol de justicia, y en sus alas traerá salvación". En el último capítulo de Nuevo Testamento leemos que en esa era estará en pie "el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la santidad de las naciones. Y no habrá más maldición" (Apocalipsis 22:2-3). "Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, no dolor; porque las

primeras cosas pasaron" (Apocalipsis 21:4).

En el presente, como le escribió Pablo a los romanos (8:22, 18-21), "toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora". Mas "las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria que en nosotros ha de manifestarse.... Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios".

El fin de las discrepancias

Hemos tenido enormes controversias en años recientes acerca del control de la natalidad, el aborto y la eutanasia. En la actualidad estas crisis están en aumento en cada comunidad, con el incremento también de la violencia y de las discrepancias. Dentro de poco, yo creo que estos problemas se debatirán ante la Corte Suprema y en pleitos jurídicos en cada estado, y tendrán que ver con la misma esencia de nuestras creencias. Mas el Apocalipsis nos dice que todos estos problemas desaparecerán cuando la maldición por el pecado que hay sobre la tierra sea quitada. En lugar de espinas y cardos, de sequía y desiertos, encontraremos frutas y verduras, fuentes y fertilidad. Esta es la promesa de Dios.

El rabino doctor Harvey Fields estaba en lo cierto cuando exclamó: "Sin el Mesías, la iniciativa humana se estrellaría en las tinieblas para siempre". Mas gracias a Dios, el Mesías viene. El salva a individuos en el presente. En el grandioso mañana, El hará nueva toda la creación.

Un día habrá de suceder. El profeta Isaías predijo lo siguiente: "Se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como

la rosa. Florecerá profusamente, y también se alegrará y cantará de júbilo". Así es, el mundo será como "la hermosura del Carmelo y de Sarón. Ellos verán la gloria de Jehová, la hermosura del Dios nuestro" (Isaías 35:1-2 RV).

Con un futuro como este que le aguarda a los creyentes, y más allá en la eternidad con Cristo y los creyentes de todos los tiempos, habitando en un cielo como también en una nueva tierra, no podría finalizar un libro como éste sin hacerle otra encarecida invitación a usted, como lector, a que se cersiore sin lugar a dudas de que usted le pertenece a Cristo. Por tener esta firme convicción, sólo estoy reflejando exactamente la convicción que tenía el anciano apóstol Juan. El, simple y llanamente, no podía concluir el Apocalipsis de Jesucristo sin hacer de los últimos seis versículos del libro, una de las invitaciones más apremiantes de toda la Biblia, al arrepentimiento del pecado y a recibir a Jesucristo como Salvador y Señor.

"Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias", es lo que leemos en Apocalipsis 22:16. Jesucristo mismo no quiere que Juan tenga dudas en cuanto a esto. Después de haber presenciado un panorama de escenas que abarcan el pasado, el presente y el futuro; después de haberse adentrado en los cielos, en la tierra y en el infierno; después de habersele presentado a Dios, al hombre, desde lo mejor hasta lo peor de éste, y al mismo Satanás, ¡Jesús quiere tener la última palabra! ¿Por qué? Porque, como leemos en Apocalipsis 1:5, El está por encima de todos y "nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre", derramada en la cruz por nuestros pecados, para comprar nuestro perdón y nuestra paz. El es, por tanto, Aquel a quien tenemos que dar cuenta ahora y a quien en un final daremos cuenta. Más adelante, en ese mismo capítulo (vv. 17-18), El asegura lo siguiente: "Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los

siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades": ¡del infierno mismo!

En Apocalipsis 3:20, Jesús avanza un paso más y declara: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo". Jesús le dice a usted, ahora mismo, que si usted nunca le ha recibido a El como Salvador y Señor, usted no sólo necesita recibirle, ¡sino que puede hacerlo ahora mismo! Muchos afirman: "No hay necesidad de hacerlo". Mas la bondad de Dios habrá de conducir al arrepentimiento.

Cuando lleguen, sin embargo, las dificultades y los sufrimientos a su vida, Dios puede utilizar esos duros aldabonazos para mostrarle que usted necesita a Cristo en cada circunstancia. Puede que sea una desilusión en los negocios, un revés en su vida amorosa, un matrimonio disuelto, una desgracia, una relación severa o permanentemente dañada entre usted y uno de sus padres o entre usted y un hijo. Puede que sea el gradual o acelerado deterioro de su propia salud. Cualquiera que sea su desilusión, ¡El quiere remediarla!

Dios está obrando en medio nuestro

El Pan de Dios ni es abstracto ni incierto. No es un secreto. El dice con claridad meridiana: "Te amo". El ha llamado a cientos de miles en todo el mundo para que proclamen su amor hacia el mundo y a llamar a todo, hombre, mujer y niño a que vengan a sus brazos. Como ejemplo del ejército de Dios que ha salido en el presente al mundo no se me ocurre un ejemplo mejor que el de los miles de "predicadores descalzos" y otros evangelistas itinerantes que hemos ayudado a entrenar en Amsterdam durante las últimas décadas.

La Conferencia Internacional de Amsterdam para Evangelistas Itinerantes de julio de 1983, fue una sesión de ministerio y

entrenamiento que duró diez días. Alrededor del 70 por ciento de los participantes en esa primera conferencia provenían de países del Tercer Mundo. La meta original consistía en invitar a dos mil quinientos evangelistas jóvenes a que recibieran una serie de seminarios prácticos. Pero hicieron la solicitud más de once mil, de los que finalmente fueron invitados cuatro mil.

Cuando regresamos a Amsterdam tres años después, tuvimos la misma respuesta entusiasta, esta vez quizás aun mayor. Predicadores, maestros, estudiantes, y ayudantes en misiones vinieron de todas partes del mundo. Miles vinieron de Africa —muchos de los cuales nunca habían viajado a más de unas pocas kilómetros de distancia de sus aldeas— y estaban atónitos, no sólo por el compañerismo que pudieron tener con creyentes de más de 170 países y territorios, sino también por haber vislumbrado por primera vez lo que era la cultura europea. Vinieron de todas partes de Asia, Latinoamérica y de Europa Oriental, y se esparcieron por las calles de Amsterdam con el fin de ver, aprender y compartir el amor de Jesucristo con otras personas. Nunca antes se había visto un derramamiento tan apasionado del Espíritu de Dios. En el día de Pentecostés, descrito en el segundo capítulo de los Hechos, el Espíritu de Dios descendió con el sonido de un viento fuerte y con lenguas de fuego visibles. La atmósfera estaba electrificada con aquella primera visita del Espíritu de Dios a la iglesia cristiana; pero en Amsterdam sentimos algo tan electrificante y tan inspirador como lo que ocurrió en Pentecostés. Hubo momentos en que todos los ojos estuvieron llenos de lágrimas.

En la actualidad ese poderoso ejército de predicadores itinerantes de todos los extremos del mundo, se traslada de aldea en aldea, y de casa en casa predicando las buenas nuevas del amor de Dios. ¿Por qué lo hacen? ¿Por lo que ganan? No. Ellos no reciben casi ningún apoyo por lo que hacen. Muchos son dichosos de tener al menos una

bicicleta, una Biblia y una muda de ropa. ¿Lo harán por fama y fortuna? Esto no existe para ellos. En la mayoría de los casos sólo Dios conoce las buenas obras que estos humildes y sinceros pastores han realizado.

¡Lo hacen porque Jesucristo está vivo! El vive en sus corazones y las buenas nuevas es algo que vale la pena compartir con el mundo. Lo que los constriñe a contarles a todos que Jesús es el Señor, es la vida que en ellos hay. Si Jesucristo no es el Hijo de Dios, nada de nada importa. ¡Mas si lo es, eso es lo único que importa!

¿Está El tocando a la puerta de su corazón hoy? Si alguien viene a su casa y toca la puerta, usted puede abrir la puerta e invitar a entrar a esa persona, o usted puede hacer caso omiso del toque y la persona se irá. Eso mismo es lo que ocurre cuando Cristo está tocando a la puerta de su corazón. Usted puede inclinar su rostro en un avión, en una celda en la cárcel, en una oficina, en un cuarto de hotel, en su cama en el hospital, o en su propio hogar, y usted puede abrirle su corazón a Cristo haciendo una oración sencilla de fe. Jesucristo es la buena noticia por excelencia. El es más grande que el "Hombre del Año". ¡El es la noticia más grande de todos los tiempos!

Me encantan las palabras que voy a citar. Proceden de una santa cristiana amada, quien está ahora con el Señor. Me refiero a Corrie ten Boom. Corrie era oriunda de Holanda y prisionera de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, por esconder a judíos en su hogar. Todos los miembros de su familia murieron en los campos de concentración alemanes. En su libro, titulado "Maravilloso Amor", ella formula la siguiente pregunta:

Si yo enderezo los cuadros que cuelgan de la pared de su casa, yo no estoy cometiendo ningún pecado ¿no es cierto? Pero supongamos que su casa está ardiendo en llamas, y que aún así yo prosiguiera con toda calma enderezando los cuadros. ¿Qué diría usted? ¿Pensaría usted que no soy más que una tonta o que soy muy malvada? El mundo en la actualidad arde en llamas. ¿Qué está haciendo usted para apagar las llamas?

Me gustaría formular esa pregunta de esta manera: Si Cristo es el Señor, y lo es, y yo no se lo hago saber, ¿qué diría usted? ¿Pensaría usted que no soy más que un tonto o que soy muy malvado?

Así que tenemos estas buenas nuevas hechas posibles en el pasado por el eterno amor y por la muerte de Cristo en la cruz por nosotros. Tenemos en el presente Su tocar a la puerta de nuestro corazón, pues El quiere tener posesión de nuestras vidas, no sólo para nuestro bien eterno, sino —asombrosamente— para el suyo también. Jesús quiere exhibirnos al resto del universo como ejemplos de lo que puede lograr Su gracia.

En Apocalipsis 4:1 se nos muestra el futuro y, a través de los ojos de Juan, se nos invita mirar hacia adelante: Y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de éstas". Jesús nos presenta un avance del cielo que El ha ido a prepararnos.

Libertad para escoger

Quizá usted pregunte: ¿Qué ocurre si yo rechazo a Jesucristo y en vez de esto escojo el camino del pecado? El nos ama y se interesa lo suficiente como para avisarnos del peligro de escoger esa ruta. En Apocalipsis 21, El pone muy en claro que "los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre". Luego El añade: Esta "es la muerte segunda" (Apocalipsis 21:8), así que "Yo Jesús", da inicio a esta invitación bíblica final. "Yo Jesús ..." doy "testimonio" (Apocalipsis 22:16).

La misma voz poderosa, voz del Espíritu Santo quien se movió

entre nosotros en Amsterdam, le habla a usted, diciendo: "¡Vén!" (Apocalipsis 22:17). Sería inútil que yo predicara el evangelio, como lo he hecho a mucha gente durante la última generación, si el Espíritu Santo no estuviera convenciendo a los oyentes de sus pecados y moviéndoles a que abran sus corazones a Cristo. Su lectura de este libro ha sido completamente en vano si al leerlo el Espíritu Santo no le ha inspirado a crecer espiritualmente; y si usted no es creyente, a entregarle su vida a Cristo. En este mismo instante el Espíritu Santo le está diciendo a usted una cosa: "¡Vén!" ¡Venga a Cristo! Abra su vida a la salvación que El da y a Su control.

En el versículo 17 leemos: "Y el Espíritu y la Esposa dicen: Vén". La esposa de Cristo es la iglesia. Está compuesta por todos los que le han recibido como Salvador y Señor. Al hacerlo, nos apropiamos de Su nombre y se nos conoce de ahí en adelante como cristianos. Le amamos y vivimos con El como nuestro Señor, no habiendo otro señor para nosotros. El ha prometido abastecer todas nuestras necesidades. Así que, ¡somos la esposa! ¡El es el esposo!

Y de nuevo Cristo hace la invitación: "Y el que oye, diga: Vén" (v. 17). Se nos ha dicho que "la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios" (Romanos 10:17). Uno de los versículos que más he usado para llevar a la gente a tener una experiencia salvadora con Jesucristo, es Juan 5:24. Jesús es el que habla, y dice: "De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida". Esta es una de las promesas de la Biblia referentes a cómo venir a Cristo. Luego, cuando venimos a Cristo, instaremos también a otros a que vengan a El. Cuando confesamos a Jesús como Señor de nuestra vida, tendremos el deseo de confesarle delante de otras personas.

"Y el que tenga sed, venga" (Apocalipsis 22:17), testifica Jesús. Hay tanta gente que tiene una sed extrema, mas no saben qué la causa ni

saben cómo calmarla. Blas Pascal, el gran físico y filósofo francés de siglo décimo séptimo, se dio cuenta de que todo ser humano tiene en su corazón un vacío en forma de Dios que sólo Jesucristo puede llenar. Años antes Juan había escrito en su Evangelio lo que Jesús dijo a la mujer confundida moralmente, junto al poso de Samaria: "Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna" (Juan 4:13-14 RV).

¿Tiene usted esa sed en lo profundo de su alma, esa sed que ha tenido toda persona que ha vivido, pero en particular que han tenido muchos grandes hombres y mujeres de la historia? Las riquezas no pueden calmarla. El conocimiento no la puede calmar. El alcohol no la puede calmar. Las drogas no la pueden calmar. El sexo o el romance no la pueden calmar. ¡Mas Cristo puede! El le pide, dondequiera que usted se encuentre, que venga a El. Crea en El. Hágale saber que usted cree en El. Clame a El y pídale que calme su sed con el agua de la vida eterna.

En Apocalipsis 22:17, Jesús repite la invitación por última vez, y lo hace de la manera más enérgica e incluyente de todas: "Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente". Con estas palabras, Cristo nos dice que —desde el punto de vista humano— tomar la decisión de recibirle a El es un asunto que tiene que ver completamente con la voluntad.

Dios ha hecho todo lo posible para darle a usted la salvación; no hay nada que usted pueda añadirle a lo que El ha hecho. El nos ha mostrado la visión de la tormenta que se aproxima, con el fin de avisarnos con tiempo acerca del juicio para que podamos escapar de Su ira y venir a El. Si usted desea ser salvo e ir al cielo, usted puede, creyendo en el Señor Jesucristo como su Salvador. Si usted no desea ser

salvo y así estar perdido por toda la eternidad, ese también es un privilegio que usted tiene. Al igual que aquellos hombres y mujeres en los Apartamentos Richeliu, que se quedaron desafiando la ira del asesino Camilo, en un final usted tendrá que decidir si quiere ser librado del huracán. En lo que a Jesús se refiere, El "quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad" (1 Timoteo 2:4).

El jamás le abandonará

Pedro, al escribir el capítulo final de sus dos cartas, asegura que Cristo no quiere "que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 Pedro 3:9). No puedo imaginar de qué forma podrá Dios abrir más la puerta para que usted entre a la familia de la fe. Y para asegurarse de que nadie considere que la salvación es algo que se puede comprar, o que se puede merecer, El hace la siguiente aclaración: "Tome del agua de la vida gratuitamente".

Jesucristo resucitó de entre los muertos para vivir eternamente. Por el hecho de que El está vivo y porque puede estar en todas partes, al mismo tiempo, El se encuentra ahí donde usted está leyendo. Todo lo que usted tiene que hacer es tomarle, recibirle, aceptarle personalmente en su corazón como su Señor y Salvador.

Usted tal vez responda: "Pero ya yo he recibido a gente en mi vida anteriormente, en relaciones que no duraron; y me pregunto: ¿habrá Cristo de amarme para luego dejarme? ¿Habrà El de recibirme para luego abandonarme, y aun olvidarse de que existo? Claro que no. En el penúltimo versículo de la Biblia, Jesús le da a usted el siguiente testimonio: "Ciertamente vengo en breve". El anciano apóstol se siente tan contento con esa garantía repetida, que responde: "Sí, ven, Señor Jesús". Cuando usted toma en serio su compromiso con Cristo,

no como una relación momentánea sino continua, usted habrá de tener a Jesucristo como su Salvador y Señor para siempre. Usted puede escoger si ha de estar "siempre con el Señor" (1 Tesalonicenses 4:17).

Puede ser que usted tenga una última indecisión. Tal vez usted pregunte: "¿Podré vivir la vida cristiana por mis propias fuerzas?" La respuesta es que no, no podrá. Mas usted no estará solo. Cristo le dará Su gracia día tras día y momento tras momento. El fortalece su vida, le da energía y la dirige. El versículo final de la Biblia, Apocalipsis 22:21, promete: "La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén". ¿Qué más puede usted desear, pedir, o aun esperar aparte de que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con usted para siempre?

Me preguntas que cómo entregué a Cristo
mi corazón, no lo sé;
Vinieron a mi corazón ansias de
El mucho tiempo atrás;
Me di cuenta de que las flores de la tierra
se marchitan y mueren,
y derramé lágrimas deseando algo
que pudiera satisfacer.
Y entonces, entonces me atreví a elevar a Dios
en oración mi destrozado corazón.
Yo no sé, no puedo decir cómo sucedió;
Yo sólo sé que ahora El es mi Salvador.

Anónimo

Permítame hacerle la última sugerencia. Yo he guiado a cientos de miles que han pasado al frente para tomar la decisión de recibir a Cristo; lo he hecho en todas partes del mundo empleando la sencilla oración que sigue: "Oh, Dios, soy un pecador. Me arrepiento de mis pecados. Estoy dispuesto a apartarme de mis pecados. Yo recibo a Cristo como Salvador. Confieso que El es el Señor. Desde este momento en adelante quiero seguirle y servirle en la comunión de su

iglesia. En el nombre de Cristo. Amén".

Si usted desea tener la seguridad de Su eterna presencia en su vida, ¿por qué no hace esa oración ahora mismo? Si usted hizo esa oración, escríbame y hágamelo saber. Escriba a Billy Graham, Minneapolis, Minnesota 55403, U. S. A. Le contestaremos con una carta y le enviaremos alguna literatura que le ayudará a renovar o a iniciar su andar con Jesucristo. Que Dios le bendiga.

Epílogo: Un nuevo amanecer

Como señalaron de manera tan clara los debates durante las elecciones de 1993, en el mundo actual están teniendo lugar cambios de gran magnitud: cambios gubernamentales, cambios en las actitudes del público, cambios en nuestras esperanzas y en nuestros sueños, y cambios en las oportunidades que tienen el hombre y la mujer promedio para hacer algo con respecto a los problemas del mundo. Gente que en el pasado se negaban a participar en la política están dando un paso al frente en números nunca antes vistos; y existe un nuevo brote de vitalidad a todo lo ancho de la nación. La ayuda en masa brindada recientemente por el sector privado a las víctimas del huracán Andrés, es un ejemplo de esto.

De las nubes de tormenta del desaliento y la desesperación surgen nuevas señales de esperanza y una nueva unidad de espíritu. Durante las últimas tres décadas hemos pasado por un período de turbulencia. Numerosas fuerzas han conspirado con el fin de dividir a esta nación y para separarnos a unos de otros. Las tendencias sociales han separado a hombres, a mujeres y en particular a los niños, de los valores tradicionales que siempre han representado la verdad, la seguridad y la estabilidad.

Mas en la actualidad vemos un nuevo movimiento que busca restaurar los valores familiares y los fundamentos morales ya probados en esta nación, y para devolverle a la misma el sentido de valor y dignidad por medio de la fe y la adoración. Esta es una señal muy positiva; pues yo creo que sólo el regreso a la decencia y la

moralidad en amplia escala, en conjunto con una nueva actitud de apertura y de interés, pueden detener la tormenta apocalíptica que se aproxima. Nosotros podemos tener esa clase de amor a medida que le abrimos nuestro corazón a Cristo y le permitimos a su Espíritu Santo que nos llene y nos controle.

Si los Estados Unidos de América y el mundo han de ser librados del holocausto de que nos habla el Apocalipsis de Juan, es necesario que redescubramos lo que significa amarnos los unos a los otros. El apóstol Pablo dijo que "el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gálatas 5:22-23). En el capítulo trece de 1 Corintios Pablo afirmó lo siguiente: "El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser" (1 Corintios 13:4-8 RV).

Está claro que Pablo aquí no describe una emoción débil, ineficaz y vacía. El identifica al amor como una fuerza que tiene poder y autoridad. Se trata del poder por excelencia, puesto que es el poder de Dios mismo. Juan nos dice: "Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él" (1 Juan 4:16). Pablo describió la virtud del amor como la primera característica y obligación del creyente en Jesucristo, y como la manera de transformar al mundo a nuestro alrededor.

El apóstol dijo que las profecías y los dones se acabarían cuando el reino de Cristo fuese establecido. El escribe: "pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará (1 Corintios 13:8). Mas a pesar de cualquier otra cosa que pueda ocurrir en este planeta y a pesar de los cambios que puedan ocurrir en los años venideros, cualesquiera que sean, Pablo nos asegura que "el amor nunca

deja de ser".

Yo sé que el enemigo, Satanás, está obrando para tratar de dividirnos o de desanimarnos. A menudo estamos divididos por causa de asuntos que no son de vital importancia. Nuestra habilidad para practicar nuestra fe abiertamente, para orar, para evangelizar y para hablar con sinceridad y sin impedimento, a veces se ve amenazada por el mundo y aun por aquellos que se han amoldado a las normas seculares de nuestra época. Mas durante la pasada década he comenzado a presenciar un avivamiento entre los cristianos evangélicos. Dios está obrando en el mundo; miles de personas acuden a Jesucristo para recibirle como Señor y Salvador, y por ende encuentran paz con Dios.

Dios ha estado buscando a toda la humanidad. Hoy la gente lo está buscando a El en cantidades nunca antes vistas. Esta ha sido una época emocionante y de mucho trabajo para todos los que laboramos en la Asociación Evangélica de Billy Graham (AEBG), mas no hay tiempo que perder. Yo he sido testigo del mismo tipo de crecimiento y emoción que vimos en la Europa Oriental y en la antigua Unión Soviética, que el que hoy presenciamos en los E. U. A., en Europa Occidental, en Africa y en Asia. Tenemos pruebas claras del avivamiento que tiene lugar hoy.

Para citar un ejemplo, en el último día de la cruzada de cinco días que celebramos en Hong Kong, en 1990, le prediqué a un auditorio de 49.000 personas, mientras que otros 30.000 veían la cruzada en una gigantesca pantalla de televisión, en un cercano campo deportivo. Más de 5.000 personas pasaron al frente esa noche para recibir a Cristo. Pero aun más asombroso fue el hecho de que cerca de 100 millones de televidentes pudieron ver la transmisión en treinta naciones asiáticas, traducido en sus propios idiomas. Contamos con el apoyo de cerca de 125.000 iglesias en toda Asia y de 400.000

consejeros. Distribuimos 10 millones de folletos de seguimiento e hicimos 70.000 presentaciones vía satélite y mediante videocintas que nuestro equipo ayudó a organizar. Sólo la eternidad habrá de revelar los resultados de estos esfuerzos y de los realizados por incontables organizaciones e individuos, quienes están proclamando fielmente el evangelio en los lugares más recónditos del mundo.

La Biblia dice: "Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad" (2 Corintios 3:17). Cuando la gente acude a Cristo se produce siempre un avivamiento espiritual que conduce a la libertad; libertad del pecado, y libertad para servir a Cristo. Yo creo que esto es lo que sucedió en la antigua Unión Soviética durante la pasada década. El retorno a la fe está cambiando el aspecto del mundo y trayendo libertad a donde existía la opresión.

Al meditar de nuevo sobre cada uno de los asuntos tratados en este libro y al reexaminar las enseñanzas de Jesús y los escritos del apóstol Juan, relacionados con los tiempos del fin, me he visto obligado a recordar la urgencia de estos asuntos. Desde el punto de vista de los 90, podemos ver ahora los verdaderos peligros que han quedado atrás, y sólo podemos imaginar los que existirán más adelante. Lo peor que pueden hacer los hombres es hacer caso omiso de estos escritos y suponer que son fantasía o hipérbole.

Al igual que el reportero de "Le Figaro" que ya he mencionado, quien se figuró que yo sólo me proponía atemorizar a la gente, algunas personas se imaginan que jamás podrá ocurrir algo tan horrible como el Apocalipsis. Mas yo debo asegurarles de que sí puede suceder, de que sí debe suceder y de que, algún día, habrá de suceder. El Apocalipsis vendrá cuando Dios, en su sabiduría y su misericordia, concluya que este mundo no puede continuar en su rebelión en contra suya. Pero hasta que esto suceda, yo estoy convencido de que tenemos el futuro en nuestras manos. Si acudimos a Cristo y, con su ayuda, cambiamos

nuestras vidas para que se ajusten a la voluntad de Dios, podemos prolongarle los días que le quedan al planeta Tierra.

La finalidad de este aviso de tormenta no ha sido la de amedrentar o alarmar a la gente sin motivo. Yo no he escrito estas cosas para causar pánico o para crear incertidumbre, sino para ofrecer la brillante esperanza de Jesucristo como aquel que ciertamente habrá de traer un nuevo y glorioso amanecer a toda la humanidad. Si usted ha sido llevado al punto de tener un entendimiento mejor de la promesa de nueva vida en Cristo y un compromiso más profundo con El, por haber leído este libro, entonces yo he logrado la finalidad que me había propuesto.

No existe gozo mayor que la paz y la seguridad de saber que, no importa lo que nos depare el futuro, uno está seguro en los amantes brazos del Salvador. Si el mundo llegara a atravesar por tiempos peligrosos; si el anticristo llegara a levantarse para engañar y destruir; o si llegáramos a presenciar el desenvolvimiento completo del Apocalipsis en medio nuestro, podemos descansar completamente en Cristo, puesto que aquellos que acuden a El en fe y humildad, le pertenecen y nada podrá arrancarlos de Su reino eterno. Tenemos seguridad en Su amor. Si usted lo busca a El ahora y procura en su nombre traer renovación y restauración a este mundo quebrantado — mediante el poder de Dios— puede ser que nos sea posible lograr que se alejen las oscuras nubes de aviso.

Pero pase lo que pase, tenemos vislumbres de esperanza. Jesucristo es nuestra esperanza. El es nuestra esperanza para el futuro y también para el presente. Aun en medio de las tormentas de nuestra vida diaria, Cristo puede darnos paz interior y gozo. El ha prometido —y El no puede mentir— que estamos seguros en las manos de Dios cuando conocemos a Cristo. Nuestra paz no es fruto de las circunstancias en que nos encontramos, puesto que estas cambian y a veces pueden

resultarnos difíciles y dolorosas. Nuestra paz, en cambio, proviene de Cristo y del firme conocimiento de que "yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano" (Juan 10:28 RV). La promesa que Jesús le hace a usted es segura: "La paz os dejo, mi paz os doy... Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo" (Juan 14:27; 16:33).

Cristo es la luz del mundo. Un nuevo amanecer se aproxima aun en este instante. Con esa promesa, yo le insto ahora a que deposite su esperanza en Aquel que tiene en sus manos el futuro, y a que se afiance con firmeza a Sus promesas, sean cuales fueren las tormentas que puedan venir.

BIBLIOGRAFIA

NOTA PARA LA EDICION EN ESPAÑOL:

Esta bibliografía se incluye para el uso de aquellos que pueden leer el inglés, idioma en que originalmente fue escrita esta obra, y para dar crédito a las fuentes de las cuales se valió el autor para información o apoyo. Se ha dejado sin traducir porque casi todas las obras citadas (especialmente las revistas, documentos y entrevistas) existen sólo en el idioma inglés.

-
-
- Adams, Ruth, and Sue Cullen. *The Final Epidemic* Physicians and Scientists on Nuclear War. Chicago: Educational Foundation for Nuclear Science, 1981.
- Aldridge, Robert C. *The Counterforce Syndrome: A Guide to U.S. Nuclear Weapons and Strategic Doctrine*. Revised edition. Washington, D.C.: Institute for Policy Studies, 1979.
- Augsburger, Myron S. *The Christ-Shaped Conscience*. Wheaton, Ill.: Victor, 1990.
- Augustine. *Confessions*. Translated by Edward B. Pusey. New York: Macmillan Co., 1961. (Las confesiones de san Agustín)
- Barash, David P., and Judith E. Lipton. *Stop Nuclear War! A Handbook*. New York: Grove Press, 1982.
- Barclay, William. *The Revelation of John*. 2 vols. Philadelphia: Westminster Press, 1959.
- Brown, Lester R. *Building a Sustainable Society*. New York: W.W. Norton, 1981.
- Busseil, Harold. *Unholy Devotion: Why Cults Lure Christians*. Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1983.
- Buttrick, George A., et al., eds. *The Interpreter's Bible*. 12 vols. New York: Abingdon Press, 1957.
- Chandler, Russell. *Understanding the New Age*. Dallas: Word, 1988.
- Dobson, James C., and Gary L. Bauer. *Children at Risk: The Battle for the Hearts and Minds of Our Kids*. Dallas: Word, 1990.
- Draper, Fdy the, et al., eds. *Almanac of the Christian World*. Wheaton, Ill.: Tyndale, 1990.
- Eckholm, Erik R. *The Picture of Health: Environmental Sources of Disease*. New York: W.W. Norton, 1977.
- Editors of *The Ecologist*. *Blueprint for Survival*. Boston: Houghton Mifflin Co., 1972.
- Falk, Richard A. *This Endangered Planet: Prospects and Proposals for Human Society*. New

- York: Random House, 1972.
- Frank, Anne. *The Diary of Anne Frank*. New York: Modern Library, 1958. (*El diario de Ana Frank*)
- Frankl, Viktor. *Man's Search for Meaning*. Boston: Beacon Press, 1963.
- Freeman, Leslie J. *Nuclear Witnesses: Insiders Speak Out*. New York: William Morrow & Co., 1981.
- Graham, Billy. *Approaching Hoofbeats: The Four Horsemen of the Apocalypse*. Waco, Tex.: Word, 1983. (*Scacercan a Galope*. 1984 World Wide Publications, Minneapolis, Minnesota)
- . *The Holy Spirit*. Waco, Tex.: Word, 1978. (*El Espiritu Santo*. CBP)
- . *Hope for the Troubled Heart*. Dallas: Word, 1991. (*Esperanza para el corazon afigido*. Unilit)
- . *Till Armageddon: A Perspective on Suffering*. Waco, Tex.: Word, 1981.
- . *World Aflame*. New York: Doubleday, 1965. (*El mundo en llamas*. CBP)
- Graham, Franklin, and Jeannette Lockerbie. *Bob Pierce: This One Thing I Do*. Waco, Tex.: Word, 1983.
- Gribbin, John. *Future Worlds*. New York: Plenum Press, 1981.
- Gwertzman, Bernard, and Michael T. Kaufman. *The Collapse of Communism*. New York: Random House, 1991.
- Hersey, John. *Hiroshima*. New York: Alfred A. Knopf, 1946.
- Johnston, Jerry. *The Edge of Evil: The Rise of Satanism in North America*. Dallas: Word, 1989.
- Ladd, George Aldon. *A Commentary on the Book of Revelation of John*. Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1971.
- Mackarness, Richard. *Living Safely in a Polluted World: How to Protect Yourself and Your Children from Chemicals in Your Food and Environment*. New York: Stein and Day, 1981.
- McClung, Floyd. *Holiness and the Spirit of the Age*. Eugene, Ore.: Harvest House, 1990.
- MacMinn, Mark, and James Foster. *Christians in the Crossfire: Guarding Your Mind Against Manipulation and Self-Deception*. Newburg, Ore.: Barclay Press, 1990.
- Marine, Gene, and Judith Van Allen. *Food Pollution*. New York: Holt, Rinehart & Winston, 1972.
- Montagu, Ashley. *The Endangered Environment*. New York: Mason/Charter, 1974.
- Naisbitt, John, and Patricia Aburdene. *Megatrends 2000: Ten New Directions for the 1990s*. New York: Morrow, 1990.
- Office of Technology Assessment, Congress, U.S. *The Effects of Nuclear War*. Totowa, N.J.: Allanheld, Osmun & Co., 1979.
- Osborn, Frederick. *The Human Condition*. New York: Hugh Lauter Levin Associates, 1973.
- Patersen, William J. *Those Curious New Cults*. New Canaan, Conn.: Keats Publishing, 1973.
- Rankin, William W. *The Nuclear Arms Race—Countdown to Disaster: A study in Christian Ethics*. Cincinnati: Forward Movement Publications, 1981.
- Renneker, Mark, and Steven Leib. *Understanding Cancer*. Palo Alto, Calif.: Bull Publishing Co., 1979.

- Robinson, J. A.T. *In the End God*. New York Harper & Row, 1968.
- Schell, Jonathan. *The Fate of the Earth*. New York Knopf, 1982.
- Segal, George. *The World Affairs Companion*. New York Simon & Schuster, 1991.
- Sine, Tom. *The Mustard Seed Conspiracy*. Waco, Tex: Word, 1981.
- Strong, Maurice, ed. *Who Speak for Earth?* New York W.W. Norton, 1973.
- Terry, Randall. *Accessory to Murder: The Enemies, Allies, and Accomplices to the Death of Our Culture*. Nashville: Wolgemuth & Hyatt, 1990.
- Walwoord, John F. *The Blessed Hope and the Tribulation*. Contemporary Evangelical Perspectives. Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1976.
- . *The Nations, Israel, and the Church in Prophecy*. Grand Rapids, Mich.: Academie Books, 1968.
- . *Return of the Lord*. Grand Rapids, Mich.: Zondervan, n.d.